

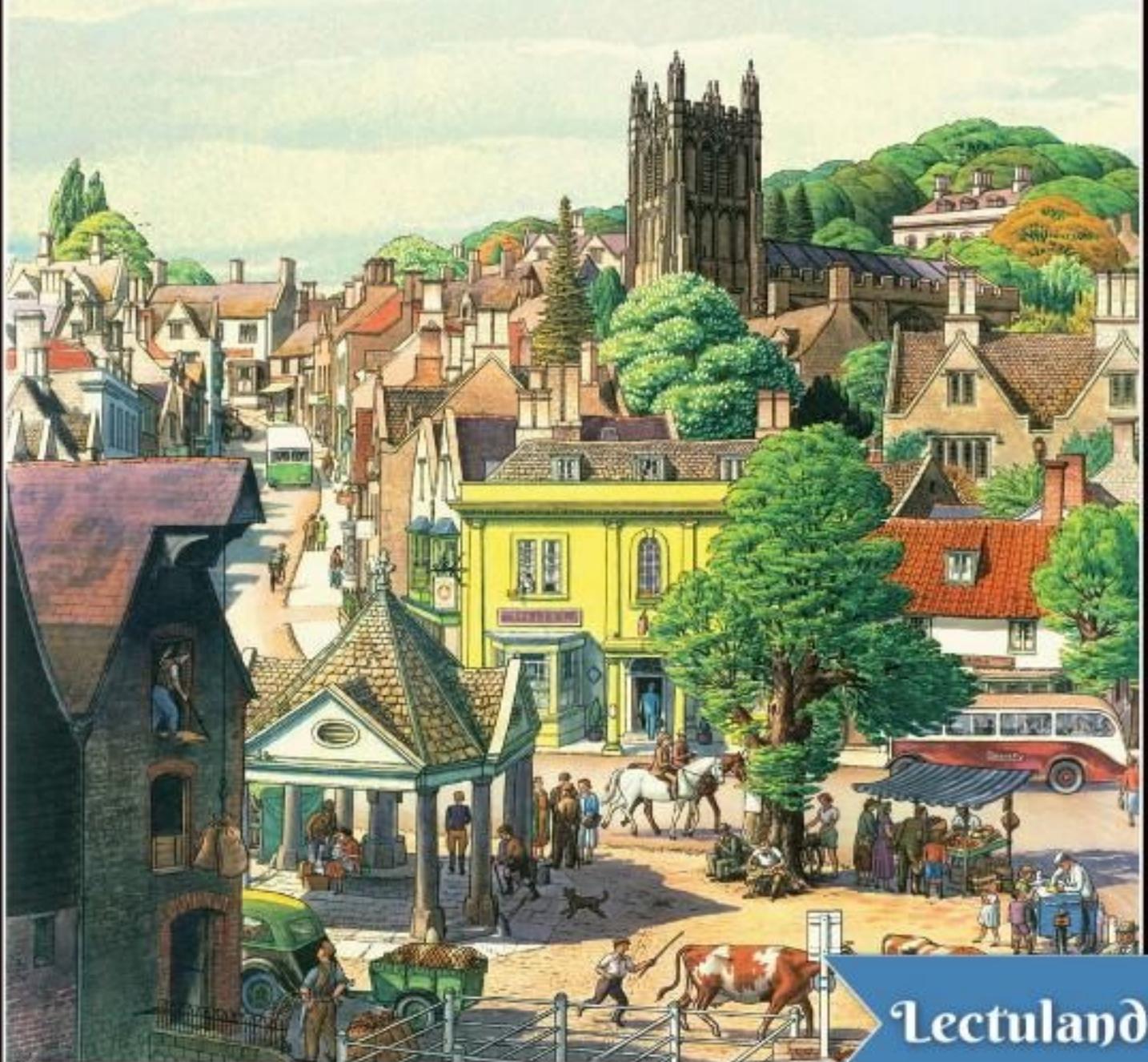


EDMUND CRISPIN

Asesinato en la catedral

Un nuevo misterio para Gervase Fen

Traducción de Magdalena Palmer



Lectulandia

El quisquilloso profesor y detective aficionado Gervase Fen ha abandonado durante el verano su amada Universidad de Oxford para acudir al pueblo costero de Tolnbridge, donde planea pasar tranquilamente sus vacaciones. Va armado con una red para insectos, ya que piensa dedicarse al arte de la entomología. Pero la calma y el sosiego duran poco. La villa está consternada por el misterioso asesinato del organista de la catedral. El músico en cuestión no tenía ningún enemigo conocido y su labor en la iglesia era inofensiva, así que la policía no es capaz de dar con un sospechoso. ¿Se tratará acaso de la conspiración de unos espías alemanes? ¿O tal vez de la consecuencia de los aquelarres que, según se rumorea, llevan practicándose por esos lares desde el siglo xvii?

Lectulandia

Edmund Crispin

Asesinato en la catedral

Gervase Fen - 2

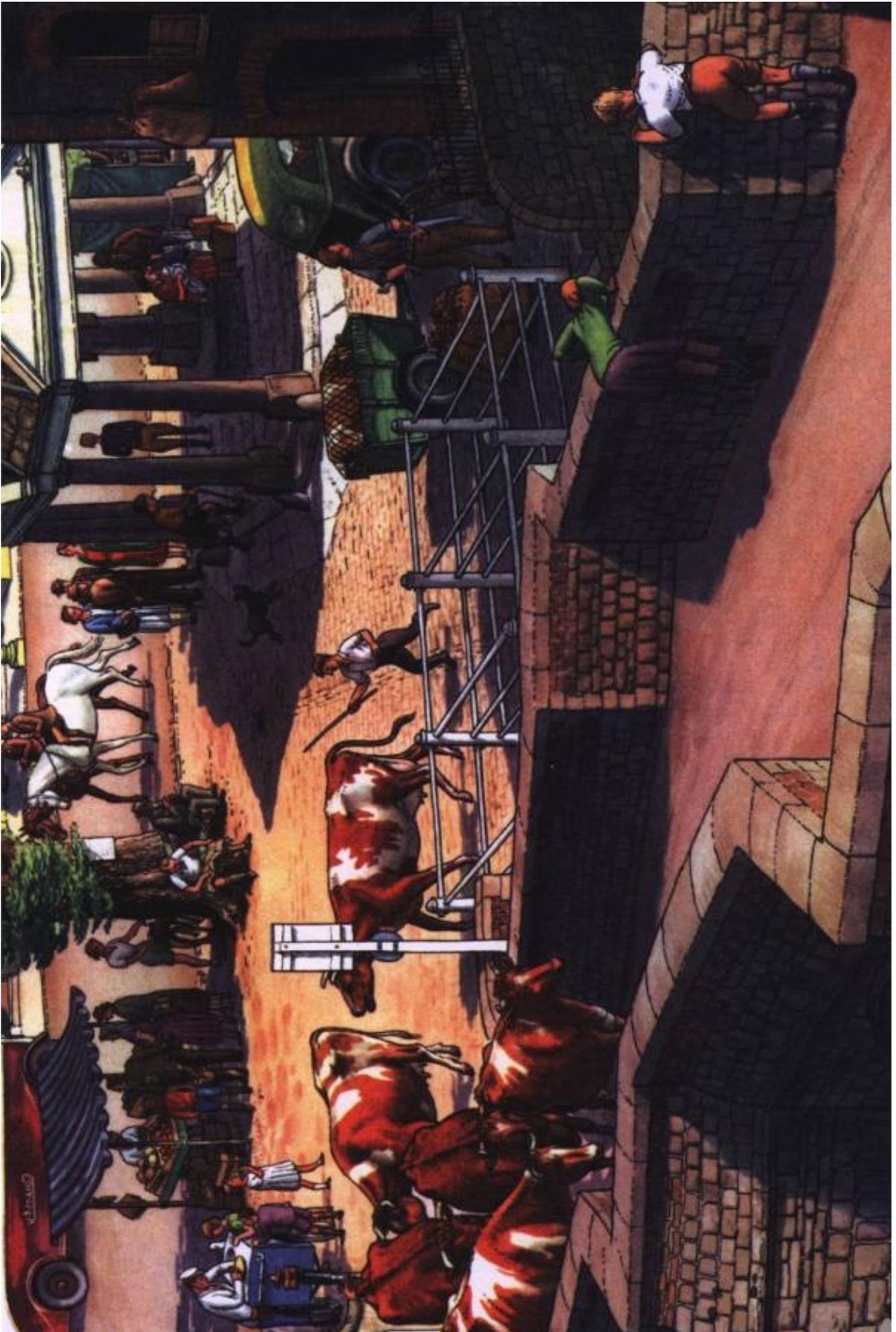
ePub r1.2

Titivillus 01.07.16

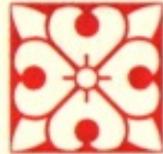
Título original: *Holy Disorders*
Edmund Crispin, 1945
Traducción: Magdalena Palmer
Diseño de colección: Enrique Redel
Maquetación: Cristina Martínez
Corrección: Susana Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Asesinato en la catedral



EDMUND CRISPIN

*Traducción del inglés a cargo de
Magdalena Palmer*



*Vi, en primer lugar, la negra figura
de la maldad y todas sus astucias;
la ira cruel, roja como candente hierro;
el latrocinio y el macilento miedo;
el que ríe con un cuchillo bajo la capa;
el negro humo del establo envuelto en llamas;
el traicionero asesinato en una cama;
la guerra abierta de sangrantes llagas...
El clavo hendido en la cabeza durmiente;
y, con la boca abierta, la fría muerte...*

CHAUCER

A mis padres

I

INVITACIÓN Y ADVERTENCIA

*En la cabecera de la cama
un coche fúnebre me recuerda
que quizá haya muerto antes del alba.*

SOUTHWELL

Mientras su taxi se abría camino entre el tráfico de la estación de Waterloo cual abeja entusiasta entre un enjambre indolente, Geoffrey Vintner releyó la carta y el telegrama que había encontrado sobre su mesa del desayuno aquella misma mañana.

Se sentía tan infeliz como lo habría estado cualquier hombre de escaso espíritu aventurero que acabara de recibir una carta intimidatoria en la que hubiera encontrado suficientes indicios para creer que las amenazas que suscribía probablemente se llevarían a cabo. No era la primera vez aquella mañana que se arrepentía de haber emprendido un incómodo viaje que implicaba abandonar su casita en Surrey, sus gatos, su jardín —cuya disposición cambiaba a diario, en función de algún antojo nuevo y casi nunca factible— y a su inestimable y sufrida ama de llaves, la señora Body. A él no se le daban bien —y esta idea se repetiría con lúgubre frecuencia en el transcurso de la serie de aventuras en las que estaba a punto de embarcarse— los asuntos de violencia física. Una vez pasada la barrera de los cuarenta no resulta posible, ni siquiera en los momentos de mayor entusiasmo, arrojarse sin más a batallas anónimas y mortales contra hombres sin escrúpulos. Y si además uno es un solterón maniático y moderadamente acomodado que se ha criado en una apartada rectoría rural, y tiene una mentalidad muy alejada de preocupaciones sórdidas y de pasiones arrebatadoras, la cosa no solo se antoja imposible, sino francamente absurda. No le consolaba nada pensar que hombres como él habían encontrado el valor y el tesón necesarios para luchar en las playas de Dunquerque; ellos, al menos, sabían a qué se enfrentaban.

Amenazas.

Se sacó un gran revólver antiguo del bolsillo de la americana y lo contempló con la misma mezcla de alarma y afecto que los amantes de los perros suelen dedicar a un ejemplar particularmente feroz. El taxista observó la maniobra por el retrovisor mientras entraban en el amplio puente de Waterloo. Su expresión se ensombreció. Al ver aquella mirada reprobatoria, Geoffrey Vintner guardó apresuradamente el arma. Y entonces se le

pasó por la cabeza un extraño pensamiento: tenía constancia de que se habían dado casos de secuestros a manos de taxistas. Al parecer, se dedicaban a merodear ante la casa de su víctima y cuando esta salía se la llevaban por la fuerza a un lugar miserable del puerto y se la entregaban a bandas de malhechores armados. Mientras rodeaban hábilmente la rotonda septentrional del puente, Geoffrey observó con desconfianza la pequeña y recia figura que ocupaba con inmovilidad marmórea el asiento delantero. Aquella mañana solo uno de los trenes que partía desde Surrey llegaba a tiempo para enlazar con el que salía de Paddington, así que, con el simple hecho de saber que él tenía que tomar ese tren, sus enemigos, quienesquiera que fuesen, habrían podido adivinar la hora de su llegada. Sin embargo, encontrar taxi no había resultado nada fácil, y de hecho todos, sin excepción, se habían mostrado más dispuestos a ignorarle que a intentar atraer su atención. Por consiguiente, concluyó que todo iba bien.

Se volvió y miró con disgusto el tráfico que los perseguía con los erráticos movimientos de unos borrachos que siguen a su líder de pub en pub. Cómo llegaba a saber la gente si alguien la seguía era todo un misterio para él. Además, Geoffrey tampoco tenía madera de observador: el mundo exterior dejaba en él la misma huella que una sucesión imprecisa y nada memorable de fantasmas. Un piel roja podría haber caminado a su lado por todo Londres sin que él hubiese notado nada extraño. Durante unos instantes, se planteó pedirle al taxista que diese un rodeo para despistar a sus posibles perseguidores, pero sospechaba que su propuesta no sería muy bien recibida. Y, en cualquier caso, aquel asunto era ridículo de principio a fin: seguir a alguien a plena luz del día por todo Londres llamaría demasiado la atención.

En eso, resultó que se equivocaba.

Si va a Tolnbridge, se arrepentirá.

Nada explícito, desde luego, pero tenía un aire expeditivo que le inspiraba una profunda desconfianza. Advirtió, con la mortificante irritación que sentimos cuando se trunca una ilusión banal, que tanto el papel como el sobre eran peculiares y caros, y que la máquina de escribir, a juzgar por sus numerosas excentricidades tipográficas, sería fácilmente identificable, siempre y cuando se supiera por dónde empezar a buscar. Se abandonó a la sensación de agravio. Los criminales debían, al menos, intentar mantener cierta pretensión de anonimato y no exhibir pistas fáciles, que, para colmo, eran irresolubles para sus víctimas. Además, en el matasellos —gracias a la diligencia de algún empleado de correos— se podía leer «Tolnbridge» con bastante claridad, lo que, a fin de cuentas, tenía su lógica.

El telegrama que sujetaba en la mano izquierda se cayó al suelo. Vintner lo recogió, le sacudió el polvo con sumo cuidado y lo leyó de forma automática, quizá esperando extraer de las enmarañadas e insustanciales mayúsculas del sistema de telégrafos británico algún detalle de importancia que antes se le hubiera pasado por alto. Aquel tono de cruel alegría, pensó con amargura, solo podía proceder del emisor:

ESTOY EN TOLNBRIDGE ALOJADO EN LA RECTORÍA CURAS CURAS CURAS TODO
INFESTADO DE CURAS VENGA A TOCAR EN LA CATEDRAL HAN ACRIBILLADO A TODOS LOS

ORGANISTAS UNA LÁSTIMA LA MÚSICA TAMPOCO ERA TAN MALA COMO PARA PONERSE ASÍ
VENGA CUANTO ANTES TRAIGAME UN CAZAMARIPOSAS LO NECESITO RESPONDA POR
TELEGRAMA SI VIENE O NO PREPÁRESE PARA UNA LARGA ESTANCIA GERVASE FEN.

El telegrama había llegado acompañado de un formulario de respuesta con franqueo pagado que tenía una capacidad de cincuenta palabras. No sin cierta satisfacción, Geoffrey lo había rellenado con un sucinto IRÉ VINTNER. No obstante, la sospecha de que Fen ni siquiera repararía en el sarcasmo, hizo que su placer inicial se atemperase un poco. Su amigo era así.

Ahora ni siquiera sabía por qué había contestado. Puede que solo lo hubiera hecho porque el mozo de correos se había quedado esperando en la puerta y él había preferido ahorrarse un posible viaje a la estafeta. La pereza nos impone casi todas nuestras decisiones, reflexionó. Y, claro está, a la sazón todavía no había abierto las cartas... En cualquier caso, el viaje tendría sus compensaciones. El coro de Tolnbridge era excelente, y el órgano, un Willis de cuatro teclados, estaba considerado uno de los mejores del país. Recordaba que tenía un registro de corneta que sonaba de verdad como una corneta, un tapadillo encantador, una noble tuba y un pedalero de treinta y dos pies que en su registro más bajo emitía un vibrante latido rítmico que resonaba por todo el edificio intimidando a los fieles... Pero ¿acaso eran estos detalles suficiente compensación?

Fuera como fuese —su homilía mental se prolongó mientras el taxi cruzaba Trafalgar Square—, aquí estaba, involucrado contra su voluntad en un sórdido conflicto del desorden público que suponía un considerable peligro personal. La carta y el telegrama eran buena prueba de ello. Pero quedaba por saber en qué consistía todo aquel asunto en realidad. El telegrama, con la puntuación pertinente, sugería que algún enemigo se había propuesto abolir, mediante una guerra de desgaste, cualquier tipo de música sacra en Tolnbridge, lo que probablemente implicaba que su inminente llegada no sería bien recibida. Pero aquello parecía hartamente improbable, por no decir una pura fantasía. Los organistas habían sido «acribillados». ¿Qué demonios significaba eso? La palabra insinuaba, alarmantemente, metrallas... Pero ya sabía que Fen tendía a la exageración y que en las pequeñas ciudades episcopales del oeste de Inglaterra no abundaban las bandas armadas. Geoffrey suspiró. Era inútil especular. Él se había implicado: había quemado la mayor parte de sus naves y las que le quedaban no eran aptas para la navegación. Lo único que podía hacer ahora era quedarse sentadito y, si ocurría algo, confiar en el destino y en su propio ingenio, aunque ni el uno ni el otro le hubiesen prestado el menor servicio en el pasado. ¿Y qué era eso del cazamariposas...?

¡El cazamariposas! No lo había comprado.

El taxi rodeaba Cambridge Circus para entrar en Charing Cross Road. Miró apresuradamente el reloj y golpeó el cristal.

—Regent Street —dijo.

El coche dio un giro completo y enfiló por Shaftesbury Avenue.

El taxi que los seguía también alteró su curso.

Los grandes almacenes de Regent Street que Geoffrey Vintner creyó con más probabilidades de contar con un cazamariposas entre sus existencias estaban sorprendentemente vacíos. Tanto los dependientes como los clientes, sumidos en un letargo matinal, pululaban por un edificio que parecía expresamente concebido para eludir cualquier admisión explícita de su función. Había cuadros en las paredes, muebles inútiles y gordos querubines dorados, y unas figuras vagamente simbólicas, tiasas como granaderos pomeranos, sostenían los extremos de las barandillas sobre sus nuca con increíble desenfado. Antes de entrar, Geoffrey se detuvo para comprar un periódico, pues pensó que a esas alturas los indicios de una guerra de bandas armadas en Tolnbridge habrían llegado ya a oídos de la prensa. Pero la Batalla de Inglaterra ocupaba los titulares y, tras chocar con dos personas mientras indagaba entre las noticias menores, decidió posponer la investigación para más adelante.

Un cartel gigante que señalaba la localización de los diferentes departamentos demostró ser del todo inútil para ubicar las redes cazamariposas, por lo que finalmente tuvo que recurrir al mostrador de información. Para qué querría Fen semejante artilugio era un misterio. Tras una fugaz visión en la que él y Fen perseguían insectos por los páramos de Devon, Geoffrey volvió a leer, más inseguro si cabe, el telegrama. Pero no, el mensaje no dejaba el menor margen de error. Y cualquier cosa podía llegar a convertirse en una obsesión para Fen, por qué no los lepidópteros.

Le explicaron que encontraría redes cazamariposas o bien en el departamento de niños, o bien en el de deportes; afortunadamente, ambos ocupaban la misma planta. Geoffrey escrutó a la ascensorista con cierto aire de desconfianza cuando esta cerró las puertas, y fue recompensado con una exagerada mirada de indignación —«Lo examiné de arriba abajo», le confió la ascensorista a una amiga— que le hizo retirarse de nuevo apresuradamente a su periódico. Mientras ascendía a lo alto del edificio, Vintner descubrió la siguiente noticia:

AGRESIÓN A UN MUSICO

La policía desconoce la identidad del agresor del Dr. Denis Brooks, organista de la catedral de Tolnbridge, que sigue inconsciente tras el ataque que sufrió hace dos noches, cuando se dirigía a su casa.

Geoffrey maldijo los periódicos por no dar más detalles, a Fen por su exageración y a sí mismo por haberse involucrado en aquel asunto. Una vez concluido este ritual privado de conminación, se rascó la nariz, apenado. Fuera lo que fuese, algo extraño pasaba. Pero ¿qué le habría ocurrido al segundo organista? Probablemente también le habrían golpeado en la cabeza.

El ascensor se detuvo bruscamente y, sin más, Geoffrey se vio arrojado a un vasto revoltijo de material deportivo a cargo de un único dependiente joven, rechoncho y sonrosado que lo observó con la resignación desesperada de Príamo entre las ruinas de

Troya.

—¿Se ha fijado usted en que el material deportivo nunca tiene una forma decente y simétrica? —preguntó el joven, abatido, en cuanto Geoffrey se le acercó—. No se puede almacenar ordenadamente, como las cajas o los libros... Siempre asoma algún extremo por aquí o por allá. Lo peor son los patines. —Su voz se volvió más grave; un indicio más de su particular aborrecimiento por esos artilugios tan poco prácticos—. Los balones se caen del estante en cuanto los colocas, siempre acabas tropezando con los esquís y, nada más apoyar un bate de críquet en la pared, resbala de nuevo al suelo. —El joven miró compungido a Geoffrey—. ¿Desea algo? Casi todo el mundo —siguió, sin darle tiempo a responder— ha abandonado el deporte por la guerra. Creo que, a largo plazo, les compensará. El desarrollo muscular no es más que un asidero para la grasa.

—Yo quería un cazamariposas —dijo Geoffrey, ausente. Seguía dándole vueltas al asunto de los organistas.

—Un cazamariposas... —repitió el joven con tristeza, como si aquella información le resultase de lo más desalentadora—. Con esos pasa lo mismo, ¿sabe? —Señaló una hilera de redes apoyadas contra la pared—. Si las pongo cabeza abajo, la parte de la red sobresale y es muy fácil tropezar, y si las dejo como están ahora, transmiten cierta sensación de inestabilidad y resultan bastante molestas a la vista.

—¿No son muy largas? —preguntó Geoffrey, observando sin demasiado entusiasmo el bambú de dos metros que tenía delante.

—Tienen que ser así, o nunca atraparía ninguna mariposa —respondió el joven, sin que se apreciara en él la menor animación—. Aunque tampoco es que se atrapen muchas... Lo normal es ir zarandeando la red sin ton ni son. ¿Desea también una caja entomológica?

—Creo que no.

—No me extraña, son objetos incomodísimos, y muy pesados. —El joven volvió a escrutar la red—. Esta vale diecisiete con seis. Aunque, entre usted y yo, es tirar el dinero. Le quitaré el precio.

La etiqueta del precio estaba atada a la red con una cuerda que se demostró inmune a los tirones.

—¿Y no sería mejor hacerla resbalar a lo largo del palo? —preguntó Geoffrey, solícito, y al ver que no resultaba posible dijo—: Bueno, no me importa llevármela con el precio.

—Pero si no es ninguna molestia... Además, tengo unas tijeras. —El joven sonrosado se palpó los bolsillos—. Las habré dejado en el cuartito. Siempre me las olvido, y cuando no, me agujerean los bolsillos. Espere un momentito.

Y desapareció antes de que Geoffrey pudiese detenerlo.

El hombre del sombrero de fieltro negro se levantó de su incómoda posición detrás de un mostrador atiborrado de guantes de boxeo próximo a la escalera y se acercó a Geoffrey con una rapidez y un sigilo considerables. Llevaba una cachiporra en la mano y tenía la misma expresión concentrada de alguien que intenta cazar un mosquito. No

obstante, el joven dependiente no tardó tanto en salir como aquel hombre había esperado. Nada más verles, comprendió de inmediato lo que sucedía y, actuando con una notable presencia de ánimo, encasquetó el cazamariposas en la cabeza del agresor y a continuación tiró de él. La cachiporra describió un arco en el aire y cayó sobre un montón de patinetes produciendo un ruido ensordecedor. Geoffrey se volvió justo a tiempo de ver cómo su presunto agresor se inclinaba hacia atrás y se desplomaba sobre un revoltijo de material deportivo que corroboró su carácter asimétrico dispersándose por el suelo. Varios balones de fútbol rodaron hasta la escalera y se precipitaron con creciente impulso hacia la planta inferior. El Enemigo se liberó de la red maldiciendo sonoramente, se levantó y corrió hacia la escalera. Entonces el joven sonrosado volvió a derribarlo, asestándole un contundente porrazo en la nuca con el extremo de un esquí. Entretanto, Geoffrey forcejeaba con el revólver, que se le había enredado inextricablemente en el forro de su bolsillo.

La batalla se reanudó de inmediato. El Enemigo, que mostraba una capacidad de recuperación considerable, inició un ataque frontal contra Geoffrey. El joven sonrosado le arrojó una pelota de críquet, pero falló y le dio a Geoffrey, que se desplomó encima de un montón de patines de hielo sobre el que también cayó el asaltante. El joven sonrosado intentó volver a atraparlo con el cazamariposas, pero esta vez no acertó y acabó perdiendo el equilibrio. El Enemigo se incorporó y arrojó un patín que le dio en el estómago a Geoffrey, que todavía estaba intentando sacar su revólver, y lo dejó sin respiración. En cuanto recuperó el equilibrio, el joven sonrosado fulminó con un certero golpe de un bate de críquet al Enemigo. Este se desplomó, y el joven aprovechó para atizarle burdamente en la cabeza con un palo de hockey hasta dejarlo fuera de combate. Con un siniestro ruido de tela rasgada, Geoffrey consiguió por fin sacar el revólver y empezó a zarandearlo sin ton ni son.

—Tenga cuidado con eso —le advirtió el joven sonrosado.

—¿Qué ha pasado?

—Ataque malintencionado —dijo el joven, pensativo, mientras cogía la cachiporra y la lanzaba al aire. Acto seguido recuperó su anterior melancolía—: Me parece que la red se ha roto. Se la cambiaré por otra. —Fue a buscar una nueva—. Diecisiete con seis, creo que habíamos dicho.

Geoffrey sacó el dinero de forma mecánica.

Las estridentes muestras de estupefacción y de enfado que les llegaron desde las plantas inferiores les indicaron que los balones habían alcanzado su destino.

—¡Fielding! —gritó una voz—. ¿Qué demonios está pasando ahí arriba?

—Creo que será mejor que nos larguemos... ¡enseguida!

—Pero... ¿y su trabajo? —preguntó Geoffrey, sin saber qué hacer.

—Creo que esta ha sido la gota que colmaba el vaso. Es la historia de mi vida... En mi último empleo, una dependienta enloqueció y se quitó toda la ropa. ¿No me estoy dejando nada? —Se dio unos golpecitos en los bolsillos, como si buscara unas cerillas—. Siempre se me olvida algo. Pierdo al menos tres pares de guantes al año solo en los trenes.

—Vamos —dijo Geoffrey, apremiándole. Le invadía un sentimiento de euforia antinatural pero también le obsesionaba el deseo primitivo de huir de la escena del altercado cuanto antes. Oyeron unos pasos que subían por la escalera. En ese preciso instante, la ascensorista abrió apocalípticamente las puertas del ascensor y declamó, como si estuviera anunciando el Juicio Final:

—Deportes, niños, libros, señoras...

Al ver el caos que se había montado, soltó un grito y cerró de nuevo las puertas. Ella y sus pasajeros se quedaron mirando afuera cual conejos ansiosos a la espera de su ración de verdura. Un botón pulsado por accidente envió el ascensor de nuevo a la planta baja a toda velocidad. Hasta ellos llegó el sonido de unos gritos agitados que se fueron atenuando gradualmente.

Geoffrey y el joven sonrosado corrieron en dirección a la escalera.

Al bajar, se cruzaron con un vigilante y dos dependientes que subían con expresión sombría.

—¡Ahí arriba hay un loco que está destrozando el almacén! —dijo el joven con una intensidad súbita y espeluznante, que, comparada con su tono habitual, sonaba terriblemente convincente—. ¡Vayan a ver qué se puede hacer! Yo, mientras tanto, llamaré a la policía...

El vigilante le arrebató a Geoffrey el arma que seguía blandiendo y corrió escaleras arriba. Geoffrey comenzó a protestar sin mucha convicción.

—No se entretenga —dijo el joven, tirándole de la manga.

Y continuaron su precipitado descenso hacia la calle.

—¿Y bien? ¿De qué iba todo este asunto? —preguntó el joven, apoyándose en un rincón del taxi y estirando las piernas.

Geoffrey tardó unos instantes en responder. Estaba sometiendo al taxista a un minucioso escrutinio, aunque era muy consciente de que no sabía a ciencia cierta qué sacaría en claro de aquella actividad. Sin embargo, a la vista de lo sucedido en la tienda, no podía permitirse el lujo de dejar ningún cabo suelto. Luego sus sospechas se centraron en el joven y decidió investigar si se trataba de alguien de fiar, pero entonces cayó en la cuenta de que quizá aquello podría interpretarse como la descortesía que, en efecto, era.

—Pues no lo sé —dijo Geoffrey sin demasiada convicción.

El joven pareció encantado con la respuesta.

—Entonces debemos analizar el caso desde el principio. Ese tipo casi acaba con usted, ¿sabe? Y eso no se puede consentir de ningún modo. —Aquella declaración en defensa de la ley tenía algo de absurdo—. ¿Adónde se dirige ahora?

—A Paddington —dijo Geoffrey, que añadió rápidamente—: Es decir, a lo mejor.

La conversación no iba bien y su fugaz sensación de euforia se había esfumado.

—Ya sé qué ocurre. No se fía de mí, y bien que hace. Un hombre en su situación no debería confiar en nadie. Aunque yo soy de fiar, ¿sabe? Le acabo de ahorrar un chichón del tamaño de un huevo de Pascua. —Se enjugó la frente y se aflojó el cuello de la camisa—. Me llamo Fielding, Henry Fielding.

Geoffrey no pudo evitar hacer, aunque con escaso entusiasmo, una gracia de segunda categoría.

—No será el autor de *Tom Jones*, ¿verdad? —Se arrepintió nada más decirlo.

—¿*Tom Jones*? Es la primera vez que lo oigo. Es un libro, ¿verdad? No tengo mucho tiempo para leer, ¿y usted?

—¿Disculpe?

—Me he presentado y por tanto creía que...

—¡Ah, sí, desde luego...! Geoffrey Vintner. Le agradezco que haya reaccionado con tanta rapidez. A saber qué habría sido de mí si usted no hubiese intervenido.

—Lo mismo digo.

—¿Qué quiere decir...? Ah, comprendo. Pero quizá tendríamos que habernos quedado y haber hablado con la policía. Está muy bien eso de salir corriendo como unos colegiales a los que han sorprendido robando peras de un huerto, pero hay ciertas convenciones que deben mantenerse. —De pronto, a Geoffrey le aburrió soberanamente tener que dar todas aquellas explicaciones—. En cualquier caso, tengo que coger un tren.

—Y nuestro amigo seguramente intentaba impedir que lo hiciera. Lo que nos lleva de vuelta a la pregunta inicial: ¿de qué va todo este asunto?

Pero Geoffrey estaba distraído, pensando en el pasacalle y fuga que le habían encargado para Año Nuevo. La partitura no avanzaba como habría sido deseable y no parecía que la interrupción provocada por aquella misión fuese a mejorar sustancialmente las cosas. No obstante, ni siquiera la perspectiva del futuro olvido impide que un compositor reflexione de forma obsesiva sobre sus obras. Geoffrey se enfrascó en una interpretación mental: ta-ta; ta-ta-ta-íz-ta-íz.

—Me pregunto si habrán previsto el fracaso de la primera ofensiva y si tendrán abierta una segunda línea de defensa —añadió Fielding.

Esta inesperada confusión de metáforas militares desconcertó por completo a Geoffrey. Los espectrales tarareos cesaron de inmediato.

—Supongo que eso lo habrá dicho para asustarme.

—Cuénteme qué está ocurriendo. Si soy un enemigo, ya estoy al corriente de...

—Yo no he dicho...

—Y, si no lo soy, quizá pueda ayudar.

Así que, al final, Geoffrey se lo contó todo. Si bien era cierto que no disponía de muchos detalles concretos sobre el tema.

—No veo que eso nos vaya a ser de mucha ayuda —objetó Fielding en cuanto Geoffrey hubo terminado. Examinó el telegrama y la carta—. ¿Y quién es ese tal Fen?

—Es profesor de Literatura Inglesa en Oxford. Nos conocimos allí. No lo he visto mucho desde entonces, aunque sí sabía que pretendía pasar las vacaciones en Tolnbridge. La razón de que me haya mandado llamar... —Geoffrey hizo un gesto de cómica resignación y derribó sin querer el cazamariposas, que estaba apoyado precariamente en el taxi, en posición transversal. Lo devolvió a su sitio, no sin cierta virulencia—. No sé por qué Fen insiste en que le lleve este trasto —continuó Geoffrey tras meditar unos

instantes si debía acabar la frase anterior y decidir que no.

—Qué extraño, ¿verdad? ¿Es coleccionista?

—Con Fen, nunca se sabe. En cualquier otra persona, desde luego, resultaría extraño.

—Parece que Fen está informado de ese asunto de Brooks.

—Bueno, para empezar él está allí, y además —Geoffrey añadió a modo de coletilla— es una especie de detective.

Fielding pareció desconcertado. Se había reservado ese papel para él y le disgustaba la competencia. Con cierto malhumor, preguntó:

—No será un detective *oficial*, ¿verdad?

—No, no. Aficionado. Pero tiene mucho éxito.

—Gervase Fen... Pues no me suena. —Y, tras pensarlo un momento, exclamó—: ¡Qué nombre tan tonto! ¿Colabora con la policía?

Lo dijo como si estuviera acusando a Fen de pertenencia a algún tipo de organización orgiástica e ignominiosa.

—No lo sé, la verdad. Solo sé lo que ha llegado a mis oídos.

—Me pregunto si le importaría que le acompañase a Tolnbridge. Estoy harto de los grandes almacenes. Y en plena guerra, parece un sitio tan alejado de todo...

—¿No puede alistarse?

—No, no me quieren. Intenté alistarme en noviembre, pero me clasificaron como «cuatro», no apto. Soy voluntario de protección civil antiaérea, desde luego, y tenía previsto unirme a la Guardia Nacional, pero ¡por mí como si se van al cuerno!

—Yo a usted lo veo bastante sano.

—Y lo estoy. Me encuentro perfectamente, salvo por la visión borrosa. Aunque no te clasifican «cuatro» solo por eso, ¿verdad?

—No. Quizá sufra usted una enfermedad rara y fatal de la que nadie le ha informado —sugirió Geoffrey para animarlo.

Fielding hizo caso omiso.

—Me encantaría hacer algo real por la guerra, algo romántico. —Volvió a enjugarse la frente, lo que no resultó nada romántico—. Intenté unirme al Servicio Secreto, pero no hubo manera. En este país no resulta nada fácil unirse al Servicio Secreto. Al menos no así, sin más.

Y dio una palmada, para ilustrar sus palabras.

Geoffrey pensaba. A la vista de lo sucedido, probablemente sería útil que Fielding le acompañase en el viaje, y no había motivos para desconfiar de segundas intenciones.

—... A fin de cuentas, la guerra no se ha convertido en algo tan mecanizado para que las iniciativas solitarias, individuales, dejen de tenerse en consideración —decía Fielding, transportado a una especie de Valhalla de agentes del Servicio Secreto—. Se reirá de mí, supongo —Geoffrey lo negó con una rápida sonrisa—, pero a largo plazo son los que sueñan con convertirse en hombres de acción los que acaban siendo hombres de acción. Reconozco que don Quijote hizo el ridículo con los molinos, aunque no me extrañaría nada que algún gigante hubiese estado implicado en todo ese asunto.

Suspiró levemente mientras el taxi se adentraba en Marylebone Road.

—Me gustaría que me acompañase, pero ¿y su trabajo? Supongo que necesita el dinero.

—No pasa nada. No me falta el dinero. —Fielding mostró una falsa expresión de sorpresa—. ¡Ay, tendría que haberlo mencionado antes...! *Debrett, Who's Who* y otras publicaciones me atribuyen el título de conde.

Geoffrey estuvo a punto de echarse a reír, pero algo en la actitud de Fielding se lo impidió.

—Un conde bastante insignificante, desde luego —se apresuró a añadir Fielding—. Y no lo soy por méritos propios, en absoluto: el título es heredado.

—Y, entonces, ¿qué demonios hacía en esa tienda?

—*Grandes almacenes* —corrigió Fielding con solemnidad—. Bueno, oí que faltaba personal en los comercios por la llamada a filas, y se me ocurrió que ese podría ser un buen modo de ayudar. Solo temporalmente, por supuesto —añadió con cautela—. Un poco en broma —concluyó débilmente.

A Geoffrey no le resultó fácil contener la risa. Pero fue Fielding el que, de pronto, se echó a reír.

—Supongo que, bien mirado, suena ridículo. Por cierto, ¿no será usted Geoffrey Vintner, el compositor?

—Un compositor bastante insignificante, desde luego.

Se observaron como es debido por primera vez y a ambos les agradó lo que vieron. El taxi traqueteó a través de la penumbra de Paddington. De repente, un ruido los sobresaltó.

—¡Maldita sea! —dijo Fielding—. El condenado cazamariposas se ha vuelto a caer.

JAMÁS VIAJES POR PLACER

La multitud no es compañía, sino una simple galería de rostros; y la charla tan solo es un tintineante címbalo, carente de amor.

BACON

Comparada con la sombría inmensidad de Waterloo, que tanto recordaba a un establo, Paddington parecía un abismo infernal. No imperaba aquí el orden ni la estricta división y segregación entre lo mecánico y lo humano que había en la gran estación de Waterloo. Las máquinas y los pasajeros resoplaban y se arremolinaban casi sin separación alguna entre ellos, pues las barreras erigidas para separarlos se antojaban poco menos endebles que los inoportunos obstáculos de una carrera de vallas. Las riadas de gente, tempestuosas y condensadas, parecían más dispuestas a acumularse en la parte posterior de los trenes, como niños amontonados sobre un burro en la playa, que a subir civilizadamente a los vagones. Las locomotoras jadeaban y gemían como erizos agonizantes prematuramente arrollados por hordas de hormigas depredadoras. Daba la sensación de que cualquier amago de partida aplastaría y dispersaría de forma irremediable a estos millares de insectos, que no lograrían evitar a tiempo los parachoques y las bielas.

El calor y el gentío impedían cualquier sensación de comodidad y estimulaban una predisposición a los movimientos inquietos y erráticos. Las corrientes de personas que caminaban hacia los bares, el andén, las taquillas, los aseos y las entradas principales eran, quizá, distinguibles del resto, pero únicamente del mismo modo que los límites convencionales de los ríos en un mapa: inundaban sus riberas ante los sujetos meramente impasibles que permanecían en los ángulos de su confluencia con actitud melancólica o desesperada. Observadas desde el suelo, estas masas de humanidad exhibían, en sus esfuerzos por desplazarse más y más allá, divergencias sorprendentes respecto a la vista aérea. De hecho, las personas que empujaban para llegar a su destino se inclinaban en ángulos peligrosos o se asomaban entre los cuerpos de los que había delante, lo que les daba el aspecto de criminales medio decapitados. Numerosos soldados cargados con pesados cilindros blancos llenos de plomo se abrían paso a codazo limpio entre disculpas educadas, o bien se sentaban sobre sus macutos y se dejaban zarandear desde todos los ángulos. Los empleados del ferrocarril controlaban la escena con la incómoda autoridad

de unos maestros que intentan arrancar de sus alumnos un mínimo reconocimiento cortés una vez terminado el curso.

—¡Santo cielo! —dijo Geoffrey mientras se abría paso a trompicones llevando una maleta con la que propinaba periódicos porrazos involuntarios a las rodillas de los transeúntes—, ¿conseguiremos subir a ese tren algún día?

Fielding, que seguía inapropiadamente vestido con las ropas matinales de su recién abandonado empleo, se limitó a gruñir.

Parecía derrotado por el calor. Cuando, entre arañazos y empujones, consiguieron avanzar unos metros más, preguntó:

—¿A qué hora sale?

—Todavía faltan tres cuartos de hora. —La parte relevante de la respuesta quedó ahogada por unos pitidos infernales. Geoffrey repitió, gritando—: ¡Tres cuartos de hora!

Fielding asintió y luego se esfumó sin más, vociferando una explicación cuya única palabra comprensible fue «ropa». Geoffrey avanzó, algo desconcertado, hasta la taquilla. La compra de los billetes lo entretuvo unos veinte minutos, pero en cualquier caso parecía que el tren saldría con retraso. Al ver pasar a un mozo de equipajes que iba a cumplir un recado inespecífico y que parecía bastante relajado, agitó la maleta con optimismo. El mozo no le hizo ni caso.

Después meditó algo apesadumbrado sobre las miserias que nos causan nuestras debilidades y fue a tomarse una copa.

La cantina estaba decorada con dorados y mármol, un inapropiado esplendor que proyectaba una singular tristeza sobre todo el ambiente. Los responsables de que los viajeros subieran a los trenes habían tenido la previsión de adelantar el reloj diez minutos, una argucia que provocaba frecuentes ataques de pánico entre quienes creían que marcaba la hora correcta. Los demás, cuyos relojes iban convenientemente atrasados, los tranquilizaban de inmediato. Al descubrir la hora auténtica, se producía un segundo ataque de pánico mucho más sustancial. Los años de sometimiento a las restrictivas leyes de excepción habían condicionado al público británico a apurar su estancia en los bares hasta el último momento posible.

Geoffrey depositó su maleta junto a una columna —alguien tropezó enseguida con ella— y se abrió paso hasta la barra, a la que se aferró con la determinación del naufrago que alcanza una orilla amiga. Las sirenas que se agazapaban detrás del mostrador, con bastante más libertad de movimientos, estaban enfrascadas en agradables conversaciones con los clientes habituales. El aluvión de miradas imperiosas y gritos desesperados apenas conseguía conmoverlas. Algunos blandían monedas con la esperanza de que la exhibición de fortuna y buena fe pusiera a estas figuras en movimiento. Geoffrey se apostó junto a un viajante enano que ofrecía a una de las camareras una larga disertación sobre los inconvenientes de casarse demasiado pronto. Él mismo y muchos de sus amigos y conocidos eran un claro ejemplo de su argumento. Finalmente, Geoffrey lo apartó con un malintencionado empujón y consiguió agenciarse una copa.

Fielding reapareció tan inexplicablemente como había desaparecido, pero ahora iba

vestido con una americana informal y pantalones de franela, y además llevaba una maleta. Casi sin aliento, le explicó que se había acercado hasta su casa, y luego se dispuso a pedir una cerveza. Y de nuevo volvieron a representar todo el ritual de ruegos y súplicas para conseguirla.

—Viajar... —dijo Fielding con hondo sentimiento.

—Espero que no haya bebés en nuestro compartimento —añadió Geoffrey con voz lúgubre—. Una de dos: o se pasan el viaje chillando y gateando o están enfermos.

Había bebés —uno, al menos—, y el compartimento de primera clase donde se encontraba era el único con dos asientos disponibles. Geoffrey arrojó enseguida todos sus bártulos a uno de los asientos libres —el que daba al pasillo— a fin de marcar su territorio. Luego, ayudado por Fielding y bajo la atenta mirada del resto de los ocupantes del compartimento, se propuso colocar el cazamariposas de Fen en el portaequipajes. Pronto comprobó que era demasiado largo. Geoffrey lo miró con odio: aquel artilugio había crecido hasta acabar convirtiéndose en un monstruoso símbolo de la incomodidad, el oprobio y el absurdo de aquel ridículo viaje.

—Pruebe a apoyarlo en la ventana —dijo el pasajero que ocupaba el asiento del extremo opuesto al de Geoffrey. Sorprendentemente, aquel hombre era muchísimo más sonrosado y rollizo que Fielding. Geoffrey se sintió como alguien que va por la vida presumiendo de un violín Amati y de pronto se topa con un Stradivarius.

Pusieron su idea en práctica, pero la red se caía cada vez que alguien movía los pies.

—Vaya armatoste para subir a un tren... —dijo, *sotto voce*, la mujer que llevaba al bebé.

Al final decidieron colocarlo transversalmente de un portaequipajes a otro. Todo el vagón se puso en pie —sin el menor entusiasmo, porque hacía calor— para colaborar en la maniobra. Una mujer de tez muy blanca y picada de viruela como una desplumada pechuga de pollo que estaba sentada en uno de los extremos desplazó a regañadientes su equipaje para hacer sitio. Luego volvió a sentarse y se aisló innecesariamente del resto de la humanidad con una manta, lo que hizo que Geoffrey se acalorase aún más. Con un gran despliegue de mutuas y crípticas muestras de ánimo, como «¡Vamos arriba!» y «¡Ya lo tenemos!», Geoffrey, Fielding, el hombre obeso y un joven clérigo que ocupaba el otro extremo del compartimento consiguieron finalmente levantar y colocar la red. Y entonces el bebé, que hasta ese momento se había mantenido inactivo, se despertó súbitamente e inició una exhaustiva crónica de bufidos y chillidos. Gruñía exactamente igual que el bebé cerdo de *Alicia* y, de hecho, parecía que fuera a iniciar la transformación en ese animal ante sus propios ojos en cualquier instante. La madre empezó a zarandearlo violentamente mientras fulminaba con la mirada a los autores del jaleo. Los pasajeros que iban buscando asiento se asomaban al compartimento e intentaban calcular cuántas personas participaban de aquel bullicio. Uno hasta se atrevió a abrir la puerta y preguntar si había sitio, pero nadie le hizo el menor caso y finalmente acabó marchándose.

—¡Qué vergüenza! —exclamó la mujer del bebé. Lo meneó con más ferocidad si cabe y empezó a arrullarlo, lo que añadió un nuevo ruido a los que ya profería la criatura.

Ahora el cazamariposas estaba bien asegurado por sus dos extremos y colocado de un modo que no molestaba, salvo si alguien se levantaba de golpe o entraba en el vagón sin prestar atención, en cuyo caso podía golpearse la cabeza. Geoffrey dio profusamente las gracias a sus colaboradores, que se sentaron de nuevo con aspecto acalorado pero también satisfecho, y luego se volvió para transferir el resto de sus pertenencias del asiento al portaequipajes. Encima de sus bártulos descubrió una carta que no era suya. Pero sí iba dirigida a él. La abrió y leyó:

Todavía está a tiempo de bajar del tren. Cualquiera comete fallos, pero no vamos a pifiarla siempre.

Geoffrey ignoró la mirada curiosa de Fielding y sin decirle nada colocó el resto del equipaje. En la confusión anterior, cualquiera de las personas que ocupaban el compartimento podía haberle dejado esa nota y, además, como la ventanilla estaba abierta, alguien podría incluso haberla arrojado desde el exterior. Intentó recordar la posición en la que se encontraban sus compañeros de viaje mientras trataban de colocar el cazamariposas, pero no lo consiguió. Se sentó con una leve sensación de alarma.

—¿Otra carta? —preguntó Fielding, levantando la ceja derecha.

Geoffrey asintió y le tendió la nota. Fielding, asombrado, silbó ruidosamente mientras la leía.

—Pero ¿quién...?

Geoffrey, sin decir palabra, negó con la cabeza. Esperaba que él comprendiese que sospechaba de algún ocupante del vagón y que hablar abiertamente del asunto podía suministrar valiosa información al enemigo. Los demás observaron sin demasiado entusiasmo este misterioso intercambio.

Pero Fielding no captó sus sutiles insinuaciones.

—Un trabajo rápido. Tenían una segunda línea de defensa preparada por si les fallaba lo de los grandes almacenes. Bastaba con avisar a alguien que ya estaba aquí mientras nosotros veníamos de camino. Está claro que van a por todas.

—Te agradecería que recordaras que yo soy el objetivo de todo esto —dijo Geoffrey, un tanto malhumorado—. Y no me resulta muy agradable que te regodees en las excelencias de su plan cuando yo estoy delante.

Aquello cayó en saco roto.

—Y eso significa —prosiguió Fielding— que la máquina de escribir que utilizan se encuentra en las inmediaciones... O no, maldita sea. Esta segunda nota es tan imprecisa que podrían haberla escrito antes incluso de que fallara lo de los almacenes.

Este error de cálculo lo hundió en un profundo abatimiento y, apesadumbrado, bajó la vista a sus zapatos.

Entretanto, Geoffrey se entretenía elaborando un inventario mental del resto de los

ocupantes del compartimento. El hombre que tenía enfrente y que tanto le había ayudado con el asunto de la red parecía un profesional bien situado. Un médico, quizá, o un corredor de bolsa. Tenía un rostro afable y ese aire tímido y melancólico tan habitual en los obesos, cabello ralo y lacio, pálidos ojos grises con párpados gruesos como gordas persianas de carne y unas pestañas muy largas, bastante femeninas. Llevaba un traje caro, hecho a medida, y sostenía un grueso libro negro, uno de los cuatro volúmenes, observó Geoffrey sorprendido, de la monumental obra de Pareto *Tratado de sociología general*. ¿Los médicos o los corredores de bolsa leían esas cosas en el tren? Así que lo observó con interés renovado.

Al lado estaba la mujer con el bebé. Las sacudidas continuadas habían llevado a la criatura a un estado de desconcertada incompreensión y ahora tan solo emitía débiles y aislados grititos. Para compensar su relativo silencio, había empezado a babear. Su madre, una mujer pequeña con un aspecto algo desaliñado, aunque sin motivo aparente, se pasaba periódicamente un sucio pañuelo por la cara con tal determinación que parecía a punto de arrancarse la cabeza. Cuando no estaba ocupada en esa tarea, se dedicaba a observar a sus compañeros de compartimento con cara de sumo disgusto. Geoffrey pensó que podía omitirla de la lista de sospechosos. No diría lo mismo del clérigo que estaba sentado a la derecha de la mujer. Si bien parecía enclenque, joven e inofensivo, su aspecto de cura era tan típico que lo convertía en sospechoso de inmediato. Miraba de vez en cuando, con ansiosa curiosidad, a la mujer de la manta. Ella, entretanto, estaba absorta en ese cargante examen de los compañeros de compartimento que muchos consideran necesario antes de emprender un largo viaje en tren. Finalmente, justo cuando le pareció que había llevado aquello al extremo en que la leve incomodidad se estaba transformando en un patente malestar, miró su pequeño reloj de pulsera y preguntó al clérigo:

—¿A qué hora llegaremos a Tolnbridge?

Esta pregunta despertó cierto interés en el resto de los pasajeros. Tanto Geoffrey como Fielding dieron un respingo sincronizado y dirigieron rápidas miradas a la mujer que había hecho la pregunta, mientras que el adicto a Pareto, sentado frente a Geoffrey, también dio sutiles muestras de atención. Bien pensado, aunque comparada con Taunton o Exeter fuese una parada menor, tampoco era raro que algún pasajero más fuera a apearse en Tolnbridge, pero Geoffrey estaba demasiado preocupado e intranquilo para llegar a esa simple deducción.

El clérigo no sabía qué responder. Miró a su alrededor con cierta impotencia y al final respondió:

—No lo sé, señora Garbin. ¿Quiere que lo averigüe...?

Hizo ademán de levantarse, pero el hombre que estaba sentado enfrente de Geoffrey se inclinó hacia delante y dijo con decisión:

—A las cinco cuarenta y tres, pero mucho me temo que vamos con retraso. —Se sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco—. Para empezar, salimos diez minutos tarde.

La mujer de la manta asintió enérgicamente.

—En tiempos de guerra debemos resignarnos a esa clase de cosas —dijo con un tono

de estoica abnegación—. ¿Se baja también usted en Tolnbridge? —preguntó poco después.

El hombre obeso asintió. La democracia reticente y cohibida del vagón de tren comenzó a desplazarse con un chirriante movimiento.

—¿Va usted muy lejos? —le preguntó a Geoffrey.

—También voy a Tolnbridge —replicó él, sobresaltado y algo tenso. Y sintiendo que la respuesta era una contribución bastante parca al entretenimiento general, añadió—: Hoy en día los trenes siempre salen con retraso.

—Es inevitable —intervino el clérigo, tratando de aportar algo más de diversión—. Pero, al menos, debemos sentirnos afortunados de poder viajar. —Se volvió hacia la mujer del bebé—: Y usted, señora, ¿va muy lejos? Viajar con una criatura tan pequeña debe de ser agotador.

—Voy más lejos que ustedes —respondió la madre—. Mucho más al oeste. —Con su tono expresó la determinación de no moverse de su asiento hasta llegar tan al oeste como pudiera, aunque el tren alcanzase las costas de Lands End, en Cornualles, y se despeñara al mar.

—¡Qué bien se porta el crío! —dijo el clérigo, mirándolo con disgusto. El bebé escupió.

—Vamos, Sally, no le hagas eso al caballero —dijo la madre, antes de dirigirle al cura una mirada claramente malévola.

El cura esbozó una sonrisa triste. El hombre obeso volvió a su libro. Fielding, malhumorado, leía el periódico en silencio.

Fue justo entonces, entre los agudos silbidos que anunciaban la inminente partida, cuando un hombre irrumpió en el pasillo exterior cargado con un pesado baúl de viaje. Miró por la ventana, saltando como una marioneta para tratar de ver el interior del vagón. Luego abrió la puerta y entró con agresividad. Llevaba un traje negro brillante con un clavel mustio en el ojal, zapatos marrones, un alfiler de corbata con una perla, un sucio sombrero de fieltro gris y un pañuelo color limón en el bolsillo superior de la chaqueta. Tenía los dedos manchados de nicotina y las uñas muy sucias. Estaba bastante colorado —de hecho, parecía a punto de sufrir un ataque— y se limpiaba la nariz con el dorso de la mano. Entró tirando del baúl como si fuera un perro que se negara a avanzar y le pisó el pie al clérigo. El baúl salió despedido hacia delante y golpeó sonoramente la rodilla de la mujer de la manta.

—¡No hay sitio! —le espetó ella, como si fuera una especie de señal. Un confuso murmullo, entre reprobatorio y disuasorio, se levantó para apoyar las palabras de la mujer. El hombre miró ofendido a su alrededor.

—¿Cómo que no? —preguntó a voz en grito—. ¿Acaso cree que voy a pasarme todo el viaje en ese pasillo de mierda? ¡Porque si eso es lo que cree, está pero que muy equivocada! —Y siguió con su acalorado discurso—: Solo porque ustedes, los señoritingos, hayan pagado un pasaje de primera, no quiere decir que tengan derecho a ocupar todo el tren. ¡La gente como yo no va a quedarse de pie todo el camino para que

los plutócratas puedan estirar las piernas y estar bien repanchigados en sus cómodos asientos! —El intruso estaba cada vez más indignado—. He pagado por un sitio igual que cualquiera de ustedes, ¿o no? ¿Sí o no? —De pronto señaló al hombre obeso, que, asustado, dio un respingo—. ¡Si usted se toma la molestia de levantar el brazo, habrá sitio para todos!

El hombre obeso levantó apresuradamente el brazo del asiento y, con ruidosas muestras de satisfacción, el intruso se insertó en el hueco que había quedado entre él y la señora del bebé.

—¡Cuide su lenguaje delante de las damas! —dijo la madre, indignada. El bebé volvió a berrear—. ¿Ve? ¡Mire lo que ha hecho! ¡Ha asustado al niño!

El intruso no le prestó la menor atención. Sacó un *Daily Mirror* y un *Daily Herald* y, mientras apoyaba ruidosamente el primero sobre una rodilla, abrió el segundo todo lo ancho que era. Sus codos quedaron a escasos centímetros de las narices de sus vecinos. La mujer de la manta, tras su primera intervención, había asumido que la monótona retahíla de impertinencias la había derrotado y guardaba silencio. Geoffrey, Fielding y el clérigo se sentían en cierto modo ofendidos e impotentes, pero también estaban atenazados por el terror burgués a ofender a aquella sediciosa manifestación de las clases bajas, así que no se atrevieron a moverse de sus asientos. Solo la madre, que demostraba su intransigencia a través de continuas miradas desdeñosas, y el hombre obeso, cuya situación era más desesperada, siguieron dando muestras de cierta resistencia.

—Supongo —dijo el hombre obeso, cerrando el libro de Pareto— que tiene usted un billete de primera clase.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. El intruso se fue incorporando con lentitud, como un púgil que poco a poco hubiera reunido fuerzas para vengarse de un golpe bajo. Los demás, aterrados, permanecieron a la espera. Hasta el hombre gordo acabó acobardándose, desconcertado por la lúgubre tardanza de la respuesta.

—¿Y a usted qué narices le importa? —preguntó el intruso por fin, cerrando ruidosamente el *Herald*. Se produjo un silencio sobrecogedor—. No es usted ningún revisor de mierda, ¿o acaso lo es?

El hombre obeso no respondió.

—¿Cree que porque no soy un rico holgazán como usted no tengo derecho a sentarme cómodamente?

—¡Cómodamente! —ironizó la mujer del bebé.

El intruso la ignoró y siguió increpando al hombre obeso.

—Es un clasista, ¿eh? Demasiado bueno para compartir el mismo vagón con tipos como yo, ¿eh? Pues, escúcheme bien —le advirtió, dándole unos bruscos golpecitos en el chaleco—, esta guerra empezó, entre otras cosas, para librarnos de gente como usted y dejarles algo de sitio a los tipos como yo.

Para ilustrar sus palabras, se repantingó en el asiento, y al recostarse le propinó una patada a Fielding en la espinilla. El bebé rompió a berrear como un poseso.

—¡Bruto! —dijo la madre.

—¡Tonterías! —dijo el hombre obeso—. Esto no tiene nada que ver con si usted ha comprado un billete de primera clase.

El intruso, retador, se acercó aún más al hombre gordo.

—¿Ah, no? ¿Ah, no? —Hablaban cada vez más rápido—. Cuando se imponga el socialismo, que es por lo que estamos luchando, usted y todos los suyos tendrán que mostrarme respeto, sí señor, en lugar de tratarme como a un trapo... ¿Lo ha entendido?

Como continuar con estos argumentos le resultaba agotador, transfirió su atención al libro del hombre obeso. Pese a las leves protestas de este, se lo arrebató de las manos de un tirón. Luego lo inspeccionó con detenimiento, como habría hecho un cirujano tras una extirpación cancerígena especialmente repulsiva.

—¿Qué es esto? Vilfredo Pareto —anunció a todo el compartimento—. *Tratado de sociología general*. Vaya, es de un italiano de mierda, ¿no? Oiga, usted —dijo, dirigiéndose esta vez a Geoffrey—: ¿ha oído hablar de este tipejo alguna vez en su vida?

El hombre gordo miró, suplicante, a Geoffrey. Geoffrey, traicionando, en cierto modo, al gordo y faltando a la verdad, negó con la cabeza. Nada en el mundo le hubiera inducido a admitir que conocía a aquel sociólogo.

El intruso asintió con aire triunfante y se dirigió a Fielding.

—¿Y a usted? —preguntó, subiendo el volumen—. ¿Le suena de algo este tipo?

También a traición, pero con sinceridad, Fielding lo negó. El hombre obeso empalideció. Hacía las preguntas de una forma tan solemne que bien podría haber estado esperando el veredicto de la Inquisición con los únicos dos testigos de la defensa sobornados en su contra.

El intruso, pletórico, respiró hondo y empezó a pasar pomposamente las páginas del libro.

—Escuchen esto —ordenó—: «El principal nú-cle-o en un de-ri-va-do (una teo-rí-a no ló-gico-exper-i-men-tal) es un re-si-duo o varios re-si-duos alre-dedor de los cua-les se agru-pan otros re-si-duos». ¿Han entendido algo? ¿Esto se entiende? —Dirigió una mirada siniestra a Geoffrey, que negó débilmente con la cabeza—. Re-si-duos se-cun-darios —repitió el intruso, burlón—. Un montón de palabrería, creo yo. —Se volvió hacia el hombre gordo y le arrojó el libro a las rodillas—. Tome, debería aprovechar mejor el tiempo en lugar de leer libros escritos por italianos. Y si no tiene nada mejor que hacer, pues al menos ocúpese de sus asuntos y no se entrometa en la vida de los demás. ¿Me ha entendido?

Se volvió con agresividad hacia el resto de los ocupantes del vagón.

—¿Alguien se opone a que me siente aquí, primera clase o tercera clase?

El proceso de intimidación había resultado tan eficaz que nadie se atrevió a articular palabra.

Así, poco después, el tren se puso en marcha.

* * *

El tren fue dando tumbos mientras recorría la campiña inglesa, rumbo a las rojas tierras de Devon y al lento e inmenso oleaje atlántico de la costa de Cornualles. Geoffrey dedicó su tiempo a dormir, a mirar por la ventana sin ver nada, a pensar en fugarse y, sobre todo, a meditar con creciente consternación sobre los acontecimientos del día. La posibilidad —casi la certeza, decidió— de que había un enemigo en las inmediaciones hacía que la compañía de Fielding fuese un verdadero alivio. Apenas pensó en los motivos por los que se había desencadenado todo aquel asunto; en realidad, no había nada que pensar. Los acontecimientos que habían comenzado aquella mañana, cuando bajó a desayunar tan tranquilo como siempre, le parecían ahora una suerte de pesadilla fantástica, carente de toda lógica. Casi empezaba a dudar que hubiesen ocurrido en realidad. La mente humana asimila solo aquello a lo que está habituada, por lo que cualquier suceso fuera de lo común solo la afecta de un modo puramente superficial y objetivo. Y Geoffrey contemplaba el ataque que había sufrido con una sensación de absoluta irrealidad.

Fielding y la mujer de la manta dormían, zarandeados como seres inanimados por el traqueteo del tren. El joven clérigo contemplaba con la mirada perdida el pasillo y la madre acunaba a su bebé, que había sucumbido a un sueño inquieto, probablemente infestado de pesadillas. El intruso también se había dormido y roncaba con la barbilla dolorosamente apoyada en el alfiler de la corbata. El hombre obeso dirigió una mirada cauta a Geoffrey y cerró el *Daily Mirror* que el intruso le había obligado a aceptar con desdeñosa superioridad, y que el pobre desdichado había estado leyendo desde que el tren salió de Paddington.

—Un viaje espantoso —dijo con una sonrisa de complicidad.

—Diría que usted ha salido peor parado que yo —respondió Geoffrey, devolviéndole la sonrisa—. Pero, en cualquier caso, sin duda es espantoso.

El hombre obeso pareció abstraerse en profundas reflexiones. Cuando por fin se decidió a hablar, su tono era algo vacilante.

—Señor, como es más que evidente que es usted un hombre instruido, me preguntaba si podría ayudarme.

Geoffrey lo miró, sorprendido.

—Si está en mi mano...

—Es tan solo que estoy en un aprieto intelectual —se apresuró a aclarar el hombre gordo, temiendo que Geoffrey creyese que iba a pedirle dinero—. Permítame que me presente. Me llamo Justinian Peace.

—Encantado de conocerle —dijo Geoffrey, que a continuación murmuró su nombre.

—¡Ah, el compositor! —dijo Peace con amabilidad—. Es todo un placer. Bien, señor Vintner, mi problema puede resumirse en dos palabras: tengo dudas.

—¡Santo cielo! —dijo Geoffrey—. No como el señor Prendergast, espero.

—¿Quién?

—De *Decadencia y caída*.

—Me temo que no he leído a Gibbon —dijo el otro, confundiendo la novela de Waugh con el clásico sobre el Imperio romano. Admitir que no había leído a Gibbon pareció irritarlo misteriosamente—. Verá, resulta que soy psicoanalista; un psicoanalista de éxito, supongo, al menos en lo que a honorarios concierne. No sabe usted la cantidad de dinero que algunas personas están dispuestas a pagar por una información que podrían conseguir con solo tres horas de buenas lecturas en cualquier biblioteca pública... —le susurró en tono confidencial, y después, consciente de que se iba por las ramas, continuó—: En fin, la cuestión es que en Londres me consideran uno de los mejores del gremio. Aunque quizá crea usted que todos somos unos charlatanes —Geoffrey lo negó apresuradamente—, al menos yo he intentado dedicarme a mi oficio metódica y científicamente, y he tratado siempre de hacer lo que consideraba mejor para mis pacientes. Pues bien, resulta...

Se detuvo y se enjugó la frente para subrayar que estaba a punto de llegar al meollo del asunto. Geoffrey le hizo un gesto para animarle a que continuara.

—Como ya sabrá, toda la psicología moderna, y el psicoanálisis en particular, se basa en la idea del inconsciente, en el concepto de que una parte de la mente está separada de nuestra consciencia y de que es la responsable de nuestros sueños, de algunos de nuestros impulsos y de todas las complejas manifestaciones de lo irracional en la vida humana. —Geoffrey pensó que Peace se expresaba igual que los manuales especializados—. Todas y cada una de las conclusiones de la psicología analítica derivan de dicha noción. Lamentablemente, hará cosa de un mes se me ocurrió investigar el origen y los fundamentos sobre los que se sustentaba este concepto tan esencial. Y entonces sucedió algo terrible, señor Vintner... —El hombre obeso se inclinó hacia delante y, para dar mayor énfasis a su declaración, le propinó a Geoffrey unos golpecitos en la rodilla—. ¡No pude encontrar la menor prueba experimental ni racional de la existencia del inconsciente!

Volvió a sentarse. Este descubrimiento le parecía una especie de triunfo personal.

—Cuanto más reflexionaba, más me convencía de que el inconsciente no existe. A fin de cuentas, en realidad tampoco sabemos nada de la mente consciente. ¿A qué viene entonces recurrir tan arbitrariamente a la mente inconsciente para explicar todo lo que no entendemos? Es como si un hombre dijera que suele comer una mezcla a base de mantequilla y margarina sin haber probado ninguna de las dos —añadió, recurriendo a algún vago recuerdo gastronómico de la guerra.

Geoffrey observó a Peace con cierto escepticismo.

—Interesante —murmuró—. Muy interesante —repitió por lo bajo, como un médico que acabara de diagnosticar una dolencia turbia y vergonzosa—. Se acepta la existencia de ambos conceptos como si estuviese probada, como la rotación de la Tierra. Pero sigo sin comprender...

—¡Pues tiene usted que comprenderlo! —le interrumpió Peace, muy nervioso—. Este dilema sacude los cimientos de mi profesión, de mi trabajo, de mis ingresos, ¡de toda mi vida! ¡No puedo seguir siendo psicoanalista si ya no creo en el inconsciente! ¡Eso

resultaría tan absurdo como ser un carnicero vegetariano!

Geoffrey suspiró. Su expresión decía que él, al menos, no le veía una salida al atolladero.

—Seguro que no es tan grave como lo pinta.

Peace negó con la cabeza.

—Pues me temo que sí que lo es. Y, ya puestos, ¿no le parece que el psicoanálisis es una tontería? Una sola cosa tiene miles de significados. Es como ese juego matemático que consiste en una serie de sumas en que, empieces por el número que empieces, el resultado es siempre veintiuno.

—Bueno, ¿y no podría iniciar una nueva terapia psicoanalítica basada solo en la mente consciente?

Peace se animó un poco pero luego volvió a derrumbarse.

—Supongo que sí, pero ahora mismo no se me ocurre cómo. Lo pensaré. Gracias por la sugerencia.

Geoffrey lo vio tan abatido que se apresuró a cambiar de tema.

—¿Ha estado usted antes en Tolnbridge?

—Nunca —respondió Peace, como si admitir aquel hecho fuese el colmo de sus problemas—. Es un lugar precioso, según tengo entendido. Y usted ¿piensa quedarse mucho tiempo?

Geoffrey empezó a desconfiar, sin ninguna razón aparente.

—Aún no lo sé.

—Yo voy a hacerles una visita a mi hermana y a mi cuñado, que es el chantre de la catedral. Hace mucho que no los veo —explicó Peace, adoptando un tono didáctico—. Y reconozco que tampoco me apetece demasiado. No me llevo bien con el clero... — Bajó la voz y dirigió miradas furtivas al representante de la Iglesia que estaba sentado en el otro extremo del compartimento—. No puedo quitarme de encima la impresión de que me ven como a una especie de hechicero... Aunque, por otro lado, no les falta razón, supongo —concluyó con tristeza, pues había recordado sus dudas.

Aquello despertó el interés de Geoffrey.

—¡Qué casualidad! Yo me hospedaré en la rectoría, así que supongo que nos veremos. Voy a tocar en los servicios, al menos durante un tiempo.

—¡Ah, sí! Ya sé que el organista ha sufrido un percance... Mi hermana me lo ha contado esta mañana por teléfono. Me ha dicho que, de todos modos, no le extrañaba mucho. Al parecer el tipo bebe como una esponja. Supongo que habrá sido mi cuñado quien lo ha mandado llamar.

—Pues eso habría sido lo normal, pero en realidad me ha convocado un amigo, Gervase Fen. Al parecer, está pasando una temporada en la rectoría. Sin duda su cuñado le habrá permitido tomar la iniciativa en este asunto.

Aunque, conociendo a Fen como lo conocía, de pronto a Geoffrey le asaltó la espantosa duda de que no fuera así. Pero también era cierto que el enemigo debía de creer que era el sustituto oficial, pues de lo contrario no habría estado perdiendo el

tiempo con él.

—Gervase Fen. Ese nombre me suena de algo.

—Es una especie de detective.

—Comprendo... Estará investigando el ataque a su colega Brooks, supongo. ¿Y ha sido él quien lo ha mandando llamar para que sea su suplente? ¡Es extraordinario, la policía se hace cargo de tantas cosas hoy en día...!

—Es que Fen no pertenece al cuerpo de policía. Es solo un detective aficionado.

—¡Ah!

—Y, usted, ¿va a Tolnbridge únicamente por placer?

—No del todo. Tengo que ver a mi cuñado por... —Peace se contuvo— un asunto de negocios. Nada importante.

Geoffrey se había percatado de la breve interrupción. Y entonces Peace reanudó rápidamente la lectura del *Daily Mirror*, como si creyese que había hablado demasiado. Aunque Geoffrey se dio cuenta de que pretendía cortar la conversación, no quiso renunciar a la pregunta que le quedaba por hacer:

—¿Por casualidad no habrá reparado usted en que poco después de entrar en el compartimento he cogido una carta que había sobre mi asiento?

Peace lo miró unos instantes con curiosidad.

—Pues sí —respondió despacio—, sí que me he dado cuenta. Nada de lo que se deba preocupar, espero.

—No, nada de eso. Y no sabrá usted cómo ha llegado hasta aquí, supongo...

El otro guardó un momento de silencio antes de responder.

—No, siento decirle que no he visto nada de nada.

Unas figuras imprecisas que se desplazaban con gran celeridad perseguían a Geoffrey con un cazamariposas por los páramos de Devon. No le sorprendió en absoluto descubrir que Peace corría a su lado.

—Tenemos que encontrar el inconsciente, esté donde esté —le dijo a Peace—. Allí podremos escondernos y, además, seguro que Gervase Fen también anda por la zona.

Su compañero, demasiado ocupado con el bebé que llevaba en brazos, no respondió. Cuando llegaron a la catedral, sus perseguidores estaban ya muy cerca y ellos corrieron hacia el altar, gritando: «¡Santuario! ¡Exigimos santuario!». Un joven clérigo los detuvo ante el cancel.

—No vamos a pifiarla siempre. ¡Es imposible que siempre la estemos pifiando!

Sus perseguidores les estaban pisando los talones. Peace soltó al bebé, que primero gritó y luego emitió unos pitidos muy agudos, como los de una locomotora. El sonido fue aumentando progresivamente de volumen, como si se aproximara un tornado.

Geoffrey se despertó cuando la locomotora del tren pasaba a toda velocidad en dirección contraria, silbando a su máxima potencia. Sin moverse, abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor. Peace dormitaba en la esquina opuesta; el periódico se le había

resbalado de las manos. El intruso, por su parte, seguía roncando, y la madre susurraba al bebé, que gemía y se retorció entre espasmos. Fielding leía un libro, curiosamente aislado y ajeno al resto. A Geoffrey le pareció que, si se hubiera dirigido a él, Fielding se habría vuelto sin reconocerlo, como si fuese un extraño más. El clérigo y la mujer de la manta conversaban en voz baja. El incesante traqueteo de las ruedas impedía distinguir lo que decían. Geoffrey se incorporó, se puso a examinar una desafortunada fotografía de la catedral de Salisbury y luego se entretuvo leyendo las «Instrucciones para los pasajeros en caso de ataque aéreo» que algún viajero con demasiado tiempo entre manos había completado con sus comentarios:

BAJEN LAS CORTINILLAS COMO PRECAUCIÓN

-contra fisgones metomentodo.

NO SALGAN DEL VAGÓN A MENOS QUE SE LO PIDA

-una preciosidad.

Todavía adormecido, parpadeó e intentó no pensar en el calor que hacía.

Cuando el tren se estaba aproximando a Taunton, sonaron las sirenas. La feroz e implacable batalla contra los bombarderos invasores se desarrollaba por toda la costa. El intruso despertó de su prolongado sueño y miró adormecido por la ventana. Los apresurados movimientos con los que se preparaba para partir fueron una distracción muy bien recibida. Finalmente se levantó, echó un vistazo malhumorado a su alrededor y levantó los brazos para sacar su pesado baúl del portaequipajes. No fue del todo sorprendente que, debido al peso, el baúl se le resbalase de las manos. Si hubiese caído directamente sobre la cabeza de Geoffrey, que entonces se estaba inclinando hacia delante para hablar con Fielding, las consecuencias habrían sido graves, pero, afortunadamente, Fielding se dio cuenta a tiempo y empujó a su amigo con todas sus fuerzas. El baúl aterrizó en las rodillas de Geoffrey con un golpe aterrador.

En la confusión que siguió, el culpable del alboroto no se entretuvo en pedir disculpas, sino que salió del compartimento y bajó al andén de Taunton antes de que el tren se detuviese del todo. Geoffrey se acariciaba las rodillas, doblado por el dolor. Pero, afortunadamente, el fémur es un objeto sólido y Peace demostró ser un médico experto. Nadie se planteó iniciar una persecución, pues, cuando por fin se restableció el orden, el tren se había puesto de nuevo en movimiento.

—¡Podría haberle desnucado! —dijo la madre del bebé, indignada.

—Así es —coincidió Geoffrey, dolorido y muy mareado—. Muchas gracias..., por segunda vez —le dijo a Fielding.

Peace había abierto el baúl y miraba perplejo el contenido: un amasijo de hierros viejos.

—No me sorprende que fuera tan pesado. Pero ¿por qué demonios...? —Decidió que no era el momento de iniciar ningún tipo de investigación—. Le conviene caminar un poco para evitar el agarrotamiento. Le dolerá, pero es lo mejor.

Geoffrey se levantó con dificultad, se golpeó la cabeza con el cazamariposas y soltó una maldición. Aquello era la gota que colmaba el vaso.

—Iré a asearme un poco. En estos viajes uno siempre acaba poniéndose perdido.

En realidad, tenía ganas de vomitar.

—Deje que lo acompañe —dijo Fielding, pero Geoffrey lo apartó, impaciente. Un intenso odio hacia toda la humanidad consumía su interior.

—No hace falta —murmuró.

Avanzó tambaleándose por el pasillo como un borracho en la cubierta de un barco zarandeado por una tormenta. El aseo más próximo estaba ocupado, pero cuando ya se dirigía al siguiente un joven salió del primero, se disculpó con una sonrisa y se apartó para cederle el paso. Geoffrey se contempló en el espejo con expresión lúgubre y, justo en el instante en que se disponía a cerrar la puerta, reparó en que el joven lo había seguido al interior y la cerraba por él.

—Ahora estamos encerrados juntos —le dijo.

—¡Tercer golpe de suerte! —exclamó Fielding, jovialmente.

Geoffrey gimió y, una vez más, despertó de una pesadilla. Estaba de nuevo en el compartimento, cuyos ocupantes lo miraban con cara de preocupación. Hasta el bebé lo observaba con expresión curiosa, como si le exigiera explicaciones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Geoffrey, como suele suceder en estos casos.

—Como tardaba en volver me he preocupado y he ido a buscarle. Por suerte, encontrarle no ha sido difícil, y le hemos traído de vuelta aquí. ¿Cómo está?

—Fatal.

—Se pondrá bien —dijo Peace—. El golpe lo ha trastornado un poco.

—Ya lo creo, ¡maldita sea! —dijo Geoffrey con indignación—. ¿Dónde estamos?

—Llegando a Tolnbridge.

—¿Ya hemos pasado Exeter? —Geoffrey volvió a gemir—. Ese tipo se habrá apeado allí.

—Mi querido amigo, ¿se encuentra bien? Ese hombre se bajó en Taunton.

Geoffrey miró a su alrededor, confundido.

—No, no, el otro. ¡Ay, Dios! —La cabeza le daba demasiadas vueltas para pensar con claridad. Acongojado, se la frotó tanteando aquí y allá—. ¿Dónde está el chichón? Tiene que haber un chichón.

Peace, que estaba cogiendo sus cosas del portaequipajes, se volvió, sorprendido.

—¡El chichón del golpe! —explicó Geoffrey, irritado.

—Estimado amigo, nadie le ha golpeado —dijo Peace, en tono conciliador—. Debe de haberlo soñado. Simplemente se ha desmayado, eso es todo. Se ha desmayado.

EL MORIBUNDO BALBUCEANTE

*El moribundo balbucea febrilmente
entre convulsiones indoloras y mira sin ver.*

PATMORE

Tolnbridge se encuentra junto al río del que toma su nombre, a unos seis kilómetros del traicionero estuario que desemboca en el canal de la Mancha. En tiempos de los Hannover fue un puerto de cierta relevancia, pero el aumento de tamaño de las embarcaciones, unido a la progresiva obstrucción de la desembocadura, que ha pasado a convertirse en un estrecho canal, le arrebató rápidamente esa distinción y lo devolvió a su categoría original de base comercial mal ubicada para los productos agrícolas de esa zona del sur de Devon. Todavía conserva cierta industria pesquera y —al menos, antes de la guerra— algo de turismo, pero casi toda su prosperidad se ha trasladado un poco más al este del estuario. Concretamente a Tolnmouth, que ha pasado a ser el segundo centro de veraneo más importante de la costa de Devon, después de Torquay. Tolnbridge tampoco tiene mucho valor desde un punto de vista naval o militar y, por lo tanto, solo recibía una atención esporádica y malintencionada de los bombarderos. El grueso de los ataques se concentraba en el norte de aquella costa y el pueblo apenas había sufrido daños.

Su catedral se había construido durante el reinado de Eduardo II, cuando Tolnbridge gozaba de una prosperidad sin precedentes. En aquellos tiempos era el puerto donde se recibían los barcos con cargamentos de vino procedentes de Burdeos y de España. En cuanto a su estilo arquitectónico, pertenece históricamente a algún punto de la transición del primer gótico al gótico decorado, aunque apenas se observan elementos del segundo. Se trata, por lo tanto, de uno de los últimos, así como de los mejores, ejemplos del soberbio estilo que también puede contemplarse en la catedral de Salisbury y en tantas otras hermosas iglesias parroquiales. En comparación con Salisbury, es un edificio pequeño, pero se encuentra en un lugar tan destacado del centro de la población que parece más grande de lo que es en realidad. A medio kilómetro del río, la ribera se eleva y forma una meseta natural donde se encuentra la parte antigua de esta pequeña villa. Y justo detrás se extiende una amplia ladera que termina en una empinada colina en cuya cima se levanta la catedral. Aparte de esta, la única construcción que se erige sobre la

pendiente es la rectoría, en el extremo sudoccidental.

Por tanto, desde la villa se puede contemplar una vista magnífica de esta larga pendiente repleta de cipreses, serbales y alerces, de los grises contrafuertes y del esbelto chapitel que destaca sobre el río. El efecto resultaría sobrecogedor de no ser por las dos pequeñas iglesias del centro de la población, cuyas agujas, erguidas en noble aunque ineficaz emulación de su gran compañera de la cima, restablecen el equilibrio y moderan el paisaje. Detrás de la catedral, la colina desciende más suavemente hacia la parte nueva de la villa, donde se encuentran la estación de tren, la fábrica de pintura y las casas que bajan por la ladera septentrional para entremezclarse con la parte antigua y después dispersarse hacia el sur en una serie de espaciosa mansiones con vistas al estuario.

Quizá sorprenda el hecho de que Tolnbridge no compartiese el destino de Crediton sucumbiendo al obispado de Exeter. El caso es que la diócesis de Exeter ya era demasiado grande, por lo que permitieron que Tolnbridge conservara la categoría de villa episcopal. Unos setenta años después de la construcción de la catedral, un fabricante de sebo llamado Ephraim Pentyre, usurero célebre por su avaricia pero generoso con la Iglesia porque daba por sentado que eso le reservaría una plaza de primera fila en el espectáculo celestial, inició un peregrinaje a Canterbury —si hubiera llegado, habría coincidido con el peregrino de Chaucer en persona—. Era tan tacaño que se negó a pagar a unos sirvientes para que lo protegieran, y pasado Weymouth fue asaltado, asesinado y despojado sin miramientos de la ofrenda que llevaba al sepulcro de san Thomas. Irónicamente, esta incompetencia y su tacañería le valieron la canonización, por lo que sus huesos fueron devueltos a Tolnbridge y enterrados con gran ceremonia en la catedral, donde sus milagros curativos atrajeron a peregrinos de todo el país. Hasta el mismísimo Eduardo III visitó el sepulcro para curarse el escorbuto —al parecer, las legendarias dotes del propio rey en la materia habían fallado— aunque no se sabe si lo consiguió. Aquel fue el cénit de la prosperidad de Tolnbridge, y lo cierto es que no fue muy bien recibido por sus habitantes. Puede que se debiera a que todos ellos guardaban un recuerdo muy desagradable de san Ephraim, o tal vez a que en vida se le habían atribuido crímenes peores y más negros que la usura.

Después se inició un lento y progresivo declive. Tolnbridge era un enclave demasiado aislado para participar en los grandes disturbios políticos y eclesiásticos que sacudieron espasmódicamente el país hasta finales del siglo XVIII, aunque de vez en cuando sus vecinos librasen pequeñas batallas simbólicas, a menudo violentas y atroces, sobre tales asuntos. La transición de la mariolatría al protestantismo se produjo sin grandes sobresaltos; principalmente, según se rumoreaba, porque la antigua religión se conservó en forma de abominables rituales secretos. Estas insinuaciones cobraron más peso con el frenético estallido de los juicios por brujería de principios del siglo XVII y el igualmente frenético auge de la magia negra y del satanismo que los habían provocado. Varios clérigos de la diócesis, de hecho, se vieron lamentablemente involucrados en dichos procesos. En efecto, quizá no haya habido, en toda la historia europea, una persecución tan concentrada, vehemente y —según los valores de la época— justificada como aquella.

En la colina se quemaban brujas a diario e incluso llegó a producirse esa singular constante de casi todos los juicios por brujería: la confesión espontánea, sin tortura, de doscientas mujeres que afirmaron haber tenido tratos con el diablo y haber participado en misas negras. Las perturbaciones pasaron al cabo de unos años, como suele ser el caso, sin dejar más testimonio que un círculo ennegrecido en la colina y el poste de hierro donde ataban a las mujeres que ardieron en la hoguera. A partir de entonces, cesaron los disturbios en Tolnbridge. En 1939 la población parecía sumida en un letargo permanente.

* * *

Eso mismo declaró Geoffrey, en palabras más contundentes, cuando no consiguió encontrar taxi en la estación. Lo que consta que dijo es:

—¡Menudo poblacho de mala muerte!

Una afirmación injusta, o eso le pareció a Fielding cuando contempló los tejados del casco antiguo que se alzaban detrás de la catedral y el estuario al fondo. Sin embargo, aquel no era un buen momento para discusiones. Geoffrey estaba perturbado no solo por el dolor físico —que ya había disminuido bastante—, sino también por una considerable irritación mental. Hay un límite a partir del cual no debe ponerse a prueba la paciencia humana: pasado un punto, el crucigrama, el criptograma o el acertijo dejan de divertir y empiezan a enfurecer. Para entonces ya hacía mucho tiempo que Geoffrey había superado dicho punto, y haber salido relativamente ileso del último ataque, en lugar de complacerlo, lo había sulfurado aún más.

—Lo que no logro comprender —dijo por décima vez— es cuál es el motivo por el cual, cuando ya me tenían a su merced porque no podía resistirme ni gritar, no me golpearon en la cabeza y me arrojaron del tren.

Fielding observó contrito al anciano mozo de cuerda que tanteaba tímidamente un baúl con la aparente esperanza de provocar su movimiento espontáneo.

—A lo mejor les interrumpieron... —Fue todo lo que acertó a decir.

—¿Cómo te pueden interrumpir si estás encerrado en un aseo?

—Quizá se dieron cuenta de que era la persona equivocada y se largaron.

—¡La persona equivocada!

Fielding suspiró.

—No, parece muy improbable. Ya han demostrado que están bien organizados —agregó, con una especie de melancólica satisfacción—. A no ser que se lo haya imaginado todo.

—¡Imaginarlo! ¡Claro que no! —exclamó Geoffrey, ofendido.

—Puede que ese hombre solo le pidiese la hora.

—¡La hora! Nadie sigue a otra persona a un aseo y se encierra con ella para pedirle la hora.

Fielding volvió a suspirar. Respiró honda y sonoramente. Aquella conversación no

iba a ninguna parte.

—¿Está lejos? —preguntó.

—Sí. *Muy* lejos —respondió Geoffrey, molesto no solo porque lo hubiese apeado tan groseramente de su obsesión, sino porque encima cambiase sin más de tema.

Pero entonces Fielding, al que se le había ocurrido algo más, se volvió bruscamente y exclamó:

—¡Las cartas!

Geoffrey lo miró en silencio y luego se registró los bolsillos. Las cartas habían desaparecido.

—Muy meticulosos —dijo Fielding—. En cuanto se han percatado de que, pese a sus advertencias, usted iría a Tolnbridge, han decidido no dejar pistas de la máquina que habían empleado para escribir las cartas.

—¡Conque era eso, maldita sea! Pero sigue sin explicar por qué no me dejaron fuera de combate...

—Cuando se organiza algo así, no se le puede dar carta blanca a los agentes para que actúen sin más. Además, es probable que ese tipo ni siquiera supiera de qué iba todo este asunto. Supongo que solo le habían ordenado que robase esas cartas y, como usted se desmayó, no tuvo que recurrir a la violencia. —Fielding silbó suavemente—. Son muy meticulosos.

Hacía menos calor. Peace se había marchado en otra dirección, posiblemente hacia la casa del chantre. La mujer de la manta y el joven clérigo habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Geoffrey miró la hora y vio que solo habían llegado con siete minutos de retraso. Y entonces se dispusieron a bajar la colina de la estación: Fielding cargado con las dos maletas y Geoffrey con el ineludible cazamariposas. A su derecha se alzaba la serena belleza de la catedral. El gran rosetón del transepto sur resplandeció fugazmente con una intensa belleza rojiza, mientras las gaviotas revoloteaban y chillaban alrededor del esbelto chapitel octogonal.

La mezcla de estancos y pubs de segunda categoría arracimados en torno a la estación daba paso primero a una calle inhóspita de pequeñas casas y después a las viviendas, sórdidas y hermosas, del casco antiguo. Un poco en la frontera entre ambos mundos, doblaron a la derecha y llegaron a las puertas de hierro forjado de la rectoría. Había sido construida en el siglo XVIII para reemplazar a la antigua rectoría adyacente al transepto norte que ahora se usaba para guardar leña, para los ensayos del coro y para otros propósitos de lo más peregrinos y variopintos. Dos pilares de piedra de color limón enmarcaban las puertas, que se abrían a una deprimente vista de arbustos y hierba dividida por un descuidado camino de gravilla que se curvaba en la puerta de la casa, la rodeaba, atravesaba los extensos huertos y llegaba hasta la colina de la catedral. Geoffrey se adentró en estas regiones con prudencia y se quedó mirando un laurel marchito con gran desasosiego, como si pensase que este ocultaba muelles, redes y muchas otras trampas.

En aquel reino del celibato, lo primero que oyeron fue una voz de mujer:

—¡Josephine! —gritó, y luego más alto y con un deje de irritación—: ¡Vuelve!

Siguió el ruido de unos pasos correteando y entonces una jovencita, sin duda la destinataria de los gritos, apareció jadeante y temblorosa por un lado de la casa. No pasaba de los quince años, y era alta y delgada. Sus rizos dorados estaban totalmente enmarañados. Su cara estaba enrojecida no solo por el esfuerzo, sino también por un enfado más que evidente. Al ver a los desconocidos, se detuvo en seco, los miró un instante y echó a correr entre la maleza, donde el roce cada vez más apagado de innumerables plantas silvestres le indicó la dirección en la que se alejaba.

Geoffrey y Fielding avanzaron hacia el porche, algo desconcertados por el recibimiento y temiendo, con cierta consternación, ser testigos de una rencilla doméstica. Apenas habían avanzado unos pasos cuando apareció ante ellos, en indolente persecución, la emisora de la voz que habían oído. Y eso, pensó Geoffrey, sí que no había esperado encontrárselo en los terrenos de una catedral: una joven de unos veintitrés años, tan morena como rubia era la otra, de picaros ojos azules, nariz respingona, labios rojos y un cuerpo esbelto y ágil. El vestido —aunque sobrio y de calidad— y los tacones le daban un leve aire de cortesana. No es que él tuviera nada que objetar al respecto. Como su experiencia con las mujeres más bien era escasa, a primera vista tendía a clasificarlas bien como prostitutas aficionadas, bien como empleadas domésticas. Que alguien no encajase en ninguna de esas dos categorías le inspiraba un ambiguo sentimiento de confusión, desconfianza e incompreensión —este defecto masculino quizá sea más habitual de lo que las mujeres suponen—. En este caso, sin duda, sí que había en ella algo de hetaira, de Lais o de Friné, pero también transmitía una sensatez, una serenidad y una inteligencia que difuminaban esa primera impresión.

Básicamente, a Geoffrey le asustaban las mujeres. Sus intentos de clasificar a las muchachas que le presentaban como cortesanas o como empleadas domésticas habían derivado en espantosos malentendidos, ya que nunca había conocido a nadie que encajase ni siquiera remotamente en ninguna de tales categorías. También, y en gran medida como consecuencia de la lectura de novelas, vivía bajo la falsa impresión de que todas las mujeres solteras iban a la caza de marido y de que empleaban para tal fin los más variados trucos y subterfugios propios de su fatal y misterioso sexo. De hecho, se enorgullecía de haber escapado de las garras de varias mujeres, que, en realidad, nunca se habían planteado casarse con él, sino que se habían limitado a utilizarle como un conveniente amante temporal y le habían ofrecido la honorable cortesía del sexo: un mero beso de buenas noches al final de una velada disfrutada a su costa. A partir de los treinta, su trato con aquellas desconcertantes criaturas había ido disminuyendo gradualmente. Por tanto, se acercó a aquel nuevo ejemplar de la especie con una trepidación acentuada por los evidentes encantos que esta poseía.

—¡Maldita sea esa niña! —dijo la joven, abandonando la persecución.

—¿Ha hecho alguna travesura? —preguntó Fielding, sin más. Lo planteó con toda la soltura y la autoridad de aquellos que poseen tal cortesía innata que no necesitan recurrir al formalismo de las presentaciones.

La joven le respondió con la misma espontaneidad.

—¿Cree usted que está mal zurrar a los niños? A las niñas de esa edad, me refiero. Sé que a mí me pegaban... Pero Josephine es tan orgullosa y testaruda que se lo toma fatal...

—Creo que debe evitarse, siempre que sea posible —dijo Fielding con innecesaria gravedad.

La joven soltó unas carcajadas con una risa grave, burbujeante y contagiosa.

—Comprendo... Usted piensa que he sido yo. No, aún no he llegado a la fase de azotar niños. Ha sido mi padre, y la verdad es que no puedo reprochárselo del todo. Josephine ha destrozado quemado el manuscrito del libro que él estaba escribiendo.

Una oleada de frío casi imperceptible impregnó el ambiente. Hay actos que son fruto del mal humor o el enfado, y otros que provienen de la malevolencia premeditada. Geoffrey cambió de tema de un modo penosamente evidente.

—Deberíamos presentarnos. Él es el conde de..., el conde de... ¿De qué es usted conde?

—No tiene la menor importancia —dijo Fielding. Había dejado las maletas en el suelo y se enjugaba desesperadamente la cara y el cuello con un inmenso pañuelo de seda blanca—. No me malinterpreten, si creyera que a cualquiera de los dos podría disgustarle que fuese conde, les daría los detalles de inmediato. Pero digamos que soy Henry Fielding y acabemos de una vez.

—No será —dijo la joven— el autor de...

Geoffrey la interrumpió con cierto apresuramiento.

—Y yo me llamo Geoffrey Vintner.

Hizo esta declaración con cierto desánimo, como si no esperase que nadie fuera a creerle.

—¡Qué bien! —dijo con educación pero sinceramente la joven—. Aquí interpretamos a menudo su servicio de comunión. Me llamo Frances Butler.

—Perfecto. Ahora ya nos conocemos todos —dijo Fielding. Se calló y miró expectante a Geoffrey.

—¡Ah, sí! Buscamos a Gervase Fen.

—Ya lo suponía... ¡Por eso! —dijo la joven, señalando con la mirada el cazamariposas que Geoffrey seguía blandiendo a modo de estandarte.

Geoffrey miró a Frances con abatimiento.

—¿Insectos? —preguntó por fin.

Ella asintió con expresión grave.

—Ha salido y no sé cuándo volverá. Me parece que esta noche quería poner en práctica un experimento con polillas, pero le hemos dicho que no podía hacerlo aquí porque al pobre Dutton, el segundo organista, le dan pavor. Además, como tenía que ver con machos que vuelan cientos de kilómetros para copular con las hembras en una habitación oscura, hemos considerado que una rectoría no era el lugar más adecuado para tales demostraciones. Y, de cualquier modo, en el improbable caso de que tuviera éxito,

tampoco podíamos permitir que las polillas invadiesen la rectoría. Conque se ha ido con su experimento a otra parte.

—¡Típico de él! —Suspiró Geoffrey—. Me pide que venga hasta aquí y luego, en el momento crucial, va y se esfuma sin más. Ni siquiera les habrá mencionado mi llegada, supongo.

—Ni una palabra.

—No, claro. —Geoffrey suspiró de nuevo. Parecía llevar sobre sus espaldas la carga de Atlas—. Era de esperar.

—¿Van a quedarse aquí? —preguntó la joven.

—Bueno, eso creía. Pero no le voy a imponer mi presencia si no hay nada dispuesto.

—Puedo alojar a uno —dijo la joven, insegura—, pero a los dos me resulta imposible. No tengo camas suficientes.

—Ya encontraré algún sitio en el centro —dijo Fielding.

—Le recomiendo que vaya al Whale and Coffin —dijo la joven.

—¿«La Ballena y el Ataúd»? Eso suena espantoso.

—Es espantoso, pero no encontrará otro sitio mejor. Oiga, señor Vintner, deje su equipaje en el porche. Alguien lo llevará a su dormitorio después. ¿Le gustaría asearse?

—Lo que me gustaría de verdad es tomarme una cerveza. Varias cervezas, mejor dicho.

—Bien, pues entonces iremos todos al Whale and Coffin. Ya son más de las seis, ¿verdad? Así podremos charlar.

—No quiero apartarla de...

—¿Apartarme de qué? No sea bobo. Vamos, está solo a tres minutos de aquí.

Ya casi habían llegado cuando Geoffrey cayó en la cuenta de que todavía llevaba el cazamariposas en la mano. Maldijo para sí y murmuró por lo bajo.

—Maldiga a voz en grito, se sentirá mucho mejor —le aconsejó la joven.

El Whale and Coffin resultó ser un edificio grande, bajo y laberíntico de época indefinida ubicado en el centro del casco antiguo. El interior se dividía en innumerables salas a las que habían bautizado con distintos nombres: bar, salón, sala, zona pública, zona privada, etcétera. Un viejecito miope que siempre corría de aquí para allá, no por la esperanza de ser útil, sino porque se había convertido en un hábito que no podía abandonar, se hacía cargo ineficazmente de las barras de todo el local. El hombre observó a Geoffrey con sus astigmáticos ojos cuando él le pidió las bebidas.

—¿Forastero? ¿Es la primera vez que viene?

—No —respondió Geoffrey, sucinto. No quería que su cerveza se retrasara por culpa de una conversación bienintencionada.

—Creo que esto le gustará —dijo el otro, con escasa convicción—. La cerveza local es buena y los clientes son muy agradables. —Su acento indicaba que no era oriundo de Devon—. Un nombre extraño para un pub, ¿verdad?

—Mucho.

—Y supondrá usted que ese nombre está relacionado con alguna historia curiosa, ¿no?

—Sí.

—Pues no es así. Simplemente un día a alguien se le ocurrió y ya está.

Geoffrey lo miró con desprecio y regresó vacilante, cargado con los vasos, a la mesa donde le esperaban los demás. Se habían sentado en un rincón apartado. Frances Butler cruzó las piernas, se alisó la falda con automático decoro y dijo:

—No tenía de qué preocuparse: Harry nunca habla con nadie más de un minuto seguido. Lo tengo comprobado.

—¿Viene mucho por aquí? —preguntó Fielding.

—Bueno, de vez en cuando. No rondo este local como si fuera un fantasma, si se refiere a eso. Pero es el pub más cercano a la rectoría.

—Y seguro que, como su padre es un chantre, sus visitas al pub habrán despertado los tontos prejuicios de mucha gente... —dijo Fielding con obvia imprecisión.

—No puedo hacer nada al respecto —repuso Frances, sonriendo—. Supongo que sí, pero, en cualquier caso, ya me toman por una fulana, por lo que ir a pubs no empeora las cosas. Y a mi padre no parece importarle. Eso es lo principal. Fue muy estricto conmigo hasta que cumplí dieciocho años, pero desde entonces me da mucho dinero y me deja hacer lo que quiero. La pobre Meg, el ama de llaves, se puso enferma hace un tiempo. Hoy en día el servicio está imposible, así que dejé de vivir con papá y fui a hacerme cargo de la rectoría. Aunque no creo que a la gente que hospedo allí les guste demasiado. Todos temen que los otros crean que me tiran los tejos. No se acercarían a mi habitación ni aunque los matasen, y arman un jaleo increíble cada vez que van al cuarto de baño.

Se echó a reír y bebió un trago de su *pink gin* con un malvado ademán teatral. Geoffrey pensó que fingirse malvada le debía de producir un inocente gozo infantil, pero que era muy improbable que lo fuese en realidad. Sin embargo, sabía que no la conocía lo suficiente para poder realizar una adecuada evaluación de sus defectos y de sus virtudes. Sin duda era atractiva... Muy atractiva, pensó de pronto. Y suspiró al reconocer la enormidad de su inexperiencia amorosa.

—¿Cansado? —preguntó Frances.

—No. Solo contento. —Pensó que aquello no era del todo mentira—. ¿Sabe usted que hoy me han atacado tres veces?

Ella se echó a reír.

—¿Atacado? ¿Qué quiere decir?

—Un hombre ha intentado golpearme en la cabeza en una tienda...

—Grandes almacenes —corrigió Fielding automáticamente.

—Otro casi me aplasta la cabeza con un baúl lleno de hierros y un tercero me ha encerrado en los servicios del tren. Es decir... —Geoffrey buscó una forma más adecuada de expresarlo, porque, contado así, no le parecía tan grave—. ¡Ah, y también me han enviado anónimos! —concluyó sin convicción.

—¡Eso es espantoso! —dijo la joven—. No, qué forma tan tonta de expresarlo... Me refiero a... —Gesticuló impotente—. Bueno, ¿por qué le han hecho todo eso?

—¡No lo sé! Esa es la cuestión. Pero creo que está relacionado con el ataque a Brooks.

Frances dejó el vaso sobre la mesa con bastante brusquedad. Aunque fue un gesto sutil, impregnó el ambiente de un extraño desasosiego. Después siguió un largo silencio y finalmente ella preguntó en voz baja:

—¿Lo dice en serio?

—No se me ocurre otro motivo. De no ser por Fielding, ahora quizá estaría muerto. *Seguro* que lo estaría, mejor dicho.

Cuando Frances volvió a coger el vaso, le temblaba un poco la mano, pero su voz no dio muestra alguna de intranquilidad.

—¿El doctor Brooks era amigo suyo?

La pregunta parecía haberse efectuado con mayor urgencia —y su respuesta parecía tener más importancia— de la que justificaba el sentido común.

—Lo conocía un poco, una relación meramente profesional. —Geoffrey vaciló—. ¿Ha dicho usted «era»?

Frances volvió a reír, pero esta vez sin alegría.

—No, no está muerto, si se refiere a eso. Yo... —De pronto pareció pensárselo mejor y cambió de tema de forma premeditada y sin disimular—. ¿Y mi padre le ha pedido que venga aquí y lo sustituya en los servicios?

Geoffrey asintió, conteniendo una casi irreprimible curiosidad.

—Bueno, no exactamente. O sea, supongo que él estará al corriente, pero ha sido Fen quien me ha enviado el telegrama. —Incómodo, añadió—: Pero si no quieren, no pasa nada. En cualquier caso, el cambio de aires me sentará bien y de paso veré a Fen...

Se detuvo, consciente de que aquel parloteo no tenía sentido.

—¡Estoy segura de que lo quieren! —dijo ella, en un tono más ligero—. No sé quién tocaría si no, de no ser por usted.

—¿No tienen un segundo organista? De hecho, usted lo ha mencionado antes.

—El pequeño Dutton, sí. Pero está de baja por una crisis nerviosa. El muy tonto ha trabajado demasiado para intentar conseguir no sé qué estúpido título musical. El médico le ha prohibido que se acerque a un órgano.

Geoffrey asintió exageradamente.

—Eso lo explica todo.

En realidad, pensó después, explicaba muy poco. Frances se había negado a hablar de la agresión a Brooks aunque, ¡qué demonios!, si alguien tenía derecho a conocer los detalles, ese era él. Estaba haciendo acopio de valor para reanudar el tema cuando el dueño del pub pasó a toda prisa con la vista clavada en un inmenso reloj de bolsillo provisto de una lupa que agrandaba las manecillas y los números de la esfera hasta unas dimensiones grotescas. Ya se encontraba casi en la puerta cuando se detuvo y volvió atrás.

—No la he reconocido al principio, señorita Butler —dijo entrecortadamente, con el nerviosismo propio de los grandes miopes—. ¿Cómo se encuentra el señor Brooks? ¿Ha

mejorado?

—Esta tarde no he tenido noticias —respondió Frances con sequedad—. Harry, ¿sabe si el profesor Fen anda por aquí?

—¿Quién? ¿Ese tipo alto y loco? —Había algo similar a la intimidación en la voz del tabernero—. Quizá esté en otra sala del pub... Echaré un vistazo. Pero me parece que no.

—Si lo ve, dígame que estoy aquí. Y también un amigo suyo: el señor Vintner.

La reacción del tabernero a esta última noticia fue inesperada. Retrocedió un paso y se le aceleró la respiración.

—¡Geoffrey Vintner! —exclamó.

—Pero Harry, ¿qué le pasa? Ni que hubiese visto un fantasma.

El tabernero recuperó rápidamente la compostura.

—Lo siento —balbuceó—. No había entendido el nombre. He creído que hablaban de un amigo mío que... ha muerto.

Se quedó un momento allí, vacilando, y luego se marchó con excesiva precipitación.

—¡Caray! —dijo Frances, claramente sorprendida.

—De no ser por Fielding, yo también estaría muerto —dijo Geoffrey, afligido—. ¿Quién es ese hombre?

—¿Harry James? No sé nada de él, la verdad. Regenta este pub desde hará unos cinco años. Creo que es del norte. Presbiteriano hasta la medula y líder del club conservador local. Ahora que lo pienso, es el tipo de anonimato respetable que se esperaría de... —Se contuvo y añadió, riendo—. ¿De quién?

Geoffrey asintió, contrito.

—Eso mismo. ¿De quién?

—Espero que esa cerveza que bebe no esté envenenada —dijo Fielding, preocupado.

Geoffrey dio un respingo. Y entonces cayó en la cuenta de que no se encontraba del todo bien.

—No sea absurdo. La gente no va por ahí envenenando la cerveza de los demás. O, si lo hacen —añadió, con creciente indignación—, de nada sirve preocuparse hasta que se da el caso, pues de lo contrario acabaríamos todos locos y nos tendrían que encerrar. Debo vigilar a ese señor James —añadió, volviendo a su melancolía anterior—. ¿Y dónde diablos está Fen? —preguntó con súbita irritación—. Me parece de muy mal gusto que no haya venido a recibirme.

Enfurrñado, comenzó a recrearse en todas sus desgracias, una a una.

—Lo que no acabo de entender —empezó a decir Fielding con cautela— es lo de esos... insectos.

Y agitó la mano, como si evocase innumerables mariposas fantasmales.

—No lo entiende porque no conoce a Fen. Mi lado bueno me persuade de que es una persona normal, sensata y dotada de una excelente salud mental, pero a veces me pregunto si no estará también un poco chiflado. Claro que todo el mundo se obsesiona en algún momento por un pasatiempo u otro, pero la personalidad de Fen es tan... —

vaciló, mientras buscaba las palabras— intensa y abrumadora que cuando le pica un bicho es como si se produjese un cataclismo cósmico. Las consecuencias se extienden kilómetros a la redonda.

Frances rio entre dientes.

—Todo empezó cuando Fen encontró un saltamontes gigantesco en el jardín de la rectoría. Reconozco que yo nunca había visto nada igual. Lo metió en una caja de cartón bastante profunda y esa noche lo sacó a la hora de cenar para que lo viésemos. El obispo estaba también en la mesa. —Frances volvió a reírse por lo bajo, encantada por el inminente y previsible desenlace—. El pobre Dutton a punto estuvo de desmayarse cuando abrió la caja. Luego Fen empezó a toquetear a la desdichada criatura hasta que a todos nos entraron ganas de gritar. «No se preocupen, es biológicamente imposible que escape», nos dijo. El bicho saltó primero a la sopa del obispo, que estaba más pálido de lo que jamás le había visto, y después a la chimenea. Al final acabó en el estómago del perro. «Naturaleza de rojas garras y dientes», dijo el obispo, citando a Tennyson (le dimos un nuevo plato de sopa, pero no se quedó conforme). «¡Vaya lástima, un ejemplar perfecto que se ha perdido! Jamás paran de hacer ruido, ni aunque los pinches con una aguja», dijo Fen. Le respondimos que no nos extrañaba.

Fielding se retorció de risa y hasta Geoffrey soltó una tonta carcajada.

—Pero yo creía que Fen estaba demasiado ocupado investigando el caso de Brooks. Él...

De repente la joven se levantó de un salto. En un instante, su risa se había esfumado. Como la alegría de una niña con ganas de jugar que sale corriendo a un jardín que nunca ha visto y que es mejor que no vea o como el interés de un hombre que se vuelve para comentar algo a un amigo en un tren en penumbra y distingue en su rostro la máscara de la muerte. Frances avanzó dos breves pasos y se volvió. Cuando habló, su tono de voz era diferente.

—Tarde o temprano acabarán enterándose, conque mejor que sea ahora —dijo. Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo para intentar explicarse—. Aún no se le ha comunicado a la prensa, aunque en cualquier caso tampoco se habría publicado. Fue... después del ensayo del coro. El doctor Brooks volvió a la catedral para buscar algo y lo encontraron a la mañana siguiente. No estaba inconsciente, aunque le habían dado un golpe en la cabeza. —Se detuvo y se cubrió un instante la cara con la mano—. Pura maldad, o quizá se haya tratado de la mismísima mano del diablo... Creerán que estoy loca, pero no. No todo anda bien por aquí. Pasan cosas inexplicables. Ustedes... Ustedes deben...

Frances estaba muy inquieta. Fielding hizo ademán de levantarse.

—Señorita Butler...

Pero ella lo rechazó y continuó hablando aún más deprisa.

—Estoy bien. No me ha pasado a mí, gracias a Dios. Se lo llevaron al hospital..., en secreto. Ha tenido sus momentos de lucidez, pero son escasos. Lo encontraron encerrado en la catedral. La llave estaba fuera, tirada en la hierba. Una catedral vacía no es un buen

lugar para pasar la noche. Desde que lo sacaron de allí no ha hecho más que hablar, farfullar y delirar... sobre una losa que se movía y un hombre colgado de una soga.

4

LOS DIENTES DE UNA TRAMPA

*Estaban en una de las muchas bocas del infierno
no vistas por augures, sino solo intuitas,
como los dientes de una trampa.*

OWEN

La sala de la rectoría era grande, algo anticuada, pero en cualquier caso confortable. Estaba bien iluminada y la habían decorado no con vírgenes prerrafaelitas, sino con caricaturas de Spy de difuntas dignidades eclesiásticas que parecían aguardar la transfiguración. Escondido en un rincón había también un grabado original de Rowlandson. Representaba a dos clérigos obesos, uno de los cuales arrojaba, con desdén, pan a una muchedumbre igual de desdeñosa, mientras el otro abrazaba furtivamente a una prostituta grande y sonriente cuyo escote dejaba ver buena parte de su pecho. Al fondo se distinguía la catedral de Tolnbridge. Unos pocos libros dispersos por toda la estancia mostraban unas preferencias nada alejadas de lo mundano: ficción de Huxley, Isherwood y Katherine Mansfield; teatro de Bridie y Congreve, y en un registro distinto, aunque igual de noble, John Dickson Carr, Nicholas Blake, Margery Allingham y Gladys Mitchell. Los clérigos de la catedral eran grandes lectores; no tenían mucho más que hacer.

Geoffrey y Frances habían dejado a Fielding deshaciendo el equipaje en el Whale and Coffin y se encontraban en la sala de la rectoría, hablando algo cohibidos. Ahora que estaban solos, Geoffrey se sentía aún más atraído por Frances, quien trataba de apaciguar sus celos de soltero —que, sin duda, había notado— mostrando una reserva que rayaba en la mojigatería. Los rayos de sol del atardecer reflejaban destellos verdes y morados en la amplia extensión de césped visible desde los ventanales, y los densos macizos de rosas amarillas y greñudos crisantemos resplandecían bajo aquella luz. Por el gris muro exterior trepaba una planta que despedía un tenue aroma a verbena.

Al parecer, desde el ingreso de Brooks en el hospital apenas habían recibido noticias de su estado. La naturaleza y la causa de su delirio seguían siendo una incógnita, salvo quizá para los médicos que le atendían y que habían prohibido las visitas. Su único pariente cercano era un hermano con quien no podía llevarse peor. Aunque le habían enviado un telegrama, el hermano no se había molestado siquiera en presentarse, pero, en

cualquier caso, resultaba muy improbable que hubiese sido de ayuda para nadie. Eso era todo lo que Frances sabía.

Entretanto, Fen seguía sin dar señales de vida.

Geoffrey preguntó quién cenaría en la rectoría esa noche.

—Mi padre, los canónigos Garbin y Spitshuker, y el pequeño Dutton, por supuesto. ¡Ah!, y sir John Dallow pasará a tomar café... Tienen una especie de reunión después. ¿Ha oído hablar de él? Es el mayor experto en brujería del país.

Geoffrey negó con la cabeza.

—¿Está casado el canónigo Garbin?

—Sí. ¿Por qué?

—Había una señora Garbin en nuestro vagón. La acompañaba un joven clérigo.

—Sería July Savernake. Ahora que lo pienso, dijo que volvería hoy. Supongo que también cenará con nosotros.

—¿Qué puede contarme de él?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué clase de persona es el tal Savernake?

Frances vaciló.

—Bueno... Es el vicario de Maverley, que está a unos veinte kilómetros de aquí. Le destinaron a esa parroquia prácticamente en cuanto fue ordenado. —Tras aquel recital de información Geoffrey intuyó una deliberada reserva y se preguntó cuál sería el motivo—. Se pasa la mitad del año comprando libros y vinos caros y representando el papel del típico *curé bon viveur*, y la otra mitad se ve obligado a economizar y se dedica entonces a representar el papel de pobre. Una existencia llena de altibajos. Supongo que eso no le aclara demasiado —se disculpó Frances, riendo—, pero no pasa nada, lo conocerá dentro de poco.

Justo entonces apareció Fielding y Frances se marchó a supervisar los preparativos de la cena.

—Mi habitación es diminuta, además de espantosa, pero algo es algo —dijo Fielding, desplomándose en una butaca—. ¿Cómo se siente?

—Como en una pesadilla.

—Es que se parece bastante. Me he estado planteando si esos ataques que ha sufrido no serán una farsa de principio a fin y se habrán tramado para ocultar los verdaderos motivos de otro incidente, probablemente el ataque a Brooks. Todas esas absurdas advertencias le convertían de inmediato en el centro de atención, que es justo lo que querían. Supongo que no les importaba demasiado si al final acababa muerto o solo herido. Quienquiera que sea el artífice de todo esto, e independientemente de lo que persiga, parece que no le importa en absoluto desperdiciar vidas en el camino.

Geoffrey encendió un cigarrillo y se lo fumó sin disfrutarlo.

—Suena plausible, pero quizá haya otra explicación.

—El único modo de averiguarlo es guardar silencio al respecto —subrayó Fielding—. Si les dejamos entrever que conocemos sus intenciones, se olvidarán del asunto. Pero

si siguen creyendo que han conseguido despistar a la gente, entonces cabe la posibilidad de que intenten matarle de nuevo, por ejemplo.

Geoffrey se incorporó, claramente molesto.

—Me parece de lo más enternecedor —exclamó con amargura— que me pida que guarde silencio sobre una teoría espantosa para animarlos a que me asesinen. Seguro que el culpable es de aquí, por cierto. El matasellos de la carta era de Tolnbridge y solo alguien relacionado con la catedral sabría que me habían mandado llamar...

Unos pasos que se acercaban por el jardín y dos voces masculinas —una aguda y locuaz, la otra grave y lacónica— enzarzadas en una disputa le interrumpieron. Por debajo de los tropos de una discusión educada, se intuía cierta acritud y resentimiento.

—Pero mi querido Spitshuker, al parecer no repara en que al adoptar esa visión universalista está, en efecto, rechazando la existencia de la libertad humana para decidir entre el bien y el mal. Si todos vamos a ir al cielo independientemente de lo que hagamos, esa elección no tiene validez alguna. Es como si dijéramos que un invitado a tomar el té puede elegir entre bollos y magdalenas cuando solo hay bollos.

—Me resulta difícil de creer, Garbin, que no haya entendido el punto esencial, y perdone que se lo diga. Reconocerá, por supuesto, que nuestra Divinidad es un dios de Amor.

—Desde luego, desde luego. Pero no ha respondido...

—Bien. Por tanto, su propósito será la perfección de toda su Creación. Y coincidirá conmigo en que, hasta en el caso del más santo de los santos, en los apenas setenta años que tenemos a nuestra disposición, la perfección resulta imposible de alcanzar. Por tanto, me inclino a creer que tiene que haber un estado intermedio, una especie de purgatorio...

En ese momento la puerta se abrió y el canónigo Spitshuker entró en la habitación, seguido de cerca por el canónigo Garbin. Spitshuker era un hombre pequeño, rollizo y excitable de cabello blanco como un cisne y cara sonrosada. Por el contrario, Garbin era alto, moreno, taciturno y, por lo general, lacónico. Andaba con sobriedad y con sus grandes manos huesudas hundidas en los bolsillos de la chaqueta, mientras que el primero saltaba y gesticulaba a su alrededor como un caniche acompañando a un san bernardo. Su yuxtaposición como canónigos anglicanos de la misma catedral era sumamente desafortunada, ya que Spitshuker era un convencido seguidor del movimiento tractario y Garbin se declaraba afín a la Iglesia no ritualista y rechazaba el acercamiento a los principios católicos que esta defendía. Siempre andaban enzarzados en furiosos altercados sobre diversos aspectos de la doctrina y el ritual que nunca se resolvían. A diferencia de las líneas paralelas, era inconcebible que sus diferentes perspectivas se encontrasen jamás, ni siquiera en un punto del infinito.

La inesperada presencia de Geoffrey y de Fielding interrumpió el discurso del canónigo Spitshuker. Farfulló unos instantes como un motor defectuoso y luego se recompuso y corrió a estrechar la mano de Geoffrey.

—¿Cómo está? Yo soy Spitshuker y él —señaló al otro, que observaba la escena con

un leve aunque inequívoco fastidio— es mi colega, el doctor Garbin.

Garbin les dedicó una casi imperceptible inclinación de cabeza, tras la cual una sonrisa tímida y burlona apareció fugazmente en su cara. Geoffrey murmuró las presentaciones.

—¿Henry Fielding? —sonrió el canónigo Spitshuker, encantado—. ¿No será el autor de *To...*?

—No —dijo Fielding, lacónico. Spitshuker pareció abochornarse un poco.

—¿Y usted... —vaciló Spitshuker, como si tantease la pertinencia de la pregunta— se aloja aquí?

Geoffrey explicó la situación, mientras Spitshuker afirmaba vigorosa e innecesariamente con la cabeza. El canónigo Garbin se acercó a una butaca con discreción y se dejó caer en ella cuan largo era.

—Recordará usted, Spitshuker, que el profesor Fen mencionó el nombre del señor Vintner tras el accidente del pobre Brooks, y Butler le pidió que le escribiese. —Garbin hizo una prolongada pausa. Luego añadió, anticipándose por los pelos a la siguiente perorata de Spitshuker—. Nos alegramos mucho de verle. Nos alegramos muchísimo. Su ayuda será muy bien recibida.

—Muy bien recibida —repitió Spitshuker en un canto antifónico.

—Conociendo a Fen, temía que me hubiese llamado de forma extraoficial —comentó Geoffrey.

—Estará al corriente de lo de Brooks, supongo —dijo Spitshuker—. Pobre hombre, pobre hombre... ¡Un suceso terrible y de lo más misterioso! Esperemos que a usted no le ocurra nada similar...

«Ya me ha ocurrido», iba a responder Geoffrey, pero se lo pensó mejor y se contuvo.

—¿No sabrá dónde está Fen?

—No tengo ni la menor idea. ¿No ha venido a recibirle? Mal hecho, muy mal hecho. Pero tampoco lo he visto demasiado desde que llegó; no se prodiga por esta casa. Tener invitados alojados aquí no es habitual. No hay claustros y las casas de los prebendados están dispersas por la villa. También está la casa del deán, desde luego, y una especie de palacio episcopal, pero el obispo no pasa mucho tiempo allí. No le culpo, porque es realmente incómodo. La rectoría es una especie de cajón de sastre donde suelen alojarse tanto los canónigos menores como el segundo organista o cualquier otro miembro de la diócesis que tenga que pasar aquí un par de noches. No comprendo por qué Fen no se aloja en la casa del deán... Ni usted, ahora que caigo. ¡Una lástima! En cualquier caso, en la rectoría estarán bien. Frances, es decir, la señorita Butler, es una excelente ama de llaves. Yo mismo les habría hospedado en mi casa, pero mi ama de llaves está enferma y cualquier tipo de invitados, por muy agradables que fuesen, supondrían una auténtica complicación.

Se detuvo para recobrar el aliento, mientras Geoffrey profería una serie de sonidos que expresaban simultáneamente desaprobación, cortesía, gratitud, absoluta comprensión, solidaridad y triste sorpresa.

—Encontrará el coro en buenas condiciones —prosiguió el incontenible Spitshuker— y, en cuanto al órgano, me han dicho que es excelente. —Su mente cambiaba de tema con la misma celeridad con la que un guardavías cambia las agujas—. Por lo que sé, el chantre acaba de recibir la visita de su cuñado, que le acompañará esta noche. ¡La pobre Frances tendrá una boca más que alimentar! —Soltó una risita—. Pero ella puede organizar un auténtico banquete de la nada... Es una persona de lo más competente. Creo que el cuñado del chantre es psicoanalista —continuó sin respirar—. ¡Interesante, interesantísimo! Ya veremos qué podemos hacer para desafiar su interpretación secular del funcionamiento de la mente humana.

Garbin, que durante este monólogo había seleccionado y abierto un libro de forma ostentosa, alzó la vista.

—No seas insensato, Spitshuker —dijo con énfasis—. Peace ha venido para hacer una visita social, no para que lo obliguen a participar en debates de aficionados sobre temas serios. Creo que mi esposa y él, por cierto, cogieron el mismo tren en Londres y han hecho el viaje juntos.

—¿La señora Garbin ha vuelto? —preguntó Spitshuker—. Savernake habrá regresado con ella, supongo.

Garbin asintió con expresión lúgubre.

—Ese joven pasa demasiado tiempo lejos de su parroquia. Ya sé que hoy en día es muy difícil pedirle a cualquier clérigo que haga algo más aparte de celebrar los servicios, pero Savernake descuida a sus feligreses hasta extremos intolerables. Creo que Butler se ha quejado al obispo al respecto.

—¿No querrás decir... —intervino Spitshuker, nervioso— que Butler está intentando librarse de Savernake? ¿Tal vez trasladarlo a otra diócesis? Sabía que no le gustaba, pero...

—Por lo que a mí respecta, estoy totalmente de acuerdo con el chantre —declaró Garbin, dogmático—. Aunque considero que una sanción disciplinaria sería suficiente.

—Volviendo al tema de Brooks —intervino Geoffrey—, ¿alguien tiene una explicación de lo que pudo sucederle?

—Pueden barajarse diferentes posibilidades, pero considero que lo más prudente es no mencionarlas por ahora —dijo Garbin con lentitud.

—Lo pregunto porque me afecta personalmente. Hoy han intentado acabar dos veces con mi vida.

Siguió un súbito silencio. Nadie habló durante lo que pareció una eternidad. Finalmente el canónigo Spitshuker tomó aire y dijo:

—Mi estimado amigo...

No encontraba las palabras. Y se hizo de nuevo el silencio.

—Yo sé lo que le pasó a Brooks, y me parece que no es el momento para falsas reservas —dijo Geoffrey—. Por supuesto, no estoy al corriente de los asuntos de esta parroquia, que, en circunstancias normales, tampoco me incumbirían. Pero es más que evidente que mi visita ha sido la causa de estos ataques y, tarde o temprano, o nosotros o

la policía tendremos que empezar a investigar.

Garbin alzó la vista. Tamborileó con los dedos en el brazo de su butaca mientras sopesaba con cuidado sus palabras.

—Usted o ellos —dijo por fin— encontrarán que la investigación resulta particularmente difícil. No hay vocación que cuide tanto su reputación como la eclesiástica. Entre nosotros también suceden cosas reprobables, desde luego, pero se mantienen en secreto, en el más estricto de los secretos. Y no me refiero a las infracciones graves, sino a las pequeñeces, que quizá resulten más incriminatorias a los ojos del mundo. —Se detuvo, absorto en algún oscuro esfuerzo emocional—. Brooks ha enloquecido por completo y delira. Espero y rezo con devoción para que ninguno de nosotros haya sido el responsable de su estado. Creo —sonrió con ironía— que hasta Spitshuker coincidirá en que a la persona que lo hizo le aguarda el infierno.

»¿Porque un ser humano es el responsable, señor Vintner! Mientras Brooks estaba inconsciente, alguien le administró una dosis elevada de cierta sustancia, por mí desconocida, que lo ha convertido en un maníaco inválido durante lo que le queda de la vida que Dios se digne a concederle. Un acto de pura maldad, ¿no cree? ¿O se tratará de un error? ¿Tendrían la intención de matarlo y lo dieron por muerto?

»Y Brooks sabía algo, señor Vintner. Algo relativo a la catedral que no debía saberse. En sus delirios, llama con frecuencia a la policía y, aunque intenta hablar coherentemente, es en vano. La policía no abandona la cabecera de su cama. Anotan todo lo que dice.

Garbin se levantó bruscamente de su silla y se dirigió a la ventana con sus grandes manos huesudas embutidas en los bolsillos. Se volvió hacia los otros tres antes de volver a hablar.

—¿Qué fue lo que vio cuando se quedó solo en la catedral? ¿Qué encontró allí que nadie más ha encontrado?

La cena había concluido. Desde un punto de vista social, no había sido lo que se dice un éxito. Los acontecimientos de los dos días anteriores pesaban demasiado en el ánimo de los presentes para permitir que aparecieran más que ciertos retazos de una conversación esporádica y tibia, siempre ajena al asunto que los obsesionaba. Hasta Peace —que era de naturaleza jovial y que había ido a cenar desde la casa del chantre, donde se alojaba— pareció contagiarse del ambiente y, aunque al principio estaba hablador, poco a poco fue sumiéndose en un silencio del que solo salía cuando le sobresaltaban con alguna pregunta a la que debía responder. Frances se ocupó de que la cena marchase a un ritmo que evitó que la desazón y el malestar se hicieran demasiado evidentes.

El chantre no había aparecido, por lo que al final solo fueron ocho comensales a la mesa: Frances, Garbin, Spitshuker, el joven clérigo Savernake —al que habían visto en el tren—, Geoffrey, Fielding, Peace y el segundo organista, Dutton, un joven sumamente cohibido con una inmensa cara blanca salpicada de pecas anaranjadas y una mata

pelirroja de cabello por el que se pasaba una y otra vez los rechonchos dedos. Al parecer, después de cenar los miembros del cabildo iban a celebrar una reunión informal —sin el deán, que la habría presidido de no haberse ausentado— para hablar de las repercusiones del caso Brooks, por supuesto, aunque el motivo real de la asamblea no se había mencionado de forma explícita en ningún momento. También iban a asistir el padre de Frances y chantre de la catedral, a quien Geoffrey deseaba conocer, así como el canciller episcopal, sir John Dallow. Geoffrey recordó de pronto el asunto de Josephine y la quema del manuscrito, y se preguntó por qué la niña no estaba con ellos. Decidió plantearle la cuestión con naturalidad a Frances, que le confirmó que Josephine había sido enviada de vuelta a casa.

Geoffrey estaba sentado junto a Savernake, pero su relación no progresaba como debería. Se había sobresaltado levemente al reconocer al músico cuando se lo presentaron, y ahora el joven clérigo parecía nervioso en su presencia. Geoffrey aventuró una referencia directa a la situación:

—La policía habrá registrado meticulosamente la catedral, supongo.

—De cabo a rabo. —Savernake hablaba con el clásico acento pomposo que muchas veces se considera, erróneamente, típico de Oxford—. Pero no ha servido de nada, desde luego. Nadie encontrará... lo que hay que encontrar, a menos que se quede allí solo, como hizo Brooks.

—¿Y luego...? —Geoffrey no acabó la frase. Pero Savernake solo se encogió de hombros, hizo crujir de forma alarmante sus flacos dedos y sonrió.

Garbin y Spitshuker se habían enzarzado en una controversia privada sobre alguna oscura cuestión teológica que se prolongó hasta después de la cena. Peace, Frances —que, lamentablemente, estaba bastante lejos de Geoffrey— y Fielding charlaban a tres bandas sobre una obra de teatro que se acababa de estrenar en Londres. Dutton guardaba silencio, salvo por algunos desesperados intentos de unirse a la conversación que llegaba a sus oídos. Decididamente, no fue lo que se dice una comida estimulante.

El café se servía en la sala. Allí se levantó para recibirlos —mientras Garbin y Spitshuker seguían discutiendo por lo bajo— un hombrecillo de una delgadez exagerada, nariz afilada, ojitos brillantes que nunca se estaban quietos y una rala corona de canas en la cabeza: sir John Dallow, el canciller episcopal. Hablaba alternando los balbuceos y la voz cansina típica de las clases altas con unos manierismos que se parecían y sin embargo eran distintos de los de Spitshuker. Ninguno de los dos paraba de gesticular ni de hacer aspavientos, e incluso estaban en la misma postura, pero mientras que en Spitshuker todo esto se interpretaba como una señal de energía, en Dallow recordaba más a una euforia neurótica. A Geoffrey no se le ocurrió mejor comparación que pensar que Dallow era un ángulo y Spitshuker una curva; probablemente, pensó divertido, cuadraba tanto con sus diferencias físicas como con su personalidad.

Dallow se levantó con afectación en cuanto los vio entrar, apartándose una invisible mota de polvo de la solapa. No vestía hábitos clericales, sino un traje elegante y una corbata de un rojo algo estridente. Se apresuró a salir al encuentro de Frances, que iba

delante, para cogerle la mano, que sostuvo en una prolongada parodia de caballerosidad.

—Mi que-erida Frances, espero que me disculpe por haber entrado así en esta casa y por habe-erme instalado de un modo tan poco convencional. —Dallow tenía la desconcertante manía de acercar demasiado su cara a la de la persona con la que hablaba—. He visto que era un poco temprano y no me he atre-evido... —se demoró en la palabra y luego siguió a toda velocidad— a interrumpir su cena. —Sus ojillos miraron rápidamente a los allí presentes—. Garbin, Spitshuker, Dutton... ¿Cómo se encuentra, querido amigo? ¿Y...? —Pero su escrutinio se detuvo al llegar a Peace, a Geoffrey y a Fielding. Se hicieron las presentaciones de rigor—. Encantado de conocerles, encantado.

Con unos movimientos que recordaban a un pequeño pájaro, Dallow condujo a Frances a una butaca y se sentó a su lado.

—¿Butler no está aquí? —preguntó—. Espero que llegue a tiempo para la reunión. Se trata de un asunto muy urgente... ¡Urgentísimo! —De pronto empezó a palpase los bolsillos y finalmente sacó una gran llave—. Por cierto, he estado en el hospital y la policía me ha pe-edido que te devuelva... esto.

Dallow dejó con delicadeza la llave en la mesa que tenía al lado.

Tras un momento de silencio, Frances preguntó:

—¿Es...?

Dallow asintió con una mueca.

—En efecto. La llave de la catedral. O, para ser exactos, debería decir que es la llave de la puerta del transepto norte; la que *normalmente* —hizo énfasis en la palabra— cuelga del porche delantero de esta rectoría para que la usen los que en ese momento se alojen aquí.

—Mi querido Dallow —intervino Spitshuker, de pronto muy nervioso—, ¿nos está diciendo que esa, ¡esa!, es la llave que Brooks...?

—Ni más ni menos. ¿Sabía que había desaparecido? —le preguntó a Frances.

—¿Yo? No tenía ni idea. Nunca la uso. ¿Y usted, señor Dutton?

El segundo organista cambió de posición, inquieto.

—Ya no voy nunca a la catedral. Ordenes del médico. ¿Quizá uno de los otros dos...?

—Llevan tres días fuera. Nadie ha podido echar esa llave en falta. Y, peor aún, cualquiera podría haber entrado para llevársela.

—Justo lo que le he explicado a la policía —dijo Dallow—. La «R» grabada en la llave no deja dudas de su procedencia. Probablemente la policía querrá interrogarnos al respecto. Pero, entretanto, ya no la necesitan, y me han pedido que se la devuelva. No habrán encontrado huellas dactilares, supongo.

—Lo que no acabo de comprender es por qué Brooks no utilizó su propia llave para entrar —intervino Garbin—. Desde que nos autorizaron a cerrar la catedral a las siete de la tarde, tenía su propia copia.

—Mi quee-erido Garbin, no lo ha entendido bien —dijo Dallow—. Brooks sí que entró con su propia llave. Pero quienquiera que estuviese en la catedral con él... ¡usó esta!

—Le dio unos golpecitos—. Cuando encontraron a Brooks, él tenía su llave encima. Esta otra, ya se ha comentado, la encontraron entre la hierba, cerca del transepto norte.

—Eso es curioso —comentó Fielding.

—Muy curioso, señor Fielding. ¿Por qué, se preguntará, no devolvió nuestro intruso la llave al lugar de donde la había cogido después de haber cerrado la puerta de la catedral?

—A nuestro intruso se le pasó por alto. Y debe recordar que, probablemente, daba a Brooks por muerto.

—Menos razones para encerrarlo, entonces —dijo Dutton, haciendo un inmenso esfuerzo por participar en la conversación. Todos lo miraron con esa unánime sorpresa que las personas de naturaleza tímida siempre despiertan en los demás. Cualquiera hubiese dicho que estaba a punto de salirle un ratón blanco de la boca.

—¡Pero había una razón, por supuesto! —gritó Spitshuker, animadísimo—. Es decir, suponiendo que nuestro intruso quisiera mantener su crimen en secreto el mayor tiempo posible. Aquella noche, la policía intentó abrir todas y cada una de las puertas de la catedral tres veces como mínimo. Si hubiesen encontrado alguna abierta, habrían entrado de inmediato para investigar. Por lo que sé, cuanto más se tarda en descubrir un cadáver, más difícil es determinar con precisión la hora de la muerte para poder investigar partiendo de las coartadas de los sospechosos. —Y entonces dio la sensación de que temía que su declaración demostrase un conocimiento demasiado íntimo de la criminología, porque añadió—: O al menos eso me han dicho.

—Muy cierto, muy cierto, mi quee-erido Spitshuker —confirmó Dallow con benevolencia.

—Pero sigue sin explicar por qué tiraron la llave en lugar de devolverla a su sitio —intervino Peace.

—Eso puedo explicarlo yo —dijo Frances con voz grave—. A las diez de la noche en punto se cierra con llave la puerta de esta casa. A partir de esa hora, solo podemos entrar en la rectoría los cuatro que tenemos nuestra propia llave: Notewind y Filts, los dos canónigos menores que viven aquí, Dutton y yo misma. El criminal no iba a arriesgarse a forzar la puerta solo para devolver una llave.

—Y eso significa —los sobresaltó la voz grave de Garbin— que estos cuatro están, por ahora, libres de toda sospecha.

Frances hizo un gesto de indiferencia.

—Si lo que acabamos de concluir tiene algún sentido, que es lo más probable, supongo que sí.

—Es un descubrimiento importantísimo —dijo Geoffrey—, porque, por lo que había oído hasta ahora, parece que el ataque podía haberse producido en cualquier otro momento. Por cierto, ¿a qué hora termina exactamente el ensayo del coro?

—A las nueve menos cuarto como muy tarde, porque los muchachos tienen que estar de vuelta en sus casas a las nueve. Si no recuerdo mal, uno de los *decani*, el último en irse, me contó que había llegado a su casa a las nueve y diez. Al parecer, Brooks le había dicho

que se quedaría a ensayar un poco más... Y debió de hacerlo. Sin embargo, cuando lo encontraron, no estaba cerca del órgano. —Spitshuker se dirigió al canciller episcopal—. ¿Cómo está Brooks, por cierto?

—Muerto.

La respuesta provenía de una nueva voz. Todos se volvieron inmediatamente hacia la puerta. El doctor Butler, el chantre, los miraba con los ojos más fríos que Geoffrey había visto jamás en un ser humano. Su corpulencia y su altura eran las de un gigante, y tenía el pelo del color del hielo sucio. Su cara, de huesos prominentes, estaba tan bronceada que el tono de su piel era casi marrón oscuro. Andaría alrededor de los cincuenta años, aunque prematuramente grises.

Frances se levantó de un salto.

—¡Papá...!

El chantre avanzó hacia Geoffrey.

—¿Señor Vintner? Ha sido muy amable por su parte venir hasta aquí. —Se volvió hacia los demás—. Sí, Brooks acaba de morir. Pero hará unas tres horas recuperó la razón.

—¡Se recuperó!

—Sí. Despertó de un largo y piadoso sueño y, con bastante coherencia, solicitó ver a la policía. Un agente se presentó allí de inmediato, pero, debido al cansancio, Brooks solo fue capaz de pronunciar unas pocas palabras ininteligibles antes de volverse a dormir. Poco después tenía que tomar su medicina: una solución de cafeína, creo. Una de las enfermeras se la preparó en el dispensario y la depositó, junto con otros medicamentos destinados a diversos pacientes, en un carro. Pero la muy insensata lo dejó en el vestíbulo del hospital mientras iba a atender a otro enfermo. Y en el vestíbulo no hay vigilancia, así que cualquiera podría haber accedido a él.

Hizo una pausa y sus fríos ojos observaron de nuevo a los allí presentes. Su serenidad era casi intolerable.

—La enfermera regresó y le llevó la medicina al paciente. ¿No se puede considerar negligencia criminal haber dejado ese vaso sin vigilancia? Y entonces despertaron a Brooks para que, delante de dos enfermeras y un policía, ingiriese lo que en realidad era una solución de cafeína alterada con una cantidad fatal de atropina. Murió diez minutos después, hará unas dos horas, tras una agonía lenta y atroz. —Butler hizo otra pausa y volvió a mirar a su alrededor—. Lo irónico del asunto es que todos lo interpretaron como una recaída en su delirio. Durante cinco minutos, sin comprender la gravedad de la situación, lo mantuvieron acostado, de manera que el veneno pudo actuar rápidamente.

Se hizo un silencio sepulcral. Nadie movió ni un músculo.

—Y ahora, caballeros —dijo el chantre, sin la menor emoción en su voz—, demos comienzo a nuestra reunión.

5

CONJETURAS

He aquí un loco.

SHAKESPEARE

Después de la segunda pinta, Geoffrey empezó a ver las cosas con más optimismo. Hasta llegó a abandonar momentáneamente sus pensamientos morbosos y echó un vistazo a su alrededor. La barra del Whale and Coffin estaba atestada; atestada de gente, pensó, que nada sabía de lo que él acababa de oír en la rectoría hacía apenas media hora. Los parroquianos charlaban con estoica resignación sobre la evolución de la guerra, la calidad de la cerveza y los pequeños inconvenientes de seguir con vida. Bebían y, aunque no parecían entusiasmados, al menos sí tenían aspecto de estar divirtiéndose. Casi todos eran hombres, pero también divisó en un rincón a una rolliza mujer de mediana edad, maquillada y bien vestida, que daba tragos de una aceitosa cerveza negra con aires de señora displicente, y en otro, a una dependienta pálida, anémica y anodina que bebía en silencio acompañada de un joven tan pálido, anémico y anodino como ella. No se respiraba un gozo desenfrenado, pero al menos había algo de paz.

Apariencia de paz, pensó Geoffrey. ¿Qué es en realidad la «paz»? ¿Un cucurucho de helado al sol? No había paz en Tolnbridge, ni tampoco serenidad. Bajo el plácido y cotidiano ritual de la villa episcopal, unas fuerzas desconocidas ascendían lenta e inexorablemente hacia la superficie. El odio y el asesinato podían estar ocultos bajo la máscara habitual de cualquiera de aquellas personas. Geoffrey no había vuelto a ver al tabernero, lo que lo había enojado y aliviado a partes iguales: enojado porque había regresado al pub con la intención de exigirle una explicación por su conducta anterior, y aliviado porque no las tenía todas consigo sobre el desenlace de aquel encuentro. ¡La postergación obligada era una bendición! A su izquierda, un soldado contaba una interminable historia sobre algún incidente menor de la vida castrense.

—Y ahí estaba yo, dentro de ese camión, avanzando por una colina con más agujeros que un colador, sin parar de botar, arriba y abajo, como una condenada marioneta...

La voz se fundió en la narración de un recuerdo manido. Un hombre alto y corpulento se abrió paso hasta la barra. Evidentemente, se trataba de alguien importante porque se interrumpieron las conversaciones y los que bebían observaron al recién

llegado con curiosidad e interés, como si aguardasen una suerte de declaración oracular. Pero como el hombre se limitó a pedir una *bitter* y un paquete de Player, las conversaciones se reanudaron sin más.

—Pues eso, que allí estaba yo, botando como un monigote, mientras por todas partes llovían granadas como guisantes en una sartén...

La gente civilizada reacciona de un modo extraño ante las muertes violentas, pensó Geoffrey, recordando lo sucedido en la rectoría. Nadie había gritado, nadie había reprimido un jadeo alarmado, apenas habían hablado y los allí presentes se habían marchado casi de inmediato para permitir que el cabildo continuase su reunión. Frances había rechazado la invitación para tomar una copa y se había retirado a su habitación con un libro. Fielding, cuyas reacciones ante la proximidad del mar eran de lo más convencionales, había anunciado su intención de ir a pasear por los acantilados. Dutton se había acostado y Peace había desaparecido, nadie sabía adonde había ido. Geoffrey se sentía irritado consigo mismo porque era el único que había necesitado beber alcohol tras enterarse de la noticia, por lo que se juzgaba a sí mismo moralmente débil. Si bien había resistido la tentación durante diez minutos, mientras llevaba a cabo un examen superficial y anodino del jardín, al final la necesidad de tomarse una copa había sido más fuerte. La necesidad... y el deseo perentorio de encararse con el tabernero del *Whale and Coffin*, se apresuraba a añadir como un atenuante nada convincente. Pero James no estaba en el local, o puede que se encontrara atendiendo en otra zona de su establecimiento.

La noche era cálida y enturbiaba las ideas. Los clientes del pub espantaban en vano las moscas que revoloteaban ante sus narices. No tenía datos suficientes para poder someter a examen lo sucedido. El primer pensamiento de Geoffrey fue el de salir huyendo, pero luego, aburrido con la idea como los artistas se aburren de sus obras, archivó mentalmente la fuga y se puso a pensar en Frances. La cerveza lo condujo lenta e inexorablemente al borde de una ciénaga de sensiblería. El Intelecto se apartó un poco y lo informó de tal hecho.

Geoffrey no le hizo ni caso y se abandonó al sentimentalismo, ayudado por otra jarra de cerveza. Comparándolos con anteriores experiencias, se dedicó a analizar los encantos de su adorada, su verdadero amor, su bienamada. «“Bienamada” me parece una palabra preciosa, es una lástima que ya no se utilice», dijo el Intelecto, intentando sin éxito atraerlo a una conversación sobre la degeneración del lenguaje. Labios como... ¿como qué? ¿Coral? ¿Cerezas? No, no... Demasiado trillado, demasiado convencional. «Esa clase de epítetos se acabaron con la literatura jacobina», dijo el Intelecto, que intentó capear el temporal citando a Shakespeare: «No son soles los ojos de mi amada; el coral es más rojo que sus labios; si blanca es la nieve, pardo es su pecho, y hebras renegridas tiene por cabello...». A su vez, la Emoción replicó indignada con: «¿A un día de verano habré de compararte?», pero no estaba segura de cómo continuaba el poema, así que se vio obligada a retirarse entre balbuceos enojados.

No obstante, la victoria del Intelecto fue solo temporal. «¿Y si le pido que se case

conmigo?», pensó Geoffrey. La Soltería, confiada en su inexpugnable ciudadela, dio un respingo sobresaltado y empezó a asomarse, inquieta, desde detrás de sus fortificaciones. «¡Qué incomodidad! —susurró, persuasiva—, ¡cuántos inconvenientes! Si te casaras, echarías por la borda de un plumazo todos tus pequeños caprichos, tu serenidad tan meticulosamente organizada. Las mujeres desprecian esas cosas y, aunque no fuera así, ¿para qué casarse, en cualquier caso? ¿Para qué quieres un espejo que refleje tus manías, que adule tu cara? Inútil y estúpido. Seguirás mejor tal y como estás. Y, además, tu obra... Una esposa insistiría en salir cuando tú estás trabajando en una idea particularmente buena. ¿Y qué sería de tu *Concierto de violín* con un bebé berreando por la casa? Eres un artista, y los artistas no deberían casarse. Tal vez coquetear un poco, eso sí, pero nada más».

Ante el inapelable sentido común de estos argumentos, lo único que pudo hacer la Emoción fue murmurar, triste pero empecinadamente: «La amo». Y fue entonces cuando de verdad cundió el pánico en la ciudadela. Cerraron todas las ventanas, bajaron el rastrillo y el puente levadizo...

—¿Le importaría darme lumbre?

Geoffrey volvió sobresaltado a la realidad. El hombre alto que acababa de entrar blandía inquisitivamente un cigarrillo.

—Desde lo de Noruega, las cerillas escasean cada vez más —dijo el hombre.

Era un hecho incuestionable que no daba mucho pie a ningún comentario. Geoffrey sacó su encendedor y frotó varias veces la rueda estriada con el pulgar. Tras el duodécimo intento, el hombre sonrió con cierta tristeza.

—Unos artilugios complicados.

—Lo he rellenado esta misma mañana, creo incluso que demasiado. —Geoffrey agitó el encendedor y un chorro de líquido salpicó el suelo—. Lo intentaré una vez más.

La enorme llamarada estuvo a punto de quemarles la cara. Y justo en el momento en que el hombre alto acercaba inseguro su cigarrillo sucedió lo otro.

Algo apartadas de la barra había tres puertas que llevaban a unos reservados donde se podía beber en relativa intimidad. De pronto, desde detrás de una de esas puertas les llegó el sonido de unos ruidos desconcertantes de lo que parecían unos golpes tremendos, muebles volcados, maldiciones, gruñidos, jadeos y movimientos apresurados, seguidos de más golpes. Todos en el bar se quedaron escuchando, boquiabiertos y estupefactos. El hombre que le había pedido fuego a Geoffrey se dirigió hacia la puerta con autoridad y la abrió. Geoffrey lo siguió y el resto de los clientes se arremolinaron detrás de ellos.

Al principio, lo único que vieron fue una pequeña habitación con los muebles dispersos por todos los lados. No obstante, al fijarse un poco más, descubrieron a alguien que maldecía en diferentes lenguas en un rincón donde se desplegaba una intensa actividad. Geoffrey y el hombre alto entraron al reservado. La multitud, expectante y con los ojos como platos, se quedó en el umbral.

El motivo de la *bagarre* era bien distinto del que habían supuesto. En una esquina había un hombre, alto y larguirucho, arrodillado. En una mano sostenía un gran vaso de

whisky y en la otra un bastón con el que intentaba golpear a un pequeño objeto móvil que planeaba a cierta altura del suelo. No tardaron demasiado en descubrir que se trataba de una mosca común que esquivaba las acometidas con facilidad y evidente placer. Es imposible saber cuánto habría durado esta escena si no hubiera sido porque la mosca, cansada de la diversión, alzó el vuelo y decidió marcharse. Su agresor, claramente fuera de sí por esta inesperada maniobra, le arrojó el contenido del vaso, pero falló. La mosca voló a toda velocidad hasta chocar con su nariz y después puso la marcha atrás. A continuación, con lo que hasta el menos imaginativo de los hombres hubiera definido como un grito de felicidad, se largó por la ventana.

El hombre se levantó parsimoniosamente y se sacudió el polvo de las rodillas con un gesto convencional. Unos erizados mechones de su cabello negro, que había tratado de mantener peinado sin éxito, sobresalían en la zona del cogote. Sus mejillas, resplandecientes como manzanas, daban fe de una energía y una buena salud casi intolerables. Aunque la noche era más bien cálida, llevaba puestos una gabardina enorme y un sombrero extraordinario.

—¡Por Dios! —exclamó Geoffrey, bastante conmovido.

Gervase Fen, profesor de Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, miró plácidamente a su alrededor.

—El problema de las moscas —dijo sin más preámbulos— es que nunca aprenden. Lo lógico, si eres un ser minúsculo y aterrizas sobre un gigantesco objeto animado que te golpea y te grita, es que decidas largarte y encerrarte en un armario por siempre jamás. Pero las moscas no lo hacen. Siguen sobrevolando en círculos impasiblemente y se empecinan en volver al mismo lugar una y otra vez. Les pasa lo mismo con las ventanas. Incontables generaciones de estúpidas moscas se han estrellado contra los cristales sin haber descubierto todavía que es imposible atravesarlos.

Los parroquianos del bar volvieron con indiferencia a sus sitios. El hombre alto que le había pedido fuego a Geoffrey le dijo a Fen:

—He estado buscándolo por todas partes, señor.

Fen asintió vagamente.

—El inspector Garratt, ¿no es así? ¿Novedades de Brooks?

Geoffrey, conteniendo a duras penas su fastidio, declaró:

—Y yo soy Geoffrey Vintner.

—Eso ya lo sé, Geoffrey —dijo Fen.

—Y bien, ¿no va a darme la bienvenida?

—¿Por qué? ¿Le pasa algo?

—¡Me ha llamado para que viniera a tocar el órgano en los servicios!

—¿Ah, sí? ¿De veras? Creía que se lo había pedido al viejo Raikes, de St. Christopher. Aunque no habría servido de nada, lleva años postrado en la cama... —añadió, pensativo.

Geoffrey se sentó. La furia lo había dejado sin habla.

—Y pensar que he venido hasta aquí, que me han atacado tres veces en el trayecto...

—¿Qué acaba de decir, señor? —preguntó el inspector, súbitamente interesado.

—Que me han atacado.

Fen gimió.

—Más complicaciones. Y yo que pretendía pasar un verano tranquilo... Bueno, bebamos y pongámonos al día.

Y se pusieron al día. Primero el inspector, que les hizo un sucinto resumen de lo que sabía del asesinato de Brooks, y luego Geoffrey, que hizo un resumen mucho menos sucinto —en realidad, fue más bien prolijo— de los ataques que había sufrido a lo largo de los últimos días. Geoffrey se sentía justificado por la naturaleza insatisfactoria, y esencialmente poco convincente, de aquellas agresiones. Sin embargo, su relato no pareció perturbar demasiado ni a Fen ni al inspector, por lo que el fastidio de Geoffrey aumentó sobremanera.

—Colaboraré —dijo Fen con decisión cuando por fin Geoffrey cerró la boca.

—Bien. Scotland Yard ya nos advirtió que no podríamos detenerlo —dijo el inspector. Fen lo fulminó con la mirada—. Creo que todavía le recuerdan por ese asunto de Caxtons Folly, antes de la guerra.

—¡Ah, Caxtons Folly! —dijo Fen, complacido—. Ese sí que fue un verdadero caso... —De pronto, una idea inquietante asaltó su mente—. ¿Scotland Yard? ¡No les habrá transferido usted el caso!

El inspector suspiró.

—No hemos avanzado mucho por nuestra cuenta, señor. Y el reciente fallecimiento de Brooks no ha hecho sino empeorar las cosas. Hemos interrogado a todos los implicados, de eso puede estar seguro, aunque es cierto que tras la muerte de Brooks no lo hemos vuelto a hacer. Eso está pendiente —dijo con voz lúgubre, como un general examinando un terreno particularmente inadecuado antes de la batalla—. Pero ¿para qué? Ni siquiera sabemos por dónde empezar a preguntar... ¡Brooks no tenía un solo enemigo en el mundo! Nuestra única pista es ese improbable «algo» que parece que vio. Por tanto... El jefe de policía se ha puesto en contacto con Scotland Yard. Creo que nos enviarán a uno de sus mejores hombres, un tal Appleby.^[1]

—¡Appleby! ¡Appleby! —aulló Fen, indignado—. ¿Para qué quieren a Appleby si yo estoy aquí? —Se calmó un poco—. Admito que es bueno..., muy bueno —concluyó con cierta tristeza—, pero no veo por qué...

Geoffrey se incorporó, no sin cierto esfuerzo, con la esperanza de dar así mayor énfasis a sus palabras.

—Mi querido Gervase: en un asunto tan grave como un asesinato, si hay alguien que pueda ayudar...

—¡Ni se le ocurra sermonearme! —repuso Fen, malhumorado.

—Bien, tenemos carta blanca durante un día más —continuó el inspector, inmune a las interrupciones—. Si para entonces no hemos descubierto nada, entonces habrá que dejar el caso en manos de Scotland Yard.

—Por supuesto que descubriremos algo —declaró Fen, magnánimo, para luego

preguntarse, con cierta perplejidad—: Pero ¿qué? Tenemos tres frentes abiertos, ¿verdad? Primero, los ataques a Geoffrey; segundo, el ataque a Brooks en la catedral; y tercero, el asesinato de Brooks. Lo aconsejable es abordarlos por separado y ver qué sacamos en claro. A ti, Geoffrey, te han atacado tres personas distintas, muy probablemente matones a sueldo. Me pregunto qué le habrá ocurrido al tipo de la tienda. ¿Crees que habrá escapado? —Se volvió hacia el inspector—. No habrá oído usted nada, supongo.

El inspector negó con la cabeza.

—No hay ningún motivo para que en Londres lo relacionen con nosotros. Pero puedo llamar y averiguarlo.

Tomó nota en un sobre mugriento.

—Bien, pues ya está. No creo que tenga mucho sentido seguirles la pista a los otros dos. ¿Qué fue del baúl que le echaron encima, Geoffrey?

—Se quedó en el tren, creo. Sí, estoy seguro de que fue así.

—Quizá encontremos huellas —dijo el inspector—. Es muy probable que el hombre que intentó acabar con usted sea un expresidiario cuyos antecedentes consten en alguna parte. No creo que atraparlo sirva de mucho, porque seguro que desconoce los detalles de la trama. Rutina, ya sabe. «Quizá la policía carezca del brío y de la genialidad del detective privado, pero solo mediante su investigación paciente y metódica de los detalles más insignificantes, del criminal, etcétera, etcétera, etcétera...». —Rescató de nuevo el sobre e hizo otra anotación—. Era el tren de las 17.43, ¿verdad?

—Y también están las dos cartas amenazadoras —siguió Fen—. ¿Por qué cree que alguien querría evitar que viniese aquí?

—Creo —dijo Geoffrey, plagiando descaradamente a Fielding— que todo el asunto es una cortina de humo para ocultar el verdadero motivo del ataque a Brooks, para tratar de concentrar nuestra atención en el hecho de que los ataques son precisamente organistas...

—¡Tonterías! —interrumpió Fen con grosería—. Nadie se complica la vida con algo así solo para usarlo como tapadera. —A Fen le gustaba echar mano de lo último en argot especializado—. ¿Por qué no pensar en la explicación más lógica? A lo mejor no quieren que nadie toque el órgano durante unos días.

—Eso es una estupidez.

—No, no lo es —replicó Fen, irritado—. Es más que evidente que Brooks vio en la catedral algo que incriminaba a cierta persona. Supongo que estaría relacionado con el órgano. Brooks lo descubre, ellos saben que lo ha descubierto e intentan despacharlo.

Geoffrey soltó un débil gemido de protesta.

—Muy bien —continuó Fen—. Crean que lo han conseguido y que están a salvo. A la mañana siguiente, reciben la desagradable noticia de que Brooks sigue vivo y que aún es capaz de dar el chivatazo a la policía...

Geoffrey volvió a gemir.

—... por lo que intentan acabar con él por segunda vez, y en esta ocasión lo consiguen. Pero también comprenden que, a estas alturas, todos supondrán que la

catedral oculta algo importante (si simplemente hubiesen encontrado a Brooks muerto, nadie habría sospechado) y quieren sacarlo del edificio a toda costa. Primera dificultad: la catedral está muy bien vigilada —Fen miró al inspector, que asintió—, y nadie no autorizado puede entrar en ella, salvo cuando está abierta para el servicio. Segunda dificultad: quieren acceder a la tribuna del órgano o a sus inmediaciones, y dicha tribuna, pese al deceso de Brooks, estará ocupada durante los servicios por un tal Geoffrey Vintner, a quien se ha emplazado para esa función. Moraleja: ¡quitamos de en medio al señor Vintner y así mantenemos el órgano despejado!

—Suenan plausible —dijo el inspector—. De hecho, es la única explicación que se me ocurre.

—No se le ha ocurrido *a usted*, se me ha ocurrido *a mí* —murmuró Fen.

—Pero ¿qué será ese misterioso «algo»? —prosiguió el inspector, abatido.

—Supongo que ya habrán registrado la catedral.

—Por supuesto —dijo el inspector, muy serio—. Aunque sin resultados, desde luego... Pero tampoco sabemos qué estamos buscando exactamente... Hemos registrado hasta las tripas del órgano...

—Las tripas... —gimió Geoffrey.

—... pero no hemos encontrado nada.

—¿Y las tumbas? —sugirió Fen.

—No las hemos abierto, como se puede imaginar. Pero no creo que Brooks lo hiciera.

Geoffrey intervino.

—Dice usted que ninguna persona no autorizada ha podido entrar en la catedral, salvo durante los servicios, desde que encontraron a Brooks. Eso no incluye a ninguno de los miembros del clero, supongo.

—¿Los caballeros de hábitos sagrados? No, señor, pero le aseguro que hemos mantenido una discreta vigilancia sobre todos los que han tenido ocasión de entrar.

—Puesto que la catedral está bajo sospecha, también lo están sus moradores —apuntó Fen.

—En efecto. Y eso dificulta aún más las cosas. Fisgar en los hábitos de un canónigo resulta bastante violento. —El extraño efecto que había producido su verborrea sobresaltó al inspector, que guardó silencio durante unos instantes—. Bueno, ¿y ahora, qué?

—El segundo frente es el ataque a Brooks en la catedral —dijo Fen—. ¿Alguna pista?

—Casi ninguna. Le golpearon en la cabeza y le administraron una inyección de atropina. Intravenosa, en el antebrazo izquierdo.

—Creía que la atropina era soporífera —dijo Fen.

—No, es irritante..., afrodisíaca... No, no es eso. ¿Cuál es el término?

—¿Era una dosis letal?

—La quinta parte de un grano. Tendría que haber sido fatal, pero la acción de esa sustancia aún no se conoce. La dieciseisava parte de un grano se considera la dosis

máxima segura. El diagnóstico fue rápido: falta de transpiración y salivación, etcétera. Lo trataron con ácido tánico, morfina, éter, cafeína..., con todo lo que tenían a mano. De hecho, se habría recuperado si no...

Al inspector se le quebró la voz. De pronto Geoffrey comprendió la gran responsabilidad que recaía sobre los hombros de aquel hombre y cuánto le pesaba.

—No han encontrado la aguja hipodérmica, supongo.

—No.

—¿Era muy pequeña?

—Eso depende de la solución. El sulfato de atropina es soluble en una proporción de uno a tres en alcohol de noventa grados y de uno a quinientos en agua. Pero, aun así, la aguja podría ser diminuta.

Fen se revolvió, inquieto, absorto en sus reflexiones. Apuró el whisky y pulsó un timbre, a todas luces averiado, para pedir otra copa.

—Un extraño método para asesinar a alguien. Un disparo habría sido demasiado ruidoso, desde luego, pero ¿y el apuñalamiento? ¿O la estrangulación? Demasiado aparatosos. Quizá eso indique la mano de una mujer. O de un hombre de mentalidad femenina. —Volvió a pulsar el timbre, que se desprendió ruidosamente de la pared. Fen se quedó mirándolo un buen rato y luego se volvió hacia el inspector—. ¿Es difícil conseguir atropina?

—Supongo. No lo sé.

—¿No lo sabe? Si es usted inspector, ¿qué es que lo inspecciona? ¿Estufas?

Fen se carcajeó sonoramente. Los otros lo miraron con frialdad. Cuando se calmó, el inspector dijo:

—Si lo adquirieron en una farmacia, constaría en el registro de sustancias tóxicas. Hemos hablado con todos los farmacéuticos locales pero no hemos encontrado nada sospechoso. No podemos investigar todos los registros del país y, además, estoy convencido de que no tratamos con un loco de atar. No en el sentido habitual del término, al menos —añadió, meditabundo—. No, creo que por ese camino no llegaremos a nada. A Brooks lo golpearon en la cabeza con un objeto contundente en una zona cuidadosamente elegida para que requiriese el mínimo de fuerza. Todo indica que el agresor tenía conocimientos médicos. Y también que su acto era premeditado. La gente no va por ahí armada con agujas hipodérmicas cargadas de atropina, como si fueran pistolas.

Llegados a este punto, Geoffrey propuso una hipótesis, aunque con escasa convicción.

—Quizá Brooks ya sabía que pasaba algo, y ellos sabían que él lo sabía y decidieron silenciarlo para siempre después del ensayo del coro.

Fen asintió en señal de aprobación.

—Muy bien. ¿Medios? ¿Móvil? ¿Ocasión?

—¿Móvil? ¿Podemos concretar un poco? —Como era evidente que tanto Geoffrey como Fen estaban más que dispuestos a concretarlo y la pregunta era más bien retórica,

el inspector se apresuró a añadir—: Nuestra única pista son los delirios de Brooks. Cuando el sacristán que abre la catedral por la mañana lo encontró... —Se detuvo con brusquedad—. Por cierto, supongo que querrá interrogar al sacristán.

—No especialmente —dijo Fen.

—¡Ah! —repuso el inspector, desanimado—. Pues bueno, cuando lo encontraron, Brooks no paraba de hablar. Y en el hospital siguió con sus delirios. Anotamos casi todo lo que dijo. Hay muchos detalles que por supuesto no guardan ninguna relación con el caso... Por ejemplo, que estaba prendado de esa descarada de Helen Dukes, de la estafeta de correos...

—Estafeta de correos, estafeta de correos... ¿Por qué tenemos que entretenernos en eso?

—Y también le preocupaban ciertos asuntos relacionados con la música de la catedral, por supuesto —prosiguió el inspector, imperturbable—. Resulta que había discutido con uno de los bajos *cantori* por un solo, pero eso no parece suficiente como para constituir el móvil de una agresión.

Fen acomodó su larguirucho cuerpo en la silla con suma irritación.

—¿Cuándo iremos al grano? —protestó.

—Y, finalmente, están las cuatro cosas que mencionó sobre la catedral. Esta parte le resultó muy dolorosa y se le veía bastante asustado, pero tampoco nos reveló mucho. ¿Recuerdan ese personaje de *La piedra lunar* que completa los delirios del médico con sus propias palabras creando así una pieza gramaticalmente bellísima? A mí nunca me pareció plausible, los delirios no funcionan así. El único defecto que se le puede encontrar a una obra de Wilkie Collins por lo demás excelente, aunque considero que como novela policíaca está sobrevalorada, al igual que los cuentos de Poe...

—¡Vamos, vaya de una vez al grano! —se impacientó Fen—. ¿Qué dijo Brooks?

El inspector se quedó en silencio durante unos instantes y luego se sacó otro sobre del bolsillo.

—Bien, señor, aquí va. —Leyó en voz alta—: «Cable. Hombre colgado..., sogas. Losa... desplazada».

Siguió otro silencio. Geoffrey recordó las circunstancias en que había oído por primera vez aquellas palabras. Ahora le afectaron en igual medida. «Una catedral vacía no es un buen lugar para pasar la noche». Hasta para el menos imaginativo... Le vinieron a la cabeza las palabras que había leído tiempo atrás en un relato de M. R. James: «En sus días de inocencia había leído acerca de encuentros en tales lugares que ahora ni se atrevía a recordar». Por mucho que el encuentro no hubiera tenido para nada un componente sobrenatural, el hecho de que se hubiese producido en aquel entorno podría trastornar hasta a un hombre de nervios bien templados. Y eso fue lo que dijo Geoffrey.

Fen asintió. Se le veía bastante apagado, pero quienes lo conocían sabían que eso indicaba que estaba enfrascado en esclarecer algunas dudas. Recogió los vasos vacíos sin mediar palabra y, tras dirigir una mirada desdeñosa al timbre, se marchó a buscar otra ronda. Al volver, dejó sonoramente las bebidas sobre la mesa, se desplomó en la silla y

preguntó:

—¿Y bien?

—Sumidos en meditaciones nocturnas... —empezó el inspector.

Fen contuvo un bufido.

—Parece que el destino me ha condenado a relacionarme con policías literarios. — Alzó su vaso para brindar de forma mecánica, le dio un buen trago a su whisky, se atragantó y siguió quejándose con amargura—: ¿Por qué nadie se toma las cosas literalmente? «Cable»: radio, electricidad. —Dirigió una mirada de odio al difunto timbre que yacía en el suelo—. ¿Timbres? «Hombre colgado-soga». Un hombre puede colgar de una sogas sin estar necesariamente ahorcado. Puede, por ejemplo, subir y bajar por una cuerda con claros motivos criminales. «Losa desplazada». ¿Se ha movido por sí sola o alguien la ha cambiado de posición? —Hizo una pausa—. Me parece de lo más evidente. ¿Qué zona de la catedral resulta inaccesible a menos que se llegue a ella escalando con una cuerda? ¿Dónde no hay escalera?

Un destello en los ojos del inspector indicó que había comprendido. Se incorporó. Fen asintió.

—¡Exacto! La galería del Obispo.

Geoffrey miró sin comprender.

—¿La qué?

—Claro, tú no conoces la catedral. La tribuna del órgano está justo encima de la sillería del coro, en la zona sur del presbiterio. De allí parte una estrecha galería que se dirige al oeste, hacia la nave, y llega hasta la gran columna que da inicio al transepto sur. Desde ese extremo, la galería del Obispo es inaccesible. En teoría, solo se puede acceder a ella desde dos sitios: el primero es una entrada que lleva tapiada desde el siglo XVIII y se encuentra en la tribuna del órgano; el segundo, una escalera de caracol que conduce a una pequeña habitación y de allí a una puerta exterior que también está tapiada. En esa pequeña estancia descansa el difunto John Thurston, obispo de 1688 a 1705 y último cazador de brujas de Inglaterra. La galería elevada lleva su nombre. De modo que, a menos que bajen una tonelada de cascotes, el único modo de acceder a la galería es escalando por la balaustrada. —Se volvió hacia el inspector—. Supongo que nadie ha agujereado esos tabiques de ladrillo, ¿verdad?^[Plano de la catedral]

El inspector negó con un gesto. Una indefinible inquietud estaba comenzando a apoderarse de él.

—Ese era el acceso más probable, pero no, nadie ha manipulado esos tabiques y, si alguien lo hubiera intentado, habría sido imposible disimularlo. Aunque tampoco resultaría difícil, el tabique no es demasiado grueso y parece que se levantó a toda prisa. En cuanto al asunto de la sogas, admito que el único modo de subir y bajar de esa galería sería mediante una cuerda. Justo debajo se encuentra el nicho de san Ephraim, encastrado en la pared, aunque como no sobresale, no hay donde apoyar el pie. Tampoco las columnas que lo enmarcan sirven de apoyo, pues resbalan como si fueran de cristal. Pero ¿dónde podrían haber atado la cuerda, antes de ponerse a escalar?

Fen soltó un bufido desdeñoso y tomó un trago de whisky.

—Está asqueroso —se quejó, y luego añadió—: Un experto en manejar el lazo podría haberlo conseguido sin la menor dificultad usando una cuerda ligera de cáñamo. La galería tiene una balaustrada calada.

—Pero después la cuerda se habría quedado colgando y nosotros la habríamos visto —insistió el inspector.

—No. No, si la cuerda hubiese sido lo bastante larga para cubrir el doble de la longitud que separa la galería del suelo. Solo hay que hacer un nudo especial —Fen no especificó más—, subirlo por un lado de la cuerda y tirar del otro extremo al llegar abajo. Entonces el nudo se deshace y se puede retirar la cuerda.

Se recostó en su silla, sumamente complacido.

—¡Caray! —dijo el inspector con desconfianza—. ¿Y qué nudo es ese?

—Se le llama «el anzuelo».

—¿Y por qué se le llama así?

—Porque el lector tiene que tragárselo —repuso Fen plácidamente.^[2]

—Pero lo esencial es: ¿qué demonios pretende esa gente bajando y subiendo por cuerdas? —intervino Geoffrey, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¡Así no vamos a ningún lado!

—Cables —dijo Fen misteriosamente. Se levantó y empezó a deambular por la habitación, al parecer inspeccionando su decoración—. Tenemos que ir a la catedral y visitar, sea como sea, la galería del Obispo. ¿Es posible? —preguntó al inspector, antes de añadir, quejumbroso—: Es un fastidio porque esta noche iba a hacer un experimento interesantísimo con unas polillas... —De pronto se interrumpió—. Y eso me recuerda: ¿me ha traído el cazamariposas, Geoffrey?

Geoffrey asintió. El simple recuerdo del artilugio despertó en él un odio instantáneo hacia la vida.

—Está en la rectoría. Diecisiete con seis.

Fen hizo caso omiso al último comentario.

—Hay algo más: el asesinato de Brooks —prosiguió el inspector—. De nuevo atropina, aunque esta vez por vía oral. Negligencia criminal. —Se le ensombreció el rostro—. Creo que el personal del hospital no está implicado y que alguien introdujo la atropina en su medicamento cuando lo dejaron sin vigilancia en el vestíbulo.

Fen interrumpió sus idas y venidas.

—Eso es curioso. Parece una posibilidad tan remota...

—Nada de eso, señor. La enfermera a cargo del dispensario es una cabeza de chorlito y había hablado del caso de Brooks... a cualquiera que le preguntaba por él. Medio Tolnbridge debía de estar al tanto de que tomaba ese medicamento cada media hora, con la implacable regularidad propia del destino. Esta tarde, mientras la enfermera sacaba el carro al pasillo, ha sonado el timbre de una de las habitaciones y ella ha acudido a la llamada. Pero el paciente en cuestión estaba profundamente dormido y en la habitación no había nadie más. Cuando regresó al carro, el daño ya estaba hecho.

—¡Por mis orejas y mis bigotes! —gimió Fen—. Atrevido, ¿verdad? ¿No se ha visto a nadie por los alrededores?

—Se ha visto a mucha gente. Era hora de visita.

—Podría haberse tratado de los medicamentos de otro paciente, pero supongo que a ellos esas pequeñeces les traen sin cuidado.

A Geoffrey le vino a la cabeza otra frase: «Parece que no les importa en absoluto desperdiciar vidas en el camino».

Fen reanudó su paseo y el inspector su logomaquia:

—Esta noche me entrevistaré con todas las personas relacionadas con el caso; es decir, con todas las personas vinculadas de algún modo a la catedral: la señorita Butler, el doctor Butler, el doctor Garbin, el doctor Spitshuker, el señor Dutton, sir John Dallow y el señor Savernake, ahora que ya ha regresado... —Recitó la lista con la melancólica fruición de un satanista que enumera los círculos del infierno—. Pero seguro que no aclararemos nada, nada de nada —añadió, dejando de fingir y cayendo de nuevo en una patética desesperación.

—Vamos, vamos, inspector... —dijo Geoffrey mecánicamente.

—Le agradecería que echase un vistazo a la catedral y a la galería del Obispo mientras yo me entrevisto con todas esas personas —dijo el inspector, más sereno, a Fen—. El chantre tendrá que darnos su autorización para entrar en la galería, pero supongo que no nos pondrá trabas. Avisaré a los policías que están de guardia para que le ayuden en todo lo que necesite.

Fen asintió y apuró el whisky. Todos se levantaron, el inspector suspirando y Geoffrey algo confuso y envalentonado por el alcohol.

—Bueno, al menos no estamos tan perdidos como antes, aunque nos basemos principalmente en conjeturas. Ahora comprobaremos qué es lo que esconde esa galería infernal.

Sin embargo, eso era algo que no estaban destinados a ver.

ASESINATO EN LA CATEDRAL

*Que esta noche hereda
el vasto salón de la muerte.*

ARNOLD

Salieron del Whale and Coffin y regresaron a la rectoría. Eran las diez menos diez y una bruma crepuscular acariciaba los tejados de la villa, suavizaba el contorno de la costa y dibujaba cauces de plata entre las casas blancas dispersas por la distante orilla del otro lado del estuario. Ya ni siquiera las gaviotas emitían sus melancólicos gritos. Como en un gesto de despedida antes de sucumbir al asalto de la oscuridad, el cielo era del más pálido y frágil azul. El ambiente estaba impregnado del sosiego, singular e inexplicable, del anochecer, interrumpido tan solo por los graznidos de una bandada de grajos que regresaba a sus nidos, en las copas de unos abetos. La catedral, con su orgullosa aguja alzada al cielo, dominaba la población.

Geoffrey cojeaba. Estaba convencido de que a la sazón el moratón producido por el golpe ya habría adquirido unas dimensiones considerables, y además un segundo malestar, más temible si cabe, estaba arraigando en su cuerpo. El paso rápido de Fen no ayudaba en absoluto. El profesor daba zancadas a un ritmo desenfrenado e innecesario mientras parlotaba sin cesar sobre insectos, catedrales, crímenes y también sobre la Universidad de Oxford, y se quejaba, de forma distante y maliciosa —era su modo habitual de manifestar su buen humor— de la gestión de la guerra, de su situación personal, de la ingratitud de sus contemporáneos y de la calidad de ciertas marcas comerciales de whisky. No obstante, Geoffrey se sentía más feliz de lo que había estado el resto del día. Había encontrado a Fen, se había esclarecido parte del misterio, y él —Geoffrey— sabía ahora con total seguridad que era el objeto de una malicia incidental y no específica. De pronto se le ocurrió un modo de combinar el tema por inversión y el tema por disminución y cantó alegremente por lo bajo incluso después de que Fen, hasta entonces enfrascado en una descripción deprimente de las costumbres del escarabajo pelotero común, le llamase la atención al respecto. El inspector caminaba casi en silencio. Era evidente que no escuchaba a Fen, pero insertaba monosílabos anodinos siempre que se producía una pausa conveniente, como si estuviese arrojando cerillas a un arroyo.

Poco después se cruzaron con Fielding, que volvía de su paseo con los bajos del

pantalón salpicados de agua marina. Los saludó abatido, todavía muy afectado por el calor, y Geoffrey le presentó a Fen y al inspector.

—¿No será usted... —preguntó Fen, antes de que pudieran detenerle— el autor de *Tom Jones*?

Mientras seguían andando, Geoffrey le informó de la situación en la medida en que fue capaz, lo que aumentó el desaliento de Fielding. Sabía que la ineptitud en los procesos deductivos que había demostrado hasta el momento no le auguraba precisamente un futuro prometedor como agente secreto. Sin embargo, le consoló un poco reconocer que él no había estado al corriente de los datos relevantes.

—Parece que el caso se ha aclarado un poco —le dijo a Geoffrey, con expresión ansiosa—. ¿Cuál es el siguiente paso?

Geoffrey le resumió entonces los planes que tenían, y Fielding asintió.

—Muy bien —dijo, como si creyese que esperaban un comentario de él—, pero ¿quién está detrás de todo este asunto? Eso es lo que tenemos que averiguar cuanto antes.

Geoffrey, más que dispuesto a superar a Watson en este aspecto, soltó una serie de gruñidos para mostrar su desacuerdo y declaró, dogmático:

—Lo mejor que podemos hacer es no molestar y no hacer preguntas idiotas. Ya hay dos personas a cargo del caso... ¡Que Dios ayude a la ley —añadió con sentimiento— si es gente como nosotros quien tiene que acabar defendiéndola!

—Pues yo creo que lo haría bastante bien —protestó Fielding, tozudo. Tras una pausa, preguntó—. ¿Geoffrey?

—¿Sí?

—¿Cree que esta gente podría ayudarme a entrar en el Servicio Secreto?

—¡Santo cielo! ¿Todavía sigue con eso? No está capacitado, se lo repito... ¡No está capacitado...!

—No veo por qué voy a estar menos capacitado que cualquier otro. Usted no se da cuenta de mi situación.

—Claro que me doy cuenta. ¡Es usted un romántico trasnochado y, además, está loco! El Servicio Secreto no es todo armas, espías guapas y códigos, ¿sabe? —continuó severamente Geoffrey, que por lo demás no sabía nada del tema—. Es solo rutina, trabajo de oficina y... —su imaginación acudió rauda en su ayuda— acodarse en pubs para escuchar las batallitas de los soldados.

—¿Y eso por qué? —preguntó Fielding.

—Acabará defendiendo que hay espías en Tolnbridge...

—Y eso nos lleva al otro asunto —se quejó el inspector, que se encontraba a la izquierda de Geoffrey—: hay espías en Tolnbridge, agentes enemigos. Se ha filtrado cierta información... Nada importante, afortunadamente, pero sí sintomático...

Fue una suerte que Fielding no lo oyese. Geoffrey se detuvo un instante para asimilar la monstruosa información y verificar que el inspector hablaba en serio antes de desviar apresuradamente la conversación a otros asuntos. Fen apenas escuchaba. Atento a su particular obsesión, había empezado a buscar insectos entre la maleza y los arbustos.

—¿Qué tal el paseo por los acantilados? —preguntó Geoffrey.

—Alambradas por todas partes —respondió Fielding, sombrío—. Tampoco veo que eso vaya a detener una invasión... —De pronto, perplejo, hizo una pausa—. Por cierto, ¿se ha descubierto algo del manuscrito que quemó esa niña?

—¡Por Dios santo, no! —respondió Geoffrey, sorprendido—. Pero supongo que no guarda ninguna relación con el caso.

Fielding meneó la cabeza. Por la gravedad de su expresión, quedaba claro que consideraba que el incidente revestía la mayor de las importancias. Y, además, las autoridades lo habían pasado por alto. Lo archivó mentalmente con la ingenua ilusión de un inversor que conserva acciones sin valor esperando que un día lo hagan inmensamente rico.

—¿Ha visto usted por ahí al tabernero?

—No. No estaba.

Fielding le dirigió una mirada de leve reproche.

—¿Ha estado bebiendo todo este rato!

—Pues sí, he estado bebiendo —dijo Geoffrey con la majestuosidad imaginaria que induce el alcohol.

—... pone sus huevos en una especie de burbuja blanquecina que refracta la cabeza —decía Fen—. Luego, en mayo, la burbuja estalla...

—Por cierto, señor —interrumpió bruscamente el inspector—, no hemos comentado el asunto de la tumba... Ya sabe, la losa desplazada.

—¡Por mi pelo y mis bigotes! —exclamó Fen—. Es cierto. ¿Cree que Brooks se refería a la tumba de ese viejo réprobo de Thurston? Pero me ha dicho que nadie ha tocado el tabique y allí no hay ninguna losa, en cualquier caso. Losa, losa... —Chasqueó los dedos—. ¡Ya lo tengo! Debe de ser la enorme tumba de san Ephraim que está encastrada en la pared justo debajo de la galería del Obispo. Es la única que, en lugar de estar enyesada, se mantiene cerrada gracias a seis grandes candados. Supongo que las llaves estarán en algún sitio. Pero me preguntó por qué... Hmmm... ¿Buscaría un escondrijo? Quizá Brooks vio uno de los candados sueltos... Inquietante, como *El conde Magnus*.^[3] Tenemos que localizar esas llaves, Garratt, y echar un vistazo a ese nicho.

—Puedo afirmar con rotundidad —dijo el inspector agresivamente, como si lo estuvieran acusando de algo— que, por lo que yo he visto, no se ha tocado nada y no se han realizado obras de albañilería en ninguna de las tumbas. —De pronto pensó en algo que lo hundió de nuevo en el desaliento—: A lo mejor Brooks deliraba, sin más.

Doblaron una curva y pasaron ante un estanco de aspecto siniestro. Dos soldados, sentados en el estribo de un camión militar, fumaban y contemplaban absortos el asfalto. Una pareja de dependientas de faldas cortas pasaron por el otro lado, riendo y echándoles miraditas coquetas. Los soldados emitieron ruidos jocosos como prueba de su libidinosa atención. Las muchachas chillaron de excitación nerviosa y se marcharon. El inspector suspiró. Fen intentaba en vano introducir un saltamontes dentro de una caja de cerillas. Y a lo lejos apareció Frances, un modelo de belleza. Geoffrey también suspiró: aquella

perfección grácil y elegante no podía estarle destinada. A la luz del anochecer, su cabello era de un negro aún más oscuro y exquisito.

—¿Ya ha terminado la reunión? —le preguntó Geoffrey cuando Frances estuvo cerca.

—Hace siglos —dijo ella, alegremente—. Todos se han ido... O, más bien, casi todos.

Hizo una pequeña pirueta en la calle.

—Parece usted feliz... —aventuró Geoffrey.

—Estoy animada.

—¿Por qué?

—No lo sé. No debería, supongo, con todas las cosas horribles que están pasando. —Lo observó con cierta timidez—. Siempre es agradable conocer a gente nueva..., ya me entiende. ¿Por qué quería saber si ya había terminado la reunión?

—Tengo que hablar con su padre sobre las piezas que voy a interpretar, y sobre cuándo podré ver el coro y probar el órgano, y...

Frances se echó a reír.

—¿Ah, trabajo...! Pues no encontrará a mi padre en la rectoría, eso se lo aseguro. Ha subido a la catedral en cuanto ha terminado la reunión, hará una media hora, como mínimo.

Geoffrey interceptó el fugaz cruce de miradas entre Fen y el inspector.

—¿Sabe cuáles eran sus intenciones, señorita? —preguntó el inspector.

El rostro de Frances se ensombreció.

—Ha dicho... que no averiguaríamos lo que le había sucedido a Brooks a menos que alguien hiciese lo mismo que él había hecho: quedarse solo en la catedral. —Vaciló—. Lo cual me parece una solemne tontería.

—No será de la menor utilidad, señorita, si es a eso a lo que se refiere —pontificó el inspector con vaguedad—. Pero tampoco hará daño alguno a nadie. Doy por sentado que la llave de la rectoría les habrá sido restituida.

Frances asintió.

—Sir John me la ha dado justo después de la cena. ¿Se alojará en la rectoría esta noche? —le preguntó a Fen.

—Sí —respondió Fen con tristeza, como si fuese lo más ofensivo que hubiese oído en la vida—. Tenía la intención de hacer un experimento interesantísimo con polillas, pero al parecer ya no me será posible.

—¿Quiere que le prepare la cena? ¿Vuelve a la rectoría ahora mismo? Es que estoy un poco nerviosa por papá... Por eso he salido a buscarles.

—Acompañaremos a la rectoría al inspector, que tiene que interrogar a los presentes sobre sus movimientos de esta tarde. Entretanto, Geoffrey y yo subiremos a la catedral para echar un vistazo y tratar de charlar con su padre...

—Eso me alegra —dijo Frances—. Me asusta un poco que se quede solo en la catedral, después de todo lo que ha pasado... Bueno, supongo que estoy exagerando. —Sonrió—. Además, lleva un trébol de cuatro hojas para atraer la buena suerte, así que no

tengo de qué preocuparme.

—Su padre no corre ningún peligro, señorita —dijo el inspector automáticamente—. Mis hombres siguen allí montando guardia, así que no puede sucederle nada. —Silbó unas pocas notas, desafinadas y sin brío.

Cruzaron la cerca de la rectoría, atravesaron la jungla de maleza y entraron en la casa. Ya en el vestíbulo se encontraron con el canónigo Spitshuker, tan pequeño, rollizo e inquieto como siempre, que estaba intentando ponerse una gabardina mientras tarareaba el *Benedicite* por lo bajo.

—¡Frances, querida! —gritó en cuanto los vio entrar—. Me temo que encontrarás la casa vacía: todos los invitados se han ido ya. Solo quedo yo y, por supuesto —agitó las manos, nervioso—, el bueno de Dutton, que se ha retirado a sus aposentos con un ejemplar de *Anatomía de la melancolía* y unas pastillas de fenobarbital. No es que sea la lectura más alentadora para un sujeto nervioso como él, diría yo, pero quizá produzca un efecto tranquilizador en algunas personas. ¿Cómo van esos insectos, Gervase? Me parece que el obispo no está muy dispuesto a olvidar su última *débâcle*. —Hizo una pausa y se volvió hacia el inspector con expresión sombría—. ¡Qué curioso!, casi me había olvidado..., el pobre Brooks... Sin duda querrá que le prestemos toda la ayuda que podamos, señor inspector, para esclarecer este nuevo... acontecimiento.

El inspector asintió.

—Se lo ruego, caballero. Es principalmente un asunto de rutina, como comprenderá. ¿Tenía prisa por llegar a casa?

—¡No, no! Puedo demorarme cuanto haga falta. Mi único compromiso pendiente es el que tengo con mi vaso de leche caliente con ron antes de acostarme. —Spitshuker volvió a quitarse la gabardina con suma dificultad, ayudado inútilmente por *Geoffrey*. Finalmente emergió de la prenda con la brusquedad de un corcho que sale disparado de una botella y se los quedó mirando, jadeante.

—¿Debo asumir, señor, que en la casa solo quedan usted y el señor Dutton? —preguntó el inspector.

—Así es. El señor Peace, el cuñado de Butler, estaba hablando conmigo hasta hace cinco minutos, pero luego se ha ido a no sé dónde. Es extraño que no se hayan cruzado con él. Hemos mantenido una conversación interesantísima. Parece que le afligen ciertas dudas de naturaleza decisiva sobre la validez de su vocación, pero, como he procurado explicarle, cuando uno trata con doctrinas sobre la mente que, comparadas con las del cristianismo, son tan confusas y poco científicas...

Frances acudió al rescate.

—¿Sabe si se dirigía a la catedral?

—Mi querida joven, es posible. Peace no ha mencionado adónde iba exactamente. Quizá solo quería disfrutar de esta noche tan agradable.

Fen, que merodeaba por el vestíbulo enderezando unos cuadros que le parecían algo torcidos, intervino:

—Debo conocer al señor Peace de inmediato. —Se volvió hacia Frances—. ¿Se aloja

en casa de su padre?

Frances asintió.

—¿Una visita de cortesía?

—Creo que está aquí por un asunto de negocios —dijo Frances, encogiéndose de hombros—. Yo no lo conocía... Nunca lo visitamos cuando vamos a la capital.

Fen hizo unas distraídas señales de afirmación y enderezó otro cuadro.

—¿Me necesita para algo? —preguntó Frances al inspector—. Es que tengo cosas que hacer en la cocina...

—No la necesitaré hasta dentro de media hora, señorita.

—Pues búsqieme allí o en mi habitación —indicó Frances antes de irse.

—Vamos, Geoffrey, subamos a la catedral antes de que la oscuridad no nos deje ver nada —dijo Fen, inquieto. Después se volvió hacia Spitshuker—: ¿No sabrá, por casualidad, si, desde el día que se tapió, alguien ha entrado o ha accedido, del modo que sea, a la galería del Obispo?

Spitshuker le dirigió una fugaz mirada taimada que contrastaba enormemente con la máscara de bonachón inútil que presentaba al mundo.

—¿La galería del Obispo? Mi querido amigo, no lo creo. No, entiendo que no. Al menos, no hay constancia de ello. Supongo que sería posible escalar con una cuerda desde el presbiterio, pero desconozco si alguien lo ha intentado alguna vez. Nunca se ha celebrado una apertura pública de la tumba del obispo Thurston, y si eso llegara a plantearse, los supersticiosos de la localidad no tardarían en oponerse. El obispo no fue, digamos, un ejemplo de la Iglesia a la que servía, y es inevitable que corran sobre él... ciertas leyendas. Con una galería aislada que guarda tan solo el cadáver de un hombre, la menor ilusión óptica puede hacernos creer que hay alguien asomado arriba... —Se detuvo.

Fen parecía interesado; un espectáculo nada habitual.

—¿Y usted cree haber visto algo así?

—Una ilusión óptica, como le he dicho. Pero no se nos prohíbe creer en los demonios.

—¿Hace poco?

—Creo que no.

El interés de Fen se esfumó visiblemente.

—Conque el obispo se asoma desde su galería al presbiterio. ¿Nunca ha tomado otras iniciativas?

El canónigo soltó una risita brusca y áspera.

—Se dice que son dos, un hombre y una mujer, pero yo no perdería el tiempo con esos cuentos. Hable con Dallow: él le pondrá al tanto de las pintorescas creencias locales. Es un experto en estos temas. No sé si su duda estaba enfocada a una posible caza de fantasmas...

Fen respondió a la pregunta implícita.

—Si queremos entrar en esa galería, necesitaremos el permiso del deán y del cabildo.

Lamentablemente, no podemos esperar. ¿Cree que si escalamos por el antepecho las autoridades harán la vista gorda?

—Mi querido amigo, la Iglesia es experta en hacer la vista gorda. Entre los jesuitas eso se conoce como sofisma. Pero ¿cómo se propone conseguirlo?

—Geoffrey escalará con una cuerda —declaró Fen con absoluta seguridad.

—Ni hablar —dijo Geoffrey.

—Pues que lo haga cualquier otro. Claro que nos queda el problema de dónde atar la cuerda. ¿Hay alguien en la población que sepa manejar el lazo?

Spitshuker vaciló.

—Harry James, el dueño del Whale and Coffin, trabajó de ganadero en Argentina...

—Geoffrey y Fielding intercambiaron sendas miraditas triunfales— y quizá para un ganadero sea imprescindible saber manejar el lazo... O quizá no. —Spitshuker pareció afligirse ante la ausencia de información precisa al respecto—. Además, creo que es una habilidad que puede adquirirse rápidamente y perderse con la misma celeridad.

Geoffrey admitió para sí que a Spitshuker no le faltaba razón. Como prueba incriminatoria contra el dueño del Whale and Coffin, era endeble, sobre todo porque plantear que alguien hubiese escalado hasta la galería del Obispo era, hasta el momento, una pura especulación. Pero le costaba dejar pasar el menor detalle sobre aquel hombrecillo robusto, siniestro y algo ridículo que conocía su nombre de pila y se había mostrado tan asombrado al verlo en Tolnbridge.

—... Veremos lo que puede hacerse —decía Fen en un tono amenazador—. Probablemente esta noche será imposible, en cualquier caso, pero al menos estudiaremos el terreno. Otro asunto: las llaves de la tumba de san Ephraim.

Spitshuker lo miró sin comprender.

—¿Las llaves...? ¡Oh, ah, sí, desde luego, las llaves de los candados! ¿No se estará usted planteando una exhumación general? —preguntó con ironía—. Las llaves se destruyeron o se perdieron, no lo recuerdo bien, hará unos ciento cincuenta años. Antes san Ephraim estaba enterrado en la capilla dedicada a él. La tumba actual se erigió en el siglo XVII y fue entonces cuando trasladaron allí sus restos (o lo poco que quedaba de ellos). Lo de los candados no es lo habitual, aunque tampoco se trata de un método desconocido. Pero se ha empleado más, desde luego, en los sarcófagos. Las llaves las iban guardando los sucesivos deanes... ¡Sí, ahora lo recuerdo! La residencia del deán se incendió a finales del siglo XVIII y seguramente las llaves se perdieron entonces. De nuevo, es a Dallow a quien debería preguntar.

—Sería más fácil sacar un duplicado directamente del candado —propuso el inspector.

—Pero ¿por qué, mi querido inspector? ¿Por qué? No hay nada de valor detrás de esa inmensa losa. Un ataúd de plomo con algo de polvo y cabello, eso es todo. En el pasado se hicieron valiosas ofrendas al sepulcro, pero Enrique VIII las confiscó y después, salvo muy localmente, el culto al santo cesó.

—Tenemos nuestras razones, señor —dijo el inspector con su habitual brusquedad

—. Pero, si me lo permite, de momento prefiero guardármelas para mí.

Unas razones muy insustanciales, pensó Geoffrey, que se abstuvo de hacer comentarios.

Fen llevaba más de un minuto removiendo con irritación los paraguas y los bastones del paragüero.

—¡Vámonos de una vez, por Dios! ¿Por qué seguimos aquí, perdiendo el tiempo?

Y antes de que alguien pudiese añadir nada más, se marchó. Geoffrey y Fielding lo siguieron. Geoffrey vio de soslayo que Spitshuker y el inspector se dirigían a la sala.

Rodearon la casa y cruzaron el jardín trasero entre las profusas e incoherentes excusas de Fielding, que se disculpaba por si su presencia les estorbaba de algún modo. La verja que separaba la rectoría de los terrenos de la catedral estaba cerrada, pero Fen había cogido la llave de Dutton. El profesor se mostró inusualmente preocupado y solemne durante el ascenso a la colina. La tierra estaba seca y dura, y la quietud del aire era sobrenatural. Geoffrey buscó con la mirada a los policías que supuestamente debían estar custodiando la catedral, pero ya había oscurecido y, además, los árboles y la maleza dificultaban la visión de la parte baja del edificio. Solo alcanzaba a vislumbrarla fugaz y esporádicamente, y al paso siguiente volvía a desaparecer de su campo de visión. Le pareció ver una figura que se movía a lo largo de la fachada norte de la catedral, pero no pudo asegurar que no se tratase de una jugada de su imaginación.

Se detuvieron ante la hondonada donde antaño se solía quemar a las brujas. El terreno estaba descuidado, invadido por la maleza y cubierto de hierbajos y zarzas. El poste de hierro se recortaba, adusto, contra la luz crepuscular. Descubrieron las anillas por las que habrían pasado cuerdas y cadenas. La desolación de aquel lugar resultaba casi insoportable, pero Geoffrey fue capaz de imaginar la ladera atestada de hombres y de mujeres cuyos ojos brillaban de deseo, miedo y placer morboso ante el espectáculo que se les iba a ofrecer. Cuando vieran aparecer el carro, un susurro recorrería la multitud, las cabezas se mecerían como un campo de maíz despeinado por los dedos del viento y todos se inclinarían para ver mejor: los jueces con sus togas, el deán y el cabildo, los terratenientes y, detrás, la bestia de muchas cabezas: el vulgo. En el carro siempre habría una mujer que habían conocido —la vecina de al lado, quizá—, un rostro familiar transformado en una máscara del miedo, en cuya presencia se santiguarían y murmurarían el *Confiteor*. ¿Quién sería la siguiente? Y ¿qué éxtasis de terror, de vano arrepentimiento o de certeza absoluta anidaría en el pecho de aquella mujer? ¿Qué gritos destinados a Apolión y al Señor de las Moscas proferiría? No hacía falta mucha imaginación para escuchar el eco de aquellas escenas, incluso ahora. Aquí se habían congregado, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, hasta que el mismo pueblo acabó harto y asqueado de los gritos y el olor a carne y pelo quemados. Ciertos miembros de las autoridades se veían obligados a presenciar el fin de aquellas desdichadas. El resto de la gente se quedaba en casa, preguntándose si no habría sido mejor enfrentarse al maligno como ser vivo y tangible en lugar de a los sepulcros amontonados de tantos malignos e intangibles muertos.

—Esta fue la última zona del país donde dejaron de celebrarse juicios y quemas de brujas —dijo Fen—. En el resto del territorio, la práctica había cesado cincuenta o sesenta años atrás, y el ahorcamiento, no la hoguera, era el método habitual de ejecución. Los procesos de Tolnbridge adquirieron una fama tan abominable que una Comisión Real se presentó aquí para investigar qué estaba pasando. Pero todo acabó con la muerte del obispo Thurston. Al menos en teoría. Uno de los últimos juicios por brujería celebrados en estas islas fue el caso Weir, en Edimburgo, en 1670. Pero en Tolnbridge esas prácticas se prolongaron durante cuarenta años más, hasta bien entrado el siglo XVIII; el mismo de Johnson, de Pitt y de la Revolución francesa. A un paso de nuestra época, vamos. Una barrera vergonzosamente frágil..., y lo cierto es que la naturaleza humana no ha cambiado tanto desde entonces.

Continuaron subiendo la colina.

—Estará demasiado oscuro para hacer nada, y defensa antiaérea prohíbe encender las luces. —Fen se sacó una linterna del bolsillo de la gabardina y probó a encenderla—. Es muy posible, desde luego, que andemos muy errados en nuestras conjeturas, aunque por lo visto el buen chantre es de la misma opinión.

—¿Qué cree que estará haciendo? —preguntó Geoffrey.

—Mi querido amigo, ¿cómo voy a saberlo? Seguramente lo que ha dicho que iba a hacer, esperar un fantasma y... ¡Caray!

Habían llegado a la cima. Ante ellos se cernía la catedral, que ahora parecía altísima, sombría y poderosa como una bestia acechando en la penumbra. Se detuvieron en una parcela de césped donde la nave se encontraba con el transepto sur. Desde allí, alcanzaban a ver tres puertas: ninguna estaba vigilada.

Fielding agarró a Geoffrey del brazo.

—¡Geoffrey! ¿Dónde está la policía?

En ese preciso instante, en la sala de la rectoría, el canónigo Spitshuker le estaba comentando al inspector:

—... y entonces, cuando vi que les había ordenado a sus hombres que dejaran de vigilar la catedral, supuse...

El inspector se levantó.

—¿Cuándo vio qué?

—Que se iban en un coche patrulla, hará cosa de una hora. Los vimos varios de nosotros.

El inspector se lo quedó mirando unos instantes, sin comprender. Luego susurró: «¡Dios mío!», y corrió al teléfono.

Después del comentario de Fielding, los tres se quedaron un momento inmóviles, mirando. Luego notaron que la tierra temblaba bajo sus pies y, a continuación, oyeron

un estruendo en el interior del edificio. Después, se hizo el silencio.

Gervase Fen fue el primero en reaccionar. Se abalanzó sobre la puerta más cercana e intentó abrirla, pero estaba cerrada. También lo estaban las otras dos. Corrieron al otro lado de la catedral y allí, para su sorpresa, se toparon con Peace, que caminaba apresuradamente en dirección opuesta.

—¿Qué ha sido ese ruido? —gritó nervioso—. ¿Qué ha sido ese ruido?^[véase nota 6]

—No haga preguntas idiotas —zanjó Fen, mientras probaba las puertas de la zona sur. Geoffrey encontró una abierta y soltó un grito triunfal.

—¡Esa no nos vale, estúpido! —gritó Fen—. Solo lleva a la tribuna del órgano, y por ahí no se puede acceder a la catedral. Es inútil, todas las malditas puertas están cerradas a cal y canto.

Corrieron de nuevo al lado norte, no sin intentar, de camino, abrir la puerta que daba al oeste, pero fue en vano. Allí divisaron al inspector, que subía a toda prisa por la colina, agitando los brazos como un loco y gritando de forma incomprensible. Dos policías en bicicleta, a los que el inspector había convocado por teléfono entre blasfemias, le seguían a duras penas pendiente arriba.

Fen miró la hora.

—Las diez y dieciséis. Habrá pasado un minuto desde que hemos oído ese ruido. A las diez y cuarto, digamos.

—¿Echamos abajo una de las puertas? —preguntó Fielding, animado.

—Inténtelo si quiere, pero no servirá de nada —advirtió Fen—. Necesitamos una llave, o una cuerda, para que Geoffrey baje al presbiterio desde la tribuna del órgano.

—De eso ni hablar —dijo Geoffrey.

—Sospecho que descubriremos que la llave de la rectoría ha desaparecido de nuevo, pero todos los canónigos tienen una —concluyó el profesor.

El inspector y los agentes llegaron al mismo tiempo, todos sin aliento. Con una rapidez y una concisión de las que hacía gala cuando le interesaba, Fen le explicó lo sucedido al inspector.

—Se han tragado una condenada patraña —dijo el inspector, jadeando sonoramente—. Son tan tontos que hasta un niño podría engañarlos. ¡Que Dios se apiade de nosotros! ¿Adónde han ido? ¿Adónde han ido?

—Eso ahora es lo de menos. Lo más urgente es entrar en la catedral —repuso Fen.

Un agente partió apresuradamente colina abajo con la misión de conseguir unas llaves.

—Voy a subir a la tribuna del órgano, por si se ve algo desde allí —dijo Fen.

Todos le siguieron por la escalera de caracol. No tardaron demasiado en llegar a lo alto de la tribuna.

La catedral estaba en penumbra. Unos pocos rayos de luz tardía se filtraban por las ventanas del triforio y descansaban en los capiteles de tesa vegetación. Y unas sombras enormes se desplazaban y revoloteaban por su interior con aterradora rapidez. Geoffrey vislumbró los cuatro grandes teclados del órgano, la estructura que soportaba los altos

tubos pintados y, a la izquierda, un gran armario que separaba la tribuna de la galería del Obispo. Se acercó, junto con Fen y el inspector, a la alta balaustrada de madera que daba al presbiterio y todos miraron hacia abajo. La potente linterna de Fen cortó la oscuridad; las motas de polvo resplandecieron y flotaron en el haz de luz, que creó un nuevo mundo de sombras a su alrededor.

Y así estaba Geoffrey, mirando hacia abajo y un poco a la izquierda, justo debajo de la galería del Obispo, cuando reparó en que la gran losa de piedra se había desplomado y se mecía lenta y suavemente sobre el suelo. Pudo distinguir parte de la gran cavidad —la tumba de san Ephraim— que había descubierto al caer y, cuando la luz se movió, vio que de debajo de la inmensa piedra asomaba el negro zapato de un hombre.

El inspector contuvo una exclamación.

—¡Allí abajo hay alguien! Es...

Se detuvo. Y de pronto oyeron algo: el mecanismo de una cerradura y una puerta que se abría en el extremo más alejado del presbiterio. Era el policía, que como había vuelto sin encontrar a nadie, había decidido entrar en la catedral. Sorprendido por la luz de la linterna, se detuvo, alzó la vista hacia la tribuna del órgano y, con la mano suspendida sobre la porra, avanzó unos pasos.

—¡Potter! ¡Quédese en la puerta! —gritó el inspector—. ¡No se mueva de ahí y no deje salir a nadie!

Su voz despertó mil ecos burlones en el edificio vacío. El agente se cuadró y volvió a la entrada.

Al cabo de tres minutos se encontraban junto a la losa y a pocos pasos de quien yacía debajo. Las puertas de la catedral estaban vigiladas: nadie podía salir. El esfuerzo conjunto de todos los hombres apenas consiguió desplazar la losa unos centímetros.

—Es muy extraño —susurró Fielding a Geoffrey—. La catedral vacía y, de pronto, esta condenada losa se desprende de la pared como si...

Se interrumpió bruscamente y los dos miraron hacia la fea cavidad negra que había quedado abierta en la pared. Dadas las circunstancias, los comentarios sobraban.

El inspector se enjugó la frente.

—Necesitaremos una grúa para levantar esta losa. Es imposible que el hombre que se encuentra debajo siga con vida. La piedra tiene que haberle aplastado todos y cada uno de los huesos del cuerpo. Supongo que no cabe duda de que...

Fen negó con la cabeza.

—No mucha, por desgracia. Primero Brooks y ahora Butler, el chantre...

EL MÓVIL

Busca siempre el motivo, no los hechos.

YEATS

Al final convencieron a Fielding para que se fuera a casa. —Ladrones de cadáveres, a eso se reduce todo. ¡Dos tumbas abiertas en menos de una hora! —El inspector golpeó la mesa, enojado—. Yo mismo he subido con esa cuerda hasta la galería del Obispo. ¡Aquello parecía un decorado, sí señor! Todo el polvo y las telarañas acumulados durante siglos habían sido pulcramente barridos. Allí no había nada, ni tampoco en la maloliente tumba de debajo de la escalera. El pájaro ha volado. Fuese quien fuese, ya no está.

Encendió un cigarrillo con tanta ferocidad como si este le hubiese ofendido personalmente.

Fen descansaba cuan largo era en una de las butacas de la rectoría, mientras se tomaba una copa de whisky y miraba al vacío.

—Bueno, eso era de esperar, ¿no? Al menos nos indica que íbamos por buen camino. —Se le endureció la expresión—. Un asunto muy extraño, Garratt. Muy extraño. Casi demasiado extraño para ser real. ¿Un accidente? No, no. ¿Suicidio? Ridículo. Un asesinato imposible, debería añadir... ¡Y menudo método!

Dio un trago más a su copa y se quedó pensativo.

Era casi medianoche. Al final, con un tremendo esfuerzo, habían podido desplazar la losa y habían retirado de debajo los destrozados restos del chantre. Manteniendo celosamente la vigilancia de las puertas, habían registrado la catedral palmo a palmo, pero no habían obtenido ningún resultado. Geoffrey creía que jamás en su vida lograría olvidar aquella búsqueda grotesca a la luz de las linternas. La catedral permanecería custodiada durante toda la noche y la búsqueda se reanudaría por la mañana. Porque, a menos que alguien siguiera atrapado allí dentro, ¿qué otra explicación podía haber...?

Se sobresaltó cuando Fen le habló:

—¿Se lo ha contado a la chica?

Geoffrey tragó saliva.

—Sí. Frances estaba en la cocina y... no ha dicho nada. Yo tampoco sabía qué decirle.

—¿Y la madre?

El inspector se revolvió, incómodo.

—El canónigo Spitshtuker ha ido a comunicárselo. Nos ha parecido lo mejor. — Todos guardaron silencio unos instantes—. Mañana tendremos que ir a verla, desde luego. Mañana, de hecho, tendremos que hablar con todos.

—Ha mencionado usted a los ladrones de cadáveres. ¿Se habían llevado los cuerpos?

—¡No, señor! No, por lo que hemos visto. Era una forma de hablar. —El inspector se sentó y dijo, con súbita franqueza—: No tengo ni la menor idea de lo que está ocurriendo.

—Yo tengo alguna pista —dijo Fen, sirviéndose más whisky—, pero hay tantos hilos sueltos que no sé por dónde empezar. Comencemos por el punto más obvio. Todas las puertas estaban cerradas y ninguna tenía la llave puesta, ni por dentro ni por fuera. Nadie, salvo Peace, rondaba las inmediaciones cuando llegamos. No hemos encontrado a nadie en la catedral durante el registro y nadie ha podido salir mientras esperábamos a que nos trajeran la llave. Todo esto parece excluir que alguien arrojase la losa encima del pobre hombre. Y, además, en el nombre del cielo, ¿qué asesino podría desplazar una losa de seis toneladas, esconderse en el nicho, devolver la losa a su sitio y esperar allí agazapado hasta que su víctima pasara por delante? ¡Es de locos!

—¿Y los candados? —preguntó Geoffrey.

—¡No pregunte por cosas irrelevantes! —zanjó Fen con severidad.

—Los encontramos amontonados en un rincón —explicó rápidamente el inspector.

—¿Me prestan atención o no? —gruñó Fen—. No espero que nadie atienda a mis clases en Oxford, aunque Dios sabe que intento que resulten interesantes, y no es culpa mía si tengo que hablar de estupideces como... —Se interrumpió bruscamente—. ¿Qué estaba diciendo?

—Nada en particular.

Fen miró con desconfianza a su alrededor.

—Bueno, pues digan algo ustedes, entonces. O no, no digan nada, se lo ruego —añadió apresuradamente, al recordar algo—. Quiero saber qué ha pasado con los policías que estaban de guardia, Garratt.

El inspector gimió, apesadumbrado.

—Les entregaron un mensaje escrito a máquina y firmado por mí (no es que sea difícil copiar mi firma, si es eso lo que se pretende) en el que se les decía que subieran al coche y se reunieran conmigo en Luxford, un pueblo que se encuentra a unos veinticinco kilómetros de aquí. Y allá que se fueron, los muy cretinos. Acaban de volver.

—Pero ¿quién les entregó el mensaje?

—Bueno... Eso es lo extraño. Fue Josephine Butler, la otra hija del doctor Butler.

Fen silbó ruidosamente.

—¡Vaya, vaya...! ¡Esto se pone interesante! ¿Y quién se lo dio a ella?

—Eso todavía no lo sabemos. Pero la niña le dijo al sargento al mando que se lo había dado un policía.

—¡Un policía! —exclamó Fen, estupefacto—. ¿No estará desvariando usted un poco, inspector? —Y añadió, con falsa dulzura—: ¿O acaso es que envió el mensaje usted mismo?

—¡Desde luego que no! —respondió el inspector, irritado—. Y eso es lo más curioso. ¿Por qué alejar a mis hombres para cometer un asesinato imposible?

—Esta pregunta me parece de las fáciles —intervino Geoffrey—. Para que quienquiera que sea el responsable pudiera hacer lo que fuese que tramaran en la galería del Obispo.

—¡Uy, qué esclarecedor! —dijo Fen.

Geoffrey no le hizo ni caso y prosiguió:

—Lo que me lleva a sospechar que los dos decesos no están relacionados entre sí. Quizá lo del chantre haya sido una muerte accidental. En realidad, parece la única hipótesis posible...

—¡Accidental! —bufó Fen—. ¡Tonterías! Aunque él mismo hubiese retirado los candados del nicho y se le hubiese caído la losa encima, habría intentado salvarse. Y habría caído de espaldas, con la cabeza mirando hacia un lado. Pero nos lo hemos encontrado boca abajo. Supongo que las llaves de esos candados no han aparecido.

El inspector negó con un gesto.

—Ni rastro de ellas, lo que también descarta la posibilidad de un accidente. Esto es de locos. ¡Un manicomio, ahí es donde acabaremos todos! Y el asunto de Brooks sigue aún pendiente. Ni siquiera hemos empezado a investigarlo.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Fen—. Si a la primera no lo consigues, hay que intentarlo otra vez, y otra, y otra más. Y, ya que estamos con el tema de las llaves, ¿quién ha entrado en la catedral con las llaves de quién?

—¡Ah, sí! En eso llevaba usted razón —dijo el inspector, de mala gana.

Esperaron a que el policía se explicase mientras Fen murmuraba para sí:

—Yo siempre tengo razón.

—La llave de la rectoría ha vuelto a desaparecer y, además, esta vez no ha aparecido, por lo que podemos presumir que es la que han empleado el criminal o los criminales. En cuanto al doctor Butler, él usó su propia llave. La han encontrado —vaciló al recordar los desagradables acontecimientos— entre su ropa. Y, una vez más, eso es todo.

Fen asintió.

—No nos lleva a ninguna parte, al parecer. Un asunto muy extraño... Pero no puedo librarme de la sensación de que todo es producto de una casualidad, de que no pretendían que las cosas saliesen así...

—Se me ha ocurrido otra idea —dijo Geoffrey—. Y es que cualquiera que estuviese en la catedral podía haber escalado hasta la tribuna del órgano. Puede que se escondiese allí cuando entramos por primera vez a echar un vistazo y luego saliera después de que nos marcháramos.

—Eso no es posible, señor —dijo el inspector, aliviado por poder contribuir al caso, aunque fuese negando algo—. Para empezar, si hubiese habido alguien allí, lo habríamos

visto. Además, no hay nada en la tribuna a lo que se pueda atar una cuerda. El taburete del órgano está suelto, no puede fijarse y nadie ha intentado hacerlo (ya lo he comprobado). Y no he encontrado ningún otro objeto que pueda resistir la tensión que produce el peso de un hombre. Así que su suposición es inviable. Volveré a hacer comprobaciones mañana, desde luego, pero puede creer en mi palabra cuando le digo que es del todo imposible.

—¿Y no se podría acceder desde la galería del Obispo?

—No, a menos que quienquiera que haya agredido al señor Butler tuviese la facultad de volar. Ni siquiera se puede mirar al otro lado del tabique, ni mucho menos escalar... El tabique sobresale de la balaustrada, como podrá comprobar usted mismo.

—Así que resulta imposible acceder a la nave principal tanto desde la tribuna del órgano como desde la escalera que lleva a la tribuna.

—Imposible del todo, señor. De eso puede estar seguro.

Geoffrey suspiró y abandonó su idea en el limbo de las hipótesis bienintencionadas e inútiles.

—Y en ese caso... —dijeron simultáneamente Fen y el inspector.

Entrelazaron los meñiques, como era la costumbre ante tales coincidencias, y se apresuraron a pedir un deseo.

—Shakespeare —dijo el inspector.

—Herrick —dijo Fen—. Y deseo... que alguien entre aquí en este mismo instante y nos diga qué es eso por lo que todos están tan dispuestos a asesinar.

Y entonces, en ese mismo instante, llamaron a la puerta. Si el arcángel Gabriel en persona hubiese aparecido para anunciar su intención de hacer sonar la trompeta que daría paso al Juicio Final en cuestión de minutos, la sorpresa no habría sido mayor. Lo que en realidad sucedió fue que un joven pálido y con gafas asomó la cabeza por el umbral y, tras asegurarse de que ningún peligro acechaba al otro lado, entró en la habitación. Vestía un guardapolvo algo grasiento y llevaba un pedazo de cable en una mano y una navaja abierta en la otra. Un cigarrillo le colgaba descuidadamente de la comisura de los labios. Algo distraído, preguntó en un susurro sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Inspector Garratt? —Tenía un leve acento *cockney*.

El inspector se puso de pie.

—Nombre: Phipps —murmuró el joven, mientras rasgaba el cable con la navaja—. Contraespionaje, radiocomunicaciones. En comisaría me han enviado directamente aquí. Puerta abierta, nadie a la vista, he entrado. —La omisión de palabras innecesarias daba a su conversación un curioso efecto telegráfico—. ¿Podemos hablar en privado?

El inspector murmuró una breve disculpa antes de seguir al joven al vestíbulo. Fen y Geoffrey guardaron un silencio que solo fue interrumpido en un par de ocasiones por Fen: la primera para decir «cables» y la segunda para comentar, mientras señalaba al techo: «Esfinge del aligustre, *Sphinx ligustri*».

Pasado un rato, el inspector regresó, ya sin el joven. Parecía muy afectado. Tomó

asiento con tranquilidad, clavó la vista en la alfombra y exclamó:

—¡Qué desastre!

Fen canturreó una cancioncilla para sí, y cuando terminó, dijo alegremente:

—Si se trata de lo que yo creo, no me sorprende en absoluto su abatimiento.

El inspector alzó la vista.

—Profesor, no debería contarle esto; ni tampoco a usted, señor Vintner, pero no me lo puedo callar. De todos modos, supongo que ya se lo imaginarán. Han localizado un radiotransmisor enemigo en la población, y llevan dos días intentando ubicar su posición exacta. Trabajan con mucha discreción, la verdad. Mis agentes ni siquiera se habían percatado de su presencia. Llevaban cuarenta y ocho horas sin captar nada y de pronto, esta noche, se ha producido una señal... —Asintió con expresión sombría—. Justo después de que mis hombres partieran a cumplir esa orden ficticia. De modo que ahora ya queda claro lo que estaban escondiendo en la galería del Obispo. O, más bien, en la tumba que hay debajo de la escalera de caracol. Un escondrijo excelente, pero ¡menuda sangre fría!

Garratt se enjugó la frente. Fen asintió levemente, absorto en la contemplación, remota y satisfecha, de una polilla que se había posado en el techo.

—Pero hay algo que empeora aún más las cosas —prosiguió el inspector—. El equipo solo ha operado de noche, lo que significa que alguien vinculado a la catedral, alguien con acceso a la llave, es en realidad un agente enemigo. —Tras un breve silencio, continuó—: Brooks debió de descubrir lo que sucedía y no tuvieron más remedio que silenciarlo. Lo mismo, supongo, le pasó al doctor Butler. Comprenderá, señor, que estas novedades cambian la situación. Tendré que pedir a Scotland Yard que acuda tan rápido como sea posible. Esto sobrepasa mi jurisdicción. Si solo fueran los asesinatos, todavía, pero un asunto de espionaje... —Negó con la cabeza—. Eso es cosa de Scotland Yard.

Fen se bebió medio vaso de whisky de un trago sin apartar la vista de la polilla.

—¡Qué fastidio! —murmuró.

—Francamente, Gervase —dijo Geoffrey, exasperado—, lo cierto es que cuando algo tan grave está en juego, los motivos personales...

—¡No! —gritó Fen, tan inesperadamente que sobresaltó hasta a la pobre polilla, que se abalanzó frenéticamente contra las cortinas intentando fugarse—. ¡No dejaré que me sermoneen! Sé que se trata de un asunto de extrema gravedad y todas esas cosas, pero si encajo el golpe con solemnidad, estaría engañándome a mí mismo. No voy a abandonar mis costumbres de toda una vida solo porque un puñado de miserables alemanes trascendentalistas hayan venido a hacer el tonto a mi casa. ¡Kant! —exclamó con indignación—. Hay un párrafo en la *Kritik der Reinen Vernunft*...

—Sí, sí, pero los hechos son los que son. Y en este caso son competencia de Scotland Yard.

—Deje de repetir eso —repuso Fen, irritado—. Y, además, ¿a quién enviarán? Espero que sea a alguien conocido. Si consigo averiguar algo antes de que lleguen, quizá hasta me dejen presenciar el final de la cacería.

El inspector se levantó.

—Voy a redactar mis notas y a acostarme. Es inútil que empiece las entrevistas esta noche. Volveré mañana, a eso de las nueve y media. Les agradeceré cualquier idea que puedan proporcionarme. Quizá los de Scotland Yard hayan llegado ya para entonces...

—Las ideas tendrá que proporcionárselas Scotland Yard —dijo Fen, enojado.

—Y después ya veremos... —concluyó el inspector, con escaso convencimiento—. Ya veremos... Buenas noches, caballeros. Me temo que esta noche no dormiré mucho.

Recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta. Fen se despidió lánguidamente desde las profundidades de su butaca.

—Buenas noches, querido inspector. Buenas noches, buenas noches. —Apuró el whisky y en su frente aparecieron unas arrugas que mostraban que estaba profundamente concentrado—. Un raro clímax, este extraño asunto del transmisor. O anticlimax, más bien. Muy poco satisfactorio, como el final de *Medida por medida*. Estamos ante un caso complicado, Geoffrey. Hay ciertas peculiaridades...

Geoffrey bostezó.

—Dios, qué cansado estoy... ¡Menudo día! Me parece increíble que haya recibido su telegrama y esa carta esta misma mañana. Ojalá no tenga que volver a pasar nunca por un día igual. —Se frotó los muslos, abatido, y se dirigió a la puerta—. Dos anónimos amenazadores y tres ataques... Y, para colmo, conozco a un conde que trabaja en unos almacenes, a un tabernero que parece sacado de una novela de Graham Greene y soy «testigo auditivo» de un asesinato.

Fen sonrió con dulzura.

—Me pregunto si tendrá razón. Buenas noches, Geoffrey. *Que ni los lamentos ni las afligidas lágrimas se escuchen dentro o fuera esta noche, que los falsos murmullos no desaten miedos ocultos ni turben el dulce descanso con dudas desencaminadas; que tampoco sueños falaces ni espantosas visiones produzcan súbitos y tristes sobresaltos...*

Geoffrey lo dejó recitando a Spenser e intentando capturar la polilla con una caja vacía de cerillas.

Grotesco, pensó Geoffrey a la mañana siguiente, todavía acostado en la cama y con la vista clavada en el techo: un absurdo embrollo de duendes y espías. Los asesinatos, a su manera, no eran lo peor de todo aquel enredo; al menos podían considerarse hechos incontestables. Pero el asunto de los fantasmas le parecía increíble, y lo de los agentes enemigos, también. El día nos devuelve la cordura o, al menos, ese estado entre miope y distraído que llamamos cordura. Hasta los asesinatos imposibles se las verían para resistir la penetrante virilidad de la luz matinal. Era evidente que o bien habían pasado algo por alto, o bien lo habían malinterpretado. Al final se acabaría demostrando que el radiotransmisor no era más que el pasatiempo de un escolar aficionado a la tecnología. Si se ceñían a los hechos... Entonces, ¿qué? A decir verdad, si se ceñían a los hechos, Geoffrey se veía obligado a admitir que, a saber por qué, la célebre antisepsia de la luz

diurna no había surtido ningún efecto. En esencia, nada había cambiado desde la noche anterior. Estaba claro que los recientes sucesos, que la mente pretendía rechazar como febriles fantasías, resultaban del todo inmunes a esos arrogantes intentos de obliteración. Además, importunaban la placidez de los ingenuos y virginales proyectos que Geoffrey abrigaba para las horas venideras: eran una resaca moral, una hoja emborronada y llena de tachones que se resistía a que la arrancaran del cuaderno. Envenenaban toda posibilidad de disfrute. El ánimo de Geoffrey se tornó melancólico y empezó a observar con franca malevolencia las incursiones del Ello en los plácidos campos de su personalidad.

Se percató de que aquella mañana no sentía el menor instinto cazador, ni siquiera ansiaba descubrir la verdad, lo que, posiblemente, fuera el motivo de que siguiese en la cama. En el dormitorio flotaba la penetrante aura melancólica de las estancias desocupadas: unos pocos objetos personales batallaban con valentía, aunque en vano, para tratar de dotarle de vida. Sabía que aquel ambiente triste acabaría expulsándolo de allí, pero antes le quedaba un tema por debatir. Una prolongada experiencia le había enseñado que cualquier coloquio mental, por mucha seguridad con que se aborde, suele concluir en irrelevancias, divagaciones y caos. No obstante, Geoffrey no había aprendido que para un hombre resulta imposible pensar clara y racionalmente en una mujer mientras está en la cama. Por eso, sus posteriores procesos mentales, que se centraban más bien en ese tema, fueron confusos y, en su mayoría, indignos de atención. Lo que sí sacó en claro fue que aunque puede que se hubiese enamorado de Frances, las probabilidades de que ella le correspondiese eran mínimas; que lo que tenía que hacer era tratar de aclarar ese punto y que el momento adecuado para hacerlo no era precisamente la mañana posterior a que el padre de la aludida hubiese fallecido en violentas circunstancias. Una vez hubo preparado un plan de acción y una excusa para aplazar el asunto de forma indefinida, Geoffrey decidió que ya era hora de levantarse.

Corrió pasillo abajo en dirección al baño, con el neceser y la toalla flotando plácidamente tras él. Un tenue ruido en el interior del cuarto, como de ratas importunadas en pleno almuerzo, le indicó que la pieza estaba ocupada, posiblemente por Fen. Entreabrió la puerta con cautela y se encontró cara a cara con Dutton, que hacía imprecisos gestos de pudor con el mentón cubierto de espuma y blandiendo una navaja de afeitar, suspendida en actitud suicida sobre la vena yugular. Geoffrey retrocedió.

—¡Desayuno dentro de tres cuartos de hora! —La voz de Dutton le persiguió hasta su habitación—. ¡Buenos días!

Cuando Dutton salió, Geoffrey se dio un baño caliente y siguió reflexionando sobre los acontecimientos de la noche anterior. Entonces tuvo una idea. Era tan simple, tan sencilla, tan obvia que no entendió por qué no se le había ocurrido antes. Cuantas más vueltas le daba, más plausible le parecía, aunque dejaba algunos problemillas sin resolver. Después de todo, no se trataba de un enigma indescifrado... No, en absoluto...

Estaba casi de buen humor cuando Fen, envuelto en una bata de un morado violento, y más rubicundo, desgarrado e incontenible que nunca, irrumpió en el cuarto

de baño.

—Me afeitaré mientras usted se baña —anunció, amenazador—, porque si no llegaré tarde al desayuno.

Se embadurnó la cara con jabón, que dispersó en todas direcciones, y procedió a darse prolongadas y vertiginosas pasadas con la navaja de afeitar por las mejillas y por el cuello.

—¿Ha dormido bien? La polilla que atrapé ayer ha amanecido muerta.

—No me extraña. ¿Por qué finge que le interesan los insectos?

—¿Fingir? —Fen se examinó la cara en el espejo con escaso entusiasmo—. Yo no finjo nada. En esencia, soy un científico al que un cúmulo de casualidades ha llevado al campo más falaz y confuso de la crítica literaria. Mi lucidez y mi precisión mental lo dejan bien patente. —Sonrió ante su triunfal autoexamen—. Aunque no niego que me mueva también un interés romántico. La vida de los insectos es puro melodrama, como *La tragedia del vengador*, pero sin palabras.

—¿Pues menuda tontería! —dijo Geoffrey, mientras recogía un objeto que había junto a la bañera—. Mira, un barquito...

Lo metió en el agua y lo empujó de un lado a otro.

—A los isabelinos —siguió Fen, evasivo— no se les daba bien desarrollar los argumentos. La fuerza de sus obras residía en el ahora perdido arte de la retórica. Reconocían la superioridad de la palabra frente a la acción para conseguir sensaciones agradables. El simple espectador que ocupaba el gallinero del teatro isabelino era superior, desde el punto de vista cultural, al burgués instruido de hoy. —Guardó silencio y se aplicó antiséptico a un corte—. ¿De quién será ese barquito?

—De Josephine Butler, supongo. Una reliquia de la minoría de edad. —Geoffrey se concentró en estrujar la esponja empapada de agua sobre el barco con la esperanza de hundirlo—. Sin embargo, el público isabelino no apreciaba para nada el sentido del humor; de lo contrario, jamás habrían aguantado las discusiones de Beatriz y Benedicto en *Mucho ruido y pocas nueces*. —Examinó el barquito. Colocó la pastilla de jabón en la cubierta y esta resbaló al agua—. ¿Sabe que Josephine quemó el manuscrito de su padre?

—¿Y que recibió una buena tunda como castigo? Sí. No creo que guarde relación alguna con el caso. Me gustaría saber de qué trataba el manuscrito. Garbin estará al tanto, o quizá Spitshuker. Es extraño que fuese precisamente ella quien llevase ese mensaje a los policías que vigilaban la catedral... Aunque puede que eso tampoco tenga la menor importancia. Hay demasiados elementos periféricos rondando este asunto. El centro es un espacio convenientemente vacío, mientras que la circunferencia rebosa de inscripciones y lemas crípticos.

—Creo que tengo una idea.

—Sin duda, equivocada. —Fen se aplicó unos polvos en la barbilla con una pera de goma de aspecto quirúrgico, similar a la que usan los peluqueros, y luego guardó desordenadamente sus cosas en el neceser.

—¿No quiere que se la cuente?

—No, no quiero —dijo Fen mientras se iba—, y si se queda mucho más tiempo en esa bañera, ya se puede ir despidiendo del desayuno, se lo advierto. Esa sí que es una idea sobre la que debería ir meditando.

Y, tras soltar una irritante carcajada, salió.

Para Geoffrey, la elección de corbata se había convertido en un complejo ceremonial que dependía tanto del traje y de la camisa como del clima y de un imperfecto recuerdo de lo que había llevado durante los diez o catorce días anteriores. Aquella mañana en concreto, después de volver con cierta sensación de anticlimax a la corbata que había seleccionado en primer lugar, observó su reflejo en el espejo del tocador durante más tiempo del acostumbrado. La presencia de una mujer en nuestra vida nos vuelve más atentos a nuestras imperfecciones de lo que es habitual, reflexionó. Sin embargo, lo cierto es que él parecía diez años más joven y que la expresión traviesa de su cara, con ciertos rasgos de fauno, tenía su encanto: los ojos azul celeste y el cabello castaño muy corto eran, sin duda, atractivos... Un estruendo que provenía del piso de abajo, y que supuso que significaba que había llegado la hora del desayuno, interrumpió sus placenteras reflexiones. Volvió dolorosamente su atención al mundo exterior y se apresuró escaleras abajo.

Sabía que Frances no estaría presente. Había ido a pasar la noche con su madre y, entretanto, había dejado a cargo del fuerte a una competente persona mayor de aspecto sencillo. Cuando Geoffrey entró, Fen ya estaba en la sala, leyendo el periódico matinal con aparente interés. Dutton, que no tardó mucho en llegar, colocó unas flores recién cortadas en un jarrón con una habilidad y una delicadeza curiosamente femeninas. Desayunaron gachas de avena. Dutton, el único huésped permanente presente, se consideró obligado a darles conversación. Después de sacar varios temas que no tuvieron éxito, declaró que lo sucedido era algo terrible; un comentario desafortunado, porque Fen aborrecía ese tipo de frases hechas.

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí? —preguntó este, agitando la cuchara y dejando el mantel perdido de leche—. Apenas conocía al doctor Butler. No parecía un hombre muy comunicativo, diría yo... Y tampoco era fácil relacionarse con él.

Dutton, cauteloso, clavó la vista en el plato sopesando si era inteligente y apropiado hablar en ese preciso momento del temperamento del difunto.

—Poco comunicativo, sí —admitió por fin—. Y, debido a eso, la gente mostraba cierta tendencia a... calumniarlo.

Parecía modestamente orgulloso de haber dado con el término adecuado. El interés de Fen aumentó.

—¿No era popular, entonces?

Dutton se apresuró a explicar sus palabras.

—Yo no diría tanto. Con un hombre de su posición, siempre se producen ciertos malentendidos.

Una oleada de rubores invadió su cara y acabó apagándose en su rojo cabello. Aquello les resultó de lo más extraño. Fen, cuyo fuerte no era precisamente la paciencia,

abandonó la diplomacia y exclamó:

—¡Nada de evasivas, por Dios! Quiero que me cuente —apuntó con la cuchara al alarmado segundo organista— todo lo que sabe de las relaciones que mantenía el difunto.

Tendrá que decírselo a la policía si le interroga, con lo cual bien puede ir adelantándomelo a mí. ¡Quítese de una vez esa máscara de discreción! —exclamó con una inesperada elocuencia. Y luego, volviendo a un plano más prosaico, añadió—: Pero vamos, hombre, ¿acaso no le gusta el chismorro?

Parecía que un intenso conflicto entre la discreción y la timidez, por un lado, y el deseo de agradar y ser el centro de atención, por otro, estuviera dirimiéndose en el alma de Dutton. El segundo bando ganó la partida y de pronto Dutton empezó a hablar, primero vacilante, pero luego con entusiasmo y vigor. Fen y Geoffrey se limitaron a quedarse sentados y a escuchar.

—El doctor Butler se consideraba, por encima de todo, un erudito. En cuanto a su tema de estudio, no lo sabría especificar, pero creo que tenía que ver con la teología. No obstante, Garbin, que es un experto en la misma materia (creo que su libro sobre la herejía albigense se considera una obra de referencia) mantuvo siempre que la erudición del chantre no tenía una base sólida. Discutían mucho. En una ocasión en concreto, se pelearon por un incunable del que Garbin preparaba la edición impresa y que el chantre plagió para un artículo en una revista especializada: creo que Garbin incluso estuvo a punto de dejar su prebenda debido a ello. Ahora los dos estaban trabajando en sendos libros sobre el mismo tema y la rivalidad era espantosa. —Dutton reflexionó unos instantes—. Pero no sé si eso puede considerarse un móvil de asesinato, sobre todo si los conocimientos de Garbin eran tan superiores como él afirma.

—En realidad, creemos que ya sabemos cuál fue el móvil, pero me gustaría tener una visión general de todas las personas implicadas. Prosiga —dijo Fen.

—El chantre solía discutir con el pobre Brooks por asuntos de música, pero ya se sabe que los chantres y los organistas siempre se han llevado a matar. Aunque debo señalar que el doctor Butler se mostraba excepcionalmente despótico con él. Sin embargo, Brooks era un buen estratega y al final casi siempre acababa saliéndose con la suya. Spitshuker y Butler se llevaban bien en términos generales. Bien es cierto que Spitshuker es prácticamente un anglicano católico y Butler solía quejarse al deán y al obispo al respecto, pero la sangre nunca llegó al río. Butler también se comportaba de forma algo dominante con los canónigos menores. No sé qué más contarle, la verdad. Parecía llevarse bien con su esposa y con su familia... Al menos, hasta el incidente de ayer con Josephine. Ella, la hija menor, le quemó un manuscrito, como ya sabrán. Luego escapó, él la siguió y le dio la paliza de su vida. Debo decir que creo que la niña se la merecía.

—¿Cuánto tiempo llevaba el chantre aquí? —preguntó Fen.

—Unos siete años. Antes, supongo que trabajaría en otra cosa, pero desconozco en qué. En cualquier caso, le sobraba el dinero. O mejor dicho, es a su mujer a quién le

sobra. Viajó mucho por el continente, iba de biblioteca en biblioteca... En la década de los treinta, él y su familia vivieron en Alemania un par de años. Antes de casarse, Butler era pobre... Creo que era hijo de un zapatero y consiguió concluir sus estudios gracias a alguna beca. Para mí que el dinero se le subió a la cabeza.

Un cencerro de elefante fabricado en Birmingham que parecía una anémona invertida anunció los huevos con beicon, mientras un maloliente artilugio alquímico se ponía dificultosamente en marcha para preparar café. Cuando el ruido que producían estas perturbaciones cesó, Dutton reanudó su narración.

—De la señora Butler no hay mucho que contar: es una mujer pequeña y discreta, sin demasiado carácter. Creo que su marido la intimidaba. Josephine, en cambio, siempre ha sido una niña testaruda y rebelde... Posiblemente se acabará convirtiendo en esa clase de mujer capaz de todo a cambio de un poco de diversión. Solía reunir a los chiquillos pobres del barrio para agruparlos en bandas y organizaba peleas... A veces llegaban incluso a ser violentas y peligrosas, pero a la hora de las responsabilidades, encarnaba la viva imagen de la inocencia. Su padre, que la adoraba, nunca hizo nada al respecto.

»En cuanto a Frances... —El joven hizo una pausa y se ruborizó—. No sé qué decir de ella. Es..., es... encantadora.

«Eso es adoración sin pretensiones», pensó Geoffrey. No le extrañó, aunque, misteriosamente, sí consiguió perturbarle.

—¿Y Savernake? —preguntó Fen, conduciendo la conversación con tiento a través de aquellas arenas movedizas—. ¿Qué me dice de él?

—July es un tipo agradable... Un poco simple a veces, eso sí. Él es..., era... una especie de protegido del doctor Butler. Su vicaría está en Maverley, que se encuentra a unos kilómetros de distancia. Aunque no pasa mucho tiempo allí.

Se percibía cierto tono de desaprobación en la voz de Dutton. Era evidente que juzgaba con severidad semejante negligencia.

—Vaya, que es proclive a dejar a sus ovejas revolcándose en el fango —dijo Fen a modo de conclusión. Luego, al ver que nadie reconocía su alusión a Chaucer, se deprimió.

—Pienso que las relaciones entre July y el chantre se estaban volviendo algo tensas. July no era lo que el doctor Butler había esperado. También estaba lo de... Bueno, lo cierto es que July se había enamorado de Frances y quería casarse con ella. A saber por qué, el chantre no quería ni oír hablar del asunto: probablemente sospechaba que Savernake iba tras su fortuna, o algo así. Supongo que ahora podrán casarse. —Se le ocurrió, de pronto.

A Geoffrey aquella contingencia no le hizo la menor gracia. No se había planteado la posibilidad de toparse con un rival. Decididamente, era un asunto inquietante. Dutton siguió:

—De Peace no sé nada... Me parece que es un psicoanalista famoso. —Pronunció la palabra con cautela, como si temiese que fuera a resultar excesiva para sus oyentes—.

Spitshuker y Garbin... se pasan el día discutiendo, pero en realidad se llevan de maravilla. Spitshuker proviene de una familia rica que siempre ha estado, de uno u otro modo, vinculada a la Iglesia. Él ha tenido una vida fácil y plácida. Nunca se ha casado, dice que debido a sus convicciones, pero creo que en realidad es porque nadie lo aguantaría. —Se sonrojó de placer ante esta ingeniosa exhibición de conocimientos mundanos—. Garbin es todo lo contrario: un chico de familia pobre que pudo estudiar gracias a las becas y que se ha dedicado a la Iglesia por vocación, no por tradición. Ya le he dicho lo que él opinaba del chantre. La señora Garbin, en cambio, es una arpía: intenta dominarlo todo y a todos, a su marido incluido, aunque curiosamente nunca lo consigue... Solo llega a dificultar las cosas de vez en cuando, pero jamás consigue salirse con la suya. Él siempre se mantiene firme en su resistencia pasiva y creo que ella ha acabado por dejarlo en paz. A la señora Garbin no le gustaba el doctor Butler, pero —y aquí Dutton frunció el ceño, perplejo— me parece que a esa mujer no le gusta nadie.

—Tal vez esté amargada por un matrimonio sin hijos... —supuso Fen.

—¡Qué va! Tienen tres: dos chicos y una chica. Garbin esperaba que los chicos se dedicasen a la Iglesia, pero ellos no han querido. Ya sabe, lo típico. —Dutton se puso filosófico—: ¿No es Anatole France quien dice que los hijos acaban defendiendo opiniones radicalmente opuestas a las de sus padres, como si se tratara del molde que hace el artista del pecho de su amante? —Enfrentado de pronto a la enormidad de lo que acababa de decir, Dutton volvió a sonrojarse y, avergonzado, devolvió su maravillosa analogía a los recintos privados de su mente—. Los hijos se alistaron en el Ejército y de su hija no sé nada... A decir verdad, ni siquiera los conozco. —Vaciló—. ¿Queda alguien más?

—Sir John Dallow —intervino Geoffrey.

—¡Ah, sí! El canciller episcopal. También es rico, pero bastante más avaro que Shylock. —Dutton empezaba a salpicar su discurso con demasiadas alusiones literarias—. No es que ahora tenga demasiado que hacer, aunque él era el responsable de la escolanía, cuando esta aún existía. Está ordenado, pero nunca se le ve por las instalaciones eclesiásticas. A lo largo de los años, se ha ido desprendiendo gradualmente de los hábitos, por decirlo de algún modo. —Dutton movió las manos para indicar un proceso de discreto despojamiento—. Es un experto en brujería, demonolatría y todas esas zarandajas. También es un soltero empedernido.

Por su tono, quedaba claro que consideraba la soltería como un estado nocivo *de facto*. Geoffrey pensó que en el pecho de aquel joven probablemente ardía una llama de puro idealismo conyugal.

Fen, que estaba comiéndose unas tostadas con mermelada, asintió reflexivamente.

—Creo que ya están todos, puesto que el obispo y el deán no se encuentran en el pueblo. Y ahora quisiera preguntarle un par de detalles del día de ayer, si no le importa. Brooks fue asesinado a eso de las seis. ¿Dónde se encontraba usted en ese preciso momento?

—Pues salí... a dar un paseo.

—¿Solo?

Dutton asintió.

—Eso me temo. La verdad es que como me han prohibido la música, no sé qué hacer. Fui hasta los acantilados, por el camino de Tolnmouth.

—¿Y anoche..., poco después de las diez?

—Estuve en mi habitación, leyendo.

—¿Tenía la ventana abierta?

—Sí —respondió Dutton, perplejo—. Anoche hacía calor.

—¿Y oyó el estruendo que produjo la losa al caer?

—No. No oí absolutamente nada.

Fen apuró el café y se levantó.

—Muchas gracias. Y ahora... ¡Ay, a trabajar! Un trabajo arrogante y falaz...

Geoffrey y Dutton también se pusieron en pie. Un manto de timidez envolvía de nuevo a Dutton, que paseó un rato por la estancia y finalmente sacó una pitillera plateada. Todos encendieron sus cigarrillos y se hizo el silencio.

—Bueno, yo... —empezó Dutton, inquieto— creo que tengo cosas que hacer en mi habitación.

Una notoria mentira que fue recibida por los demás con un silencio sepulcral. Dutton intentó controlar con discreción el estado de nervios en que se encontraba. Se tambaleó hasta la puerta, se detuvo y se volvió con inseguridad. Por fin, susurró un «si me disculpan» y salió corriendo de la sala.

Fen y Geoffrey suspiraron aliviados.

—¡Qué contagiosa es la vergüenza! —dijo Fen.

—Este joven es rarísimo —dijo Geoffrey—. Pero hay que reconocer que la vida que lleva un segundo organista nunca es feliz. Como son el último mono, jamás logran adquirir seguridad en sí mismos. Y, probablemente, tampoco consiguen ahorrar; son más pobres que un ratón de sacristía. De hecho, ahora que lo pienso, ¡Dutton es el típico ratón de sacristía!

—La timidez es un disfraz soberbio —dijo Fen—. Y las personas tímidas suelen ser también las más astutas. Tienen que actuar, y como no se atreven a hacerlo de una forma clara y evidente, por decirlo de algún modo... Vaya sarta de tonterías, ¡parezco Peace! —añadió, malhumorado. Luego miró la hora—. Vamos, tenemos que irnos. El inspector ya debería haber llegado. Gracias a Dutton, ahora conocemos un poco mejor a las personas a las que iremos a visitar. ¿Se ha dado cuenta de un detalle bastante interesante de lo que acaba de contar?

—No. ¿Qué?

—No oyó caer la losa.

—¿Y eso es importante?

—A mí me parece que mucho.

DOS CANÓNIGOS

ITAMOR: Mirad, mi amo, se acercan dos orugas religiosas.

BARRABÁS: Las he olido en cuanto han entrado.

MARLOWE

— **U**na mañana de lo más agradable... —El inspector los saludó cuando bajaban por el camino de la rectoría, en dirección a la carretera principal.

En su voz había un deje de satisfacción, como si quisiera decir que la mañana era agradable gracias a él. Y es que hacía un día precioso, que auguraba calor e incomodidad en horas venideras, pero que por el momento era tan perfecto como cabía desear. Tolnbridge se desperezaba bajo un sol espléndido y sus colores habían cobrado una nueva intensidad. El estuario, donde se escuchaban las explosiones del motor de las barcas pesqueras, resplandecía surcado por hilos de plata sobre el vivido azul. Algo más lejos permanecía anclado un diminuto buque de guerra gris. Bajo aquella luz, la catedral se alzaba tan elegante y luminosa que daba la sensación de que en cualquier instante fuese a transmutarse en un palacio fantástico que se alejaría flotando rumbo a la Arcadia o al maravilloso país de Poictesme. En efecto, era una mañana de lo más agradable.

Pronto se comprobó, no obstante, que el comentario del inspector no era tanto fruto de la satisfacción como de una estrategia apaciguadora en el curso de una partida que se complicaba por momentos. Salpicando su discurso de enrevesadas y farragosas explicaciones, les contó que había llamado a Scotland Yard, que iban a enviar a un hombre ese mismo día y que... —aquí la incomodidad del inspector pareció agudizarse — consideraban que toda persona no autorizada debía quedar excluida de las subsiguientes investigaciones.

—¡Despedido! —dijo Fen—. *Anathema sumus.*

—Ya ve en qué situación me encuentro, señor. —El inspector lo miró con expresión apesadumbrada. Era evidente que lo lamentaba tanto como él—. Supongo que no les parece bien que usted esté al corriente de todo. No tendría que haberle informado del asunto del radiotransmisor...

El inspector observó al aludido con una expresión de auténtico disgusto.

Sin embargo, en lugar de desmoralizarlo, las circunstancias adversas solían animar a Fen.

—Inspector, hagamos pues una apuesta —dijo con una alegría no exenta de picardía—. Apuesto a que encontraré al asesino antes que ustedes.

El inspector respondió con un patético asentimiento.

—Eso es muy probable, señor. Es imposible que esté más lejos que yo de averiguarlo. Y, por supuesto —le hizo un guiño fugaz—, no puedo impedirle que haga preguntas si la gente está dispuesta a responderlas.

—¿Puede contarnos alguna novedad antes de que la prohibición se haga efectiva? ¿O ya se ha hecho efectiva?

Tras mirar nervioso a su alrededor, como si buscara indicios de una emboscada, el inspector bajó espectacularmente la voz y susurró:

—Esta mañana he ido a ver a la niña, a Josephine. Es increíble, pero ese diablillo insiste en que fue un policía quien le entregó ese mensaje.

—Quizá sea verdad.

—No, está claro que miente. ¡Pero no tengo ni idea de cómo sonsacarle la verdad! Por lo que veo, si ella ha decidido ceñirse a esa versión, nada puede hacerse al respecto.

—¡Qué extraño! Me pregunto por qué... —Fen negó vigorosamente con la cabeza—. ¿Algo más?

—Nada. La autopsia está prevista para las once de esta mañana y sin duda el juez de instrucción ordenará que se lleve a cabo una investigación. A saber cuál será su veredicto. No conozco otra forma de muerte violenta que no sea el homicidio, un accidente o el suicidio, y todas parecen igual de imposibles.

—Al chantre lo asesinaron, eso está clarísimo —dijo Fen con una exuberancia no justificada por la naturaleza de la declaración—. Por cierto, ¿han localizado ya ese radiotransmisor? Habrán necesitado un vehículo para trasladarlo... También he pensado que la operación tiene que haberles llevado su tiempo. Eso de meter y sacar radiotransmisores de catedrales tiene que suponer un lío tremendo. ¿No llevan antenas o algo así?

—Pues no, aún no lo hemos localizado. —El inspector estaba hundido en las insondables profundidades del pesimismo—. Ni tampoco hemos encontrado a nadie en la catedral cuando la hemos registrado esta mañana. Y, ahora, tengo que irme —anunció, forzándose a regañadientes a pasar a la acción.

—¿Adónde irá en primer lugar? Será mejor que no coincidamos en las entrevistas... ¡Qué estúpido desperdicio de energía, tener que entrevistar a todos dos veces! —se lamentó Fen—. Nosotros vamos a casa de Garbin.

—Bien, entonces yo iré a ver a la señora Butler. Me parece que el orden de las entrevistas es lo de menos.

—¡Ojalá pudiese hacer algo con el dueño del Whale and Coffin! —intervino Geoffrey.

—¿«Hacer» algo, señor? ¿Qué? ¿Arrestarle porque resulta que conocía su nombre? Por Dios, la de cosas que la gente espera de nosotros... —protestó el inspector, indignado.

—Adiós, inspector, y que Dios lo acompañe. Nos veremos en Filipos —dijo Fen con

grandilocuencia.

—En el manicomio de Colney Hatch, más bien —repuso el inspector.

Sin embargo, no les había llegado el momento de separarse. La súbita llegada del canónigo Spitshuker retrasó las partidas.

—Quería ver al señor Vintner —jadeó, faltar de aliento—. Música..., organista..., servicios... —Hizo una pausa para recuperarse y prosiguió con más coherencia—: Desde los terribles acontecimientos de anoche, las responsabilidades del chantre han recaído provisionalmente sobre mí. —Siguió otra pausa, que aprovechó para enjugarse la frente con un gran pañuelo morado—. Señor Vintner, en vista de las circunstancias, el servicio de esta mañana...

El inspector le interrumpió.

—¡Por el amor de Dios! ¿No estará diciendo que celebrarán el servicio como si nada?

—Mi querido Garratt, por supuesto...

—Pero, señor, después de lo sucedido...

—La Iglesia no suspende el culto a Dios bajo ningún pretexto —repuso el canónigo con un deje de impaciencia—. Y si ha habido un momento que requiera nuestras plegarias y alabanzas, sin duda es este.

—¡Alabanzas! —El tono del inspector sonó inesperadamente amargo.

—Mi querido inspector, no tengo tiempo para discutir sus ridículas nociones sobre un Dios que tolera el mal. Bien, señor Vintner...

—Pero, oiga, con todo ese desorden y confusión... —El inspector parecía enfurecido.

—Lo han limpiado todo.

—Pero ¡qué dice!

—Nuestras mujeres de la limpieza se han ocupado de todo. Solo queda devolver la losa a su sitio.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! ¡Lo que la gente es capaz de hacer a nuestras espaldas!

El canónigo estaba perplejo.

—Me temo que se ha llevado a cabo bajo mi autoridad. No habré..., ¿no habré hecho nada malo?

—Tal vez haya destruido pruebas valiosas, señor.

—Pero no podíamos dejar la catedral así..., ¿verdad, inspector? —Spitshuker parecía perturbado—. ¡Santo cielo, nunca se me habría pasado por la cabeza...! En cualquier caso, lo hecho, hecho está.

—A lo hecho, pecho —intervino Fen.

—Pues bien, señor Vintner, el oficio vespertino cantado se celebrará a las tres y media, y el coro estará a su disposición a las dos. El pobre Brooks solía ensayar en la antigua sala capitular, allí tiene a su disposición un buen piano. —Spitshuker se sacó del bolsillo un manojo de papeles, que desordenadamente hojeó hasta encontrar el que buscaba—. Veamos, para esta tarde tenemos Noble en si menor y *Come, My Way*, de

Sampson. La música para los siguientes servicios está anotada aquí. Haga usted los cambios que considere necesarios.

Ya se disponía a marcharse cuando el inspector dijo:

—¡Ah, un momento, señor! ¿Ha dicho que ya lo ha dispuesto todo para que devuelvan la losa a su sitio?

El rubicundo rostro de Spitshuker mostró perturbación y alarma.

—En efecto, aunque si considera que así se destruirán pruebas...

«¿Había un deje de sarcasmo en su voz?», se preguntó Geoffrey.

—Oficiar el servicio con la tumba abierta no parece una gran idea, ¿verdad? —Sonrió con inocencia.

—En tal caso, me gustaría estar presente cuando la coloquen. Quiero hacer algunas comprobaciones —declaró el inspector con un rígido tono oficial.

—Faltaría más, faltaría más... He prometido que yo mismo supervisaré el trabajo. —Spitshuker parecía inquieto, y miró la hora—. Pero debemos apresurarnos, el servicio empezará en menos de una hora.

En la catedral, un grupo de hombres observaba sin demasiado entusiasmo la losa, bajo la atenta mirada del sacristán. Por primera vez, Geoffrey pudo examinar la tumba de san Ephraim con tranquilidad. Justo debajo de la aguja, donde los transeptos se unían a la nave principal, había un breve tramo de peldaños que subía hasta el presbiterio. Los bancos del coro y de las dignidades episcopales se ubicaban algo más al este, bajo la tribuna del órgano. La tumba se encontraba justo debajo de la galería del Obispo, en un nicho que normalmente estaba cubierto por la losa que ahora yacía en el suelo. En el muro había unas anillas de hierro que se correspondían con otras situadas en los cantos de la losa, de manera que, cuando esta se encontraba en posición vertical, simplemente colocando un gran candado por cada par de anillas se conseguía fijar la losa al muro. El nicho era poco profundo, medía unos tres metros de longitud por casi dos metros de altura, y la losa tenía un grosor proporcional. Los hombres consiguieron levantarla en vertical entre gruñidos premonitorios y, al final, con un esfuerzo titánico, la alzaron del suelo para tapar la cavidad. Geoffrey advirtió que no había quedado bien encajada: el extremo inferior estaba entre sesenta y noventa centímetros por encima del suelo, y el superior unos dos metros más arriba. El inspector hizo que le trajeran una silla y se subió encima. Con una mano indicó a los hombres que se apartaran, mientras sostenía la losa en su sitio con la otra. Luego, con una lentitud y una precaución infinitas, apartó la mano. Como todavía no habían colocado los candados, la losa, en delicado equilibrio sobre su estrecha base, se meció levemente, pero no dio muestras de que fuera a caerse. El inspector gruñó.

—No costaría mucho derribarla —dijo, bajándose de la silla.

Fen se había mostrado inusualmente callado y atento durante toda la operación. Geoffrey se apartó y le dijo:

—¿Una carga explosiva en el interior del nicho? Aunque la losa no encaje a la perfección, la tumba debía de ser bastante hermética.

Fen negó con la cabeza.

—Habrían dejado algún rastro. Cualquier otra clase de mecanismo queda descartada, por los mismos motivos.

Geoffrey alzó la vista a la galería del Obispo.

—¿Podrían haberla empujado desde arriba con una pértiga o algo similar?

Fen volvió a negar y le señaló:

—Con ese resalte es imposible. Además, piensa en las complicaciones. Muy improbable. Tampoco sabemos cómo salió de la catedral la persona implicada. El tabique que separa la galería del Obispo del órgano es de ladrillo macizo, ¿recuerda?

—Creo que sé cómo pudo salir de la catedral.

Geoffrey acarició mentalmente su querida idea. Fen lo miró con ternura.

—Se refiere a Peace, por supuesto. Justo después del estruendo, lo encontramos corriendo por el otro lado de la catedral. ¿No es posible que acabase de salir? ¿Que hubiese cerrado la catedral y luego hubiese tirado la llave, por si a alguien se le ocurría registrarlo? ¿Por qué no? El único inconveniente es que no encaja con el resto de lo que sabemos del caso.

A Geoffrey le molestó que le hubiesen robado su jugada maestra y, reacio a permitir que su *idea* se despachase sin más, trató de interponer sus obstinadas reservas mentales. Pero no llegó a comentar nada, pues el inspector se disponía a hacer otro experimento. El grupo de hombres que habían levantado la losa y que desde entonces se habían quedado merodeando por allí, demostrando ese amable e inane interés en los tejemanejes ajenos que constituye uno de los pilares del carácter inglés, escuchaban entre estupefactos y abatidos los planes del inspector. Este les estaba proponiendo que dejaran caer la losa una vez más.

No obstante, la operación era mucho más compleja de lo que parecía a simple vista, sobre todo porque la losa no sobresalía del nicho en ningún punto y, por tanto, no ofrecía resaltes de los que poder tirar. Finalmente, el inspector insertó una especie de regla de acero por un lado y, alejándose cuanto pudo, la utilizó como palanca. La piedra se balanceó despacio y se inclinó. Todos observaron en un pétreo silencio. Al principio la caída fue lenta, pero la losa no tardó mucho en coger impulso. Justo antes de alcanzar la posición horizontal, Geoffrey vio que la base de la losa se salía del borde donde descansaba. ¡Y qué quietud tan furtiva y terrorífica! En cuestión de segundos, la losa yacía en el suelo y la silla en la que se había subido el inspector había quedado reducida a astillas.

El ruido del impacto había sido impresionante y, sin embargo, Geoffrey pensó que era distinto del que había oído la noche anterior. Quizá el efecto amortiguador de los muros y las puertas explicase la disparidad entre ambos sonidos, pero no era exactamente eso. [\[véase nota 7\]](#) Perplejo, observó una vez más los hercúleos esfuerzos y los jadeos para devolver la losa a su sitio, y perplejo, vio cómo colocaban los seis candados y se llevaban los restos de la silla. El inspector, al parecer satisfecho, se marchó solo. Fen y Spitsuker iban charlando mientras se dirigían hacia la puerta. Tras echar un último vistazo,

Geoffrey los siguió.

—... tengo unas pocas preguntas, que espero que no considere impertinentes —dijo Fen cuando salieron al exterior. La disculpa era tan convencional como parecía—. Y creo que debería saber que ya no colaboro con la policía —añadió, en un inesperado despunte de sinceridad.

Spitshuker emitió un sonido que indicaba consternación y aprobación a un tiempo.

—Por supuesto, amigo mío. ¿La policía ha rechazado su oferta de ayuda? Escandaloso, ciertamente escandaloso... —Ahí tampoco pareció del todo sincero—. Responderé a sus preguntas, desde luego. Si le parece, le acompañaré hasta la casa de Garbin. Ahora estoy «en activo», por lo que me toca a mí officiar el servicio de la mañana, pero aún nos queda media hora para ello.

Se ciñó la chaqueta corta a su grueso cuerpo y bajó con ellos la colina de la catedral.

—Lo que me interesa son, sobre todo, las horas —dijo Fen—. Las seis de la tarde y el período entre las diez y las diez y cuarto de la noche de ayer.

Spitshuker lo miró, intrigado.

—¿Intenta usted establecer coartadas! —exclamó con evidente placer—. Pues yo no tengo ninguna para las seis. A esa hora estaba solo en mi habitación, trabajando. Mi ama de llaves se encontraba en casa, pero no creo que pueda responder por mí. —Por lo visto, aquello le parecía un motivo de orgullo—. Entre las diez y las diez y cuarto estuve hablando con el inspector en la sala de la rectoría. Había llegado allí, acompañado por Garbin, sobre las siete, justo a la hora de la cena. Y después de que Butler nos diera la terrible noticia de la muerte de Brooks, celebramos nuestro pequeño cónclave: Dallow, Garbin, Butler y un servidor.

—¿Ah, sí! Me interesa esa reunión —dijo Fen, pensativo.

—Fue un asunto no oficial. Hemos informado al deán y al obispo, por supuesto, y van a regresar de inmediato. —El paréntesis confundió al canónigo, que se interrumpió, vacilante—. La reunión se convocó cuando todavía no sabíamos que se había cometido un asesinato, cuando aún pensábamos que lo de Brooks... había sido un accidente, así que tuvimos que alterar un poco el orden. Nuestra intención era despejar el terreno antes de que volviese el deán, pero mucho me temo que no sacamos nada en claro. Una discusión entre Dallow y Butler sobre el estado legal y financiero del organista residente y los vanos intentos de Garbin de hacer de detective acapararon gran parte de la reunión.

—No fue un encuentro muy fraternal, entonces.

—Digamos que durante la reunión fluyó una leve corriente de antipatía. —Spitshuker guardó silencio, sorprendido por aquel flagrante eufemismo—. No llegamos a ninguna conclusión. —Sonrió un poco—. Así que Butler anunció que subiría a la catedral para quedarse allí a solas. Si los demás no hubiésemos estado de tan malas pulg... Si hubiésemos pensado un poco, no le habríamos dejado ir solo.

—¿A qué hora acabó la reunión?

—A las nueve menos diez, diría yo. Sí, a esa hora.

—¿Y alguien más conocía las intenciones de Butler?

—Oh, sí, todos los que estábamos en la rectoría, supongo. En el vestíbulo se cruzó con Frances, que estaba charlando con Peace de asuntos triviales, y se lo dijo. Creo que Dutton también andaba por allí.

—Creía que Dutton se había acostado temprano —intervino Geoffrey.

—Dutton no se acuesta jamás sin hacer antes un extenso reconocimiento preliminar. —Spitshuker asintió para aprobar este críptico comentario—. En cualquier caso, allí estaba. Recuerdo haberlo visto cuando Butler se estaba citando con Peace en la catedral.

—¿Cuándo qué?

Spitshuker era todo inocencia.

—¿Ah, no lo sabía? Para discutir un asunto de negocios, me parece. Butler sugirió a Peace que fuese a verlo a la catedral al cabo de veinte minutos, y Peace accedió, pero creo que pasamos tanto tiempo hablando que ya eran cerca de las diez cuando él...

—¡Ay, mis patitas queridas! ¡Por mi piel y mis bigotes! Lo sabía. Sabía que algo así... —Se contuvo y preguntó con urgencia—: ¿Y qué hicieron los demás después de la reunión?

Spitshuker reflexionó.

—Por lo que yo sé, Dallow y Garbin se fueron directamente a casa, y Butler, a la catedral. Creo que Frances se retiró a su habitación para leer. Dutton, a saber cómo, se esfumó. Yo acompañé a Butler hasta la puerta del jardín, donde empieza la colina de la catedral. Me pareció que estaba malhumorado, deprimido y un poco nervioso. Recuerdo que, mientras hablábamos junto a la cerca, se agachó para coger un trébol de cuatro hojas que se puso en el ojal, cosa que me sorprendió, porque él siempre despotricaba contra ese tipo de supersticiones. Pero, como digo, parecía algo nervioso. Luego yo regresé a la rectoría para hablar con Peace.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y Savernake?

—Ni idea. Creo que desapareció inmediatamente después de cenar. —Spitshuker miró la hora—. Discúlpenme, pero ahora tengo que volver. Espero haberles sido de utilidad.

Esbozó una leve sonrisa y desapareció.

Siguieron andando. Fen no estaba muy hablador; puede que fuera reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Geoffrey también iba sumido en sus pensamientos, pero sin llegar a ninguna conclusión, y acabó preguntándose por la ausencia generalizada de muestras de tristeza ante la muerte del chantre. Si Spitshuker estaba embargado por la emoción mientras hablaba con ellos, no se le había notado en absoluto.

—Es curioso que la familia de Butler viviese en Alemania antes de la guerra —dijo Geoffrey.

—Tiene cierto interés, sí —repuso Fen—. Pero, por lo que sabemos, cualquiera podría haber vivido en Alemania. Spitshuker nos ha revelado mucha información sustanciosa, ¿no cree?

Geoffrey meditó un buen rato.

—Puede —dijo con cautela judicial—. Se ha marchado a toda prisa. ¿Iba a

preguntarle algo más?

—Un par de cosas —respondió Fen, sin especificar—. Si es un músico consumado, por ejemplo.

—¡Cielo santo! ¿Por qué?

Fen sonrió.

—¿Le sorprende? Es un tiro a ciegas, así que no me extrañaría en absoluto que lo fuera. Por cierto, tendría usted que ir anotando lo que la gente afirma que estaba haciendo en las horas cruciales, porque luego nos resultará útil. No creo que nos sirva de mucho intentar averiguar las coartadas de la noche que atacaron a Brooks en la catedral. Si no estuvieron toda la noche solos cada uno en su cama, tendrían que haberlo estado —sentenció haciendo alarde de puritanismo.

La casa y el jardín de Garbin estaban sumidos en una humedad y una melancolía absolutas. Aquel día era especialmente luminoso y la humedad era difícil de apreciar, pero ningún otro término podría haber descrito mejor la impresión lánguida y acuosa que transmitían los parterres descuidados y la vegetación marchita que Fen y Geoffrey vieron en cuanto cruzaron la cerca. Sin duda, Níobe habría vagado hecha un mar de lágrimas por aquella espesura desmandada entre la que ocasionalmente una flor desorientada y débil intentaba acceder a la luz. Hasta los pájaros entonaban un gorjeo abatido sin ánimo alguno.

La casa no estaba mucho mejor que el jardín. Las grises paredes parecían transpirar humedad. Grande, fea y victoriana, sus ventanas miraban al mundo con franca misantropía. Si no hubiese formado parte de su prebenda, Garbin jamás se habría instalado en un lugar como aquel. Sin embargo, existía una sutil afinidad entre la casa y el hombre, una sensación intrínseca de gravedad aburrída superpuesta a una resignación complaciente, aunque melancólica, de que las cosas eran tal y como deberían ser. O, al menos, esa era la impresión que daba, pero Geoffrey se acordó de que no había que fiarse de las apariencias.

La señora Garbin, ataviada con un vestido de color chocolate desvaído, les abrió la puerta. Si le sorprendió reconocer a Geoffrey como su compañero de viaje del día anterior, no lo demostró. Su tono les insinuó que su marido estaba trabajando en algo que no iba a tener la mínima utilidad para nadie, ni siquiera para sí mismo. Sin duda estaría encantado de recibirles. De hecho, una de las penitencias de la vida clerical era que debían atender a cualquiera que pasara por allí. Afortunadamente, su esposo no tenía nada mejor que hacer en aquellos momentos.

Aunque Fen respondió con monosílabos a esta solapada serie de ataques en cadena, antes de entrar en el estudio de Garbin se detuvo para decir:

—Considerará usted que la muerte del doctor Butler es una gran pérdida.

La mujer también se detuvo.

—Por supuesto que es una inmensa pérdida para nosotros —respondió—. No creo

que a los demás les afecte tanto como a mí marido y a mí.

—Supongo que era un hombre popular.

—Un hombre con una gran personalidad, profesor. Y comprenderá usted lo que quiero decir: una obstinada ceguera y una absoluta falta de consideración hacia el prójimo. Había, claro está, ciertas discrepancias...

—¿Discrepancias graves?

—Eso no es asunto mío. —Guardó silencio—. Las prácticas casi católicas del canónigo Spitshuker...

—Y la rivalidad erudita con su marido...

La señora Garbin se apoyó en la barandilla. Puede que la palidez de su rostro se hubiera acentuado un poco.

—Será mejor que entren.

El estudio de Garbin era una habitación amplia desagradablemente revestida de pino oscuro cuya penumbra se veía acentuada por los inmensos muebles y estanterías de caoba. Una moqueta marrón cubría el suelo. Había butacas raídas, una colección de pipas y, en un nicho encima de la puerta, un pálido busto de Palas..., o quizá fuese de algún eclesiástico difunto, pues los rasgos y el género eran inapreciables bajo aquella luz crepuscular. Y, ¡santo cielo! —a Geoffrey le embargó la sensación de irrealidad que se experimenta al despertar de un vivido sueño—, también había un cuervo, que deambulaba por el escritorio con esa torpeza tan peculiar de las aves al caminar. Cuando vio a los intrusos, el pájaro ahuecó las plumas y les dirigió una mirada malévola.

—Veo que se han fijado en mi mascota. —Garbin se levantó para recibirlos y su figura alta y sombría descolló sobre el escritorio—. Un capricho poco común, piensan algunos. Pero lo encontré por pura casualidad.

—¿De veras?

Garbin les indicó que se sentaran.

—Un marinero extranjero con una historia trágica me lo vendió hace dos años. En teoría puede hablar, pero nunca le he oído articular palabra. Admito que no es una criatura lo que se dice «amigable» y que a veces su presencia me resulta francamente deprimente. Le he dado muchas oportunidades para que escape, pero él solo muestra apatía ante la perspectiva.

Alargó la mano y le acarició las plumas. El cuervo le respondió con unos suaves picotazos.

Fen no se inmutó ante sus palabras.

—Hemos venido para hablar de la muerte de Butler —dijo con firmeza—. Quedan algunos detalles extraños por esclarecer y estoy llevando a cabo, por mi cuenta, una especie de investigación extraoficial. —Miró al pájaro y apartó la vista de inmediato—. ¿Estaría usted dispuesto a colaborar?

Garbin se sumió en un silencio desconcertante. Luego cambió de posición en la silla, para indicar que estaba a punto de hablar.

—¿Considera prudente inmiscuirse en este tipo de asuntos? —preguntó despacio con

su voz grave—. Seguro que las autoridades son más que capaces de hacerse cargo.

—Probablemente —admitió Fen con desgana—, pero yo no confío del todo en ellas.

—Sé que para usted esto es una especie de deporte, señor Fen. Pero lo cierto es que yo soy incapaz de verlo así. La muerte de un hombre me parece la más pobre de las excusas para exhibir un talento personal como el suyo, si me perdona la franqueza.

Fen lo miró, pensativo.

—Y usted me permitirá la misma libertad, sin duda. Yo diría que el asesinato de un hombre es un asunto tan grave que atañe a cualquiera que esté en posición de ayudar, y sobre todo a aquellos que, como yo, tienen cierta experiencia en el tema.

—¿Su vanidad no tiene nada que ver en este asunto? —preguntó Garbin.

Fen hizo un gesto de impaciencia.

—Como señaló Rochefoucauld, nuestra vanidad siempre tiene algo que ver. La acción derivada de motivos puros simplemente no existe.

—Hay grados de pureza, sin embargo.

Fen se levantó.

—Creo que esta conversación no nos va a conducir a ninguna parte.

—Por favor, por favor —dijo Garbin moviendo la mano—. Si le he ofendido, le ruego que me disculpe. Debe recordar que pertenezco a una generación, y a una vocación, que se rige por ciertos criterios estrictos. Rochefoucauld no era cristiano. La cristiandad afirma que es posible que un hombre actúe por motivos totalmente desinteresados. Si eliminase tal posibilidad, todo el entramado sobre el que se sustenta la moralidad cristiana se desmoronaría por completo.

—¿Consideró una acción desinteresada que Butler le robase sus ideas?

—La Inquisición ha empezado ya, por lo que veo —dijo Garbin secamente—. No, claro que no. Pero se le podía disculpar, porque Butler no era un erudito, no tenía carácter para serlo. Si un *poseur* no plagia, jamás producirá nada.

—¿No le parece un juicio demasiado severo?

—Tal vez. Que Dios me perdone si juzgo a alguien. Tendría que haber dicho que... Bueno, que las aspiraciones de Butler sobrepasaban sus capacidades. Una vela demasiado grande para su barco.

—Aun así, ¿consideraba sus robos moralmente censurables?

—Naturalmente —sonrió Garbin—, pero no creo que haya venido aquí para preguntarme por mi moralidad. No le guardaba rencor eterno, si es a eso a lo que refiere.

Con un aleteo que sonaba como una segadora escacharrada, el cuervo alzó el vuelo y se acomodó en el busto que había sobre la puerta. Fen y Geoffrey lo contemplaron, fascinados.

—Un ave literaria —murmuró Fen. Luego, con cierto esfuerzo, volvió al asunto que se traía entre manos—. Principalmente me gustaría conocer sus movimientos de ayer.

—¡Ah, sí! —Garbin juntó las yemas de los dedos—. A las seis, la hora en que murió el pobre Brooks, yo estaba aquí, solo. Lenore había salido a cenar y a jugar al *bridge*...

—¿Quién? —exclamó Geoffrey, sin poder contenerse.

—*Lenore*, mi mujer. Así que no tengo coartada para esa hora. Entre las diez y las diez y cuarto...

—¿Y entre las nueve y las diez? —le interrumpió Fen.

La pregunta sorprendió a Garbin tanto como a Geoffrey. El canónigo vaciló un poco, pero de forma evidente, antes de responder.

—Salí de la rectoría poco antes de las nueve, después de que Butler anunciase su intención de subir a la catedral. Me fui a pasear por los acantilados.

—¿Escuchó a Butler cuando quedó con Peace en reunirse en la catedral?

—Era casi imposible no haberlo oído. Creo que todos estábamos al corriente.

—¿Puedo preguntarle de qué hablaron en la reunión?

—No creo que eso guarde la menor relación con la muerte de Butler.

—Como guste. Pero ¿escuchó usted a Butler afirmar, por casualidad, que tenía datos precisos sobre la muerte de Brooks?

—Ahora que lo dice... no.

Fen asintió.

—Podría haber sido necesario —dijo medio para sí—, pero eso depende del momento exacto en que se marcharon los agentes que estaban de guardia... Tengo que averiguarlo.

El cuervo volvió a ahuecar las alas. La rama de un árbol arañó el cristal de la ventana. Fen sucumbió de pronto a la tentación que lo obsesionaba.

—*Sin duda será algo que golpea su postigo* —recitó.

Garbin miró por encima de su hombro.

—Es el árbol. Siempre me digo que tengo que talarlo, porque le quita luz a la habitación.

Estaba claro que no había captado la alusión a Poe. Geoffrey, rojo como la grana, ocultó discretamente la cara detrás de un pañuelo.

—¿Puedo preguntarle cuánto duró su paseo? —dijo Fen, retomando el asunto con patentes dificultades.

—Hasta las diez y media, aproximadamente. Cuando volví a casa me preparé una taza de chocolate y me senté a leer delante del fuego.

—*Y cada ascua agonizante forjaba su espectro en el suelo* —dijo Geoffrey.

—Exactamente —repuso Garbin, algo sorprendido—. Poco después de las once, Spitshuker vino a darme la noticia. Estuvimos un rato charlando.

Fen suspiró.

—Gracias. Está siendo usted más amable de lo que su recibimiento dejaba entrever. ¿No será que le inquieta todo este asunto y que desea que se esclarezca cuanto antes?

Una sombra evasiva cruzó el rostro de Garbin.

—Inquietarme... Deseo ayudar a la ley en la medida de lo posible, desde luego, pero no puedo ignorar el hecho de que alguno de nosotros..., alguien vinculado a la catedral, está implicado en un acto criminal.

—¿Qué le hace pensar así?

—Es una cuestión de llaves, ¿verdad?

—¡Ah, sí! Y, por lo que sé, todos tenían llave para acceder a los terrenos de la catedral.

—En efecto.

—Resulta algo extraño que todos dispongan de una llave para entrar en el recinto, pero no la tengan del edificio en sí.

—En absoluto. Imagine que me he citado con alguien en la catedral —Garbin guardó silencio—, como hizo Butler con Peace. Yo abriría la puerta del cercado y luego la cerraría de nuevo con llave para evitar la entrada de intrusos al recinto. Luego subiría a la catedral y dejaría abierta la puerta del edificio. Cualquiera que me siguiese hasta allí necesitaría la primera llave, pero no la de la catedral.

—Está claro. Entonces supongo que Peace tendría esa primera llave. Me pregunto a quién se la pediría.

—En eso me temo que no puedo ayudarle.

—Y también Josephine debería tenerla, probablemente.

—¿Josephine? —preguntó Garbin, receloso.

—Llevó un mensaje falso a la policía que montaba guardia ante las puertas. ¿A qué hora cierran los terrenos de la catedral?

—A las siete en punto. Se encarga el sacristán. Solo hay tres puertas: la del norte, la del sur y la que da al jardín de la rectoría.

—¿Es del todo imposible acceder si no es por una de esas puertas?

—Imposible no. De hecho, si alguien quisiera entrar, no le resultaría muy difícil. La llave solo es una medida preventiva..., moral.

—Claro, para prevenir que los jóvenes incontinentes se besuqueen en público en la ladera catedralicia.

Garbin se levantó con un gesto de impaciencia. Este brusco movimiento alteró al cuervo, que emitió un graznido ronco y dispéptico y empezó a volar nerviosamente por el estudio. Garbin batió las manos para apaciguarlo, en vano. Finalmente, el ave se posó en el alféizar de la ventana.

—Les pido disculpas en nombre de mi mascota.

—*Ancestral y torvo cuervo que vaga por las riberas nocturnas.*

Garbin lo observó, algo perplejo.

—Quizá expresado de un modo algo pintoresco, pero... sí. Y, ahora, si no desean nada más...

—Una última pregunta. ¿Le interesa la música?

—Apenas sé de música, y me interesa todavía menos —respondió Garbin con una sonrisa burlona—. Siempre me ha parecido que ocupa demasiado tiempo de nuestro servicio: hay veces en que el culto a Dios acaba degenerando en un concierto organizado. —Dedicó una leve inclinación a Geoffrey—. Por favor, no me considere descortés. ¿Algo más?

—¿Hay... —dijo Geoffrey— *bálsamo en Galaad?*

Fen se apartó apresuradamente y corrió a examinar una estantería.

—También veo que tiene aquí —vaciló, y siguió con voz débil y temblorosa— *varios singulares volúmenes de arcaico saber.*

Y entonces la entrevista se les fue de las manos. Geoffrey apenas podía contenerse y a Fen tampoco le resultaba nada fácil. La gravedad y la incomprensión del canónigo empeoraban aún más las cosas. Era imposible saber cómo estaba interpretando Garbin la situación: puede que imaginara que Geoffrey y Fen se estaban desquitando enigmáticamente por su franqueza inicial. En cualquier caso, el canónigo no hizo ningún comentario al respecto. Se despidieron con celeridad y, ya en la puerta, Fen se volvió para mirar al cuervo.

—*¡Retira tu pico de mi corazón y tu imagen de mi puerta!* —exclamó.

—*Parecen sus ojos los de un demonio que sueña* —añadió Geoffrey, antes de salir a toda prisa.

En el portal, Fen recobró la suficiente compostura para hacerle una última pregunta a Garbin.

—¿Conoce la poesía de Edgar Allan Poe?

—Me temo que no. Ni me interesan los versos.

—¿Tampoco su poema *El cuervo*?

—Ah, ¿tiene un poema sobre un cuervo? ¿Es bueno? No sé nada de esas cosas.

—Es buenísimo —dijo Fen con expresión grave—. Le resultara de lo más interesante. Buenos días.

TRES SOSPECHOSOS Y UNA BRUJA

*No me deajo cautivar,
como las tontas Leda y Europa,
ni por cisne ni por toro,
sino, igual que Dánae,
por el resplandeciente oro.*

JONSON

— **P**obre Brooks, es como si su muerte hubiera quedado totalmente fuera de la investigación —dijo Fen mientras se dirigían a casa de Butler—. Pero su caso ha arrojado incluso menos pistas que el del chantre.

—¿No le parece raro que Spitshuker limpiase la catedral sin consultarlo con la policía?

—Puede. O puede que no. Depende de ciertos tecnicismos médicos que desconozco.

Aunque arreciaba el calor, se había levantado una refrescante brisa. «Una pequeña villa episcopal es un sitio encantador, la más perfecta combinación práctica de Iglesia y laicismo que existe», pensó Geoffrey. Aquella estaba cómodamente arropada por la tradición y la realidad del culto, pero sin duda el entorno también daba cierta emoción a los pequeños vicios y deslices. Y solo entonces se le ocurrió preguntarle a Fen para qué había ido a Tolnbridge.

—Oh, vine para hacerle una visita al deán, a quien conozco de Oxford —respondió Fen con amargura—. Pero no está aquí, lo que me parece escandalosamente desconsiderado por su parte. Supongo que, dadas las circunstancias, no tardará en volver. Yo regresaré dentro de unos días, pues el curso empieza a principios del mes que viene. Además, todavía tengo que preparar una conferencia sobre William Dunbar. La verdad es que me siento perdido fuera de Oxford —suspiró.

—Pues no lo parece.

—Me pregunto cómo será el nuevo curso. Los estudiantes se vuelven más tontos cada día que pasa. Pero creo que se va a estrenar en Oxford la nueva obra de Robert Warner...

[4] Lo malo es que, entretanto, con estos asesinatos, no estoy adelantando nada con mis experimentos con los insectos. Entraré en esta tienda y compraré un manual de entomología.

Dicho y hecho.

—¡Insectos! —gritó Fen a un dependiente, dirigiendo gestos de impaciencia a los clientes y al personal. Por suerte, encontraron un ejemplar destrozado de *Costumbres de los insectos*, de Fabre.

Ya en la calle se cruzaron con Fielding, que vagaba en busca de su particular e ilusorio fantasma del heroísmo. Había analizado todos los aspectos del caso sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria, les dijo. Le explicaron todo lo que habían averiguado desde la noche anterior, pero tampoco aquello le sirvió de mucho. Expresó la imprecisa determinación de que reflexionaría al respecto y de que trataría de hacer algún progreso con el dueño del Whale and Coffin. No le gustó que lo hubieran excluido de las entrevistas de aquella mañana, pero Fen le explicó, con más contundencia que tacto, que ya le fastidiaba andar siempre acompañado de un inútil para encima añadir otro. Fielding partió en pos de su misión indefinida, que en la práctica acabó convirtiéndose en jugar a los dardos en un pub.

La casa de Butler resultó ser una construcción enorme de la que brotaban pequeñas extensiones, además de casetas y cobertizos que se desparramaban por un jardín amplio y descuidado. En la puerta, Fen y Geoffrey se cruzaron con el inspector, una triste figura que se iba arrastrando de entrevista en entrevista con patética desesperanza. Los miró receloso, preguntándose, evidentemente, si a ellos les irían mejor las cosas. Era como uno de esos juegos, pensó Geoffrey, en los que tienes que volver a esconder las pistas después de haberlas descubierto, y cuando alguien más aparece en escena, debes intentar despistarle con una cortina de humo.

—Vamos avanzando —dijo Fen, con premeditada malicia—. El problema está prácticamente resuelto. ¿Cómo le va a usted?

—No me creo ni una palabra. No consigo que nadie me diga nada de utilidad. ¿De qué sirve ir por ahí preguntando por el móvil y la coartada si ni siquiera sabemos cómo se cometió el crimen? Pero yo no tendría que estar aquí, hablándoles de esto.

—¿Ha aterrizado ya Scotland Yard? ¡Qué mal suena eso! Pero gramaticalmente es correcto.

—Llegarán después del almuerzo —respondió el inspector, abatido—. Y luego, gracias a Dios, podré librarme de toda responsabilidad en este maldito asunto.

—Inspector, inspector, ¿es esa la actitud adecuada? —preguntó Fen, burlón.

—No, no lo es. Pero si estuvieran tan confundidos como yo, no estarían ahí, criticando.

—¿Criticando? —Fen parecía ofendido—. ¿Quién está criticando? Yo solo intentaba averiguar si había novedades, nada más.

—Pues no hay novedades, salvo el asunto de que el señor Peace y el doctor Butler se viesen en la catedral. Pero ni siquiera debería estar hablando de esto con ustedes. Y esa cría, Josephine, tan testaruda como siempre, sigue diciendo que fue un policía quien le entregó el mensaje. Ha contado tres versiones contradictorias de cuándo y dónde se lo entregaron, pero en cuanto al hecho esencial de quién se lo entregó, no se baja del burro.

No me gusta un pelo su aspecto ni el brillo febril de sus ojos. La señora Butler tampoco ha sido de ayuda, es como si no existiera. Parece tan probable que sepa algo del asesinato como que ustedes hayan subido al Everest.

—Yo he subido al Everest.

—Eso es mentira. Nadie lo ha conseguido. Solo lo dice para impresionar, ¿verdad? Savernake tampoco ha resultado muy útil, a decir verdad.

—¿Está en casa de los Butler?

—Está pasando unos días allí, sí, antes de volver a su parroquia, pero no creo que podamos vincularlo al caso. Para empezar, estaba en Londres la noche que atacaron a Brooks. He hecho mis comprobaciones, en la medida de lo posible, y, al parecer, tanto él como Peace y la señora Garbin se encontraban en la capital en ese momento. También he indagado en el hospital, por si ayer, a eso de las seis, hubiesen visto a alguno de los principales sospechosos, pero todo ha sido inútil. Aunque he descubierto que es muy fácil acceder a él por la puerta trasera, sin que nadie te vea.

—¡Vaya! —Fen estaba pensativo—. Quería preguntarle una cosa: ¿sabe a qué hora exacta dejaron los agentes la catedral sin vigilancia?

—Pues resulta que sí. Los muy bobos al menos se acordaron de anotarlo. A las nueve menos cinco de la noche. [\[véase nota 4\]](#)

—¡Gracias a Dios!

—¿Por qué le ha dado ahora por involucrar al Hacedor en este asunto? —preguntó el inspector para hacerse el gracioso, sin conseguirlo.

—Porque si hubiese sido mucho antes, todas mis teorías se habrían ido al Hades.

—¿Tiene usted teorías? —Por el modo de hacer la pregunta, más que a teorías parecía que estuviese refiriéndose a una enfermedad.

—Muchas, mi buen y querido inspector. Toda una... ¿Cuál es el nombre colectivo para las teorías? Una bandada de aves, un rebaño de ovejas, un enjambre de abejas... Claro, *infinidad* de teorías. —Fen sonrió, entusiasmado—. Sí, eso me gusta. Un nombre expresivo: cambiante, insustancial y escurridizo como el infinito. —Hizo una pausa, abrumado por su exhibición—. Y, a cambio de su información, le daré un consejo.

—Consejos vendo y para mí no tengo.

—No me venga con tópicos. Cuando el terreno esté despejado, quiero que registre la habitación de Peace.

—¿La habitación de Peace? —El inspector estaba perplejo—. ¿Y qué diantres tengo que buscar allí?

—La llave de la rectoría para entrar en la catedral, quizá. Ah, y una aguja hipodérmica, y también un vial con una solución de atropina. Creo que con eso bastará. Lo encontrará todo allí.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —dijo el inspector, sinceramente impresionado—. Si me está tomando el pelo, Fen, le juro que lo meteré entre rejas.

El inspector hizo amago de volver a la casa.

—¡Ahora no! Primero déjenos ir a dar un poco la lata.

—Pero ¿no hay tiempo que perder! ¿Y si Peace lo esconde todo en otro sitio?

—Lo entretendremos y procuraremos que no toque nada.

—No, tengo que volver ahora mismo.

—Francamente, inspector, si llego a saber que se pondría usted tan pesado, no se lo habría contado aún. Además, no tiene ninguna orden de registro.

—No, pero me arriesgaré —repuso el inspector, guiñando un ojo.

—Le advierto que, si da un paso más hacia esa casa, avisaré a sus ocupantes de que se dispone a llevar a cabo un allanamiento ilegal y, entre todos, conseguiremos echarlo.

—¿Será malvado...!

—¿Qué injusto! —se lamentó Fen—. Le doy a la policía un consejo de lo más sensato, casi una pista, y así es como me lo agradece...

El inspector sonrió fugazmente.

—De acuerdo, de acuerdo, como quiera. Además, supongo que será una tontería. Puede esperar. —Dio media vuelta para irse—. Pero si se trata de una broma...

—No amenace a los testigos —dijo Fen—. Y una cosa más, muy importante: ¿han encontrado en la autopsia restos de veneno o balas o heridas de arma blanca?

—Nada de nada.

—Espléndido. Eso encaja a la perfección con mi teoría.

—Es una lástima que no le quede nada más por descubrir —dijo el inspector, con ironía—. Avíseme cuando quiera proceder con el arresto.

—¿Ah, ahí está el problema! Medios, móvil, ocasión..., ¡lo sé todo! El único inconveniente es que, por ahora, no tengo ni la menor idea de quién es el culpable.

Encontraron a Peace en el jardín, echado en una tumbona cuan gordo era. Sus ronquidos se elevaban hacia las veteadas hojas de castaño que permanecían suspendidas sobre su cabeza. Apenas se había hecho notar desde su charla en el tren, pensó Geoffrey. En la cena de la noche anterior se había mostrado curiosamente reservado, sin hacer ni decir nada que llamase la atención. Y, sin embargo, era el único que podría haber estado en la catedral cuando Butler fue asesinado, y probablemente en su «charla de negocios» se podía encontrar el móvil adecuado. Geoffrey frunció el ceño. Pero no era un móvil lo que buscaban, a menos —lo cual era muy posible— que ese radiotransmisor fantasma no tuviese nada que ver con el asesinato en la catedral. *Asesinato en la catedral*. Ahora que había muerto, ¿canonizarían a Butler, como a san Thomas y a san Ephraim? O *Asesinato ex cathedra*. Peace habría tenido tiempo de ir de la estación al hospital y matar a Brooks. Aunque Savernake y la señora Garbin tampoco tenían coartada. Pero, al parecer, el asesinato de Brooks se había planeado teniendo en cuenta la hora a la que le administraban su medicina, algo que no podía saber ninguna de aquellas personas, ya que al organista lo habían descubierto y trasladado al hospital la mañana anterior. Podía utilizar aquello como un posible método de eliminación. También era cierto que, al haber más de una persona involucrada en el asunto, una llamada anticipada a Londres

habría facilitado la información pertinente al interesado, aunque se trataba de un método demasiado complicado e innecesario para que fuese plausible.

Peace exudaba un aire próspero y profesional hasta cuando se estaba echando la siesta. Dormía a pierna suelta con una expresión serena e infantil. No roncaba atronadoramente, sino con un gemido leve y casi agradable, como el rumor del viento en una chimenea. Su traje bien cortado, ahora arrugado y aplastado, se le ceñía totalmente al cuerpo, y sus regordetas manos reposaban sobre su barriga. A su lado, sobre la hierba, estaba el *Tratado de sociología general*, junto a un vaso de tubo y dos botellas de cerveza, una de ellas vacía. Esta feliz e idílica escena no transmitía la menor sensación de tragedia; ni de una ya concluida ni tampoco de ninguna en ciernes. En realidad, daba hasta pena despertarlo.

No obstante, la consideración y la sensibilidad hacia las situaciones cotidianas no eran el fuerte de Fen. Avanzó haciendo un ruido formidable. Peace se despertó con un sobresalto y luego, al advertir el origen del alboroto, se puso en pie y comenzó a alisarse, inútilmente, el traje, parpadeando con cara de sueño y sin ningún entusiasmo.

—¡Despierta, lira eolia, despierta, y extasianos con tus trémulas cuerdas! —dijo Fen.

—¿Lirón? ¿Extasiarles? Eso me parece algo impropio —repuso Peace, aún confuso.

Fen se sentó sobre la hierba.

—Como también lo es sentarse en el suelo... ¿No hay sillas? A los bucólicos Coridón y Filida quizá les gustasen estas cosas, pero a mí, no. —Hurgó en una raíz de diente de león—. ¡Hormigas!

—Sabrá que los mitos arcadios —soltó el pedagogo que Peace llevaba dentro— tienen un origen claramente sexual. Siempre tratan el tema de la persecución. Pan es la encarnación del deseo masculino y Siringa el fugitivo objeto de su deseo. Casi podría decirse que el mito engloba toda la contradicción y la antítesis de las características masculinas y femeninas. O no..., puede que no sea así —concluyó, pensativo.

—¿Nunca se cansa de buscar paralelismos psicológicos?

—Sí. Muchísimo. Pero si me lo tomo como un juego divertido y absurdo, me ayuda a sortear las tardes aburridas. El material que me proporciona la leyenda de Fausto, por ejemplo, es interminable: una recopilación de las fantasías oníricas de toda una división étnica de la humanidad. Y los principios del juego son tan simples que, como solía decirse de las máquinas que tanto trabajo prometen ahorrarnos, hasta un niño podría participar. El agua siempre es el inconsciente, no tengo ni la menor idea de por qué. Si soñamos que caemos al mar y nadamos bajo la superficie, eso significa que el inconsciente ha triunfado o... —vaciló— que somos dispépticos. Lo redondo o hueco es el útero, el principio femenino. —Cogió la botella vacía de cerveza y dio unos golpecitos en la base—. Esto, por ejemplo, simboliza el mandala. Todo lo demás es un principio masculino, probablemente. También nos topamos con ancianos primigenios de largas barbas.

—Me parece que nos encontramos ante una crisis de fe radical —diagnosticó Fen

con gravedad.

—Fe, precisamente eso. No se trata de dudas intelectuales, sino de una crisis de fe. El hechicero ya no confía en sus pinturas ni en sus tocados ni en sus amuletos.

Peace guardó silencio. Geoffrey intentó entonces dirigir la conversación a temas más relevantes.

—¿La charla de ayer con Spitshuker le sirvió de algo? —preguntó con cautela.

Peace le dirigió una mirada penetrante. La maniobra había sido algo descarada.

—Ofreció sustituir su fe por la mía. Dijo que era mucho más y mucho menos racional a la vez y que, por tanto, sería más satisfactoria por partida doble.

—¿Y usted qué cree?

—Supongo que tiene razón. Confieso que la Iglesia me atrae de un modo que nunca había sentido antes. La transición no debería resultarme difícil. Lo importante no es aquello en lo que creemos, sino la necesidad emocional que intentamos satisfacer con ello. Es evidente que soy una de esas personas que necesita creer en algo... En qué, es lo de menos. El patriotismo también me serviría.

Aquel hombre era más fuerte en el plano intelectual de lo que parecía a simple vista. De momento solo les estaba dejando ver la superficie de su capacidad mental. Pero ¿dónde se ubicaba su epicentro emocional? ¿En una mujer? Era posible. ¿En una pasión científica? Lo que decía no daba esa impresión. ¿En el dinero? ¿En alguna modalidad creativa? La vida de un hombre puede girar en torno a su pasión por la cestería... Pero ¿y si no existía ese epicentro? ¿Y si la concha estaba tan vacía como parecía cuando la agitabas? Peace era un enigma desconcertante. Le faltaba introspección, le faltaba personalidad... Tal vez fuese el resultado de tanto esfuerzo infructuoso por tratar de comprender el inconsciente y las personalidades ajenas.

Fen, que estaba jugueteando con una de las botellas de cerveza, dijo con delicadeza:

—Las «mentes» de los demás, como tales, son siempre menos interesantes, por ser más uniformes, que la fachada que muestran al mundo. El doctor Butler, por ejemplo. —Hizo una pausa deliberada para asentar el cambio de tema—. ¡Qué poco sabíamos en realidad de él!

Peace se resignó.

—Era un hombre curioso, la verdad. Apenas lo conocía, porque no nos veíamos mucho. Él desaprobaba mi profesión de un modo arbitrario y bastante desconsiderado por su parte... Y, en realidad, tal vez ese fuera precisamente uno de los motivos de que yo persistiera en su ejercicio. En cuanto al resto, créanme (o no, eso es lo de menos) si les digo que Butler era un absoluto egoísta. Su vocación le exigía dar muestras de un talante caritativo que nunca sobrepasó el mínimo de *bienséance*. Esa fue la razón de mi visita.

—¿Ah, sí? —dijo Fen con deliberada apatía.

Peace se acercó y les habló de forma lenta y decidida.

—Mi padre murió rico. Dejó dos hijos, y como a mí no me falta el dinero, e Irene, mi hermana, no tenía nada a su nombre, le legó su fortuna a ella, con la única condición de que, en caso de que nuestras suertes cambiasen, la mitad de la herencia volviera a mí,

para que la recibieran mis hijos. Nosotros no podíamos tocar el capital.

Hizo una pausa y se toqueteó la corbata.

—Cuando Butler se casó con Irene, le quitó de la cabeza esa idea. La convenció de que toda la herencia debía ir a parar a sus propios hijos, y la pobre Irene, que nunca ha tenido mucha personalidad, se vio obligada a aceptar. Ese hombre era un completo tirano y no creo que le resultara muy difícil lograr que ella accediera.

Geoffrey advirtió que ahora Peace hablaba de corazón.

—Como es lógico, yo deseo lo mejor para mis hijos, y tengo que confesar que últimamente las cosas no me han ido del todo bien. La gente gasta menos y la guerra también ha hecho que se miren menos el ombligo; cosa que, por otro lado, me parece estupenda. Sin embargo, últimamente Butler estaba presionando a Irene para que le transfiriera el dinero a él alegando «motivos de seguridad». —Peace hizo una mueca de desprecio—. Yo sabía que, en tal caso, ya no quedaría esperanza para mi familia. Como escribirle no serviría de nada, vine aquí con la intención de hablar con él cara a cara. Por eso fui a verlo anoche a la catedral. Habíamos cruzado unas pocas palabras antes, a mi llegada, y Butler se había mostrado bastante frío. Me dijo que me comunicaría su decisión después. ¡Su decisión! —Peace, agitado, se levantó y echó a andar de un lado a otro—. Pues bien, nunca llegó a compartirla conmigo. Pero ustedes comprenderán la injusticia, la vil impertinencia y la absoluta falta de decencia de ese hombre. No era que yo lo quisiera todo, ni tampoco que la condición que pesaba sobre la herencia fuese una invención mía, porque tengo cartas que prueban que mi padre así lo dispuso. Y él, sin embargo, ¡él!, que llevaba casi veinte años viviendo cómodamente de ese dinero, se disponía a «comunicarme su decisión», ¡como si yo fuera un mendigo, un pariente pobre que hubiese llegado a su puerta pidiendo limosna!

«He aquí un hombre con un motivo de venganza», pensó Geoffrey. Cada una de sus palabras transmitía sinceridad: una sincera sensación de justicia ultrajada, un sincero afecto por su familia y, huelga decirlo, un móvil sincero y plausible para asesinar a alguien.

—¿Sabían aquí cuál era la razón de su visita? —preguntó entonces Fen.

—Él había divulgado su propia versión, de eso no les quepa duda: yo soy el pariente gorrón que viene a mendigar.

—¿Y conseguir el dinero era muy importante para usted? —dijo Fen, pensativo.

De pronto, Peace sonrió.

—Mucho. No tengo tanto éxito como aparenté ante usted, señor Vintner. No me ha ido del todo mal, pero siempre he sido un verso suelto. Casi todos los hombres encajan en su profesión, pero no es mi caso. No sé a qué podría haberme dedicado si no... A veces pienso que habría sido un buen actor...

Fen se estremeció.

—¡Qué espanto!

—Ya saben, de haber encontrado mi lugar en el mundo, no creo que este asunto me hubiese molestado de veras, por muy pobre que fuese...

Fen hizo vagos gestos para mostrar su conformidad.

—El descontento vital siempre nos lleva a engendrar exigencias, aunque estas no se dirijan a compensar esa insatisfacción en concreto —declaró, muy orgulloso de su frase.

—Comprenderán por qué les cuento todo esto. —Tras haber recobrado parte de su afabilidad habitual, Peace volvió a sentarse—. Por lo que sé, yo soy quien tiene más motivos para haber asesinado a Butler y, evidentemente, de nada me sirve ocultarlo. Asimismo, era la única persona que podría haber estado en la catedral cuando lo mataron. Salta a la vista que las cosas no pintan demasiado bien para mí. —Vaciló—. Personalmente, señor Fen, le conozco solo como crítico literario, pero me han contado que tiene usted experiencia en estas lides: este es el motivo de que le haya revelado toda esta información. No intento probar mi inocencia a toda costa, pero tengo la esperanza de que pueda usted ayudarme a encontrar al verdadero culpable.

Aquel hombre no tenía un pelo de tonto. Reconocía claramente su situación. Por otra parte, sin embargo, aquella sinceridad y aquella disposición a colaborar quizá fueran solo una farsa excelente. En realidad, podía tratarse de una maniobra para llamar la atención hacia un móvil y desviarla de otro.

Fen carraspeó prolongada y ruidosamente.

—¿Le ha contado todo esto a la policía?

—Por supuesto.

—Desde luego, desde luego... Siempre hay que ir con la verdad por delante, en cualquier circunstancia. Supongo que es usted consciente de que lo arrestarán.

Peace se incorporó.

—¡Santo cielo! ¿Tan mal están las cosas?

—Seguro que lo arrestarán, tarde o temprano —dijo Fen con malicioso placer—. Hábleme de sus movimientos.

—¿Movimientos? Ah, comprendo... En las horas relevantes. El tren llegó más o menos puntual y vine directamente aquí. No había nadie para recibirme, pero Irene y Butler aparecieron al cabo de unos diez minutos, digamos que a las seis y cuarto. Como ven, no tengo coartada para el asesinato de Brooks. En teoría, Butler y yo íbamos a cenar en la rectoría, pero él se echó atrás en el último momento. No soportaba mi presencia, supongo. Después de la cena, mientras celebraban su reunión, me senté en la terraza, pero, como me aburría, regresé con ellos poco antes de las nueve. Fue entonces cuando Butler me pidió que nos viésemos más tarde en la catedral, en privado, a eso de las nueve y veinte. Me puse a hablar con Spitshuker y, aunque me di cuenta de que se me estaba haciendo tarde, pensé que esperar no le haría ningún daño. Además, Frances estaba preocupada por su padre, me dijo que quería ir a buscarles a ustedes al Whale and Coffin y que le esperase, porque quería acompañarme a la catedral para asegurarse de que su padre se encontraba bien. La pobre muchacha parecía asustada de verdad. Pero como tardaba muchísimo en regresar, poco antes de las diez, algo más de cinco minutos después de que llegaran ustedes, decidí subir solo, y estaba deambulando por allí, buscando una puerta abierta, cuando oí ese estruendo. Ya saben el resto.

—Conveniente —murmuró Fen—. Extraordinariamente conveniente. El problema es que resulta imposible comprobar esos minutos de más, aquí y allá, que tanto cuentan. Aunque tampoco importa demasiado, al fin y al cabo.

—Me importa a mí —protestó Peace.

—¿Y cuál es la situación actual de ese dinero?

—Supongo que ahora, con Butler muerto, no me costará acceder a él. Lo que no hace sino empeorar las cosas. ¿Cree que si renunciase a mis derechos...?

—¿Renunciar a una fortuna! —gritó Fen, indignado—. ¡Claro que no, no sea tonto! A mí, pese a mis desesperados esfuerzos con las viejas ricas, nadie me ha legado nunca nada. Es extraordinario que aquellos que realmente se merecen el dinero... —De pronto perdió el interés en lo que estaba diciendo y se levantó—. En fin, qué más da... Tengo que ir a ver a Savernake y a la muchacha. ¿Están en casa?

—Por ahí andan. Pero no me ha aconsejado qué debo hacer.

—¡Hacer! —exclamó Fen—. ¡Si bastara con hacer lo que tiene que hacerse, más valdría hacerlo cuanto antes!

—¿Y eso qué quiere decir?

—No quiere decir nada. Es una cita de nuestro gran dramaturgo inglés, Shakespeare. A veces me pregunto si, cuando Hemings y Condell lo publicaron, no meterían la pata en esta frase... Es un trabalenguas de lo más absurdo.

* * *

Frances y Savernake se encontraban en otra zona del laberíntico jardín, hablando rápida y acaloradamente. Geoffrey se preguntó si Dutton llevaría razón y ahora encontrarían el camino libre para casarse. El amor conlleva cierta ansia de posesión y, aunque Geoffrey no tenía derecho alguno sobre Frances, le molestaba profundamente ese aire de confianza que Savernake mostraba cuando estaba con ella. La belleza jamás debía tratarse, bajo ningún concepto, con aquella familiaridad. Como señaló el doctor Johnson: la belleza es una cualidad difícil de encontrar, y debe tratarse como tal. Geoffrey descubrió además que aborrecía a Savernake, y no solo por una cuestión de celos: le molestaba su afectación, su nerviosismo, su carácter esquivo. Savernake llevaba el ralo cabello color panocha meticulosamente peinado hacia atrás y, en cuanto los vio, empezó a retorcer sus largos y finos dedos, mientras sus ojos grises saltaban a toda velocidad de una persona a otra. Era la viva imagen de la astucia.

Inició la conversación con una desafortunada referencia al cazamariposas de Fen. Geoffrey respondió con un débil sarcasmo, ya que Fen estaba momentáneamente concentrado en la caza de una libélula. La tensión en el ambiente empeoró de forma ostensible, aunque seguía sin aparecer la menor muestra de tristeza por parte de ninguno de los presentes. En un alarde de sinceridad, Frances admitió que aunque había estado muy unida a su padre, su muerte la había afectado más por lo espantoso del suceso que por su trasfondo melancólico. Pero lo dijo con un deje de lo que solo podía definirse

como irritación, una reacción más neurótica que emocional. Todos estaban con los nervios a flor de piel.

—¡Pobre mamá! Aunque mi padre la tenía sometida, creo que es la más afectada por su muerte. ¿No es siempre así?

Llevaba un ligero vestido negro de cuello y puños blancos que modelaba las curvas de su esbelta figura. Hasta Fen, que al estar felizmente casado había dejado de mirar a las mujeres —más por notar que perdía el tiempo que por posibles escrúpulos morales—, estaba bastante impresionado. «Oh, América mía, mi continente recién descubierto», murmuró, y pese a la mirada indignada de Geoffrey, que conocía aquel poema de Donne, siguió contemplando a Frances con franca admiración. Fue Savernake quien interrumpió la inspección sin ningún miramiento, preguntando con ese acento insultante e irritante que, por desgracia para él, no siempre recordaba adoptar:

—A ver, ¿hay algo en concreto que podamos hacer por ustedes?

Aquello fue un error. Fen se volvió hacia él con una vehemencia turbadora.

—¡Pues sí, besugo! —le espetó, olvidando el respeto que se le debe mostrar al clero—. Por mí, se puede ir a bailar un rigodón al fondo del jardín. Muy bonito, tratar con semejante frialdad a alguien que, rebosando simpatía, aparece para tenderle la mano y ofrecerle su ayuda. —Tras conseguir parecer adecuadamente excesivo, exclamó como conclusión—: ¡Discúlpese!

—Mi estimado señor, no puedo más que suponer que está usted loco.

—¡Petimetre! —dijo Fen con enorme desprecio. Disfrutaba de lo lindo con la escena. Cuando no estaba ocupado en hablar, no podía parar de sonreír con entusiasmo—. ¡Majadero!

—Oiga...

—¡Ni hablar! —zanjó Fen—. ¡O responde a mis preguntas o no!

—Pues no.

—Vaya. —Fen se quedó desconcertado—. Bueno, en tal caso...

—¡Vamos, los dos! ¡Basta de peleas! —exclamó Frances con impaciencia—. Por supuesto que responderemos a todas sus preguntas, señor Fen. ¿A que sí, July?

Frances no despegó sus ojos del joven hasta que él asintió.

—Lo siento.

—Y yo... también —dijo Fen sin demasiada convicción.

—Caminemos un poco —propuso Frances—. No soporto estar parada.

Cruzaron un prado en el que se estaba construyendo un minigolf y se dirigieron hacia la zona de los árboles frutales.

La conversación que siguió, no obstante, no fue de mucha utilidad. Respecto al monótono problema de las coartadas, se demostró que Savernake tenía una para las seis de la tarde, que, salvo en caso de que se hubiera confabulado con los demás implicados, era absolutamente irrefutable: había acompañado a la señora Garbin a la casa donde iba a jugar al *bridge* y se había quedado con ella un rato. Luego fue directamente a cenar a la rectoría, aunque se había detenido un momento en casa del chantre para dejar el

equipaje. Después de cenar había salido a dar un paseo, aunque no había dejado claro adónde ni con qué propósito. Sin embargo, se había cruzado con alguna ilustre personalidad local, con quien había hablado desde las 21.45 hasta las 22.20. Volvió a la casa justo cuando daban la noticia de la muerte de Butler.

En cuanto a Frances, estuvo haciendo unas compras en el pueblo hasta poco después de las seis y luego regresó a la rectoría, donde se encontró con el final de la bronca de Josephine y conoció a Geoffrey y a Fielding, que acababan de llegar en el tren. Se había ido a tomar algo con ellos, como bien sabían, antes de volver a la casa para preparar la cena y luego subir a su habitación a leer. Cuando acabó la reunión, bajó a la cocina para solucionar un asunto doméstico. Luego, preocupada por su padre, salió a buscar a Fen, a Geoffrey, a Fielding y al inspector, con quienes había regresado. Cuando ellos se fueron a la catedral, se quedó esperando en la cocina hasta que Geoffrey volvió para comunicarle la muerte de su padre.

—Aclaremos los movimientos de la familia —dijo Fen—. ¿Qué hizo su madre entre las cinco y las siete?

—Salió a tomar el té con una amiga. Volvió a las seis y cuarto, se encontró con papá en la puerta y luego se percataron de que el señor Peace ya había llegado. Para entonces, papá había descubierto lo de Josephine y su manuscrito, la había perseguido por la rectoría y le había dado unos azotes antes de volver a casa.

—¿Significa eso que su padre estaba en la rectoría cuando nosotros llegamos? —preguntó Geoffrey.

—Sí. Supongo que se marcharía poco después de que nos fuésemos al Whale and Coffin.

—¡Ah! —dijo Fen, misteriosamente—. ¿Josephine está por aquí? Me gustaría verla, si es posible.

—Andará por la casa, sí.

—Bien. —Fen cogió una manzana de uno de los árboles, le dio un mordisco y dijo crípticamente—: Todo en orden, de momento. Su versión confirma la de Peace.

Geoffrey advirtió que Frances y Savernake cruzaban una fugaz mirada. Fen también se dio cuenta.

—No se lo callen —dijo amenazadoramente, con la boca llena de pedazos de manzana—. Les he visto.

Frances dijo:

—¿No cree usted, señor Fen, que Peace habría debido de tener la decencia de irse después de lo ocurrido? Sobre todo porque él y mi padre se llevaban tan mal...

—Comprendo —repuso Fen, cauteloso—. Un asunto de negocios, ¿verdad?

—¡Negocios! —Los ojos de Frances brillaron de indignación—. Quería gorronear a mi padre.

—Sea más realista, querida. Eso era de esperar —dijo Savernake con una sonrisita sarcástica—. El dinero atrae a ese tipo de hombres como abejas a la miel.

Fen dio otro mordisco a su manzana.

—Creo que hay más de una versión al respecto..., pero no hablemos de eso ahora — dijo con suavidad. Su impaciencia por cambiar de tema era evidente—. Lo que importa de verdad es que, con la excepción de Dallow, ahora sabemos dónde estaban todos, o dónde dicen que estaban, a las seis de la tarde de ayer, a saber:

»Spitshuker estaba solo en su habitación, trabajando. No se ha comprobado y además es imposible que lo hagamos.

»Garbin estaba solo en su habitación. Idem.

»Dutton había salido a dar un paseo. Ídem.

»Peace estaba merodeando por aquí. Ídem.

»Usted, Savernake, y la señora Garbin estaban juntos.

»El doctor Butler estaba pegando a Josephine en la rectoría.

»Usted, Frances, volvía de la compra.

»Su madre estaba tomando el té en casa de una amiga.

»Geoffrey y Fielding se dirigían a la rectoría desde la estación.

»¿Y yo? ¿Qué estaba haciendo yo? —Fen se concentró—. ¡Sí, ya lo tengo! Iba de camino al pub. Sabía que había algo familiar en lo de las seis de la tarde. Si todo el mundo tuviera el sentido común de irse al pub en cuanto abren, esto no habría sucedido. Una interesante ausencia de coartadas, ¿verdad? —Fen acabó de comerse la manzana y arrojó el corazón a un pájaro—. Bueno, basta de cháchara, aún tengo que ver a la señorita Josephine. Está en casa, ¿no es así?

—Sí. July, haga el favor de acompañar al señor Fen y ayúdele a encontrar a Josephine.

Savernake accedió a regañadientes y los dos se marcharon juntos. Geoffrey y Frances entraron en el huerto. Geoffrey supo que había llegado su momento.

Soltería estaba haciendo un recorrido por las defensas, pero sin confiar demasiado en su eficacia. Aquello parecía más un último paseo sentimental por la mansión familiar que iba a abandonar para siempre. Geoffrey meditaba sobre la mejor forma de plantear el tema con sutilidad mientras contemplaba con exagerado interés una hilera de rábanos. Fue su incapacidad para que se le ocurriese alguna, más que una sensación de seguridad, lo que le llevó a preguntar:

—¿Ha sido ya usted solicitada en matrimonio?

Frances negó con la cabeza. La pregunta había resultado de lo más natural.

—Entonces..., ¿querría usted casarse conmigo?

Ella se detuvo en seco, sorprendida.

—Pero señor Vintner... Geoffrey... Si apenas nos conocemos.

—Lo sé —reconoció él, con tristeza—. Pero es que no lo puedo evitar. Estoy completamente enamorado de usted.

Aquella admisión había sonado tan lamentable que ella no pudo contener la risa. Geoffrey clavó más aún la vista en los rábanos. ¡Toscas raíces! ¿Qué sabían ellas de las agonías de un soltero de mediana edad que pedía a su amada en matrimonio? Dijo «lo siento» no tanto porque quisiese disculparse, como porque no se le ocurría nada más que

decir.

Frances dejó de reír rápidamente.

—Eso no ha sido muy educado por mi parte. No pretendía ofenderle —dijo con una mirada dulce—. Bueno, ¿considera que este era el momento oportuno para pedírmelo?

—Por supuesto que no. ¡Vaya falta de tacto! No tendría que haberle dicho nada.

—Es tan imprevisto... Eso es lo gracioso. Yo... Me ha cogido totalmente desprevenida.

—¿Se lo pensará?

—Sí —respondió Frances con seriedad—. Sí, me lo pensaré. Y... —vaciló un poco — creo que es usted encantador.

—No, no soy encantador, para nada. Y es mejor que vaya conociendo la clase de ganga que se llevaría. —Soltería había planeado un ingenioso contraataque—. Soy quisquilloso, remilgado y egoísta, de costumbres fijas, muy desagradable a la hora del desayuno, y...

—¡No! —Rio ella, casi sin aliento—. A fin de cuentas, yo tampoco es que sea un premio de la lotería. Tenemos que hablar con calma..., y pronto.

—¿Y Savernake?

—Bueno, ya se sabe. A veces nos dejamos llevar por algo que, en el fondo, no queremos. Pero no se preocupe, eso es..., sería... solo asunto mío. Escuche, ahora tengo que ir a ver a mi madre, pero mañana, antes de desayunar, podemos ir a dar un paseo y a bañarnos en el mar. ¿Qué le parece?

—Estupendo.

—Pasaré la noche en la rectoría. En cuanto me despierte, llamaré a su puerta. Como saldremos muy temprano, no habrá mucha gente en los alrededores, y luego... —sonrió—. Bueno, ya veremos.

Se miraron unos instantes en silencio. Cabello oscurísimo, profundos ojos azules, labios rojos y el cuerpo de una diosa. Pero ¡banal! Nuestros amores, tan distintos e incomunicables... Ningún poeta ha conseguido esbozar siquiera los verdaderos sentimientos. Y, sin embargo, es algo tan placentero y sencillo... Además, no nubla la vista, pues si no ¿cómo podría ver las hojas de los rábanos que, mecidas por una súbita brisa, le daban su diminuto consentimiento? Esa misma simplicidad era parte de su éxtasis. *¡Oh, América mía, mi continente recién descubierto!*

Un segundo después ella ya no estaba, la gloria había partido. Hasta los rábanos volvieron a su estado vegetativo, convertidos de nuevo en aburridas raíces. Raíces comestibles, no obstante... Geoffrey arrancó uno, lo limpió y se lo zampó.

Fen y Josephine estaban sentados uno frente a otro en la inmensa y sombría biblioteca; él serio y hablando más bien poco, ella huraña y hablando menos aún. El cabello despeinado le caía a la muchacha sobre unos ojos de pupilas dilatadas y brillo antinatural. Debajo del vestido negro se intuía un cuerpo flaco que se estremecía de vez en cuando y

se agazapaba en la butaca como si le alegrase notar en la espalda la presión del respaldo.

—¿Por qué quemó el manuscrito? —preguntó Fen en voz baja.

—No sé por qué tendría que decírselo a usted.

—Tampoco yo, la verdad. Pero, si me lo cuenta, tal vez pueda ayudarla.

Josephine reflexionó. Si aquello era cierto, parecía razonable, pero bien podía no serlo.

—¿Y cómo pretende ayudarme?

—Podría conseguirle las cosas que le gustan.

—No sé... No sé si es una de las cosas que me está permitido contar. Yo estaba mareada, todo me daba vueltas, después..., después de... Notaba la cabeza rara, no sabía lo que hacía. Luego él me pegó. Habría preferido morirme antes que dejar que me pusiera la mano encima.

Se enjugó la nariz con el dorso de la mano.

—Y ¿quién le dio el mensaje?

La respuesta fue automática:

—Un policía.

—Eso no es cierto.

—Un policía. —Le dirigió una sonrisa bobalicona—. Fue un policía.

—¿Quién se lo dio?

—No puedo decirlo, o no me darán lo que quiero.

—¿Qué es?

—No puedo decirlo.

Fen suspiró y volvió a intentarlo con infinita amabilidad y paciencia.

—¿Por qué le molestó tanto que su padre le pegara?

—No era justo. Yo me encontraba mal, no sabía lo que hacía.

Josephine ocultó la cara entre las manos.

—Pobrecita —dijo Fen. Se inclinó para tocarle el hombro, pero ella se revolvió.

—¡No me toque!

—De acuerdo. Si no se encuentra bien, llamaremos a un médico.

—Me dijeron que no tenía que dejar que mamá llamase al médico. Tenía que fingir que me encontraba bien.

—¿Quién se lo dijo?

—Fue... —De pronto, sus ojos brillaron con picardía infantil. Por un momento, las pupilas dilatadas parecieron enormes—. Quiere pillarme, ¿eh? No se lo diré.

—Muy bien —dijo Fen indiferente—. Pero todavía no me ha contado por qué le disgustó tanto que le pegara su padre.

—Fue una... —le costó encontrar la palabra— profanación. Solo hay un hombre a quien le está permitido hacer esas cosas.

Un estremecimiento le recorrió, una vez más, el cuerpo.

—¿Y quién es ese hombre?

—El Caballero Negro.

Fen se incorporó. Empezaba a comprender.

—Apolión.

—Lo sabe.

—Sí, lo sé. *Maledico Trinitatem sanctissimam nobilissimamque, Patrem, Filium, et Spiritum Sanctum. Amen. Trinitatem, Solher, Messias, Emmanuel, Sabahot, Adonay, Athanatos, Jesum, Pentaqua, Agragon...*

—*Ischiros, Eleyson, Otheos* —siguió ella, en voz más alta y aguda que la de Fen—. *Tetragrammaton, Ely Saday, Aquila, Magnum Hominem. Visonem, Florem, Originem, Salvatore maledico... Pater noster, qui es in coelis, maledicatur nomen tuum, destruat regnum tuum...*

Y así continuó la monótona retahila de blasfemias, hasta que por fin, en una pausa, Fen dijo:

—¿Ve? Soy uno de los suyos. Puede confiar en mí. —Se sacó una pitillera del bolsillo. Josephine la miró con avidez y Fen captó su expresión—. ¿Quiere uno?

—Sí, deme uno. ¡Deprisa!

Josephine le arrebató el cigarrillo y se lo llevó a la boca. Él se lo encendió y observó en silencio mientras ella fumaba, inhalando profundamente. Sin embargo, un momento después, Josephine tiró el cigarrillo con un grito de rabia, casi de desesperación.

—¡No es de los buenos!

Fen se levantó.

—No, no lo es —dijo con voz severa—. El Caballero Negro le da de los buenos, ¿verdad? —Ella asintió—. Solo he venido a probar su fe. *In nomine diaboli et servorum suorum.*

—Mi fe es fuerte. —La niña habló con seguridad, aunque con un deje de histeria—. Mi padre murió en la mala fe.

Ya en la puerta, Fen se volvió.

—Soy uno de los suyos. Dígame quién es su director.

Por un momento todo pendió del más fino de los hilos. Josephine vaciló y volvió a estremecerse. Luego miró a Fen y sonrió.

—No puedo decirlo.

Fen se encontró con Geoffrey en la puerta.

—¿Ha visto a Josephine?

Fen asintió. Estaba furioso.

—La han estado drogando sistemáticamente, supongo que con marihuana, una variante del hachís. En cualquier caso, con algo administrado en forma de cigarrillo. Hay que trasladarla enseguida al hospital y ponerla en tratamiento. Voy a llamar al inspector ahora mismo. —Se detuvo—. Y lo que voy a decir no tiene nada que ver con los asesinatos, salvo que la misma persona es la responsable. Se trata de maldad gratuita, de corromper por el placer de corromper. Y no es solo su cuerpo, sino también su mente. Hay algo más.

—¿Qué?

—Josephine es una bruja.

Geoffrey lo miró, sorprendido.

—¡Una bruja!

—Al parecer, las tradiciones perduran en Tolnbridge. Sí, según la definición habitual, Josephine es una bruja. Quemó el libro de teología cristiana que escribía su padre. Quería mantenerse pura, lejos de las manos paternas, reservarse para alguna bestialidad que espero que nunca lleguemos a conocer. Me ha dicho que su padre murió en la mala fe. Josephine ha visto al diablo, y eso no es todo... ¡Ha participado en una misa negra!

IO

MEDITACIONES NOCTURNAS

*El odio y la venganza, mi eterna sombra,
apenas pueden sufrir ya más demora.*

COWPER

Para Geoffrey, la tarde consistió primero en ensayar con el coro y después en tocar en el servicio vespertino. El coro era muy disciplinado y el órgano excelente, como cabía esperar, por lo que no se topó con ninguna dificultad en especial. Las lecturas y las colectas le proporcionaron ciertos momentos de descanso que ocupó en darle vueltas a lo que Fen le había contado de Josephine. Hasta narrado de forma indirecta, aquel asunto resultaba espantoso. Y, para colmo, Fen aseguraba que solo habían actuado así por pura maldad, y que aquello no guardaba relación alguna con los asesinatos —aunque Geoffrey no sabía cómo podía estar tan seguro de ello—. Aún les quedaba interrogar a Dallow, el pequeño canciller episcopal, afectado y algo afeminado, que era todo un experto en brujería. Frances ya le había comentado que aquel hombrecillo mostraba un interés por el tema que sobrepasaba lo puramente académico. Sí, había algo interesante, e importante, en todo aquel asunto.

Acabaron de cenar antes de partir hacia casa de Dallow. Fen se había pasado la tarde vagando por el campo en busca de insectos y estaba animadísimo. Caminaba a su agotador paso habitual y hablaba sin cesar. Se habían llevado a Josephine de Tolnbridge para que recibiese tratamiento sin exponerla a ningún peligro.

—Se recuperará, aunque las primeras semanas no le resultarán muy agradables. Me interesa descubrir quién, de entre todos ellos, es capaz de verle la gracia al hecho de drogar sistemáticamente a una niña de quince años.

Sir John Dallow vivía en una de las lujosas mansiones nuevas que daban al estuario. En cuanto el criado les abrió la puerta, el interior de la casa les hizo partícipes del deprimente carácter maniático del canciller. También había algo más: la decoración del estudio al que les condujeron daba cuenta de unos gustos tan morbosos y tristes que parecían casi inimaginables fuera de un manicomio. En una pared colgaba el repelente esbozo de un vampiro, de Fuseli. Un poco más lejos, alcanzaron a distinguir un elaborado dibujo de Beardsley del quinto círculo del infierno dantesco y, dominando toda la estancia, encima de la chimenea, estaba la pintura detallista y retorcida de una

escena de tortura, obra de un maestro del renacimiento alemán. Por último, una mala reproducción de la *Melancolía*, de Durero, conseguía, no obstante, dar a aquella pequeña cámara de los horrores un aire respetable y hasta convencional. Como la biblioteca estaba repleta de libros y sir John seguía sin aparecer, Fen y Geoffrey inspeccionaron sus estantes a fondo, embargados por una creciente sensación de depresión. Había allí, en efecto, una incomparable colección de libros de brujería: la *Daemonolatreia*, de Nicholas Rémy, en su edición original de 1595; una impresión privada moderna del *Malleus Maleficarum*; *Las maravillas del mundo invisible*, de Cotton Mather; el *Sadducismus Triumphatus* y, cómo no, los típicos manuales sobre el tema. Encontraron también varias obras que delataban un interés por estudiar el lado oscuro de la Naturaleza: *Monsieur du Paur*, el escabroso tratado de sadismo de Toulet; *Justine*, de Sade, y muchos otros volúmenes recónditos de semipornografía pervertida. Fen los observó con aire pensativo.

—Al menos no los esconde en la alacena. Y siempre he creído que las personas que disfrutan con esta clase de obras nunca hacen mucho daño en la vida real. El hecho de que acudan a los libros ya sugiere algo parecido a la impotencia. Pero, en fin, nunca se sabe...

Poco después, Dallow se presentó en el estudio con el lacio cabello blanco caóticamente despeinado.

—¡Mi quee-erido profesor! ¡Y el señor Vintner! ¡Pero qué encantadora sorpresa! ¡Nunca, nunca podré perdonarme el vergonzoso descuido de no haber salido a recibirles! Estaba to-onteando, tonteando, con el suflé de queso más deprimente que hayan visto en la vida. ¡Como si fuese lo más importante del mundo! Mi e-esposa no me ha avisado de que estaban aquí. Pero pónganse cómodos, se lo ruego.

Los muebles eran modernos y lujosos. Geoffrey se hundió, con cierto alivio, en un sillón. Dallow siguió parlotando:

—No tienen ustedes ni idea de la vida que llevo aquí... ¡Tan solitaria! Las visitas son un auténtico placer. Señor Vintner, ¿qué le ha parecido el coro?

—Admirable, muchas gracias. No he encontrado ninguna dificultad.

—Bien, bien. —Dallow entrelazó remilgadamente los dedos—. Aunque los niños no son como en la época de la escolanía, desde luego.

«Con un director que lee a Sade, seguramente no», pensó Geoffrey. Aunque quizá Dallow había sido diferente en otros tiempos.

Fen despertó de una especie de letargo para decir:

—Estamos llevando a cabo una investigación extraoficial sobre la muerte de Butler. ¿Le importaría cooperar con nosotros?

—Cómo no... ¡enca-antado! —Sin embargo, el tono de Dallow se había vuelto más cauteloso—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Contándonos sus movimientos.

—¡Mis movimientos! —Dallow soltó una risita nerviosa, cruzó y descruzó las piernas y se enderezó innecesariamente la corbata—. El bueno del inspector ya me ha

interrogado al respecto, así que tengo mi versión bien preparada. Y no me falta coartada, mi quee-erido profesor, para las seis en punto. Estaba aquí, hablando con mi criado, justo a esa hora. Pero para las diez y cuarto... no tengo ninguna. Dejé esa tonta reunión y me fui a resolver unos asuntos con un contratista local. Por desgracia, no estaba en su casa, por lo que di un largo paseo por nada. Supongo que a y media ya estaba de vuelta.

—¿De qué hora?

—Las diez, por supuesto. —Dallow retorció los labios en un amago de sonrisa—. Cené a eso de las siete, aquí solo. Aunque antes, a las cinco y cuarto, había ido al hospital para visitar a Brooks, pero no me dejaron verlo. Debió de coincidir con el momento en que recuperó la razón. Por cierto, fue justo entonces cuando ese excelente inspector de policía me dio la llave de la catedral para que la devolviese a la rectoría.

—¿Ah, sí, eso es importante! ¿A quién se la entregó?

—En eso sí puedo ser exacto: a la que-erida Frances. Y ella la devolvió a su sitio en el gancho del vestíbulo. Yo mismo lo vi con mis propios ojos.

—Bien, entonces aclarado. ¿Tiene usted alguna teoría sobre el asesinato de Butler?

—Ninguna, salvo que ha sido una be-ndición que nadie se había atrevido a desear.

—¿Bendición? ¿No le gustaba el chantre?

—Si vamos a ser sinceros, mi quee-erido profesor, le diré que lo detestaba con todas mis fuerzas. Ese hombre no era ni un erudito ni un artista ni un sacerdote. Simplemente era un completo estúpido. Para ser más precisos, no era nada de nada, solo un ser carente de talento, sin el menor interés. Y, además, se permitía el lujo de despreciar mis estudios. Atendiendo a la vanidad humana, este último motivo es el más evidente para justificar que abo-orreciera a nuestro difunto amigo.

Dallow, sin mucho sentido, estaba rojo de indignación.

—¿Y Brooks?

—Ah, Brooks me gustaba. Era un gran músico. Hacía cantar a esos muchachos como nunca antes había oído cantar a un coro. ¡Él, mi quee-erido profesor, sí que era un Artista, con mayúsculas! —Dallow se levantó y empezó a declamar, mientras andaba por la habitación—: *O ces voix d'enfants, chantant dans la coupole!*

Gervase Fen rechazó este éxtasis mallarmeano con cierta brusquedad.

—¿Por qué iba a querer alguien matar a Brooks?

El canciller se detuvo para acariciar una de las inmensas orquídeas que conservaba en un jarrón chino.

—Me atrevería a apuntar... que Butler fue el responsable de su muerte.

—No.

—Como usted dice, a Brooks no se le conocían enemigos. Butler, en cambio, tenía muchos, incluido yo. Pero no sé quién los mató.

«Al menos parece sincero», pensó Geoffrey. Pero ¡ay, las permutaciones de la sinceridad y el engaño! ¡Eran posibles tantos dobles, triples e incluso cuádruples faroles! Además, Dallow era lo bastante inteligente como para fingir. El *poseur* oculta con tal perfección su verdadero ser que dificulta la detección de la falsedad. Donde no hay una

verdad clara, tampoco hay mentiras evidentes.

Fen, que carecía de la tradicional persistencia del investigador, se estaba aburriendo. Movi6 los pies mostrando su impaciencia y cambi6 de tema.

—¿Se ha aparecido alguna vez el fantasma de san Ephraim? —pregunt6.

Dallow se lo qued6 mirando con cara de perplejidad.

—¿San Ephraim?

—Creo que ha habido rumores sobre el curioso m6todo del asesinato de Butler... Ya sabe, la tumba que se derrumba.

Dallow comprendi6 y empez6 a aplaudir con entusiasmo infantil.

—¡Ya le entiendo! No, por lo yo que s6; san Ephraim nunca ha osado importunar la paz de los vivos. El esp6ritu m6s activo de los alrededores es, por supuesto, el del obispo John: un fantasma excelente.

Empezaba a caer una c6lida lluvia. Las gotas se reunían, se separaban y volvían a unirse en el cristal de la ventana. Fen permanecía absorto contemplando el jardín.

—Me gustarí a conocer alg6n detalle m6s del asunto —intervino Geoffrey, desorientado.

—Spitshuker nos dijo que usted podría facilitarnos informaci6n sobre el obispo —dijo Fen—. Ya sabemos que quem6 en la hoguera a muchas j6venes desgraciadas. Pero, al parecer, su esp6ritu no descansa en paz en su extraña tumba y, ahora que la han profanado, imagino que estar6 a6n m6s inquieto, si cabe.

Quedaba claro que a Dallow le encantaba el giro que había tomado la conversaci6n.

—Eso cree la gente. Ya había o-oído rumores..., y posiblemente sea verdad. La historia de por qu6 quiso que lo enterraran en la galería es curiosa. Al parecer, no podía soportar la idea de estar totalmente encerrado, pues padecía una especie de claustrofobia postuma. —Dallow soltó una risita—. La galería le proporcionaba una salida al mundo y no ha sido solo una persona, sino muchas, quienes afirman haberlo visto detr6s de la balaustrada. A él... y a u-una mujer.

Los nubarrones oscurecieron el cielo y la habitaci6n qued6 en penumbra. Geoffrey cambi6 de posici6n, inc6modo. Aquello era una p6rdida de tiempo y, sin embargo... Sin embargo, por nada del mundo se habría perdido la historia del obispo John Thurston. Presentía que ocultaba un misterio. Y no se equivocaba.

—Es una leyenda interesante —sigui6 Dallow—. El obispo solo tenía veinticinco años cuando lleg6 aquí, en 1688. Como era habitual en aquella 6poca, tales cargos se conseguían mediante influencias, y la idoneidad o la experiencia del candidato apenas contaban para obtener el puesto. Ese debió de ser su caso, sin duda. Aquel hombre tenía un curioso problema, pues era una mezcla incongruente de libertino y puritano. Su padre, admirador de Cromwell, se había casado ya mayor con una mujer de una buena familia monárquica, y su hijo hered6 algo de ambos: la severidad y el moralismo del padre y el car6cter disoluto de la madre. Estudi6 en Eton y en el Kings College, en Cambridge, y se orden6 a los veintitrés años. Nunca se cas6, como era normal en aquellos tiempos, pero tras la muerte de sus padres hered6 una considerable fortuna que

le permitió comprar placeres sexuales de un mercado surtidísimo, por lo que nada hace suponer que se refrenase en modo alguno. Esta era, en resumen, su historia cuando llegó aquí. Quizá debería añadir que el obispo no tenía un pelo de tonto... Era un erudito y un hombre de talento.

Dallow estaba tan concentrado en el relato que su afectación y su inseguridad iniciales habían desaparecido. Geoffrey pensó que probablemente sería un fabulador nato..., pero lo que contaba no era ficción.

—Lo curioso es que no fue Thurston quien inició la caza de brujas, sino los mismos vecinos, que veían, o creían ver, magia negra por doquier. Y sí que parece indudable que en el distrito solían celebrarse aquelarres. ¿Por qué? ¿Por qué en aquel momento y en este lugar en concreto? ¿Por qué en Salem? ¿Por qué en Bamberg? ¿Por qué en Tolnbridge? Sin embargo, así fue. Se dijo que varios sacerdotes renegados de la diócesis participaban en las misas negras, lo que llevó a las autoridades eclesiásticas, sobre todo a Thurston, a comandar la persecución. Y como la mejor defensa ante las sospechas era acusar a otro, las acusaciones se multiplicaron. No hay pruebas de que, al principio, el obispo fomentase o disfrutase con los procesos. Pero no tardó demasiado en producirse un cambio.

Dallow hizo una pausa. Fen encendía el tercer cigarrillo con lo que le quedaba del segundo. Parecía más pensativo de lo habitual.

—Como ya sabrán —prosiguió Dallow—, aunque muchas veces confesaban sin más, torturar a las brujas para obtener la confesión era una práctica de lo más habitual. Y para condenarlas era necesario que dicha confesión se ratificase al menos una vez sin tortura. Las mujeres eran sometidas a distintos tormentos: flagelaciones lentas y metódicas, sillas calientes, aplastamiento de los pulgares, y hasta les rompían las piernas y las suspendían con pesos en las extremidades. Se tiene noticia de que el obispo John Thurston asistía (si bien discretamente) a estas escenas cada vez con más frecuencia de la que justificaba su cargo. También estaba presente en las ejecuciones, e incluso se llegó a decir que fue él quien instituyó la costumbre de la hoguera en lugar del ahorcamiento. De haber sido así, supone un detalle extraordinario desde el punto de vista legal, porque en el resto del país el castigo para las brujas era la horca, no la hoguera. Tampoco hay forma de saber si esta imputación es cierta. En cualquier caso, el obispo John empezó a leer a Glanvill y el *Malleus*. Es evidente que esta oportuna y consagrada corriente moral haría aflorar a la superficie su puritanismo subyacente, pero los métodos utilizados para implantarla también atraerían su sensualidad. Porque muchas de aquellas mujeres eran jóvenes, y algunas muy hermosas. Así estaban las cosas en 1704, un año antes de su muerte.

Dallow se dirigió a un armario y sacó varios libros gruesos, encuadernados en cuero. Abrió uno con reverencia y pasó las páginas.

—Este es el diario personal del obispo, de sus últimos meses de vida.

Hasta Fen dio muestras de interés.

—Se trata de uno de los documentos más completos jamás conocidos, escritos en primera persona, sobre un caso de brujería. No cabe duda de su autenticidad. El obispo

dio órdenes de que destruyeran el diario tras su muerte, sin que nadie lo leyese. Pero la curiosidad humana es tan fuerte, y tan extraordinaria es su narración de aquellos últimos meses, que el diario quedó al cuidado del entonces canciller y fue pasando por diferentes manos hasta acabar en las mías. —Dallow se acercó al sillón de Geoffrey—. Señor Vintner, quizá desee usted echarle un vistazo..., e incluso leérmolo. Es una historia que nunca me canso de escuchar. Y el mismo diario lo explica todo, sin necesidad de más comentarios. ¿Tiene usted prisa, señor Fen?

Fen negó con la cabeza y Dallow le entregó el libro a Geoffrey. Era un volumen pesado, escrito con una caligrafía pulcra, grande y meticulosa. Dallow se inclinó sobre el hombro de Geoffrey y fue pasando páginas hasta señalar una entrada.

—Podría empezar por aquí...

Y Geoffrey leyó las páginas gruesas y rígidas mientras la lluvia acariciaba el jardín y la velada luz amarilla del sol iba y venía, impulsada por las nubes.

27 feb, año 1705. En uno de esos Sermones del doctor Donne de la catedral de San Pablo que tan justamente se reverencian como cabal Doctrina, se nos dice que es correcto hacer uso de los placeres de los Sentidos siempre y cuando no interpongan un velo entre el alma y su Creador; o dicho de otro modo, con moderación. El mismo Donne, empero, fue un conocido disoluto en la primera parte de su vida —la que precedió a su acogida en el seno de la Iglesia de Cristo—, un libertino con muchas extravagancias, un acompañante habitual de las furcias y los embaucadores de Londres. Si un hombre puede, en su Juventud, sobrepasar los límites de la moderación y, no obstante, gracias al Arrepentimiento y a la Caridad, desafiar después las penas del Infierno, ¿por qué yo, en la flor de la vida y rebosante de energías naturales, tengo que evitar, debido al ejercicio de mi Santo Oficio, las distracciones de las que en todas partes goza el común de los mortales? Está escrito que hasta los Hijos de Dios deseaban a las hijas de los hombres. Verdad es que su Deseo era Impío por la disparidad de Naturalezas entre la Sustancia Angelical y los cuerpos de aquellas mujeres judías, pero, si no existiera tal disparidad, ¿dónde está el pecado? Si tenemos Fe, nuestros crímenes se expían nada más cometerse.

Cuando mi cabeza reposa en la almohada, recuerdo con frecuencia mi juventud en Londres, los Teatros y aquellas comedias del señor Wycherley, y la oscuridad y el aroma del cabello de las mujeres, y el resplandor de sus cuellos desnudos. Asimismo, en ocasiones vuelvo al *Ars amatoris* para leer el Pasaje que habla del cortejo a una mujer en el Teatro —parafraseado sin exactitud por el señor Dryden—. Son cosas que ahora pertenecen al pasado, aunque sigo deseándolas. Y heme aquí, entre Ignorantes carentes de Ingenio y Elegancia, en cuerpo y en pensamiento. Sus mujeres son como sacos.

Asegurarme de poner esto a buen recaudo, una vez repasado.

4 mar. Esta semana la he visto dos veces en el Servicio Matinal, vestida con suma modestia. Pero he podido percibir la extraordinaria textura y exquisitez de su Cabello.

6 mar. He averiguado que se llama Elizabeth Pulteney y que es sobrina de una mujer a la que el año pasado condené a la hoguera por Bruja. La perfección de su cuerpo y la Elegancia de su porte dan fe de un origen más elevado que la baja posición a la que me aseguran que pertenece. Es devota. Ha habido, empero, acusaciones contra ella. Esta semana han ardido Cuatro Mujeres en la hoguera. El público es cada vez menos numeroso.

21 mar. Acabo de asistir a la flagelación de una mujer para arrancarle la confesión. No se ha prolongado mucho. La han desnudado y azotado con correas de tripe nudo. Los gritos han sido más desgarradores de lo habitual. No he sentido el menor placer, como habría sido de rigor de haber estado interesado en castigar a Satán para someterlo. Mis pensamientos se encontraban en otra, parte.

26 mar. Esta mañana he hablado con ella por primera vez. Tiene una Piel notablemente suave y refinada. Es dócil y respetuosa. Le he ofrecido Orientación espiritual y ahora acudirá a mí más a menudo. ¡Someter esa docilidad para transformarla en dolor activo! Pero estas son vanas Fantasías.

Aquí Geoffrey omitió una serie de entradas que trataban de asuntos de la diócesis. La

siguiente referencia a Elizabeth Pulteney está fechada el 23 de abril.

Esta noche, su cuarta visita. Le he subrayado la necesidad de su absoluta sumisión ante la Autoridad y, como prueba, le he pedido que se desnude ante mí. Ha puesto numerosos reparos y he pasado mucho tiempo intentando persuadirla —por diferentes Medios— hasta conseguirlo. Su Recato me ha excitado de forma temeraria. He averiguado que apenas tiene diecisiete años, aunque está notablemente bien formada y unas largas trenzas de Cabello dorado le caen sobre el cuerpo... Milton, en su gran Poema religioso, describe la belleza desnuda de Eva y de su cabello. También Donne, en una *Elegía*.

Ella se ha percatado de mis intenciones y parecía asustada. Le he retorcido el Cabello alrededor del cuello y he fingido que iba a matarla. Es una niña estúpida, que se traga toda esa palabrería sobre que es la Novia de Cristo. Como le he dicho, ¿no es eso mismo la Iglesia? Pero la amenaza de acusarla de Brujería la ha silenciado.

Me siento extrañamente abatido. El silencio de la casa es sepulcral y no me gusta estar solo. Debo acostarme y que el recuerdo del Placer gozado me haga olvidar los escrúpulos que siento. Pero primero tengo que bajar para guardar este diario bajo llave. La casa está llena de ecos y siempre he aborrecido la oscuridad. No me atrevo a dejarlo aquí. Los criados se han retirado hace tiempo.

13 ago. Todo sigue en orden y no he encontrado ni un momento de asueto para escribir antes. Ya que aquí debo sincerarme, trataba de evitar tener que enfrentarme a las dudas que albergo. Pero he reflexionado y no veo motivo alguno para temer mis actos. Si he sometido el cuerpo de ella, hay Autoridad y Precedentes más que suficientes en la temprana historia de la Iglesia.

Ella está cada día más callada e impasible, y mi interés decrece. No volveré a verla. ¿Por qué siento constantemente la enormidad de mis actos cuando la misma Razón no los condena?

15 ago. Ha pasado lo peor. La he dejado preñada. Pero la amenaza de la hoguera la mantendrá callada.

16 ago. La he visto en secreto en el soto donde acaba el sendero de Slatter. Está empeñada en reconocer al padre de su hijo. Al parecer, ni la Amenaza de torturarla por Bruja puede disuadirla. No hay otro camino. Sus desvarios en contra de mi persona actuarán como prueba de su Posesión diabólica. Ella parece resignada a la penitencia y la Expiación. ¡Los Disparates que llegan a cometer estas mujeres religiosas...! Escupiría sobre su aborrecible Piedad.

23 ago. Ha pasado el Peligro. Como ya había previsto, sus acusaciones contra mí han contribuido a condenarla. ¡Qué Locura por mi parte, temer que alguien fuera a creerla! Hoy le han aplastado lentamente los pulgares para arrancarle la Confesión. Cuando eso ha fracasado, la han dejado suspendida con pesos en las extremidades. Tras su Detallada Confesión, no puedo más que pensar que es, en verdad, una Bruja. ¿Y no es probable que el Diablo hubiera utilizado sus Artes para debilitar mi lealtad? Estoy convencido de que esa es la Verdad.

Entretanto, ella no apartaba sus ojos de mí, aunque ya no hablaba en mi contra. No me agrada ese Recuerdo.

29 ago. *Deus misericorde me.* Hoy la han quemado. Creía que no acabaría nunca. Primero le han afeitado el cabello, que han quemado aparte. Corrían Murmuraciones y Protestas entre la multitud y los guardias han tenido que hacer uso de su autoridad para mantener el debido silencio y respeto. Cuando la han instado a que confesara en público, ha mantenido un obstinado silencio, que solo ha roto cuando, al pasar a mi lado, ha dicho: «Mantén tus puertas cerradas para protegerte de quienes quieran visitarte». Luego la han conducido apresuradamente al Poste, la han atado y han encendido los haces de Leña. Parecía poco más que una Niña.

A qué se refería, lo desconozco, pero la casa está fría y me encuentro mejor en la cama. He actuado correctamente, sin duda. Y ella, a fin de cuentas, era una Bruja.

4 sep. Somos cruelmente castigados por nuestras Locuras, y yo, el más miserable pecador, sufro el peor de los flagelos. Yacía anoche en mi cama, con las cortinas del dosel echadas por tres lados y una descorrida para que penetrara la luz de las velas que había depositado en la mesa, cuando esta cuarta cortina —sin haber Persona alguna en la habitación— se cerró súbitamente y quedé a oscuras. Y entonces una Criatura Nocturna que se desplazaba al otro lado pareció arrastrarse por debajo de las cortinas y tirar de las sábanas, haciendo que gritara con todas mis fuerzas, hasta que uno de los Sirvientes acudió a toda prisa. No encontré nada. Le ordené que permaneciese en mis aposentos lo que quedaba de noche, con gran espanto y perturbación por mi parte y dejando las velas encendidas. Procuraré que todas las puertas estén bien cerradas, pero mucho me temo que no servirá de nada. No confío en nadie. Ruego a Cristo Nuestro Señor que me proteja de las consecuencias de mi Maldad.

5 sep. Hoy he recorrido toda la casa colocando el Pentagrama en puertas y ventanas, después de repetir el ritual del Exorcismo. Con estas precauciones, viviré feliz durante muchos años. Ella no me robará tiempo para que expíe mis pecados. Aunque el Otoño es frío y borrascoso, un calor desagradable impregna la casa. Cuando he regresado del Servicio Matinal, he preguntado a uno de los sirvientes si se había percatado de ello y me ha respondido que no. Al verle sorprendido por mi aparición, he querido saber las razones de su perplejidad. «Creía que su Excelencia estaba en el Estudio, pues hace apenas un momento he oído a alguien que lo recorría de extremo a extremo». Cuando he subido, no había nadie.

10 sep. Lo he visto por primera vez y ruego a Dios no volver a verlo nunca más. Ruego al Señor que se apiade de mi Alma y me salve del horror, pues el Infierno no es la Angustia, sino un Miedo como este. Esta noche me dirigía a mis Habitaciones cuando al pasar ante la puerta del Estudio he visto a una de las criadas —creía yo— inclinada para avivar el fuego. Entraba a regañarla por no haberse retirado a sus aposentos cuando, de pronto, el Ente se ha enderezado y me ha rodeado con sus brazos. Me he desvanecido, pero uno de los sirvientes que andaba cerca ha acudido a socorrerme. Él no ha visto nada. No puedo seguir escribiendo. ¡Cristo, apiádate de mí!

13 sep. Corren Rumores en la población de que sucede algo extraño y corren Rumores sobre mi propia Persona. Siete de los sirvientes se han marchado. He hallado carbones incandescentes desperdigados por la biblioteca, pese a que nadie había encendido la chimenea. El calor se ha vuelto insufrible.

19 sep. Hoy un sirviente ha encontrado los cortinajes de mi armario en llamas. Ha sido muy difícil apagar el fuego.

2 dic. ¡Alabado sea el Señor por toda su Misericordia! Han transcurrido dos meses sin Incidentes y el calor se ha disipado. Esa Secuaz del Diablo, Elizabeth Pulteney, se ha ido allá donde se merece. La Virtud puede dominar los Poderes del Infierno. Por fin descansa mi ánimo y puedo dedicarme con vigor renovado a los asuntos de la diócesis. Dios ha permitido que sufra como una Prueba de Fe, de la que he salido triunfante. Los Fantasmas malignos se han ido evaporando.

3 dic. No veré la Navidad. Esta mañana, uno de los Sacristanes ha entrado para decirme que una mujer quería verme en el Transepto norte de la catedral. El pobre desgraciado desconocía la naturaleza de Aquello que lo había mandado llamarme. Buscaba yo a la Mujer cuando Lo he visto, agachado bajo la sombra de un contrafuerte. La piel era como pergamino y caía en pellejos del Cráneo, que asomaba en manchas blancas. No tenía Ojos. El Cabello seguía siendo hermosísimo, hermosísimo. Pero no debo verlo de nuevo...

La caligrafía se iba borrando. Geoffrey volvió la página, pero el resto del libro estaba en blanco. Se hizo un prolongado silencio. Luego Geoffrey dirigió una mirada inquisitiva al canceller.

—La noche del 24 de diciembre había sido fría y borrascosa, y el día de Navidad amaneció nevado —susurró Dallow—. Encontraron al obispo John Thurston acostado en su cama. Presentaba quemaduras en la cara y había muerto de asfixia. No había señales de lucha, pero tenía la boca llena de cabello.

Geoffrey cerró el libro y lo dejó sobre una mesa cercana. No dijo nada.

—Un relato ciertamente desagradable y espantoso —comentó Fen, mientras encendía de nuevo el cigarrillo que se le había apagado—. La historia de la catedral de Tolnbridge es más escabrosa de lo que suponía. ¿Siguen practicándose rituales satánicos en Tolnbridge? —preguntó a Dallow—. Tengo mis razones para creer que es así.

Para sorpresa de Geoffrey, Dallow asintió.

—Aún se mantiene un singular culto al demonio, pero de una forma bastante pueril. No es en ningún sentido una continuación de la tradición, sino un ritual totalmente inventado y artificial. Al parecer, proporciona emociones a la vida de algunas personas.

—Creo que tales ritos podrían guardar una lejana relación con el asesinato de Butler —dijo Fen, que empezaba a revolverse demostrando cierta inquietud—. ¿No será usted mismo el impulsor? Aunque por el desprecio de su tono, supongo que no.

—Y supone bien, mi quee-erido profesor. Asistí un par de veces a las misas negras, pero eran tan incompletas y, si se me permite usar el término, tan poco canónicas, que perdí el interés y dejé de acudir.

—¿Y no se le ha ocurrido denunciarlo a la policía? Como bien sabe, se trata de unas prácticas ilegales.

—Pero ¡tan inofensivas! Si viese a esos Pobrecillos... —Dallow se detuvo, miró la hora y sonrió—. Las ocho y media, y ayer era jueves. ¿El viernes viene antes o después del jueves? Después, ¿verdad?

—¿Por qué? —A Geoffrey toda aquella afabilidad le resultaba excesiva.

—Porque creo que adoran al diablo los viernes. Todos los viernes, como si fuese una reunión de capilleros, mis queridos señores. Si fuéramos al lugar donde se congregan, allá los encontraríamos. ¿Les apetece?

Dallow hablaba como si les estuviera dando un premio después de una catequesis.

—Me parece una buena idea. Vayamos —dijo Fen—. Pero primero cuéntenos más. ¿Quién dirige el cotarro?

—Mi quee-erido profesor, no tengo ni la más remota idea.

—¿No lo sabe? —exclamó Geoffrey.

—Puede que hasta sea el mismo obispo. —Dallow soltó una risita irritante y se balanceó, lo que le hizo parecerse bastante a un dibujo de Edward Lear—. Tanto los oficiantes como los participantes van enmascarados, como comprenderá. Resulta prácticamente imposible identificar a nadie. Y eso me recuerda que nosotros también debemos llevar máscaras. —Se dirigió a un armario y sacó tres artilugios rarísimos—. Máscaras de animales, como ven. Un diseño precioso; son de origen hindú. Nos servirán.

Eran las máscaras de un cerdo, una vaca y una cabra.

Fen se puso la de la vaca. Sus ojos color azul claro escrutaron el mundo, de forma desconcertante, desde detrás de las aberturas de la máscara. Geoffrey se puso la de cerdo y Dallow la que representaba a una cabra. Se observaron sin el menor entusiasmo.

—Tienen ustedes un aspecto de lo más estúpido —dijo Fen. Acto seguido, mugió, a modo de prueba, y luego, satisfecho con el sonido que había emitido, lo repitió una vez más. Continuó mugiendo durante todo el camino hasta llegar a su destino. A veces, Fen podía resultar de lo más irritante.

La misa negra ya había empezado cuando llegaron al viejo refugio de *boy scouts* que se encontraba en un paraje desierto, algo apartado de la carretera que unía Tolnbridge con Tolnmouth. La cabaña todavía conservaba indicios de sus antiguos ocupantes: de las paredes colgaban castores y nutrias de cartón, así como otros animales de aspecto amorfo que se les quedaron mirando cuando entraron. La cabra, el cerdo y la vaca se quedaron

en la parte de atrás. Tenían un aspecto de lo más absurdo, pero nadie reparó en ellos.

Se habían reunido allí bastantes personas enmascaradas, la mayoría mujeres. Dos figuras también enmascaradas, vestidas con hábitos negros, se desplazaban erráticamente por un altar improvisado. Nadie hablaba. La ceremonia resultó aburridísima. Por lo que Geoffrey pudo ver, consistía en la misa latina habitual con la omisión del *Confiteor* y del *Gloria*. Geoffrey, Dallow y Fen no intentaron comunicarse durante el ritual y nadie parecía esperar nada de ellos. No se produjeron éxtasis diabólicos de ningún tipo, pero Geoffrey pensó que tampoco abundaban en la misa divina. Tampoco hubo sacrificios humanos ni prácticas obscenas. Geoffrey no había pasado una media hora tan insulsa en toda su vida. Fen se impacientaba por momentos y apenas podía contener las ganas de escabullirse. Geoffrey se preguntó cómo terminaría todo aquello, y si quizá interpretarían *Dios salve al rey* o una doxología, empezando por el final.

Por fin, mal que bien, la ceremonia llegó a su fin. El oficiante y el acólito se retiraron a una habitación trasera y los participantes, después de murmurar un rato y soltar cuatro risitas, se dispersaron bajo la luz crepuscular.

—Y yo que creía que siempre había una orgía después de la misa —protestó Fen, quitándose la máscara.

—¡Una orgía! —Dallow, señalando las paredes de la cabaña, dijo en tono burlón—: No parece el entorno adecuado, ¿verdad? Habría que tener mucho entusiasmo para celebrar una buena orgía aquí.

No había nadie más en la sala. Geoffrey se acercó al altar para examinar el cáliz y la hostia. Descubrió que esta última era un trozo de rábano pintado de negro, al parecer con creosota.

—Eso es tradicional —explicó Dallow. Y añadió, despectivo—: Supongo que lo habrán sacado de algún libro.

En el cáliz había un brebaje asqueroso con una base probablemente de quinina.

—Al menos los mantendrá sanos —dijo Fen, animado—. Voy a entrevistarme con los sacerdotes de esta pantomima.

Se dirigió a la puerta que conducía a la habitación trasera.

—Les dejaré con sus investigaciones, aunque no creo que se lo pongan fácil —dijo Dallow—. La regla de la confidencialidad se cumple estrictamente, sobre todo, por razones obvias, en lo que atañe al oficiante. En cualquier caso, espero que tengan suerte. Quizá me alcancen de nuevo, camino muy despacio. Si no es así, les deseo buenas noches y un asesinato detrás de cada puerta.

Soltó una risita y salió de la cabaña después de dirigirles un gesto desabrido con la mano.

Fen bajó la manija y empujó la puerta, que no encajaba bien y arañó el suelo al abrirse. Pasó a una habitación estructuralmente idéntica a la que acababan de dejar, solo que mucho más pequeña. Los únicos muebles que había eran una mesa y una silla baratas.

El acólito se había ido, pero el sacerdote que había oficiado la misa estaba de

espaldas, quitándose los hábitos. Cuando los oyó entrar, volvió a ponerse tranquilamente la máscara antes de darse la vuelta.

—¿Y bien, caballeros? —La voz estaba claramente distorsionada, por lo que Geoffrey no pudo identificarla.

—Esperábamos poder conocerle —dijo Fen.

—Me temo que eso es imposible. Debemos mantener el más absoluto anonimato. Ustedes también deberían llevar sus máscaras.

—Eso es absurdo.

El oficiante hizo un gesto que podría haber sido de cómica resignación. En realidad se estaba sacando una pistola automática de debajo de los hábitos con la que, a continuación, disparó a Fen.

II

EL WHALE AND COFFIN

¡Qué vergonzoso catálogo de asesinos hay aquí!

OTWAY

El disparo erró de puro milagro. Al recordarlo después, Geoffrey supuso que al oficiante, que debía de estar nervioso, se le habría enredado el brazo en los hábitos. Fen, que había luchado en la Primera Guerra Mundial, se echó al suelo de inmediato. Geoffrey, que no había luchado en guerra alguna, se quedó inmóvil, mirando boquiabierto y estupefacto la escena. El pánico atenazó al oficiante. No había ninguna razón para que no les matase a ambos allí mismo, pero vaciló, y entonces se oyeron unos pasos fuera. Alguien había escuchado el disparo. Ataviado con aquellos hábitos y la máscara, el grotesco oficiante corrió hacia la puerta trasera, la abrió y se esfumó. Casi al mismo tiempo, alguien entró a toda prisa por la parte delantera de la cabaña y apareció en la misma puerta que poco antes habían cruzado Geoffrey y Fen. Era Dallow, despeinado y con cara de susto. Más por automatismo que llevado por el valor, Geoffrey echó a correr detrás del oficiante. Antes de salir, vio cómo Fen se ponía en pie, quejándose por lo bajo.

El oficiante había salido disparado. Se desplazaba entre los crepusculares campos mojados con los negros hábitos ondeando al viento, como un cuervo fantástico. Geoffrey se dispuso a perseguirle, aunque sin un plan claro de acción. El oficiante no tardó mucho en detenerse, darse la vuelta y disparar a Geoffrey con su automática. Como medida ofensiva era del todo inútil, ya que se encontraba demasiado lejos. Pero como elemento disuasorio fue más que suficiente. La persecución acabó aquí. Geoffrey se detuvo y se quedó mirando la figura que se alejaba corriendo hasta perderse de vista detrás de una arboleda. Luego, tomando una decisión más sensata que heroica, volvió a la cabaña.

—No comprendo qué esperaba sacar de esa persecución —dijo Fen, malhumorado, cuando Geoffrey reapareció. Y, con cierto rencor acumulado, añadió—: Creo que me van a salir moratones por todas partes.

Y pasó a inspeccionarse con suma delicadeza.

—Lo he perdido —anunció Geoffrey, de forma totalmente innecesaria.

Dallow, que al parecer ya estaba al corriente de lo sucedido, se lamentó por lo bajo.

—Le confieso, mi que-erido profesor, que he vuelto sobre mis pasos porque me

sentía intranquilo. Pero algo así... ¡Jamás lo habría imaginado!

Fen se tanteó el cuerpo y súbitamente soltó un alarido.

—Quizá pueda decirnos qué es lo que le inquietaba tanto —dijo en cuanto cesó el eco de su grito.

El canciller tenía la respuesta preparada; demasiado preparada, en opinión de Geoffrey.

—En primer lugar —empezó Dallow, con el tono de alguien que inicia una conferencia—, las consideraciones rituales. En segundo, la imperiosa necesidad de anonimato del asunto. Sospechaba que su intrusión, señores, no sería muy bien recibida, aunque jamás habría aventurado que...

Se detuvo sin molestarse siquiera en fingir que se había quedado en blanco.

Fen gruñó. Inspeccionó la viga de madera donde se había incrustado la bala y luego la habitación. Aparte de la mesa, la silla, bastante polvo y ellos mismos, allí no había nada más.

—¡Inútil! —exclamó enojado—. Vámonos.

—¿Me permitirá que al menos lo acompañe hasta mi casa, mi quee-erido profesor?

Fen accedió con un gruñido maleducado y todos se pusieron en marcha, malhumorados y en silencio. El profesor caminaba tan concentrado que ni siquiera se percató de que habían pasado tres libélulas, un escarabajo dorado y un enjambre de hormigas voladoras a su lado. Geoffrey también meditaba, torpe e infructuosamente, sobre el caso. Era imposible saber en qué pensaba Dallow, que iba recitando versos intercalados de *La ciudad de la noche espantosa*, de Thompson. Fen solo se dignó a abrir la boca cuando ya estaban bastante cerca de la casa del canciller:

—¡Por mis patitas queridas!

Dallow no sabía que Fen recurría al Conejo Blanco de *Alicia* en momentos de máxima emoción, y lo miró algo perplejo.

—¡Qué estúpido he sido! —exclamó Fen.

—Conozco esta etapa —dijo Geoffrey—. Nos dice que sabe quién es el asesino, le preguntamos el nombre y no suelta prenda, aunque no existe ninguna razón en la tierra para que guarde el secreto.

—Claro que hay una razón.

—¿Cuál?

—Porque... ¡ha sido usted! —dijo Fen con solemnidad.

—No sea tonto.

—De acuerdo, sé que no ha sido usted... Ahora en serio, tengo una buena razón para guardármelo. Una razón importantísima. Ya lo entenderá.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Mi argumento tiene una lógica aplastante. No comprendo cómo no lo he visto antes. Por desgracia, no tenemos la menor prueba material, nada que incrimine a la persona en cuestión. Por ese motivo tengo que ser precavido. (Por cierto, estoy hablando del asesinato de Butler). Pero de la identidad de la persona involucrada estoy segurísimo.

Aunque...

—¿Qué?

—Hay un cabo suelto —reconoció Fen, pensativo—. Solo uno. Depende de algo que tengo que preguntarle a Peace. Al menos... —Vaciló—. Sí, depende de eso.

—¿Quiere decir que Peace no es el culpable?

—Claro que no.

—Pero es el único que podía haber estado en la catedral...

—Lo sé, lo sé —gruñó Fen—. Pero da lo mismo, él no es el culpable.

—Tenía el mejor móvil.

—No sea estúpido. Sabemos perfectamente bien cuál es el móvil, y no tiene nada que ver con el dinero. Y usted, más que nadie, tendría que saber cómo mataron a Butler.

—¿Yo? —Geoffrey estaba perplejo.

—Pues sí.

—Pero ¿no ha dicho que la policía encontraría pruebas incriminatorias en la habitación de Peace?

Fen suspiró y meneó la cabeza como alguien que trata con un niño especialmente lerdo.

—Geoffrey, Geoffrey... A ver si esto le aclara las cosas: la noche en cuestión Peace partió hacia la catedral antes de que nosotros volviésemos a la rectoría, ¿verdad?

—Eso es lo que ha dicho Spitshuker.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

Fen volvió a menear la cabeza.

—Da igual. Tendría que saberlo, y también todos los demás. Espero encontrar a Peace en comisaría. A estas alturas ya habrán descubierto el material incriminatorio en su habitación y, o bien lo habrán arrestado, o bien estarán interrogándolo.

—No comprendo cómo sabía que encontrarían algo en su habitación.

—Ya, claro —dijo Fen con una evidente grosería.

En este punto, llegaron a casa de Dallow y la discusión cesó. El canciller les deseó buenas noches con afectación y entró. Geoffrey y Fen siguieron caminando colina abajo, hacia el pueblo.

—Se me ha ocurrido que este asunto de la misa negra, bien llevado y con la ayuda de ciertas drogas, podría ser una forma muy útil de sonsacarles información militar a las esposas de quienes están al corriente... Dese cuenta de que casi todos los asistentes eran mujeres.

—Sí, eso es cierto. Pese a lo mortalmente aburrido de la ceremonia, creo que casi todos los presentes estaban convencidos de que estaban haciendo algo muy malvado, emocionante e importante.

Siguieron andando en silencio. Los nubarrones de tormenta hacían que el cielo estuviese mucho más oscuro que la noche anterior, cuando subieron a la catedral y encontraron el cadáver de Butler. Geoffrey miró la hora, sorprendido de que solo fueran

las nueve y media.

—Entonces aún nos da tiempo de tomar una copa —dijo Fen lacónicamente cuando Geoffrey le informó de lo temprano que era.

—¿Por qué no ha querido decirme quién era el asesino? ¿Era por Dallow? ¿Está metido en el asunto?

—Es posible —dijo Fen, frunciendo el ceño—. Eso todavía está por ver. Tiene que haber más de una persona involucrada... Quizá hasta tres, aunque no sé si habrá más. Lo único que sé es que una persona participó directamente en el asesinato de Butler, y que quizá sea el cerebro de toda la operación.

—Acaba de decir que participó directamente en el asesinato...

—Cuando Butler apareció en la catedral, tenía que haber varias personas. Uno solo no habría podido trasladar el radiotransmisor. —Fen hizo una pausa—. ¿Se considera usted un compositor famoso, Geoffrey?

—No. Aparte de los músicos litúrgicos, me conoce muy poca gente. ¿A qué viene el cambio de tema?

—Pensaba en por qué el dueño del Whale and Coffin conocía su nombre de pila. Quizá sea un melómano, y se quedara abrumado al encontrarse con el mismísimo Geoffrey Vintner cara a cara...

El músico lo fulminó con la mirada.

—... aunque eso me parece poco probable.

Geoffrey bufó, indignado.

—En todo caso, debemos interrogarle. A veces, estas personas no son lo que se dice eficientes... Pero seguro que a ellos se les habrá ocurrido lo mismo y estarán preparados. En cualquier caso, primero tenemos que ver a Peace.

Encontraron al inspector en la escalera de la comisaría, fumando un cigarrillo y contemplando absorto la calle. Dio la impresión de que se alegraba de verlos.

—¡Ah, aquí está, señor! —le dijo a Fen—. Tenía razón: encontramos todas esas cosas en la habitación de Peace. Ha sido fácil, las ocultaba debajo del tradicional tablón del suelo. La llave de la rectoría para entrar en la catedral, un vial con solución de atropina y la aguja hipodérmica.

—¿Huellas dactilares?

—Ni una. Las habían limpiado.

—Sí, eso también me lo esperaba. ¿Qué ha hecho al respecto?

—Lo he arrestado. Lo han arrestado los de Scotland Yard, mejor dicho. Peace está en comisaría, pero no hemos podido sacarle nada que no nos hubiese dicho antes.

—¡Vaya! Así que el Yard ya está aquí... ¿Appleby?

—No, por desgracia. —El inspector miró inquieto hacia atrás y bajó la voz—. Un par de patanes, eso es lo que son. Muy poco cooperativos. Creen que ahora que han arrestado a Peace ya tienen todo el asunto bajo control y no hacen más que jugar al

rummy y fumar unas pipas apestosas dentro de la comisaría.

—Pues creo que aún te queda averiguar cuál era el móvil —intervino Geoffrey—. Si creen que fue el radiotransmisor...

—La cuestión, señor, es que piensan que el dinero es tan solo una tapadera del verdadero móvil.

—Entonces ¿todo ese asunto de la herencia es falso?

—No, no lo es. Y eso es precisamente lo que me preocupa. Hemos hecho nuestras comprobaciones y todo coincide punto por punto con lo que nos contó Peace, hasta el hecho de que Butler estaba intentando que su esposa le transfiriese el dinero. Está muy bien afirmar que es una tapadera del asunto del espionaje, pero a mí me parece que la crisis del dinero ha llegado en un momento demasiado oportuno, justo cuando convenía para el asesinato. No resulta plausible. Aunque aun sin eso tienen un caso clarísimo...

—¿En qué lo basan? —preguntó Fen.

—Bueno, solo con lo que han encontrado en su habitación...

—Podría ser solo una trampa para incriminarlo. De hecho, eso es lo que sugiere la ausencia de huellas dactilares.

—Eso quizá se deba a una precaución adicional. Pero coincido con usted en que, técnicamente hablando, podría tratarse de una trampa. He comprobado las horas, el acceso a la habitación de Peace, etcétera, y le aseguro que cualquiera remotamente relacionado con el caso podría haber colocado esas cosas allí. Pero hay otros detalles que le inculpan, como por ejemplo que Peace era el único que podía estar en la catedral cuando Butler fue asesinado. Esos patanes la tienen tomada conmigo, se lo aseguro, porque no lo registré de inmediato para encontrar la llave —dijo el inspector, ofendido—. ¡Como si no hubiese podido esconderla en cualquier parte y recuperarla después!

—La cuestión es que no tenía ningún motivo para conservarla. Podría haberla dejado tranquilamente en la rectoría o haberla abandonado allá donde la hubiese escondido. Ya no la necesitaba para nada —argumentó Geoffrey.

—Exacto, señor. Ese es otro punto a su favor. Pero es que aún hay más. Según su propia versión, Peace llegó a casa del doctor Butler a las seis y cinco, y estuvo allí hasta las seis y cuarto, hora en la que regresaron el doctor Butler y señora. Pues bien, resulta que alguien adulteró con veneno la medicina de Brooks a las seis, y nada prueba, puesto que no había sirvientes para recibirlo, que Peace no fuese directamente de la estación al hospital y luego a casa del doctor Butler. Señor Vintner, ¿se fijó, por casualidad, en qué camino tomó Peace cuando salió de la estación?

—Pues mucho me temo que no.

—¿Ven? Ahí lo tienen. Entra dentro de lo posible, aunque no me parece probable.

Fen, que cambiaba constantemente de posición y mostraba otros signos de impaciencia, preguntó:

—¿Y qué me dice del primer ataque a Brooks en la catedral? Creía que se había comprobado que esa noche Peace estaba en Londres. Y ¿por qué iba a guardar la aguja hipodérmica en su habitación?

—En efecto, si su teoría de la trampa es correcta, eso constituye un grave error —reconoció el inspector, rascándose pensativamente la nariz—. Hasta estos rufianes de Londres —señaló con el pulgar hacia el interior de la comisaría— admiten que no puede haber sido el responsable del primer ataque. Pero sabemos que hay más de una persona involucrada, ¿verdad? Y las pruebas contra Peace en los otros dos delitos son absolutamente incriminatorias.

—Salvo por el asunto de la llave y de la combinación de móviles —dijo Fen—. Pero supongo que encontrarán la forma de pasarlo por alto.

—El problema, señor, es que no sé dónde más buscar, aunque coincido con usted en que no creo que Peace sea el culpable. Lo que a esos les preocupa, sobre todo, es el tema del espionaje, y lo comprendo. Pero creen que podrán llegar al fondo del asunto a través de Peace y no se preocupan de investigar nada más.

—¿Puedo ver a Peace? Necesito hacerle un par de preguntas importantísimas. Si me da la respuesta que espero a la primera, creo que tendré una pista concluyente.

—No veo por qué no iba a poder, señor. Pero tendré que pedirles permiso a esos patanes; seguramente querrán estar presentes.

Fen asintió y los tres entraron en la comisaría. Fen preguntó si habían conseguido trasladar a Josephine sin percances.

—¡Qué asunto tan repugnante, señor! ¿Qué persona decente querría hacerle algo así a una chiquilla? Fue muy inteligente por su parte detectarlo. Sí, la ha visitado un médico y la han enviado a una clínica privada del norte para que reciba tratamiento. La señora Butler quería acompañarla, pero la hemos disuadido. Ha reaccionado de una forma muy extraña al enterarse de todo, pero no creo que esté involucrada en el caso.

—No. Pero ha hecho muy bien en no permitir que la acompañe. ¿Le ha sacado alguna información a la chiquilla?

—No, el médico no ha permitido que la interrogásemos.

Como el inspector había previsto, los patanes estaban jugando al *rummy* y fumando unas pipas apestosas. Garratt se adelantó y mantuvo con ellos un coloquio entre susurros, mientras Fen esperaba con una cara de póquer que recordaba a la de alguien que se hubiese fugado de un manicomio, pero que evidentemente él pretendía que fuese neutral. Después, todos se dirigieron a la celda de Peace, pequeña y de aspecto confortable. Este, sentado en la cama fumando un cigarrillo, estaba leyendo el *Tratado de sociología general*. Dio la impresión de que se alegraba de verlos.

—Han venido a ver al condenado, ¿no es así? ¿Les han contado las acusaciones que pesan contra mí? Es muy desagradable. Y eso que no paro de repetirles a estas personas que desconozco cómo llegaron esas cosas a mi habitación.

Peace hablaba en un tono ligero, pero Geoffrey intuyó la tensión y la ansiedad subyacentes.

—Saldrá de aquí dentro de nada —le aseguró Fen, que añadió, amenazadoramente—. Es decir, si me da la respuesta correcta a una pregunta que voy a formularle.

—¿Y bien?

Fen vaciló. Incluso Geoffrey, que no tenía ni idea de lo que iba a preguntar, percibió que estaban ante un momento trascendental. Hasta los patanes se sacaron las pipas de la boca.

—¿A qué hora salió usted de la rectoría para subir a la catedral y encontrarse con Butler?

—Serían... poco antes de las diez.

Fen se volvió hacia el inspector.

—Según Spitshuker, cinco minutos antes de que nosotros llegásemos a la rectoría.

El inspector asintió. Fen se volvió de nuevo hacia Peace.

—Y bien, esta es la pregunta: cuando salió de la rectoría, ¿subió directamente a la catedral?

—Sí, yo...

—¡Maldición! —Fen empezó a andar por la celda—. ¡No, no es posible! ¡No puedo estar equivocado! Piense. ¡Piense, hombre, piense! ¿No se retrasó por algún motivo? Todo depende de eso.

Peace vaciló de nuevo.

—No... Espere un momento, creo que sí.

—¿Y bien? —dijo Fen, con furiosa impaciencia.

—Fui directamente a la colina, pero me quedé cinco minutos mirando el poste de la hoguera. Reflexionaba sobre los impulsos psicológicos que hacían que tanto las brujas como sus cazadores...

—¿Solo cinco minutos? ¿Está seguro?

—Lo siento, no pudo ser más tiempo. Cinco minutos como mucho.

—Eso indicaría que usted llegó a la catedral a las diez y cinco, como muy tarde. Eran las diez y cuarto cuando llegamos nosotros y oímos el estruendo. ¿Qué hizo durante esos diez minutos?

Los hombres de Scotland Yard intercambiaron miradas.

—Me parece, señor, que está usted tratando de hacer nuestro trabajo. Tenemos razones para creer que en ese período de tiempo entró en la catedral, dejó a Butler sin sentido, le arrojó la losa encima y salió, cerrando la puerta tras él. Luego se cruzó con ustedes cuando escapaba.

—Él no hizo nada de eso. No interrumpan —dijo Fen, ofensivo.

—La verdad es que di vueltas alrededor de la catedral, probando todas las puertas para poder entrar. No comprendía por qué Butler no me oía.

—¿Todas las puertas? ¿Por ambos lados?

—Sí, claro. Varias veces.

Fen sacó un pañuelo y se enjugó la frente. Geoffrey no recordaba haber visto en él semejantes muestras de emoción.

—¡Menos mal! Es posible, entonces. O, más bien... —Fen volvía a estar ansioso—. Sí, es posible, siempre que averigüemos qué hizo el tabernero esa noche.

—¿Harry James? —preguntó el inspector.

—Sí. Podríamos toparnos con un tercer obstáculo, si ninguna de las personas que creemos involucradas estuviera relacionada con el asunto... Pero no, eso es imposible. Tiene que ser alguien vinculado a la catedral, por las razones que antes hemos comentado. Una última pregunta, señor Peace: ¿qué llave utilizó para abrir la puerta de la cerca que separa el jardín de la rectoría de la colina de la catedral?

—La que le pedí prestada a Spitshuker.

—De acuerdo. Bien —dijo Fen, recuperando parte de su animación habitual—. Le sacaremos de aquí en menos que canta un gallo. Intente no meterse en líos —recomendó con tono de guasa. Después se despidió, fulminó con la mirada a los de Scotland Yard y salió acompañado de Geoffrey y del inspector.

Se detuvieron ante la puerta y el inspector comentó:

—No comprendo adónde quiere ir a parar, señor.

—Claro que no, es usted demasiado estúpido —repuso Fen en un alarde de mal gusto—. Y le diré algo más: tengo que denunciar un intento de asesinato.

—¿Qué? —El inspector estaba asombrado—. ¿Un intento de asesinar a quién?

—A mí.

—¡Santo cielo! —exclamó el inspector, más asombrado si cabe—. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

Fen le explicó lo de la misa negra y lo que había ocurrido después.

—¡Misa negra! ¿Qué será lo siguiente, Dios santo? Será mejor que entre y presente una denuncia formal.

—No tengo tiempo —zanjó Fen—. El pub cierra dentro de media hora. Además, debo tomar algunas notas para aclarar mis ideas. Si lo que le preocupa es el satanismo, le aseguro que, después de lo de esta noche, no creo que esos fantoches vuelvan a las andadas.

—Pero ¿y usted?

—Yo estoy bien —dijo Fen, irritado.

—Lo intentarán de nuevo.

—¡No, qué va! Ha sido solo un impulso provocado por el pánico, porque el tipo ha creído que conocíamos su identidad. Una tontería. Vamos, Geoffrey, tenemos que irnos.

—Como guste, allá usted —dijo el inspector con resignación teatral—. Pero debe contarme cuál es su teoría. No le servirá de nada si le matan antes de que la haya hecho pública.

—Averígüela usted solito —replicó Fen. Y, sin añadir nada más, se alejó en dirección al Whale and Coffin.

—A ver, en serio, ¿por qué no se lo ha contado? —preguntó Geoffrey cuando el inspector ya no podía oírlos.

—Porque, mi querido Geoffrey, el inspector habría insistido en detener a la persona implicada, y eso es lo último que quiero en este momento. No son tan tontos como para no haberse preparado ante la posibilidad de un arresto. Lo que tengan que hacer, lo acabarán haciendo, en cualquier caso. Lo mejor es dejarles actuar en libertad sin que

sepan que sospechamos de ellos, para ver si así logramos averiguar cuáles son sus métodos. Pero será difícil. Dificilísimo.

El Whale and Coffin estaba lleno a rebosar. Rodearon la barra y se dirigieron a las mesas, donde aún era posible encontrar un sitio para sentarse, no sin antes recoger a Fielding, que estaba jugando a los dardos. Geoffrey sintió una punzada de remordimiento por no haber pensado ni una sola vez en su amigo desde hacía horas; a fin de cuentas, aquel hombre le había salvado dos veces la vida. Fielding parecía tan abatido y desorientado como siempre. Geoffrey decidió que le compensaría por haberlo abandonado.

Entonces vieron al tabernero, Harry James, y Fen se dispuso a interrogarlo. James parecía tener las respuestas preparadas y, sospechosamente, aportó muchos detalles. Según él, la noche anterior había estado atendiendo las barras sin parar un momento desde que abrió —a las 18.00— hasta la hora de cierre —a las 22.30—. De las 21.30 a las 22.30 había hablado con tres clientes habituales, cuyos nombres estaba más que dispuesto a facilitar. —Geoffrey advirtió, sorprendido, que al oírlo Fen soltó un suspiro de alivio—. Fen le preguntó si él mismo se había encargado de abrir las puertas a las seis en punto. James respondió que sí, y que varios clientes que estaban esperando fuera lo corroborarían. Todo era muy natural, y no tenía nada de extraño, pero Geoffrey se descubrió detestando cada vez más a aquel hombre cuyos ojillos parpadeaban constantemente detrás de los gruesos cristales de sus gafas y que toqueteaba sin cesar la leontina de su reloj. Había algo físicamente repugnante en él.

—Me pregunto —intervino Geoffrey— cómo es que anoche conocía usted mi nombre de pila.

—¡Caray, señor Vintner! —James sonrió y sus gafas centellearon al reflejar la luz—. Es usted un conocido compositor de música sacra. Quizá sea demasiado modesto en lo que concierne a su reputación.

—Pero ayer dijo que me había confundido con un difunto.

—No quería incomodarlo —replicó James con tranquilidad—. No soporto esa manía de dar la lata a los famosos.

—¿Le interesa la música sacra, entonces?

—Muchísimo. Llevo toda mi vida estudiándola.

Geoffrey fingió interés con gran eficacia —o eso creyó él—.

—No es habitual encontrarse con un entendido laico. Algún día tenemos que charlar. ¿Cuál es su selección preferida para el servicio vespertino?

James volvió a sonreír.

—Soy presbiteriano, por lo que no estoy muy familiarizado con el servicio anglicano. Pero, de las piezas que he escuchado, siento una preferencia sentimental por el servicio de Noble en si menor.

—Personalmente, prefiero el Stanford en mi bemol.

Geoffrey esperó la respuesta conteniendo la respiración. Pero James se limitó a

levantar una ceja y a decir:

—¿En mi bemol? Nunca he oído hablar de él. El Stanford en si bemol me parece una maravilla, desde luego, así como el menos conocido en sol.

Geoffrey maldijo para sus adentros: aquel hombre lo había superado. En voz alta, comentó:

—Debería acompañarnos mañana en la catedral. En el servicio matinal cantaremos el motete a ocho voces *In exitu Israel*, de Byrd.

—¡Ah!

James sonrió.

—Mucho me temo que solo conozco el de Wesley —dijo el tabernero.

A Geoffrey se le cayó el alma a los pies. Había fracasado una vez más.

—Antes de irme, me gustaría felicitarle por su maravillosa *Misa de Comunión*. Su Credo es particularmente hermoso, con esa repetición ascendente de negras en el acompañamiento.

Bien, caballeros, si ya no me necesitan... ¡Eh, Jenny! —gritó a una camarera que pasaba por allí—. Esta noche, los caballeros son mis invitados. Sírvale un vaso de ese whisky especial al señor Fen. Es un licor bastante peculiar —le dijo confidencialmente a Fen—. Le gustará, seguro. Buenas noches a todos. Sonrió y desapareció.

—¡Whisky! —exclamó Fen con gran satisfacción, aunque, cuando llegó, lo probó primero con mucha prudencia.

—Estoy desconcertado. Es increíble lo que puede lograr un día de estudio intensivo —admitió Geoffrey.

—Personalmente, me gusta el Dyson en re. Es una batalla entre la religión y el amor, entre Eros y... —Se interrumpió con brusquedad—. Da lo mismo, ya tengo lo que quería saber. Y, ahora, sentémonos a trabajar.

Se sacó varios papeles arrugados y sucios de un bolsillo y, del otro, una colección de lápices sin punta, ya muy gastados. A continuación, él y Geoffrey empezaron a calcular los horarios individuales de cada uno de los posibles involucrados en el caso, mientras Fielding suministraba conjeturas y consejos absolutamente inútiles. Por fin, tras algunas enconadas discusiones y acusaciones mutuas de mala memoria, escribieron la siguiente lista:

Garbin: A las 18.00 estaba solo en su casa —sin confirmar—. Llegó a la rectoría hacia las 19.30 y se quedó a la reunión después de cenar. Se marchó poco después de las 21.00 y se fue a pasear por los acantilados —sin confirmar—. Volvió a su casa a las 22.30.

Spitshuker. A las 18.00 trabajaba en su habitación —sin confirmar—. A las 19.00 partió con Garbin hacia la rectoría y llegaron a eso de las 19.30. Comprobada su presencia allí hasta que acabó la reunión —20.50 aprox. —. Acompañó a Butler hasta el jardín de la rectoría. Desde entonces hasta poco antes de las 22.00 estuvo hablando con Peace. Cuando se iba, a las 22.00, se encontró con Geoffrey, Fielding, Fen, Frances y el inspector. Habló con el inspector desde las 22.05 hasta las 10.15.

Dutton: A las 18.00 estaba paseando —sin confirmar—. A las 19.30 volvió para cenar. Después se retiró a su habitación, pero lo vieron por la casa cuando Butler y Peace acordaban encontrarse en la catedral. Se quedó en su habitación el resto de la noche —sin confirmar—.

Dallow. A las 18.00 hablaba con un criado en su casa. Antes, a las 17.15, había ido a ver a Brooks. Cenó a las 19.00 y luego se fue a la rectoría, donde llegó a las 20.00. Estuvo presente en la reunión, se marchó a eso de las 21.00 y fue a ver a un contratista local. Al no encontrarlo en casa, volvió a la suya hacia las 22.30 —sin confirmar—.

Savernake. A las 18.00 acompañaba a la señora Garbin de la estación a la casa donde la habían invitado a cenar, y se quedó allí un rato. Luego fue directamente a la rectoría, pero de camino se detuvo en casa de Butler para dejar el equipaje. Después de la cena salió a dar un paseo —sin confirmar—. Habló con uno de los concejales entre las 21.45 y las 22.20. Regresó a casa de Butler justo cuando recibieron la noticia de su muerte.

Peace. A las 18.00 llegó a casa de Butler desde la estación. No encontró a nadie —sin confirmar—, hasta que Butler y señora llegaron a las 18.15. Cenó en la rectoría a las 19.30. Después estuvo un rato en la terraza —sin confirmar—, pero volvió poco antes de las 21.00. Quedó en verse con Butler a las 21.20 en la catedral. Estuvo hablando con Spitsuker hasta poco antes de las 22.00 y luego salió hacia la catedral. Lo encontramos en el exterior de la catedral a las 22.16.

Butler. Hacia las 18.00 zurraba a Josephine en la rectoría. Volvió a su casa a las 18.15 y luego regresó a la rectoría a eso de las 20.00. Dejó la reunión para subir a la catedral hacia las 21.00. Lo encontramos muerto entre las 22.20 y las 22.25.

James: Estuvo en el Whale and Coffin desde las 18.00 hasta las 22.30.

Frances: A las 18.00 estaba de compras en el centro —sin confirmar—. Volvió a la rectoría hacia las 18.10, donde presenció el final del altercado con Josephine y conoció a Geoffrey y a Fielding. Cenó y fue a su habitación a leer, para reaparecer al final de la reunión, a las 20.50. Hizo alguna tarea en la cocina —sin confirmar—, salió a pasear, se encontró con Fen, Geoffrey, Fielding y el inspector hacia las 21.50, regresó con ellos a la rectoría y luego volvió a la cocina —sin confirmar—.

Josephine: A las 18.00 su padre la zurraba en la rectoría. Se desconocen sus movimientos posteriores, pero a las 20.55 llevó un mensaje falso a la policía que vigilaba la catedral.

Señora Garbin: A las 18.00 se dirigía con Savernake hacia la casa de una amiga, para cenar y jugar al *bridge*. Se quedó allí hasta las 23.00.

Señora Butler. A las 18.15 volvió de tomar el té con una amiga, acompañada del señor Butler. Se quedó en casa el resto de la noche, primero con su marido, hasta poco antes de las 20.00, y luego sola —por tanto, sin confirmar—. Después Spitsuker le llevó la noticia de la muerte de su marido. ^[véase nota 4]

En la parte inferior del papel, Fen había garabateado:

La policía se marchó de la catedral a las 20.55. Implicaciones de la tumba-losa: no premeditado.

Los objetos de la habitación de Peace: error con la aguja hipodérmica.

Los terrenos de la catedral se cierran por la noche, pero es muy fácil acceder a la colina aunque no se tenga llave —como hizo Josephine—.

En cuanto a la cuestión del nombre de pila de Geoffrey y la sogá: puede que James esté involucrado; puede que otra persona esté involucrada.

De los horarios y las cuestiones señaladas antes se desprende que hubo una persona que claramente tuvo algo que ver con el asesinato de Butler. Puede que tal persona sea el asesino, y quizá también el cerebro de la trama de espionaje.

Fen miró a Geoffrey y a Fielding.

—¿Lo entienden ahora?

—No —dijo Geoffrey.

—¡Serán bobos! —exclamó Fen.

EL LAÚD DEL AMOR

¡Oh, el laúd del amor que se oye en las tierras de la muerte!

SWINBURNE

El día siguiente amaneció envuelto en un calor intenso y cegador. Geoffrey había dormido mal, presa de unos sueños que casi se podían considerar pesadillas. Se había desvelado, había vuelto a dormirse y se había vuelto a despertar. Cuando, ya de mañana, consiguió conciliar por fin un sueño más profundo, unos golpecitos en la puerta de su habitación —o eso le pareció— hicieron que se sobresaltara. Entreabrió los ojos, percibió sin entusiasmo que ya era de día y emitió ese sonido ahogado y miserable que usan quienes acaban de recobrar la conciencia para indicar que comprenden lo que ocurre a su alrededor. Al otro lado de la puerta, la voz de Frances le decía: —Ya he salido del cuarto de baño. ¡Vamos, apresúrese o no nos dará tiempo a hacer nada antes de desayunar!

Geoffrey miró el reloj, vio que eran poco más de las seis, meneó la cabeza ante la falta de formalidad de las mujeres y finalmente consiguió salir de la cama.

Cuando llegó a la planta baja, Frances, vestida con una camisa de cuadros y un pantalón azul oscuro, ya lo estaba esperando. Geoffrey volvió a maravillarse ante la oscura belleza de su cabello, el inmaculado cutis blanco que un toque carmesí, aquí y allá, salvaba de la palidez y la asombrosa perfección de su cuerpo. Aquella mañana parecía una niña, una impresión que acentuaban el brillo de sus ojos y su impaciencia por irse. Se preguntó cómo se sentiría Frances tras la muerte de su padre, y ella, como si le estuviese leyendo el pensamiento, dijo:

—Le extrañará que salga a divertirme cuando acaban de matar a mi padre.

—Ni se me había pasado por la cabeza.

Ella esbozó una triste sonrisa.

—Supongo que es extraño, sí. Pero..., bueno, una no puede forzarse a sentirse mal si no se siente así.

—¿Acaso no lo quería?

—Sí, eso es lo curioso: lo quería, pero solo de un modo distante. O sea... —De pronto se echó a reír—. ¡Qué absurdo debe de sonar eso! La verdad es que no sé cómo expresarlo. Claro que fue horrible cuando... me lo contó, pero, a saber por qué, esa

sensación no ha perdurado. Ninguno de nosotros lo conocía bien... Se pasaba el día encerrado, trabajando.

Salieron de la rectoría, cruzaron el jardín y tomaron el camino que subía a los acantilados que separaban Tolnbridge de Tolnmouth.

—Espero que nadie nos vea. Yo no debería estar paseando por aquí tan tranquilamente... —dijo Frances.

—De todos modos, nadie en sus cabales estará levantado a estas horas.

Ella lo miró, sonriendo.

—Es usted un remilgado, en efecto.

—¿A que sí? Creo que esa es la razón de que no tenga éxito con las mujeres. A ellas les gustan los hombres masculinos: grandes, peludos y dominantes, como un minero o un jardinero de D. H. Lawrence.

—Pero ¡qué tontería! A las mujeres les gustan cosas distintas de los hombres... No generalice así. Lo único que demuestran los hombres que generalizan sobre las mujeres es que no saben nada de ellas.

—Yo no sé nada de ellas.

—Ya lo he notado. En parte, por eso me resulta tan agradable estar con usted. Un hombre verdaderamente tímido con las mujeres es encantador, para variar.

—¿Savernake es tímido?

—¿Por qué lo menciona?

—Porque estoy celoso.

—¿De veras? ¡Qué bonito! Pues bien, él no es tímido en absoluto, si quiere saberlo. Es, más bien, un engreído.

—¿Sigue comprometida con él?

—Sí —respondió Frances con sequedad, casi apresuradamente.

—Frances... Ayer hablaba en serio...

Ella le puso rápidamente una mano en el brazo.

—Por favor, Geoffrey, no quiero hablar de eso. Ahora, no. Quizá más adelante.

Geoffrey sintió una punzada irracional de resentimiento, que al parecer ella percibió.

—Hablaremos más adelante —repitió Frances.

«A fin de cuentas —pensó él— no hace ni cuarenta y ocho horas que la conozco. No tengo ningún derecho a inmiscuirme así en su vida personal. Quizá nunca tenga derecho. O quizá yo ni siquiera lo desee. El matrimonio implicaría abandonar muchas cosas que no quiero abandonar».

Geoffrey sintió que tenía que haber rechazado la invitación a pasear. Frances era hermosa, Frances era deseable, pero si él se comprometía... Necesitaba más tiempo para pensar. Luego se maldijo por idiota y por cobarde, pero, de repente, su sentido del humor hizo acto de presencia y se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—De mi propia absurdidad.

—Sí, imagino que es muy absurdo. Estemos un rato callados.

Caminaron en silencio. Aunque todavía estaba bajo, el sol ardía con bastante intensidad, bordeado por un halo de fuego. Abandonaron el camino polvoriento y caluroso para subir por un sendero empinado que cruzaba un bosque encaramado en la ladera. Cuando se adentraron en la espesura, sintieron un frescor verde y líquido. Las zarzas y los helechos muertos se retorcián entre los árboles, y también había un par de rosales silvestres y pequeñas moreras cuyos frutos aún no parecían maduros. El sendero, que llegaba hasta lo alto de la colina, era estrecho y se curvaba en los extremos, como un canal. El centro, todavía húmedo por el agua que había bajado por el cauce, estaba recubierto de piedras y de un lodo amarillo, por lo que resbalaron varias veces durante el ascenso.

Salir del bosque fue como salir de una caverna. De repente, se encontraron en una amplia planicie salpicada de piedras y rodeada de aulagas que las gaviotas sobrevolaban con las alas extendidas planeando a toda velocidad. Sus roncros chillidos eran el único sonido que se oía, además del distante murmullo del mar. Las crías de aquellas aves eran feas y parduzcas.

Una de ellas voló tan bajo que hasta llegaron a ver cómo le palpitaba la garganta al chillar.

Poco después estaban sobre la desembocadura del estuario, mirando el mar. A sus pies se extendían unos acantilados marrones, rematados por una franja de arena salpicada por los desechos de una cantera clausurada: un embarcadero de madera podrida, dos camiones volcados y gran cantidad de vías oxidadas, rotas y retorcidas que no llevaban a ninguna parte. La falta de agua había hecho que la hierba que allí crecía fuera corta, dura, áspera y amarronada. Una suave brisa peinaba ondas diminutas en la superficie del mar y jugaba con sus caras. Frances se desperezó con un gesto de puro placer animal.

—¡Precioso!

Siguieron caminando por el sendero que bordeaba el acantilado en dirección al mar. Abajo, escoltadas por las gaviotas, avanzaban renqueando unas diminutas barcas pesqueras, azules, marrones y rojas, con pequeñas velas triangulares en la popa. Frances atrajo a Geoffrey al borde del precipicio. A sus pies se extendía una cala de arena limpia y casi blanca, cuyas aguas cristalinas llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

—¡Qué bonito! —comentó Geoffrey, de un modo bastante prosaico.

—Vamos.

—¡Cielo santo! Yo no puedo bajar hasta ahí. Menuda locura, ¿nos partiríamos la crisma!

—Conozco un camino. Por allí le resultará bastante más fácil bajar.

—No lo creo.

—Nadie lo conoce, o muy poca gente. Seguro que no nos encontraremos con un alma por allí.

—Quiero que mi ataúd sea de plomo, si quedan restos reconocibles con los que llenarlo.

Tant bien que mal, tras una serie de escalofriantes proezas atléticas consiguieron bajar

hasta el fondo del acantilado.

—¡Dios, espero que podamos volver a subir! —jadeó Geoffrey en cuanto llegaron a la cala.

—El ascenso es mucho más fácil. —Frances dio unos pasitos de baile sobre la arena—. ¿No es maravilloso? Y estamos solos. Vamos a bañarnos.

—Pero... no me he traído bañador.

—Da lo mismo. Yo tampoco.

Asombrado, Geoffrey preguntó:

—¿Cree que nos conocemos lo bastante para...?

Frances soltó una carcajada contagiosa.

—Geoffrey, no sea puritano. ¿No le apetece nadar un poco?

—Sí, pero...

Demasiado tarde. Ella ya había empezado a desnudarse y, aunque con bastantes reparos, Geoffrey acabó imitándola. Cuando terminaron, se contemplaron un momento, en silencio, antes de echarse a reír a la vez.

—¡No me mire así, es muy grosero! —exclamó ella, fingiendo indignación.

Corrieron al agua, que a Geoffrey le pareció helada.

Frances se adentró en el mar con brazadas veloces y competentes. Geoffrey la siguió, resoplando levemente.

—Es una sensación placentera, pero me siento muy inmoral —dijo él. En las aguas cristalinas, a varias brazas de profundidad, un par de pececillos se dedicaban a sus esotéricos asuntos.

Una vez fuera, mientras se secaban en las rocas, Geoffrey intentó pasarle el brazo por los hombros, pero ella lo apartó.

—No, hasta que me haya puesto algo de ropa.

Geoffrey se ruborizó y, cuando ya estaban vestidos, dijo:

—¿Frances?

—¿Qué?

—¿Sabe que estoy enamorado de usted?

—Sí. Creo que yo también estoy enamorada de usted —dijo ella con una sinceridad que casi preocupó a Geoffrey.

—Me gustaría que nos casásemos.

Tras un prolongado silencio, Frances respondió:

—Lo siento, Geoffrey, pero... no puedo.

—¿Por qué? —Él la agarró del brazo casi con violencia.

—Déjeme, me hace daño.

—¿Por qué?

—Por mi padre. He estado pensando, y después de lo que ha pasado no puedo dejar sola a mamá. ¿Lo comprende, querido?

—Sí, pero tiene que vivir su propia vida. Y, además, todo tiene solución. Su madre puede vivir con nosotros... y Josephine también —propuso Geoffrey, con escaso

entusiasmo.

—Eso es muy amable por su parte, pero no puedo prometerle nada... Al menos de momento. —Se echó a reír—. ¡Como si con una promesa estuviese concediendo una especie de privilegio! Suena de lo más presuntuoso.

—¿Me está rechazando por Savernake?

—¡No, no! —La negación fue rápida y vehemente—. No me casaré con él, en ningún caso.

—Pero acaba de decir que me apreciaba.

—Y es verdad. Es verdad, querido, le quiero tanto... Pero ¿acaso no se ha dado cuenta? Estoy confundida, todo ha ocurrido tan deprisa... ¿No podemos esperar un poco?

—Yo no quiero esperar.

—Pues no nos queda más remedio. Dígame, querido, ¿qué le sucedió a mi padre? ¿Fue un accidente? Tiene que haber sido un accidente. No creo que ni siquiera ese Peace...

—Lo han arrestado.

—Lo sé. —Una sombra se interpuso entre ambos—. ¿El profesor Fen ha descubierto algo?

Geoffrey la abrazó.

—No se preocupe, otras personas se encargarán de eso. —Intentó besarla, pero ella apartó la cabeza. Geoffrey retrocedió, y Frances lo miró, al borde del llanto.

—Volvamos.

Pero cuando estaban de nuevo en lo alto del acantilado, ella se volvió, tiró de Geoffrey y lo besó fugazmente. Luego siguieron andando, en silencio.

Y así empezó el tercer día.

Cuando hablase sobre aquella jornada más tarde, Geoffrey la denominaría «el día» pues, de pronto, como en respuesta a una señal, se acabó la charla y empezó la acción. Hasta entonces habían estado tratando con personajes independientes, aislados entre sí, simples figuras de cera alineadas para someterse a sus respectivos interrogatorios. Cuando les dieron la espalda, una de esas figuras se había movido para cometer un asesinato. Sin embargo, una especie de sexto sentido le decía que por fin se acercaba el desenlace, que aquel engaño no seguiría manteniéndose en pie mucho más tiempo. Se sentía ante la boca de una caverna, como si estuviese esperando a que una criatura se abalanzase sobre ellos desde la oscuridad, pero sin saber qué tipo de criatura podría ser. La hora de las conjeturas había acabado: llegaba, por fin, el momento de actuar.

Después de tocar en el oficio matinal, partió con Fen y Fielding hacia un pequeño pub de las afueras, donde Fen tenía la intención de proponerles un plan de acción. En aquel lugar, a diferencia del Whale and Coffin, era menos probable que les interrumpiesen o que les espiasen. Fen llevaba un gran mapa de la zona que insistió en ir

desplegando y plegando constantemente de cualquier manera mientras andaban, y que, por lo tanto, acabó arrugadísimo y roto.

—No creo que estas personas operen únicamente desde el centro del pueblo, sería demasiado peligroso. Me he propuesto descubrir sus posibles escondrijos en los alrededores, lo que constituye casi una tarea imposible.

—¿Ha descubierto algo sobre esos mensajes transmitidos por radio? —preguntó Fielding.

—Voy a llamar al departamento de criptografía, pero no creo que los hayan descifrado aún; estas cosas llevan su tiempo. El problema es que todo es demasiado impreciso. Estoy convencido de que no sacarán nada en claro.

Y entonces se produjo una interrupción. Estaban bajando por un estrecho sendero flanqueado por los altos setos de tejo que rodeaban el cementerio cuando, de pronto, oyeron una voz.

—*Con dedos y cuidado se le busca, con esperanza y algún que otro tenedor...*

Fen se detuvo en seco.

—Sé quién es —dijo consternado.

—*Amenazarlo con acciones ferroviarias y encandilarlo con sonrisas y jabón...*

—¡Charlemagne! —gritó Fen. La voz calló y oyeron arañazos al otro lado del seto—. Supongo que es usted el Profesor Emérito de Matemáticas —añadió abatido.

Un ancianito peludo y asilvestrado asomó la cabeza por encima del seto.

—¿Qué hace aquí, Charlemagne? —preguntó Fen con tono amenazador.

—Estoy de vacaciones —respondió la cabeza—, y es muy desconsiderado por su parte interrumpir a un absoluto desconocido de esta forma tan poco caballerosa.

Fen se indignó tanto que soltó un grito.

—¿No me reconoce? —dijo, irritado—. ¿Es que no me reconoce, viejo estúpido?

—Claro que sí. Es usted el lechero de la universidad. —Y desapareció.

Fen corrió furioso al siguiente espacio libre de maleza del seto. El Profesor Emérito de Matemáticas llegó al mismo tiempo.

—*Pero ¡oh, rutilante sobrino!* —recitó, señalando a Fen con el dedo—. *¡Guárdate del día en que tu snark sea un bujum! Porque entonces desaparecerás de forma súbita y sutil, y nunca te volverán a ver...*

—¡Basta! —le ordenó Fen—. Eso es pura afectación. Sabe perfectamente quién soy. ¡Gervase Fen!

—Es posible, pero creo recordar que Gervase Fen era mucho más joven.

—Es inútil hablar con usted. ¡Vámonos!

—¿Adónde? —preguntó el profesor de Matemáticas con un tono tan severo que todos se sobresaltaron.

—Eso no es de su incumbencia, pero, para que lo sepa, vamos a tomar una copa.

—Les acompaño.

—No, ni hablar. No le queremos con nosotros.

—Les recitaré *La caza del Snark*.

—Nos lo puede ahorrar, gracias.

—¡Les acompaño! —repitió el profesor con tal firmeza que intimidó hasta al mismo Fen.

—¿Está seguro? —preguntó Fen con voz débil.

—Yo nunca estoy seguro de nada, salvo del cálculo diferencial. Y ni siquiera se me da tan bien como antes.

Fen gimió y, con un gesto de impotencia, indicó a sus acompañantes y al profesor que se pusieran en marcha.

—Un buen tipo —susurró Fen a Geoffrey—, pero no es honrado. Roba cosas. Aunque no creo que nos dé problemas si nos acompaña... Y tampoco veo —añadió con más inquina— cómo podríamos librarnos de él, aunque quisiéramos.

A su lado, el profesor continuaba recitando plácidamente a Lewis Carroll.

Salvo por el dueño, que secaba los vasos con esa actitud absorta y distante tan propia de la gente de su profesión, el pub *The Three Shrews* estaba vacío. Pidieron cerveza, que Fen insistió en que pagara el profesor de Matemáticas. Se sentaron alrededor de una mesa y, tras escuchar pacientemente la conclusión del espasmo séptimo de *La caza del Snark*, empezaron la charla que les había llevado hasta allí.

—Creo que nuestra estrategia general tiene que ser (a) intentar encontrar el cuartel general de esa gente y (b), una vez descubierto, averiguar cuáles son sus planes —dijo Fen.

—¿Así de fácil? —se burló Geoffrey.

Fen lo fulminó con la mirada.

—Bueno, sugiera algo mejor, si puede. Quizá no resulte tan complicado como parece. Lo que no podemos hacer es detenerlos sin estar al corriente de los planes que tienen ante tal eventualidad.

—No.

—Pues eso.

Fen abrió el mapa, señaló una zona determinada y Geoffrey se fijó, vagamente, en las palabras «bosque de Slater».

—He estado buscando edificios vacíos en los alrededores —continuó Fen— y he llegado a la conclusión de que, quitando la cabaña de los *scouts*, solo hay uno que...

Entonces Fielding lo interrumpió. Una interrupción que, tan solo unas horas después, Geoffrey lamentaría amargamente.

—No comprendo cómo sabe que ese sitio está en las afueras.

—Lo sé, o creo saberlo, porque he estado investigando discretamente las actividades habituales de la principal persona involucrada, y el sujeto en cuestión tiene la costumbre de salir a pasear por las afueras, siempre en la misma dirección. Puede que se trate de simples excursiones de placer, desde luego, pero lo dudo.

El tabernero, que había desaparecido para cumplir alguna misteriosa misión, volvió con un sobre en la mano.

—Disculpen, ¿alguno de ustedes es un caballero llamado... —miró el sobre—

Gervase Fen?

—*Mí mismo* —dijo Fen, con una escasa corrección gramatical.

—Acabo de encontrar esta nota sobre la alfombrilla. La he oído caer por la ranura del buzón.

Tras esta breve declaración, el tabernero volvió a su barra para seguir secando vasos. Fen abrió la carta, que estaba escrita a máquina.

Muy listo, descubrir mi identidad. Pero no me arrestará, ¿verdad? Le faltan pruebas. Cuento con sustitutos que, llegado el caso, se harán cargo del asunto. ¿Por qué no hablamos? Esta tarde saldré a pasear, como tengo por costumbre. (Y mis disculpas por ese estúpido tiroteo en la misa: no fue cosa mía, por supuesto). Cordiales saludos.

—Pero ¡esto es fantástico! —exclamó Fielding—. ¡Los criminales no escriben cartas así!

—Coincido en ese punto —dijo Fen, pensativo—. Hay algo falso en la carta, pero el impulso de fanfarronear es auténtico, creo yo. Me pregunto... ¡Dios, ojalá supiera qué hacer! El problema es que la carta dice la verdad: no tenemos suficientes pruebas materiales, como ceniza o huellas, para acusar a la persona en cuestión. Solo me baso en la hora y en el singular método del asesinato.

—No parecen muy preocupados por lo que pueda hacer usted —opinó Geoffrey.

—No, ¿verdad? Y, a fin de cuentas, ¿qué puedo hacer? ¿Amenazarlos con un revólver? Jamás confesarían, y encima yo acabaría arrestado.

—Siempre podemos secuestrarlos y torturarlos —propuso Fielding, entusiasmado.

—Intuyo que, si lo intentásemos, acabaríamos con sendas balas en la espalda.

—¡Madre mía! —dijo el profesor.

—¡Usted cállese! —exclamó Fen—. Lo que sí puedo hacer es llamar al Ministerio de Guerra para averiguar si saben algo de unos mensajes de radio. McIver, ese es el responsable. ¿Cuál es el número? Whitehall algo...

—Búsquelo en el listín telefónico.

—No consta, ni tampoco me lo darán en Información. ¡Es secreto de Estado! Pero tiene un cinco y un seis y un ocho y un siete. 5-8-6-7; 7-6-8-5; 7-8-6-5... No, no me suena.

—Será mejor que anotemos todas las combinaciones posibles y vayamos probando —propuso Fielding.

—Eso llevará su tiempo.

—Yo calcularé las combinaciones —dijo, animadísimo, el Profesor Emérito de Matemáticas. Cogió papel y lápiz.

—¿No podría probar con otro hombre? —dijo Geoffrey.

—Es que solo conozco a ese. Nadie más me escucharía.

—En tal caso, adelante.

El profesor trabajó durante cinco minutos y luego entregó la lista de posibles combinaciones. Geoffrey echó un vistazo y comentó:

—Ha olvidado el 5687.

—Es imposible, lo he calculado con el factorial de cuatro.

—¡Y qué: ha olvidado el 5687!

El profesor miró la lista con suma concentración.

—Curioso —admitió.

—Oh, vamos, ya lo haré yo —dijo Fen, impaciente—. Es así, se escribe primero cada número y...

—¡Pruebe primero con los que ya tiene! —exclamó Geoffrey—. Mírelos, ¿le suena alguno?

Fen estudió la lista un buen rato.

—No.

—Vamos. Hay un teléfono fuera, en la antesala. Lo he visto al entrar.

Fen apuró la cerveza con cara de ofendido y todos salieron tras él. El pub seguía desierto. Fen entró en la cabina y llamó a las oficinas de un manicomio, a una funeraria, a un teatro, al primer ministro y al señor James Agate del Café Royal —en este punto, el mecanismo tenía que haberse estropeado— sucesivamente. Mientras tanto, los demás se revolvían los bolsillos en busca de monedas y corrían de aquí hacia allá para conseguir cambio en el pub. Por fin, y para sorpresa de todos, Fen acertó con el número al que quería llamar.

—Hola, ¿es usted, McIver? Soy Fen. Me da lo mismo que esté ocupado. ¡Tiene que escucharme un momento...! No, no estoy borracho. ¡Atienda!

Le explicó las circunstancias del caso. Entonces se oyó un prolongado chisporroteo al otro extremo de la línea.

—Información sobre posiciones militares y navales —dijo Fen—. Sí, eso me temía. ¡Bueno, pues si perdemos esta guerra será culpa suya! Si se despierta mañana con Himmler en el orinal... —Se volvió hacia los demás—. Lárguense, que voy a chismorrear.

Todos regresaron, obedientes, al bar.

Pidieron otra ronda de cerveza y se la bebieron. El día se amodorraba y Geoffrey se recostó en la butaca, envuelto en un agradable estupor. Las moscas zumbaban en la ventana. A lo lejos, se oyó el sonido de un coche que arrancaba y se alejaba. El tabernero sacaba brillo a los vasos con fatigosa persistencia y resultados imperceptibles. Geoffrey miró la nota que Fen acababa de recibir. La afabilidad de aquellas palabras resultaba odiosa. Y en ese preciso instante recordó que quienquiera que la hubiese escrito había drogado a una chiquilla de quince años, había hecho enloquecer a un hombre para después envenenarlo y había espachurrado a otro... Pese a la calidez del día, le recorrió un escalofrío de asco. Tendió la carta al Profesor Emérito de Matemáticas, que bebía cerveza con la mirada perdida.

—No tengo ni la menor idea de qué trata este asunto, pero coincido en que hay algo raro en esta carta —dijo el profesor—. El tono es tan indiferente... Casi como si pretendiera engañar a alguien, dándole una falsa sensación de seguridad.

Geoffrey y Fielding se incorporaron. Los dos pensaron lo mismo, al mismo tiempo.

«Fen tarda una barbaridad con esa llamada».

Y en un santiamén ambos estaban en la puerta, con el corazón encogido. Cuando llegaron a la antesala no había nadie. La cabina estaba abierta y vacía, pero el cable del auricular se mecía suavemente y un leve olor a cloroformo endulzaba el ambiente.

El profesor, que los había seguido fuera, se detuvo ante la cabina vacía.

—Ha desaparecido de forma súbita y sutil —dijo, muy serio—. Así que *snark* era en realidad un *bujum*, como ven.

OTRO MUERTO

El odio intelectual es el peor.

YEATS

Evidentemente, lo primero que debían hacer era correr hacia la carretera por si aún estaban a tiempo de alcanzar a los captores, pero Geoffrey recordó que había oído arrancar un coche y supo que sería inútil. Descubrió entonces unas marcas de ruedas en la gravilla. Aun así, resultó imposible averiguar qué dirección había tomado el vehículo, porque el rastro se perdía en un arcén de macadán contiguo a la carretera. En cuanto al resto, no se veía ni un alma. Como secuestro, no solo había sido audaz, sino también impecable.

El siguiente paso era llamar al inspector. Las palabras con que este recibió la noticia coincidieron con el ánimo de Geoffrey. Prometió usar todos sus recursos para rastrear el coche y sugirió que Geoffrey y Fielding volvieran cuanto antes a comisaría para idear entre todos un plan de acción. Así que los amigos se pusieron en marcha y dejaron al Profesor Emérito de Matemáticas bebiendo solo, con expresión grave y tranquila. No volvieron a saber nada de él.

Durante el camino de regreso Geoffrey comprendió que todas sus pesquisas resultarían inútiles. Fen no les había dicho el nombre del criminal y, por tanto, no podrían descubrir su paradero siguiendo esa pista. La perspectiva de una persecución no le proporcionaba ninguna emoción, tan solo náuseas, una desesperación sorda y un amargo remordimiento. ¡La nota era una trampa perfecta! ¡Qué imbécil había sido por no verlo!

El inspector escuchó con expresión sombría lo que tenían que contarle y no aportó ninguna idea constructiva. Los patanes de Scotland Yard habían regresado a Londres temprano para investigar los antecedentes profesionales de Peace. Fielding preguntó, con cierta irritación, cómo iba a tener algo que ver Peace en el asunto si estaba encerrado en su celda cuando Fen había desaparecido, pero hasta Geoffrey vio la escasa lógica de sus palabras, pues, a fin de cuentas, ya sabían que se estaban enfrentando a una banda organizada. La única débil pista con que contaban, señaló el inspector, era la posible complicidad de Harry James, el dueño del Whale and Coffin. Siempre podían solicitar una orden de registro para inspeccionar el local, pero el enemigo, sin duda, ya lo habría

previsto. El inspector tenía un par de novedades desde la última vez que se habían visto, y las dos eran negativas: no habían conseguido localizar el baúl que había estado a punto de aplastar a Geoffrey en el tren ni al hombre que se lo había tirado encima. Tampoco habían identificado al agresor de los grandes almacenes, que, entre la confusión general, había logrado escapar por otro departamento. Sin embargo, en aquel momento la importancia de dichos asuntos era secundaria. Hacía solo un instante el inspector se estaba planteando llamar a James para interrogarlo, pero después del secuestro de Fen no estaba seguro de que fuese lo más inteligente. Si Fen no estaba ya muerto —a Geoffrey se le revolviéron las tripas—, aquello sin duda podía precipitar su asesinato.

Finalmente, Fielding los convenció de que, como huésped del Whale and Coffin, a él le resultaría más fácil curiosear un poco sin levantar sospechas. Ni Geoffrey ni el inspector se mostraban muy dispuestos a dejar el asunto en sus manos, pues, a fin de cuentas, el Whale and Coffin era su única opción. Acabaron por decidir que, mientras Fielding investigaba, Geoffrey se tomaría algo en el bar, formando una especie de segunda línea de defensa, y un agente aguardaría discretamente fuera, en tercera línea, para solicitar refuerzos en caso necesario.

De modo que, quince minutos después, Geoffrey regresó al atestado Whale and Coffin con el corazón acelerado. El plan de acción de Fielding consistía en llevar a cabo una búsqueda relativamente superficial. Habían acordado que si no regresaba al cabo de veinte minutos, procederían al registro exhaustivo del local. Geoffrey se pidió una copa de whisky. El minuterero de su reloj se arrastraba por siglos de eternidad del cuatro al cinco, del cinco al seis... A su alrededor, tranquila y ajena a los acontecimientos, la multitud se dedicaba a esa seria ocupación humana que es beber. Era muy improbable que sus enemigos no hubiesen previsto aquella estrategia y que no estuviesen al tanto de lo que ocurría. Geoffrey se sentía cada vez más nervioso y hasta agradecía profundamente que el local estuviese repleto de gente. En cuanto al tabernero, no se le veía por ningún lado. Se preguntó qué estaría haciendo Fielding.

En realidad, Fielding ya había encontrado lo que buscaba. Lo había encontrado muy pronto, y a punto estuvo de costarle la vida. Tras salir de su habitación, recorrió el pasillo estrecho y revestido de madera con la cabeza gacha para no golpearse con las vigas, sintiéndose menos entusiasta respecto al trabajo de agente secreto de lo que era habitual. Aunque se consideraba un hombre valiente, pensaba, como antes Geoffrey, que era muy improbable que pudiese sorprender a quienquiera que buscase, y aquella idea le deprimía profundamente. Probó la primera puerta del pasillo, a la derecha. No esperaba encontrar pruebas incriminatorias desperdigadas en un lugar tan público, pero tenía que ser metódico. Fielding abrió la puerta y entró en una sala revestida de madera blanca, bien iluminada y con agradables muebles de cretona. No había nadie, pero oyó unas voces procedentes de una puerta cerrada que había al fondo. Se acercó de puntillas y pegó la oreja al ojo de la cerradura. Le llegaron fragmentos de una conversación.

—... le digo que en esta costa nunca se ha pescado un congrio de más de seis metros.

—En Cornualles puede pescarlos más grandes.

—El problema es que allí no tienen sardinas para utilizar de cebo. Y se saca tan poca carne de un congrio...

Aquello no sonaba nada prometedor, y Fielding estaba a punto de alejarse cuando cambió de parecer. Si las personas del otro lado eran huéspedes del hotel, podría disculparse fácilmente. Si no... Bajó la manija, entreabrió la puerta y una voz gritó desde el interior:

—¿Hola? ¿Quién anda ahí?

No le quedaba más remedio que seguir. Abrió la puerta y cruzó el umbral. Allí había dos hombres. Uno era Harry James y el otro... Savernake.

Estaban sentados a ambos lados de una mesa, con sendas cervezas ante ellos. La habitación era una réplica más pequeña de la que acababa de abandonar. Aparte de unos pocos libros, que tras un rápido vistazo reconoció como manuales de música sacra, nada indicaba que aquel lugar estuviese habitado. Savernake exclamó, animadamente:

—¡Fielding! ¡Qué agradable sorpresa! Siento que apenas nos hayamos visto desde su llegada.

Y James:

—¡Señor! ¿En que puedo servirle? ¿Lo encuentra todo a su gusto?

—Tómese una cerveza con nosotros —dijo Savernake—. Es algo poco habitual en mí, tengo una reputación que mantener..., pero, de vez en cuando, me gusta hablar de pesca con Harry.

Y entonces Savernake se levantó y se interpuso entre Fielding y la única puerta de la estancia, justo la que acababa de cruzar. La única ventana de la habitación tenía barrotes y daba al abandonado patio trasero del pub. Fielding comprendió que tendría que luchar. Los dos hombres lo miraban de un modo extraño. De pronto se sintió indefenso y trató de decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Entonces volcó una mesa y, de una patada, arrojó una silla al tabernero. James se tambaleó momentáneamente y luego se enderezó. Ni él ni Savernake se movieron. Fielding retrocedió despacio hacia un rincón, hasta que su hombro rozó la pared.

—Pero, Fielding, ¿qué le ocurre? —Oyó decir a Savernake.

El miedo le atenazó el corazón, que pareció detenerse. Y entonces cogió aire para gritar.

De pronto la habitación se tiñó de sangre. Fielding fue vagamente consciente de una detonación y de una súbita sacudida que lo lanzó con violencia contra la pared y luego lo sumergió a brazas de profundidad para acabar en un brusco impacto contra el suelo. Intentó frenéticamente mantener la conciencia y reprimir, mordiéndose la lengua, el pánico atroz que sintió al comprender que una parte de su cuerpo había sido herida. Intuía que debía seguir consciente, por si algo de lo que decían ayudaba a localizar a Fen. Tenía que fingir que estaba muerto. Las luces de mil tiovivos giraban y danzaban ante sus ojos, pero el dolor solo acababa de empezar. Las voces de aquellos hombres llegaron a sus oídos transformadas en un extraño eco que parecía estar atravesando prolongados túneles y laberintos.

—¿Por qué le ha disparado, imbécil? —gruñó James—. Es la segunda vez que sus jueguitos con esa pistola casi acaban con nosotros. ¿Acaso quiere atraer a todo el vecindario?

—Nadie lo ha oído. Y recuerde que yo soy quien manda aquí. Haré lo que me parezca conveniente.

—¡Entonces no haga nada! ¿Y ahora qué, so listo? ¿Sabe que Vintner está abajo y que hay un poli ahí fuera?

—Tenemos que escapar, desde luego. Destruirlo todo y escapar. Si llegamos a Escocia...

—¡Si llegamos a Escocia! Eso sí que suena bien.

—Eche algo de droga en la bebida de Vintner. Lo dejaremos en la trastienda y diremos que se encontraba mal. Eso nos dará algo más de tiempo.

—Maldito chapucero engreído...

—No tendré el menor reparo en volver a utilizar esta arma... contra usted. De hecho, me facilitaría bastante la huida.

—¿Oye? ¡Viene alguien!

—No, nadie ha oído ese disparo. Vaya a echar la droga en la bebida de Vintner.

—¿Y Fen? ¿Qué hará con él?

—A estas alturas ya estará muerto.

—No lo creo. No con ese hilillo de gas que dejó saliendo de la espita, y con la habitación tan mal sellada todavía aguantará. Su puñetero sadismo nos va a condenar a todos. Tenemos que volver ahora mismo al antiguo manicomio y acabar de una vez con él.

—¡No hay tiempo, miserable canalla! ¡Vaya a arreglar lo de la bebida de inmediato!

Y entonces James se marchó. Fue entonces cuando Fielding, incapaz de resistir por más tiempo y sin poder avisar a Geoffrey de ningún modo, se desmayó. Durante los cinco minutos que el tabernero estuvo ausente, Savernake se dedicó a recorrer la habitación de un extremo a otro, enjugándose el sudor del rostro flaco y alargado, alisándose el pelo color panocha y retorciendo nerviosamente las manos. El fino labio superior le temblaba de miedo y tenía un tic en el rabillo del ojo derecho.

—Se lo ha bebido como un corderito. Ya he dado instrucciones para que se encarguen de él en cuanto se desmaye —dijo James cuando regresó. Se volvió para inspeccionar a Fielding—. No está muerto. Si es usted incapaz de matar a esta distancia, será mejor que no vuelva a usar ese revólver.

Savernake sacó el arma.

—No, déjelo —dijo James—. Hemos tenido suerte la primera vez y nadie ha oído el disparo, pero no vamos a tentarla de nuevo. Hay formas más discretas de acabar con él. Venga, ayúdeme.

Arrastraron a Fielding hasta la estufa de gas. Era un aparato móvil, conectado a la espita de la pared mediante un tubo flexible. James desconectó el tubo de la estufa e insertó el extremo en la boca entreabierta de Fielding. Luego se sacó del bolsillo un rollo

de esparadrapo y le selló la nariz y la boca. Abrió la espita. Se quedaron unos instantes escuchando el suave siseo y contemplando la sangre de la herida, que se iba extendiendo de forma irregular por el suelo.

—Eso acabará con él —aseguró James—. Y, ahora, larguémonos. Si conseguimos llegar a Bristol, G. tendrá algún plan para llevarnos hasta Escocia y entonces podremos reírnos a gusto.

—Será mejor que le registre los bolsillos.

—¡Dese prisa, maldita sea! Si no ha bajado dentro de cinco minutos, me largaré sin usted.

—Allí estaré.

James salió dando un portazo. Momento que Savernake aprovechó para inclinarse sobre el cuerpo tendido.

Pero Geoffrey no estaba drogado. Con unas dotes de observación inusuales en él, se había fijado en que el último whisky no se lo habían servido de la botella que se encontraba sobre la barra, sino que lo habían traído de fuera con la excusa de que la marca era mejor. También había notado que alguien lo estaba vigilando por la rendija de una puerta cercana, en la que había un cartel de *privado*. Geoffrey se volvió de espaldas y, con un gesto ostentoso, fingió que bebía, aunque en realidad se vertió el whisky por debajo del cuello de la camisa. Fue una sensación incomodísima, pero la americana abrochada ocultó la mancha y, afortunadamente, ninguno de los clientes se dio cuenta ni se mostró sorprendido por aquella maniobra tan singular. Geoffrey se limpió la boca, se dio la vuelta para dejar el vaso encima de la barra y, con un comentario gracioso, pidió otro whisky. La camarera salió a buscarlo. Él se quedó acodado en la barra hasta comprobar, observando de reojo, que la puerta entreabierta se cerraba despacio, cosa que le indicó que, de momento, estaba a salvo. Y en ese instante supo que habían atrapado a Fielding, y también lo que debía hacer a continuación.

Se dirigió a la puerta del establecimiento y silbó unos acordes de *Widdecombe Fair*. En respuesta a la señal acordada, el agente que montaba guardia en la calle se apartó discretamente, pero, una vez lejos de las ventanas, echó a correr. Solo cinco minutos a pie separaban el Whale and Coffin de la comisaría. Geoffrey calculó que el local estaría rodeado en unos diez minutos.

Volvió a entrar y se abrió paso hasta los aseos, pues recordaba que allí había una segunda salida que llevaba a la zona del hotel. Pero, una vez dentro, ¿por dónde empezar a buscar? Aquel sitio era un auténtico laberinto de habitaciones y pasillos en el que los profanos podían perderse con facilidad. Se puso a pensar. Sabía al menos dónde estaba la habitación de Fielding, y era lógico que su amigo hubiese iniciado su inspección partiendo de ese punto. Asimismo, resultaba evidente que no había tenido tiempo de alejarse demasiado de su dormitorio. El resultado fue que, poco después, Geoffrey entraba en la sala que Fielding había cruzado tan solo unos minutos antes.

Se encontraba justo en el umbral de la puerta cuando se abrió la que daba a la sala interior y salió Savernake, que la cerró después con llave. ¡Savernake! Pero Geoffrey no se detuvo a pensar, ni se habría detenido aunque se hubiese tratado del mismísimo arzobispo de Canterbury. Atravesó la sala con una especie de salto volador y aterrizó sobre Savernake antes de que el clérigo advirtiera siquiera su presencia.

Como la mayoría de los forcejeos, este fue confuso, impredecible y nada científico. Pero Geoffrey contaba con la ventaja de la sorpresa, y Savernake, aparte de que no logró sacarse el arma del bolsillo, era más pequeño y enclenque que su contrincante. Al final cayó al suelo, se golpeó la cabeza contra el rodapié y allí se quedó, aturdido y lamentándose.

Geoffrey no esperó a ver su evolución, porque el olor a gas procedente de la otra habitación era demasiado evidente. Entró a toda prisa, cerró la espita, arrancó el esparadrapo de la boca y la nariz de Fielding y le aplicó cuantos métodos de primeros auxilios se le ocurrieron. Fielding todavía respiraba. Entonces oyó el sonido de un motor que arrancaba y se alejaba. Poco después llegaron otros coches y la policía subió por la escalera. Geoffrey trasladó a Fielding a la otra habitación, descubrió que Savernake había escapado y se preguntó si habría sido él el conductor del primer coche. No, eso era imposible; no había tenido tiempo de bajar y salir del local.

El inspector llegó con un médico, que administró reconstituyentes a Fielding y le vendó la herida. Entretanto, Geoffrey contó lo poco que sabía.

—¡Savernake! —exclamó el inspector—. Conque era él... Sigo sin comprender nada... Da lo mismo. Lo atraparemos.

—Creo que James ha huido en un coche.

—También lo atraparemos. Llamaré a la policía del condado y a las autoridades militares y acordonaremos la zona.

El inspector se marchó precipitadamente.

—Vuelve en sí —dijo el médico, apoyando la cabeza de Fielding en sus rodillas—. ¡Que alguien llame al hospital para que envíen una ambulancia!

Fielding abrió los ojos y vomitó con violencia, gimió e intentó hablar.

—No hable, se pondrá bien —indicó el médico, que luego le dijo a Geoffrey—: Creo que la herida no es grave, aunque la bala ha estado a punto de alcanzarle el pulmón derecho...

—James... Savernake... —Fielding hablaba despacio. Unas arcadas prolongadas y violentas interrumpían sus palabras. Tenía la cara y las uñas azuladas—. Fen... Gas... En...

Sus palabras se volvieron incoherentes. Geoffrey se acercó aún más. Se moría de impaciencia.

—¿Sí? ¿Sí?

Fielding lo intentó de nuevo, pero solo consiguió tener un nuevo acceso de náuseas. Luego echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Por Dios, haga que vuelva en sí como sea! ¡Sabe dónde está Fen! La vida de Fen

depende de ello, ¿tiene que hacer que vuelva en sí!

—Mi estimado señor, lo que me pide es imposible —dijo el médico, con cierta irritación—. Es decir, puedo intentarlo, pero sería extremadamente peligroso. Podría matarlo.

—Él querría que usted lo intentara.

—Quizá, pero eso no tiene nada que ver.

—Yo diría que tiene todo que ver.

El médico miró fijamente a Geoffrey y luego dijo:

—De acuerdo. Me expulsarán de la profesión y seguramente me acusarán de homicidio. Mi esposa y mis hijos morirán de hambre, pero lo intentaré. Deme ese maletín.

Fen había despertado de un sueño en que una gigantesca mantis religiosa lo perseguía por la empinada zanja de una vía ferroviaria. Se descubrió inmovilizado por un artilugio blanco que acabó identificando como una camisa de fuerza.

Tras intentar esclarecer las implicaciones de aquella situación inusual, se dedicó a vomitar discretamente. Luego alzó la vista y vio que Savernake y James lo observaban en silencio.

—¡Hola! —saludó, con toda la animación de la que fue capaz—. Tienen ustedes un aspecto ridículo.

—No tanto como el suyo —se burló Savernake—. Está en un lugar de lo más apropiado, ¿sabe? Se encuentra usted en el viejo manicomio.

—Lo sabía.

Fen quiso mover las piernas y descubrió que también se las habían atado.

—No se moleste en intentar soltarse. Sería una pérdida de energía.

—¿Por qué me han secuestrado?

—Para poder matarlo cómoda y tranquilamente.

—Muchas gracias. Disculpen, caballeros, pero voy a vomitar una vez más. Es el maldito cloroformo.

—Adelante.

Cuando hubo terminado, Fen preguntó:

—¿Y ahora, qué?

—Mucho me temo que nos veremos obligados a prescindir de usted.

—¡Explíquese y deje de imaginarse que está en un libro!

—Mi querido profesor, yo soy la última persona con quien va a hablar. Podría, al menos, dirigirse a mí con educación.

Fen se echó a reír.

—¿Cuántos años tiene, Savernake?

—¿Por qué?

—Pura curiosidad.

—Veintiséis.

Fen volvió a reírse y Savernake preguntó:

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Que conozco muy bien a los alumnos como usted. Siempre han existido tipos de su calaña en Oxford: va de listo, pero es incapaz de concentrarse ni de pensar. Es afectado y pedante, pero carece de alma y de moral, aunque sí tiene un inmenso complejo de inferioridad.

Savernake avanzó y le propinó una patada en la cara.

—Eso ha dolido —dijo Fen, débilmente—, y he perdido un diente. —Lo escupió al suelo—. ¿Por qué conspiran ustedes contra su país?

—Es un detalle que ahora carece de relevancia y no estoy dispuesto a discutirlo. No obstante, le veo cierto encanto al hecho de que el nazismo acalle a los estúpidos, a los que se las dan de listos en la barra de un pub y a los imbéciles democráticos.

—El nazismo mata a mucha gente.

—Eso es lo de menos.

—Ya, para usted lo es. Pero no lo será cuando le liquiden. Le resultará de lo más desagradable y en ese momento dará su alma a cambio de pasarse el resto de su vida escuchando a los que se las dan de listos en la barra de un pub.

—Como todos los demócratas, es usted un sentimental.

—Creo que matar está mal, eso es todo —Fen suspiró—. Y bien, ¿qué van a hacer entonces conmigo?

—Abrir el gas.

—¿El gas? —preguntó Fen, sorprendido—. Creía que este sitio estaba abandonado. Habrán cortado el suministro.

—Pasado mañana, a más tardar, se instalarán aquí las autoridades militares —dijo James. Era la primera vez que intervenía—. Han vuelto a dar el gas, lo que nos viene como anillo al dedo.

—¿Dónde estamos?

—A ocho kilómetros de Tolnbridge y a dos de la carretera o de la casa más cercana. Si pierde los nervios y se pone a gritar, lo que probablemente será el caso, nadie lo oirá. Pero aún así lo amordazaremos antes de irnos, por si acaso.

Fen reflexionó unos instantes.

—Creo que prefiero una muerte más rápida.

—Muy bien —dijo Savernake, con total indiferencia—. Dispárele, James.

James desenfundó el revólver, sacó el cargador y volvió a colocarlo en su sitio.

—Apresúrese, no podemos quedarnos aquí toda la noche —dijo Savernake, con el mismo tono apagado—. Y póngase las gafas, por Dios. A ver si esta vez acierta a la primera, que no quiero dejarlo todo perdido.

James asintió sin decir nada. Sacó un estuche del bolsillo, lo abrió, cogió sus gafas, las limpió cuidadosamente y se las puso. Luego amartilló el arma, apuntó a la cabeza de Fen y colocó el dedo sobre el gatillo.

Fen cambió súbitamente de parecer.

—Creo que prefiero el gas —dijo muy rápido, y añadió, mientras James bajaba el arma—: *Plutôt souffrir que mourir, c'est la devise des hommes.*

—De acuerdo, intentaremos que sufra —dijo Savernake.

Se dirigió a la espita de gas que había en la pared y la abrió un poco, para probar. Se oyó un siseo agudo.

—Admirable, pero así todo iría demasiado deprisa —añadió. Dejó la espita abierta al mínimo—. Veamos ahora... Las ventanas están cerradas pero la habitación no está sellada, por lo que habrá escapes. Yo diría que, con el gas al mínimo, tardará una hora y media en morir.

—Eso me parece una soberana tontería —gruñó James—. ¿Y si alguien lo encuentra antes?

—Nadie lo encontrará. ¿Cómo iban a encontrarlo? Y tenemos que dejarle algo de tiempo para meditar, ¿verdad? Mucho me temo que ahora nos veremos obligados a amordazarle —le dijo a Fen—. Intentaremos que le resulte tan cómodo como sea posible.

Cuando terminó su tarea, dijo:

—Adiós. No diré que siento tener que hacer esto, porque la verdad es que estoy encantado. Venga, James.

Incapaz de articular palabra, Fen se despidió con un movimiento de cabeza. Los otros dos salieron y cerraron con llave.

El silencio fue un alivio para Fen. Ladeó la cabeza hacia el otro extremo de la habitación, donde estaba la espita, pero como apenas salía gas no oyó ningún sonido. Luego forcejeó un poco, pero lo único que consiguió fue acentuar los calambres y que unos espasmos de dolor agudo le recorrieran las extremidades. Además, la camisa de fuerza le daba mucho calor, por lo que pronto desistió. La habitación tampoco resultaba muy prometedora como fuente de ayuda, pues era grande y no tenía muebles. Debía de estar en el despacho del celador. Los alemanes, reflexionó vagamente, padecían una obsesión neurótica con los manicomios: ahí estaban *El gabinete del doctor Caligari*, por ejemplo, y *El testamento del doctor Mabuse*. Pero quienes lo habían dejado allí eran agentes de los nazis, y los nazis habían expulsado a Wiene y a Lang... Fen intentó concentrarse en el presente; aquellas digresiones no le servían de nada. Le asaltó una insistente tristeza al pensar que iba a morir.

* * *

Fielding seguía con los ojos cerrados. El médico guardó su instrumental en el maletín y miró a Geoffrey.

—Lo siento. No ha funcionado. No puedo despertarlo.

—Ay, Dios... No habrá empeorado, ¿verdad?

—No, se repondrá. ¿Es eso la ambulancia? ¡Ya era hora! Le avisaré en cuanto su

amigo sea capaz de hablar.

Geoffrey se quedó impotente e indeciso.

—Si atraparan a James o a Savernake... No serviría de nada. Fen ya estará muerto para entonces.

—Son unos canallas, ¿verdad? —se limitó a decir el médico. Aquello fue más reconfortante que unas prolongadas muestras de preocupación.

Se llevaron a Fielding, que parecía muerto, en una camilla. El médico lo acompañó. Una vez solo, Geoffrey maldijo con saña e hizo cuanto podía por concentrarse. ¿Dónde estaría Fen? ¿Cómo podía averiguarlo? Necesitaba una pista desesperadamente, pero no se le ocurría nada. Gas..., una espita en la pared... Gas, gas..., gasómetros... La compañía del gas...

—¡Idiota! —chilló de pronto a la habitación vacía.

«¡Idiota!», respondió un eco sorprendido y algo burlón.

Geoffrey corrió como un demente escaleras abajo y se cruzó con el inspector, que acababa de colgar el teléfono.

—Todo bien, de momento —le informó el inspector con voz insulsa sin percatarse de que Geoffrey intentaba decirle algo—. Ya han acordonado la zona y no creo que el del coche consiga escapar. Savernake irá a pie o en bicicleta. Voy tras él...

—¡Eso da lo mismo ahora! —le interrumpió Geoffrey, histérico—. ¡Vuelva a ese teléfono!

El inspector lo miró sin comprender.

—¡La compañía del gas! ¡La compañía del gas! —gritó Geoffrey.

Cinco minutos después, el gas que ardía debajo de unos cuatro mil almuerzos en su última fase de preparación vaciló y se apagó. Habían cortado el suministro de todo el distrito.

Fen ya había vomitado violentamente tres veces y había estado a punto de desmayarse dos más. Para entonces, la concentración de gas en la habitación se había incrementado tanto que le impedía pensar con claridad. Tampoco sabía qué hora era ni cuánto tiempo había pasado desde que James y Savernake lo dejaron allí. Le molestaba mucho la cara, aunque el efecto anestésico del gas había amortiguado un poco el dolor. Descubrió que ya no podía enfocar la vista. Suspiró para sus adentros y se dedicó a meditar sobre las cosas primeras y últimas.

Al cabo de quince minutos, descubrió sorprendido que seguía meditando sobre las cosas primeras y últimas. La impresión bastó para despejarle un poco la cabeza y permitirle observar que el sol estaba considerablemente más alto desde la última vez que había mirado. Volvía a ser capaz de enfocar la mirada y la cara le dolía cada vez más. Sintió una leve curiosidad. Quizá sus pulmones tenían algo especial que los inmunizaba frente al gas. La idea le divirtió tanto que la risa le provocó un nuevo acceso de náuseas, y las náuseas con la boca amordazada no son una experiencia agradable. Intentó calmarse

un poco.

Dos horas después, cuando Geoffrey, el médico y dos policías entraron en la habitación, Fen se sentía muy vivo, irritable y curiosamente ofendido. Lo primero que dijo, en cuanto le quitaron la mordaza y obligó a su mandíbula a ponerse de nuevo en movimiento, fue:

—¡Soy inmune al gas!

—No sea bobo —dijo Geoffrey—. Han cerrado el suministro hace un par de horas. ¡Por cierto, viejo amigo, cuánto me alegro de verle!

Mientras ayudaban a Fen a entrar en el coche, Geoffrey le explicó lo sucedido.

—Finalmente —concluyó—, recordé que cuando estábamos en ese pub de las afueras señaló un punto del mapa y me explicó que había muchas posibilidades de que ese fuera el centro de operaciones de la banda. Aunque Fielding le interrumpió y no llegó a concretar más, me dio tiempo a leer un nombre cerca del lugar que señalaba. Al principio no conseguía recordarlo porque me había quedado en blanco, pero sabía que guardaba alguna relación con la historia de fantasmas y el diario de Thurston. Corrí a casa de Dallow y volví a leer el diario del obispo. Allí estaba: «La he visto en secreto en el soto donde acaba el sendero de Slatter». ¡Claro, el bosque de Slater! La policía me informó de que en los alrededores solo había un edificio vacío, precisamente este. Y aquí estamos.

—¡Ah! —dijo Fen, inusualmente lacónico—. Se trataba de una simple conjetura por mi parte, pero menos mal que fue afortunada. Sí, ha sido una suerte para todos. — Guardó silencio y luego dijo, grandilocuente—: ¡He salvado el país!

Seguiría repitiendo esta última frase durante varias semanas más, pero, como nadie le hacía caso, al final desistió.

Y entonces regresaron a la comisaría de Tolnbridge.

Allí no había prácticamente nadie. El inspector y casi todos sus hombres habían salido a buscar a James y Savernake. El nervioso sargento que había quedado al mando, que a todas luces tenía la cabeza llena de hazañas heroicas y elevadas responsabilidades, les informó de que Fielding se estaba recuperando tan favorablemente como cabía esperar, de que estaban segurísimos de que James seguía en la zona ya que la habían acordonado con suma rapidez y de que no había ni rastro de Savernake, que supuestamente se ocultaba en algún lugar de la población. Decidieron quedarse allí a esperar, por si llegaban novedades. Era casi la hora del té, y un agente les sirvió un brebaje espeso y oleaginoso. Fueron a ver a Peace —que seguía en su celda, leyendo el *Tratado de sociología general*— y le contaron todo lo sucedido. Se quedó perplejo.

—A mí nunca me gustó Savernake, pero tampoco lo hubiera creído psicológicamente capaz de organizar algo así.

Y se lanzó a una explicación de los tipos psicológicos a la que nadie prestó demasiada atención.

Entretanto, el inspector seguía con su plan establecido. Iba solo y estaba indignadísimo. Había organizado a sus hombres de modo que cubrieran todos los lugares

donde pudiera encontrarse Savernake pero él había decidido regresar a casa del doctor Butler. Savernake solía alojarse allí, así que cabía la posibilidad de que hubiera ido a recoger dinero o algunas pertenencias. No se equivocaba. Frances, pálida y asustada, salió a su encuentro en el jardín.

—¡Gracias a Dios que ha venido! —exclamó, antes de explicarle precipitadamente—: Es July... Savernake. Ha estado aquí, iba armado... ¿Qué está ocurriendo? ¿Geoffrey está bien? ¿Es July el asesino de mi padre? Ha desconectado el teléfono por si acaso se nos ocurría llamar a alguien y no nos atrevíamos a salir de casa por si seguía en los alrededores. Se ha llevado todo el dinero que teníamos.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos diez minutos.

—¿Sabe por dónde se ha ido?

—No, no lo hemos visto. Mamá está en un estado de nervios terrible.

—Oiga, ¿puede hacerme un favor? —El sosiego habitual del inspector había sido sustituido por una frialdad enérgica y formidable.

—¿Qué?

—Yaya a comisaría y cuénteles lo sucedido. Ellos sabrán qué hacer.

—Yo... No me atrevo. Estoy asustada —vaciló—. Me da miedo dejar a mi madre aquí sola.

—Llévesela con usted. No tiene nada de qué preocuparse. Savernake está demasiado atareado intentando huir para molestarse con ustedes. —La miró fijamente—. ¿Irá?

—Yo... De acuerdo.

—Estupendo.

El inspector corrió a su bicicleta. Cuando ya estaba en la puerta del jardín, gritó:

—¿Savernake iba a pie?

—Sí, eso creo.

Garratt se marchó, dejándola azorada y algo desvalida, en el camino.

Savernake había podido tomar tres rutas. Una era la que llevaba de regreso a la villa —una idea temeraria que no valía la pena plantearse, ni siquiera como farol—; la segunda era la que bajaba hasta la costa, que, sin duda, ya sabría que estaba vigilada; y la tercera consistía en seguir el estuario y tratar de llegar a Tolnmouth atravesando los acantilados. Por esta última sí era posible que un hombre a pie eludiese los controles, así que el inspector decidió que se trataba de la mejor opción. Yendo en bicicleta, sería un blanco fácil si Savernake le disparaba desde detrás de un soto o desde los arbustos del camino, pero tenía que arriesgarse. El inspector, que por lo general era un hombre cordial y pacífico, amable con su familia y sus amigos, amante de los libros, afable en su trabajo y muy apreciado en Tolnbridge, se había transformado ahora en una máquina extraordinaria, prácticamente insensible al miedo común. Aunque consideró la idea, no sin cierta ironía, de que sería mucho menos audaz si él fuese el perseguido y no el perseguidor, recordó también las numerosas características desagradables de su presa y reprimió deliberadamente esa lástima por los vencidos tan propia de la mentalidad

inglesa. Le gustaba Inglaterra, aunque no pensara demasiado en ello, y aborrecía, con más intensidad de la que estaba dispuesto a admitir, a las personas que intentaban perjudicar a su país. Además, le agradaba la idea de Inglaterra como un bloque compacto que se enfrenta a sus enemigos, y la sola presencia de traidores entre sus conciudadanos ofendía su sentido de la simetría. «*Je hais le mouvement qui déplace les ligues*», habría dicho, de haber conocido el poema de Baudelaire y de haber sabido el suficiente francés.

Se alegraba de ir armado. Era una persona que solo se dejaba llevar por el rencor y el odio cuando hacía prácticas de tiro. En tales ocasiones, imaginaba que su objetivo era destruir algún indefinido eje del mal: el blanco se convertía en su enemigo personal y le disparaba como si representase una amalgama de las fuerzas opresoras —capitalismo, fascismo, bolchevismo... Casi nunca particularizaba más— encarnadas en figuras indefinidas, insustanciales e infinitamente amenazadoras. Era la única forma de ensoñación que se permitía, pero lo volvía singularmente peligroso cuando tenía un arma en su poder y un blanco legítimo al que disparar.

Apretaba el calor. Quince minutos después ya había llegado al punto más alto de los acantilados, cerca de la cantera abandonada que Geoffrey y Frances habían visto durante su paseo matinal. Puede que Savernake le hubiera pasado desapercibido y lo hubiese adelantado sin darse cuenta. En cualquier caso, como sabía que un kilómetro más adelante había guardias, decidió subir por las matas hasta un montículo para otear los alrededores desde allí. Y entonces, cuando se estaba apeando de la bicicleta, que ya no podía avanzar por aquel terreno escarpado, lo vio.

Savernake corría nervioso entre los arbustos, a menos de quince metros de distancia, y solo por pura suerte no había reparado en el inspector, que incluso desde el montículo podía distinguir el sudor que le perlaba la frente y el cabello color panocha, enmarañado y lacio. Garratt suspiró de satisfacción mientras se agachaba para esconderse. Aquello estaba resultando demasiado fácil. Aguardó a que Savernake, que no dejaba de lanzar miradas inquietas a su alrededor, llegase al claro y avanzara hasta darle la espalda. Luego se le plantó detrás y lo apuntó con el revólver.

—¡Alto! ¡Arriba las manos!

El clérigo se detuvo y tensó el cuerpo, pero no se volvió. A continuación, presa de una súbita desesperación por huir, echó a correr volviendo sobre sus pasos y alejándose de los guardias. El inspector corrió tras él, pero era más corpulento, y Savernake, impulsado por el pánico, avanzaba a toda velocidad. Entonces Garratt se detuvo y apuntó.

Les separaban casi veinte metros y el tiro era difícil, pues el objetivo era un blanco rápido que avanzaba en zigzag. Savernake se tambaleó un instante con el impacto de la primera bala, pero siguió corriendo, ahora más despacio, tropezando con las piedras y los arbustos de tojo, apoyándose en los espinos. El inspector volvió a disparar y falló. El tercer disparo derribó a Savernake, que siguió arrastrándose, todavía vivo, igual que un pollo decapitado corriendo por una granja. Quizá estuviese recordando lo que Fen había dicho sobre su propia muerte, hacía apenas tres horas... Eso nunca se sabría. El inspector

también recordaba cosas: el asesinato de dos hombres y la espantosa blasfemia de la misa negra, entre otras. Disparó una cuarta vez, y la bala destrozó la columna vertebral de Savernake, que dejó de arrastrarse, intentó ponerse en pie y luego se desplomó boca abajo, ya inmóvil. Estaba muerto.

Fen y Geoffrey se dirigían a la rectoría. Hartos de esperar en comisaría, cuando Frances apareció para anunciar que el inspector estaba persiguiendo a Savernake, habían decidido volver. Geoffrey había sentido una gran emoción al ver de nuevo a Frances. Comprendió, entonces, que no se esperaba volver a encontrarse con ella tan pronto. Pero solo fue capaz de darle un apretón de manos y esbozar una sonrisa.

De momento nada se sabía de James. Los guardias estaban convencidos de que le resultaría imposible atravesar el cordón policial en coche, y veían muy improbable que lo hubiese conseguido a pie. Pero Geoffrey estaba más que dispuesto a dejar en manos de la policía la tarea de encontrarlo, y lo mismo pensaba Fen. Aunque el doctor lo había medicado y remendado, Fen estaba cada vez más malhumorado, irritable y abatido. Se negó a dar más explicaciones y se limitó a anunciarle a Geoffrey:

—Voy a acostarme en mi habitación hasta la hora de cenar. Me encuentro mal. Piense solo.

Acto seguido subió a su dormitorio, y Geoffrey se fue a pensar a la sala.

Harry James se levantó de la butaca que había en la habitación de Fen en cuanto este abrió la puerta y entró. Sus ojos, pequeños y negros como los de un cerdo, centellearon tras las gruesas lentes de las gafas, y la mano que sostenía el revólver le tembló un poco. Su ropa estaba llena de polvo y arrugada.

—Adelante, profesor. Le esperaba —dijo en voz baja—. Cierre la puerta despacio y no grite.

Fen hizo lo que le decía. Estaba muy cansado.

—Haberse escondido aquí es una locura. No conseguirá escapar.

La mano del tabernero tembló más aún.

—Lo sé. Pero he decidido que primero quería saldar cuentas con usted. Si no se hubiese mezclado en esto, maldita sea, lo habríamos conseguido. No, no baje las manos.

—¡Es una postura muy incómoda! —protestó Fen.

—Da lo mismo. Serán solo unos minutos.

Fen agradeció al cielo, quizá con más fervor del habitual, que hubiese una butaca entre ellos y que James no pudiese verle las piernas ni los pies. También agradeció la torpeza del tabernero, que había dejado a su alcance un guijarro que a Fen se le había caído el día anterior, mientras sacaba del bote en que la había atrapado lo que había tomado por una mantis religiosa pero que resultó ser un saltamontes deforme. Tan solo debía procurar que la parte superior de su cuerpo no traicionase el movimiento de su pierna; eso, y lanzar el guijarro en la dirección adecuada sin apartar la vista del hombre armado. Las probabilidades de éxito eran tan escasas que aquello rozaba el absurdo, pero

no le quedaba otra opción, y al menos contaba con la ventaja de que James estaba al borde de una crisis nerviosa. Miró de reojo el armario empotrado, que, al no tener ojo de cerradura en la puerta, tan útil le había resultado para sus experimentos. Esperaba que esas puñeteras criaturas no se hubiesen aniquilado entre sí. Era una lástima que la distancia que lo separaba de James no le permitiera saltar en el momento oportuno, pero nada podía hacerse al respecto.

Dijo en voz alta:

—Lo que no acabo de entender es por qué diablos un hombre como usted acaba involucrándose en algo así.

—No intente ganar tiempo, no le servirá de nada. —El dedo de James se colocó sobre el gatillo.

—¡Por Dios, deme al menos unos minutos!

—¿Quiere saber por qué me uní a los nazis?

De pronto, Fen comprendió que también para James cada minuto de su vida era precioso, y aquella idea le dio ánimos.

—Entonces se lo contaré, maldito señor profesor sabelotodo. Me uní a los nazis porque pagan bien, ¿comprende? Me importa un carajo quien gobierne; eso no afecta a los hombres como yo. Pero sí le aseguro algo: si hubiera sido yo quien dirigía este asunto, todo habría acabado de una forma muy distinta.

«Ahora —pensó Fen—. Ahora, de nada sirve aplazarlo». Dio una patada al guijarro sin apartar los ojos de James. Su corazón dejó de latir hasta que oyó el impacto de la piedra contra la puerta del armario. Para sus adentros, prometió libaciones a los dioses; de puertas afuera, dio un leve respingo y fingió exageradamente que no había oído nada. De ahora en adelante, todo dependía de sus dotes para la actuación.

James lo había oído. Retrocedió enseguida para poder mantener tanto a Fen como el armario dentro de su campo de visión. Luego lo señaló con la cabeza.

—¿Qué hay ahí?

—Nada —dijo Fen rápidamente—. Es solo un armario, ¿por qué? (¡Ay, la dificultad de no sobrereactuar cuando se actúa...!).

—Creo que sabe muy bien por qué. Ahí dentro hay alguien.

(¡El truco había funcionado!).

—No hay nada más que mis trajes, se lo aseguro.

Fen echó un vistazo rápido al armario, fingiendo una esperanza mal disimulada. James estaba cada vez más nervioso y no podía apartar la vista de aquella puerta. Ahora, lo importante era que el tabernero no pensara en la situación real. En el fondo, era absolutamente indiferente si detrás de aquella puerta aguardaba toda la policía de Devon: James ya había decidido no escapar y estaba a tiempo de cumplir su propósito de matar a Fen a toda costa. Por otra parte, era evidente que no deseaba morir de inmediato, lo que sin duda sería el caso si hubiera habido alguien detrás de aquella puerta, y, además, no se puede olvidar que la curiosidad es un motivo poderosísimo. Fen confiaba en estos dos factores y, por tanto, fue con profundo pesar que oyó decir a James:

—En fin, ¿qué más da? Eso no influye para nada en nuestra pequeña rencilla.

Al parecer, el plan había fallado. Pero la curiosidad y el miedo perduraban, a la espera de avivarse una vez más. James desconocía el origen del ruido, porque el guijarro era diminuto y había rebotado hasta perderse de vista. Fen notó, con una leve satisfacción, que si James se desplazaba hacia la puerta, quedaría a su alcance; lo difícil era llevarlo hasta allí.

—Me pregunto si le molestaría que sacara algo de ese armario... En un bolsillo del traje...

—No me venga ahora con esas... y no se mueva.

El dedo del gatillo volvió a tensarse.

—Quizá podría alcanzármelo. Es una fotografía...

—Y quizá no.

Los ojos de James volvieron a escrutar la habitación, inquietos. El sudor le resbalaba por las mejillas y le empañaba las gafas... «Una ventaja añadida», pensó Fen, ya que no se atrevería a quitárselas para limpiarlas. De pronto, el tabernero gritó:

—¡Deje en paz ese maldito armario! ¿Cómo sé que detrás de esa puerta no se oculta uno de sus amiguitos?

La furia y el miedo habían triunfado al fin, y Fen albergó nuevas esperanzas... que se evaporaron a toda velocidad. El tabernero se serenó. Había estado a punto de perder los nervios, pero había conseguido contenerse. Ahora jadeaba rápidamente, como un hombre cuyo corazón late demasiado rápido.

—¡Ya me he hartado! —gruñó—. Acabemos con esto antes de que me enrede con alguno de sus trucos.

Volvió a tensar el dedo en el gatillo. Fen estaba desesperado. Si no conseguía atraer de nuevo la atención del hombre sobre el armario, este le mataría allí mismo. ¿Dar un respingo mirando en esa dirección? Debería calcularlo meticulosamente. Si era demasiado discreto, no serviría de nada; si se pasaba de la raya, cabía la posibilidad de que a James se le quebrasen unos nervios ya destrozados y apretase el gatillo sin más. Pero tenía que arriesgarse.

Durante una fracción de segundo, Fen se resignó a la eternidad. No se produjo ninguna detonación. Sin embargo, James ya no aguantaba más: cascadas de sudor resbalaban de su frente y apenas controlaba el temblor de la mano.

—¿Cómo sé que no es un puñetero truco? —gritó de pronto—. ¿Cómo puedo saberlo? ¡No hay nadie ahí dentro!

¡Y lo demostraré! ¡Le juro que después le dejaré hecho un colador!

Se acercó a la puerta del armario. Fen cerró los ojos, agradecido. Había hecho todo cuanto estaba en sus manos, el resto dependía de aquellas criaturas. Le asaltaron nuevas dudas. ¿Y si se habían matado entre sí? Puede que la oscuridad las hubiera aletargado. Quizá... Calculó las distancias y se preparó para saltar.

El aire se llenó de un zumbido apacible, el zumbido de los campos de heno en verano. James retrocedió hacia el armario, con la espalda pegada a la pared. Buscó el

pestillo a tientas, lo levantó y, tras un momento de vacilación, entreabrió la puerta.

Fue más que suficiente. Como un ejército infernal, el interminable enjambre de abejas, avispas y avispones que Fen había reunido para sus experimentos y que había enloquecido por el oscuro y prolongado encierro salió en tromba del armario. Como James era el objeto animado más cercano, se abalanzaron sobre su cara con ferocidad. Solo un superhombre habría conseguido mantener la calma en semejante situación, y para entonces James ya tenía los nervios destrozados. Su atención se desvió el tiempo suficiente para que Fen diese una patada al arma que sostenía en la mano derecha, que se disparó y le destrozó tres dedos de la izquierda. Pero la horda de insectos reparó entonces en Fen. Cuando Geoffrey subió corriendo, sobresaltado por el disparo, se encontró a James balbuceando y gimiendo en el suelo mientras Fen luchaba con brío, aunque en vano, contra su vengativa colección.

Como los insectos también se habían cebado con Fen —aunque no tanto como él hacía creer—, le obligaron a acostarse. El profesor pedía whisky a gritos y no dejaba de proferir terribles maldiciones.

EL ANÁLISIS FINAL

Aquí viene ella, y con su lamento acaba la obra.

SHAKESPEARE

Un abatido ojo azul claro asomó entre la masa de vendas que estaba desenrollando el médico y observó a los allí reunidos.

—Todavía no me encuentro del todo bien —dijo una voz familiar, por debajo de los vendajes—. No estoy lo bastante repuesto para que me quiten las vendas.

—¡Tonterías! Está usted perfectamente —repuso el médico con ese tono cruel y desenfadado tan típico de su profesión. La hinchazón casi ha desaparecido... ¡Debe de tener una piel muy dura! Y no puede pasar más tiempo con esa pinta de momia.

—¡Es usted un hombre despiadado! —dijo Fen, palpándose con delicadeza las restauradas facciones—. Han tratado de asesinarme con gas, me han dado una paliza y me ha atacado la tercera plaga de Egipto. Pero ¿alguien se compadece de mí? No. Ahí están todos, burlándose de este pobre profesor.

Se incorporó en la cama con expresión malhumorada.

Era la tarde del día siguiente al incidente y todos se habían reunido en la habitación de Fen, que solo el prolongado uso de Fiat había logrado limpiar de insectos. Geoffrey pensó que la ocasión resultaba tan solemne como cuando se descubre un monumento el día de su inauguración. Frances, Garbin, Spitshuker, Dallow y Dutton estaban allí. Varias formalidades administrativas habían impedido la liberación de Peace, pero no tardaría mucho en salir de su celda. Fen dijo que el inspector estaba supervisando la retirada del cordón policial y que se reuniría con ellos más tarde.

Evidentemente, todos estaban esperando a que les diera una explicación y, tras muchas protestas, Fen accedió a facilitársela.

—El móvil de los asesinatos de Brooks y de Butler estaba claro desde el principio, como también lo estaba todo este asunto para cualquiera con un poquito de seso —añadió con cierta vehemencia.

—Contrólese —le advirtió Geoffrey.

Tras enfurruñarse un poco, Fen continuó:

—El móvil era, cómo no, el radiotransmisor oculto en la catedral; concretamente, en la galería del Obispo. Un escondrijo admirable, impecablemente público y de fácil acceso

nocturno para cualquiera que tuviese llave de la catedral. Brooks lo descubrió. Desconocemos cómo y cuánto sabía, pero desde luego fue lo bastante para que decidieran eliminarlo. El primer intento, después del ensayo del coro, fracasó: la inyección de atropina no resultó fatal. De modo que trataron de asesinarle en el hospital antes de que recuperase la cordura y contase lo que sabía. Sin embargo, la policía había empezado a vigilar la catedral y era imprescindible trasladar el radiotransmisor a un sitio menos controlado por los agentes de la ley. Y solo podían hacerlo durante las horas de servicio. El organista estaba muerto y el suplente de baja temporal, así que elaboraron el plan de hacer un boquete en el tabique que separa la tribuna del órgano de la galería del Obispo, que luego ocultarían con el gran armario que hay en esa pared. Al parecer, no habían contemplado la posibilidad de que apareciese otro suplente de inmediato, por lo que el anuncio de su llegada, Geoffrey, fue un duro golpe para ellos. Intentaron disuadirle primero mediante amenazas y después trataron de dejarle fuera de combate. En vano. Tenían que pensar en una solución alternativa.

—Entonces... ¿fue Savernake quien me dejó esa carta en el tren?

—Muy probablemente.

—La habría escrito de antemano y la tendría preparada para un caso de emergencia. Pero supongo que lo de compartir vagón fue pura casualidad.

—Eso creo. En cualquier caso, se la habría hecho llegar igualmente. En cuanto a que la escribiera...

Los ojos azules de Fen miraron con tranquilidad a todos los presentes.

—¿Qué? —Geoffrey sintió una súbita e impalpable tensión en el ambiente.

—No se le ha ocurrido a nadie que aunque Savernake quizá tuviese suficiente cerebro para dirigir una trama de espionaje, no tenía suficiente carácter, y tampoco que aunque James quizá fuese un hombre con el carácter necesario para dirigir el cotarro, carecía de cerebro. Es más, Savernake no habría podido drogar sistemáticamente a Josephine, ya que casi siempre estaba en Maverley. Y para James, habría sido del todo imposible hacerlo.

Todos guardaron silencio.

—Y hay algo más, que parece que han pasado por alto: tanto James como Savernake tenían coartadas para el asesinato de Brooks.

Geoffrey tuvo una premonición horrible. Nadie se movió ni articuló palabra.

Fen asintió, despacio.

—En efecto, tienen razón. Todavía no los hemos atrapado a todos. —Se apoyó sobre la almohada e hizo una pausa—. El asesinato de Brooks no nos dejaba ninguna pista. Alguien, alguno de los que no tenían coartada, conocía los horarios del hospital, entró furtivamente en una habitación y pulsó el timbre para que acudiese la puntual enfermera que llevaba a Brooks su medicina de las seis. Luego esquivó a dicha enfermera, bajó y vertió la atropina en la medicina. No había huellas dactilares en el timbre ni ninguna otra pista, como tampoco se encontró nada la primera vez que atacaron a Brooks en la catedral. Pero la muerte de su padre, Frances, fue muy distinta.

Fen se detuvo a contemplarlos fijamente. Nadie habló ni se movió tampoco esta vez.

—Había dos detalles que ninguna persona en sus cabales podía pasar por alto. Uno era el método, la losa de la tumba; y el otro, el hecho de que Butler había anunciado inesperadamente su decisión de pasar la noche en la catedral y tuvo que llegar apenas cinco minutos después de que se hubiese retirado la vigilancia policial.^[5] ¿Comprenden?

—No. ¡Por Dios, siga y explíquelo todo de una vez! —le urgió Geoffrey, con voz ronca y tensa.

—Oímos la caída de la losa a las 22.15, casi una hora y cuarto después. El propósito de alejar a la policía que montaba guardia era, por supuesto, retirar el radiotransmisor. ¿Suponen que esperaron una hora y cuarto para hacerlo? ¡Claro que no! Se pondrían manos a la obra de inmediato, lo que implica que llegaron poco antes, al mismo tiempo o poco después que Butler. ¿Y qué hizo él durante esa hora y cuarto? ¿Quedarse mirando, dándoles sus sabios consejos?

Dallow carraspeó, algo nervioso.

—¿No creará, mi quee-erido profesor, que Butler estaba involucrado?

—Al principio, llegué a planteármelo. Pero otras pruebas, que mencionaré a su debido tiempo, lo descartaban. No, en realidad debieron de asesinarlo en cuanto llegó a la catedral.

—Entonces... ¡la losa era solo un truco! —exclamó Geoffrey—. No, un momento, no se puede imitar un ruido así... Y, además, ¿cómo movieron la losa? No había nadie en la catedral, y nadie, salvo Peace, pudo haber salido de allí. ¿Cómo cayó encima de Butler?

—Interrumpiré la perfección clásica de mi relato —dijo Fen con petulancia— para dar un rodeo y tratar este asunto. Son poco más que conjeturas, irrelevantes en lo que concierne a la identidad de la... persona en cuestión. Pero tendría que haberse dado cuenta, Geoffrey. ¿A qué parte de la catedral no prestamos atención por creer que no guardaba ninguna relación con el caso?

—A la tribuna del órgano —respondió Garbin. La gravedad de su voz sobresaltó a todos.

—¡Exacto! Y recordarán que tiene un pedalero de treinta y dos pies capaz de hacer temblar literalmente la catedral.^[6]

—¡Dios mío! —exclamó Geoffrey.

—Recordará con qué precariedad se sostenía esa losa sin los correspondientes candados. Las dos notas más graves del pedalero tocadas al mismo tiempo la habrían hecho caer de inmediato. También recordará que notó una diferencia entre el estruendo que oímos esa noche y el experimento del inspector. Una vibración muy intensa precedió al primer impacto y, en cambio, un silencio absoluto precedió al segundo.^[7] Solo eso ya me indicó que iba por el buen camino. También recordará que apenas prestamos atención a la tribuna del órgano. Habría sido perfectamente posible, entre la confusión general, que alguien saliese por *esa puerta en concreto*.

»Pero da lo mismo —continuó Fen, quitándole importancia al asunto—. Lo que realmente importa es por qué concibieron un plan tan complejo. Como comprenderán,

Butler llevaba ya mucho tiempo muerto. Probablemente lo empujaron desde lo alto de la galería y cayó justo delante de la tumba. Lo demás fue improvisado a partir de la posición del cadáver. Si lo hubieran trasladado, habrían dejado huellas. Había que pensar rápidamente una solución, pero ¿por qué?

»Desde luego, no fue para tratar de ocultar la *forma* de la muerte, ya que en la autopsia no aparecieron restos de veneno ni lesiones por arma. Por tanto, tuvo que ser para falsificar la *hora* de la muerte. La losa contaba con tres ventajas: a) producía los mismos resultados físicos que la caída desde lo alto de la galería; b) imposibilitaba el cálculo médico de la hora de la muerte y c) hacía un ruido espeluznante. El plan se improvisó a la velocidad de la luz, por eso he subrayado, desde el principio, que *no* fue premeditado. Pero, en cualquier caso, ¿por qué actuaron así?

»Podía ser para crear una coartada, podía ser para incriminar a otra persona, o para ambas cosas. No tardé mucho en comprender que era la segunda posibilidad la que importaba. Proporcionar un motivo personal para el asesinato también desviaría la atención de la trama de espionaje (no sabían que los de contraespionaje habían localizado ya el radiotransmisor). Así que me puse a indagar en los posibles motivos personales de cada uno de los sospechosos y, evidentemente, descubrí que el más llamativo era el dinero de Peace.

»Ahora empezaba a ver el asunto... como una venganza. Y recordé que varias personas sabían que Peace iba a encontrarse con Butler en la catedral a las 21.20. Pero, en realidad, Peace no acudió allí a esa hora, sino a las diez en punto. Imagínense ahora cómo discurrieron los criminales. Butler está muerto. Han sacado el radiotransmisor, han cerrado la catedral y han tirado la llave para que después se utilice como prueba contra Peace. Pero Peace no aparece. El *rigor mortis* ha comenzado, y si Peace no se presenta inmediatamente en la catedral, el informe forense hará que sea imposible vincularlo con el crimen. Entonces alguien vuelve a la rectoría y descubre que Peace tiene una coartada infalible, pues está hablando con Spitshuker. Ya saben lo que decidieron hacer. Dejaron caer la losa para crear una falsa impresión de la hora de la muerte.

Fen hizo una pausa y encendió un cigarrillo. Geoffrey vio que Frances, sollozando, había salido discretamente de la habitación. Sintió una punzada de compasión, pero por nada del mundo se habría movido de donde estaba.

—Y hasta ahí llegaron mis deducciones, pero luego, como un tonto, durante mucho tiempo no avancé más. Ni siquiera cuando Dutton me dijo que no había oído caer la losa desde la rectoría, que está bastante cerca de la catedral, reparé en la importancia de su afirmación. Ni cuando supe que los terrenos de la catedral se cerraban de noche, por lo que ningún desconocido podría andar merodeando por allí, comprendí lo que eso significaba realmente. Y luego, de pronto, me llegó la inspiración: era *imprescindible* que alguien oyese caer esa losa. —Fen miró a los presentes con expresión burlona—. Alguien tenía que subir a la catedral en el momento preciso, que era cuando Peace estaba allí. Alguien de fiar, como tú, Geoffrey, o yo mismo, o Fielding, o incluso el inspector... Quizá los cuatro. El estruendo solo se oiría dentro de los terrenos de la catedral, una zona

donde seguro no habría amantes que pudiesen declarar como testigos, ya que estaba cerrada...

»¿Recuerdan a quién vimos cuando volvíamos del Whale and Coffin? ¡A Spitshuker, claro, pero tenía coartada para casi toda la noche! Y a Fielding..., pero si él estaba involucrado, ¿por qué habría impedido que le quitaran de en medio, Geoffrey, en un momento en que era esencial conseguirlo? Fue una única persona la que nos atrajo a la catedral. Esa persona expresó una gran preocupación por Butler y nos pidió que fuéramos a comprobar si estaba bien. Esa persona se enteró de que íbamos a la catedral por un asunto que nos incumbía... Una información que le vino de maravilla...

—¡Basta! —Geoffrey casi gritó.

—Lo siento, Geoffrey. Sí, lo siento muchísimo. Por supuesto, esa persona es... ¡Frances!

Geoffrey jamás volvería a recordar lo que se le pasó por la cabeza en ese instante. Fue demasiado turbulento y muy doloroso. Pero abandonó la habitación de inmediato, bajó las escaleras y salió a la calle. Allí se encontró con Frances.

La muchacha se dirigía rápidamente a un coche que estaba aparcado en el camino agarrando un pequeño maletín. Se volvió al oír a Geoffrey. En la otra mano llevaba una pequeña pistola automática.

—No interfiera —dijo secamente—. Nuestra relación sentimental ha terminado. Un romance unilateral, me temo, pero me he divertido mucho con la actuación. Si intenta gritar o moverse, dispararé sin vacilar. Ni yo ni nadie perderemos nada con un tonto más muerto.

Frances subió al coche. Geoffrey la vio arrancar en silencio. Nadie se movió dentro de la casa.

El cordón policial aún no se había retirado, por supuesto. Frances se estampó contra la barrera de la carretera de Exeter a ciento diez kilómetros por hora. Después le contaron que ni siquiera se habían molestado en disparar. Un pedazo de metal le abrió la carótida en el lado izquierdo de la garganta y murió desangrada antes de que pudieran sacarla del amasijo de hierros.

ACLARACIÓN Y DESPEDIDA

*Que a la muerte la conduzcan
favorece a la justicia,
pero no ayuda a los muertos.*

DRAYTON

Había pasado un día más, y tanto Fen como Geoffrey estaban haciendo el equipaje para marcharse de Tolnbridge. Geoffrey poniendo un cuidado de lo más remilgado y quisquilloso, y Fen, a su caótico estilo. El médico había dictaminado que Dutton estaba en condiciones de volver al servicio hasta que se designara a un nuevo organista permanente, por lo que ya no necesitaban a Geoffrey. Fen, a su vez, tenía que asistir a una conferencia académica en Londres antes de regresar a Oxford.

Geoffrey no sentía nada. Aquellos tres días en Tolnbridge habían conllevado tantas emociones que era incapaz de asimilarlas. Y la muerte de Frances... Durante mucho tiempo soñaría con aquello. Pero él sabía que, tarde o temprano, pasaría. Aunque quizá le llevase meses, al final conseguiría olvidar. Ahora también sabía que nunca podría haber amado a la persona real. Quizá no había sido más que un enamoramiento transitorio, pues el amor, se recordó, supuestamente prevalecía sobre todos los defectos de su objeto. Pero no, eso no. Sintió un escalofrío. A la larga, todo iría bien. Una vez recuperada la confianza, Soltería pasaba revista con placer renovado a las verdes y sonrientes extensiones de su heredad.

Encontró las anotaciones manuscritas de su pasacalle y fuga, y se animó un poco. Siempre le quedaría el trabajo, y sus gatos, y su jardín, y la señora Body... Cerró la maleta y, tras echar un rápido vistazo a la habitación para asegurarse de que no se dejaba nada, fue en busca de Fen.

Lo encontró en compañía del inspector, Dallow y Peace. A Peace acababan de soltarlo y llevaba en la mano, como siempre, su *Tratado de sociología general*. La rubicunda cara de Fen, que seguía hinchada y amoratada por la patada de Savernake, brillaba por el esfuerzo, y unos mechones rebeldes le asomaban empecinadamente por el cogote. Fen fumaba un cigarrillo, arrojaba cosas a la maleta sin orden ni concierto y recorría la habitación de acá para allá sin dejar de beber whisky. Geoffrey se maravilló de su capacidad de recuperación.

—... así que James confesó en cuanto supo que la señorita Butler había muerto — contaba el inspector—, y confirmó todo lo que usted había dicho. Él fue el responsable del primer ataque a Brooks en la catedral. Le inyectó atropina después de dejarlo inconsciente, pero fue la señorita Butler quien envenenó su medicina en el hospital. Y a Butler lo arrojaron desde la galería del Obispo... Savernake, mientras la señorita Butler miraba. Pretendían dejarlo inconsciente y acabar con él de un modo más discreto, pero Butler les plantó cara y Savernake a punto estuvo de caer con él. Aunque le estaban esperando, claro está. En cuanto oyeron que Butler iría a la catedral, Frances fingió que se retiraba a su habitación, pero en realidad se le adelantó para avisar a Savernake. James le había enseñado a manejar el lazo y él fue el encargado de retirar el radiotransmisor. Pues bien, primero mataron a Butler y después Savernake se llevó el radiotransmisor mientras la señorita Butler se escondía para esperarle, señor Peace, pues ya tenía pensado endilgarle el asesinato. Pero usted no apareció. Ella volvió a la rectoría y, al verlo hablando con Spitshuker, tuvo que improvisar el segundo plan: la losa.

—Supongo que usted consideró que los objetos encontrados en mi habitación eran la consecuencia lógica del plan para incriminarme —le dijo Peace a Fen.

—Parecía lo más probable. Pero dejar la aguja hipodérmica fue un error. —Fen se sacudió una avispa del pantalón del pijama—. Comprenderán por qué estaba tan interesado en dos detalles: si James tenía coartada para la hora de la farsa (que la tenía) y si Peace había subido directamente a la catedral cuando dejó a Spitshuker. A la sazón yo todavía no sospechaba de Savernake, pero tenía mis razones para desconfiar de James. En cualquier caso, era evidente que él no pudo participar ni en el asesinato de Butler ni en la farsa posterior. Luego recordé que Peace se había encaminado a la catedral *antes* de que nosotros volviésemos con Frances. Y eso significaba: o bien que no había sido Frances quien tocó el órgano e hizo caer la losa, o bien que usted, Peace, se había retrasado, lo que habría permitido que Frances lo adelantase. (Me preocupaba un poco que fuese la llave de Frances la que usted había cogido prestada para entrar en los terrenos episcopales, pero, afortunadamente, no fue así). Frances debió de llevarse un susto de muerte cuando, al regresar a la rectoría, comprobó que usted ya se había ido, pese a haberle prometido que la esperaría para subir juntos (una promesa que ella le había arrancado para mantenerlo *in situ* hasta que hubiese reunido a sus testigos). Cuando se marchó con el radiotransmisor, Savernake creía que usted llegaría a la catedral a las 21.20, tal y como había acordado con Butler y, por tanto, ya no regresó. Se libró del radiotransmisor y se buscó una coartada para el resto de la noche. De modo que Frances tuvo que hacerlo todo ella sola. Y eso me hace pensar que ella tenía que ser la líder, pues ningún subordinado hubiese sido capaz de asumir semejante responsabilidad.

—Una maniobra extraordinariamente arriesgada —dijo el inspector con tono de reproche, como si Fen fuese el responsable de todo aquello.

—Sin duda —repuso Fen, algo irritado—. Un plan de emergencia rápidamente improvisado. Diez mil cosas podrían haber salido mal... Por ejemplo, si hubiéramos decidido no subir a la catedral. Pero resulta que todo le salió más o menos bien, aunque

claro, intentar incriminar al bueno de Peace fue una soberana estupidez. Creo que medió cierta malevolencia personal, a juzgar por lo que Frances dijo de usted el otro día en el jardín de Butler. Por otro lado, no encuentro ninguna razón para que no hubieran dejado a Butler tal y como estaba. No era muy probable que pasara como caída accidental, ya que la balaustrada de la galería del Obispo es alta y además existía el precedente del ataque a Brooks, pero al menos habría mantenido la incógnita de quién era el asesino. Fue su fatal deseo de cuadrar las cosas incriminándole a usted, Peace, lo que lo echó todo por tierra: un plan concebido con demasiada precipitación para no acabar haciendo aguas por todos lados.

»Aunque, en realidad, esas mismas aguas confundieron la investigación. Y admito que, en un momento determinado, mis procesos de deducción también fueron algo aleatorios... Cuando uno se enfrenta a una banda de dimensiones inespecíficas, tienen que serlo. Esa es una de las razones por las que espero que este caso no se incluya en las *Crónicas* de Crispin.^[8] No obstante —prosiguió Fen indignado, como si le acusaran de una vergonzosa negligencia—, tampoco fue pura casualidad. En cuanto comprendí por qué habían utilizado la losa y por qué necesitaban un testigo que la oyese chocar contra el suelo, lo demás terminó cayendo por su propio peso. Spitshuker no podía estar involucrado. Ni tampoco Fielding, porque había salvado a Geoffrey en un momento en que dejarlo fuera de combate habría sido de lo más conveniente. Eso dejaba a Frances. No tenía una auténtica coartada para las horas cruciales. Intentó asegurarse de que usted, Peace, no se marchara hasta que ella volviese con nosotros... Otro punto en su contra. Pero la confirmación definitiva llegó cuando descubrí, gracias a McIver, que no había más de tres agentes enemigos aquí. Constaté que Savernake y James eran dos de ellos cuando me secuestraron porque sospechaban que yo sabía demasiado. Pero ambos tenían coartada para la hora en que cayó la losa, lo que, una vez más, apuntaba a Frances.

—Unas preguntas más... —intervino Geoffrey—. ¿Se ha encontrado ya el radiotransmisor?

—Lo encontramos hecho pedazos, señor, escondido en diferentes estancias del Whale and Coffin. Por cierto, una de las camareras sabía que algo pasaba y cooperó con James, pero no estaba al corriente de los detalles. La hemos detenido. El instrumental utilizado (material para elaborar las llaves de la tumba, la atropina, los componentes del radiotransmisor) fue enviado clandestinamente desde Alemania antes de la guerra.

Hizo un gesto, como disculpándose por la obviedad del comentario.

—Esa es otra cuestión, ¿por qué hicieron llaves para los candados de esa tumba?

—James me lo contó —dijo el inspector—. En caso de invasión, debían llenar la tumba de explosivos y volar la catedral por los aires, a modo de señal. Repugnante, ¿verdad? Como comprenderán, debían transportar el material de antemano porque tendrían que detonarlo con poquísima antelación, en cuanto dieran el aviso, a cualquier hora del día o de la noche. Pero aún no se habían puesto manos a la obra cuando atacaron a Brooks, y después, con la policía montando guardia, fue del todo imposible. En realidad, el asunto al completo dice mucho de la célebre eficacia alemana —añadió

con una sonrisa—. Una auténtica chapuza.

—Pues acuérdesese también de que a punto estuvieron de acusarme de asesinato —protestó Peace.

Fen cogió una caja de cartón llena de cadáveres de insectos y la vació por la ventana.

—¡Ya me he hartado de estos bichos repugnantes!

El cazamariposas seguía en un rincón, olvidado y sin estrenar. Fen lo miró con aprensión y luego lo partió en su rodilla. A continuación introdujo *Costumbres de los insectos* en la jarra del agua.

—Como Próspero —anunció—, he roto mi vara y he sumergido mi libro.

Miró a su alrededor, satisfecho, pero nadie le estaba prestando atención.

—Un detalle más... ¿Qué se sabe de Josephine y de las misas negras? —preguntó Geoffrey.

—James las desaprobaba —explicó el inspector—. Todo ese asunto del satanismo era una diversión privada de la señorita Butler y de Savernake. Y fue Savernake, claro está, quien le disparó, presa del pánico —le dijo a Fen.

Fen asintió.

—Me lo suponía. Supuestamente es un sacerdote renegado quien celebra la misa.

—Y respecto a lo de drogar a esa niña e iniciarla en sus sucios tejemanejes, confieso que sigo sin entenderlo —dijo el inspector—. Josephine les resultaba útil: por ejemplo, cuando llevó ese mensaje a mis hombres en la catedral. Pero tengo la impresión de que el resto fue un asunto de pura maldad.

—Entonces ¿la quema del manuscrito no tuvo nada que ver? —preguntó Peace.

—No —dijo Fen—, probablemente sería fruto de un acceso de rabia, porque llevaba mucho tiempo privada de la sustancia de la que dependía. Se la administraban en forma de cigarrillos, como es habitual con la marihuana.

Peace suspiró. Su cara colorada y rolliza expresaba preocupación, y había tristeza en sus ojos grises.

—No será fácil cuidar de Irene. No tenía a Butler en gran estima, pero adoraba a Frances. Como supondrán, me haré cargo de ella, y también de Josephine cuando esté repuesta. El dinero vuelve a mis manos, aunque no es que lo quiera, precisamente ahora.

—Quizá pueda explicarnos algo de la psicología de estas personas —sugirió Fen.

—Ya no —dijo Peace con firmeza—. He decidido abandonar mi profesión para entrar en la Iglesia.

—¡En la Iglesia! —exclamaron todos.

Aquella muestra de incredulidad ofendió un poco a Peace.

—La considero la mejor vía para solucionar mis dudas y confieso que es una forma de vida que siempre me ha atraído.

No había nada más que añadir al respecto. Pero a Fen le seguía intrigando el tema psicológico.

—Lo de James es comprensible, tenía motivos puramente mercenarios. Lo de Savernake, también: era el tipo superficialmente inteligente a quien el fascismo atrae de

inmediato. Pero Frances... Vivió en Alemania, en efecto, pero eso no significa nada. Supongo que ya nunca lo sabremos.

Dallow intervino por primera vez.

—¿No es posible, mi quee-erido profesor, que fuese algo que llevaba en la sangre?

—¿A qué se refiere?

—Tenía sangre de Tolnbridge, por parte de padre. Su familia era de las más antiguas de la zona. Y aquí hubo brujas auténticas, no todas fueron como Elizabeth Pulteney. Siempre he pensado —dirigió una mirada de disculpa a Peace— que la psicología se equivoca al imaginar que basta con analizar el mal para librarse de él.

—Entonces ella era...

—Las brujas se alían con las fuerzas diabólicas del mal, dondequiera y cuandoquiera que aparecen. No es solo una cuestión de participar en los ritos de la noche de Walpurgis, ni de matar al vecino que te ha difamado. También existe la maldad política.

—Convirtió a su hermana en bruja... —dijo Geoffrey.

—Siempre se ha hecho así. La madre inicia a la hija, las vecinas a sus vecinas y las hermanas a sus hermanas.

Siguió un prolongado silencio.

—Una cosa que sigue sorprendiéndome... —dijo Fen por fin, volviéndose hacia Geoffrey—. ¿Recuerda cuando la encontramos, justo después de que ella hubiese presenciado el asesinato de su padre?

—Sí.

—¿Hubo algo que le llamó la atención?

—Pensé que parecía feliz.

—Sí. Creo que lo estaba.

Se produjo un nuevo silencio. Garbin y Spitshuker paseaban por el jardín y retazos de su conversación subieron flotando hasta la habitación.

—Creo que al insistir en considerar el Antiguo Testamento como un simple documento histórico de la búsqueda de Dios por parte del pueblo judío se deja llevar por la herejía marcionita. Marción...

—Ni siquiera ha intentado responder a mi pregunta sobre la interpretación literal del Génesis...

—Mi querido Garbin...

Detrás del jardín se alzaba la catedral, que, una vez restablecidos la tranquilidad y el culto, volvía a abandonarse a los fantasmas del obispo John Thurston y Elizabeth Pulteney... *Requiescant in pace!* El cielo se estaba cubriendo de nubes grises y un viento frío anunciaba temporal. Pero era un viento limpio, intenso y refrescante.

Fen, que ya había terminado de hacer el equipaje, se puso su gabardina y se calzó su extravagante sombrero.

—¡Venga, Geoffrey! Tenemos que coger ese tren y aún nos queda visitar a Fielding de camino. ¿Cómo está, por cierto? —preguntó al inspector.

—Mejor. Ese Phipps, de contraespionaje, ha estado hablando con él y creo que ha

prometido conseguirle un trabajo rutinario de oficina vinculado al servicio secreto. Todavía no está lo bastante repuesto para dar saltos de alegría, pero, si se encontrase mejor, seguro que habría brincado.

—Algunas personas nunca aprenderán —dijo Fen, dirigiéndose a la puerta.

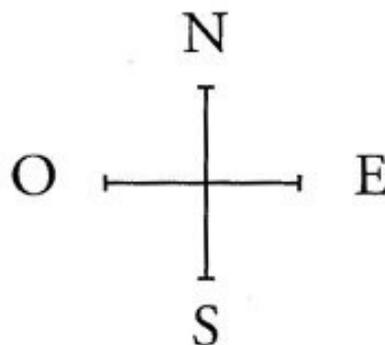
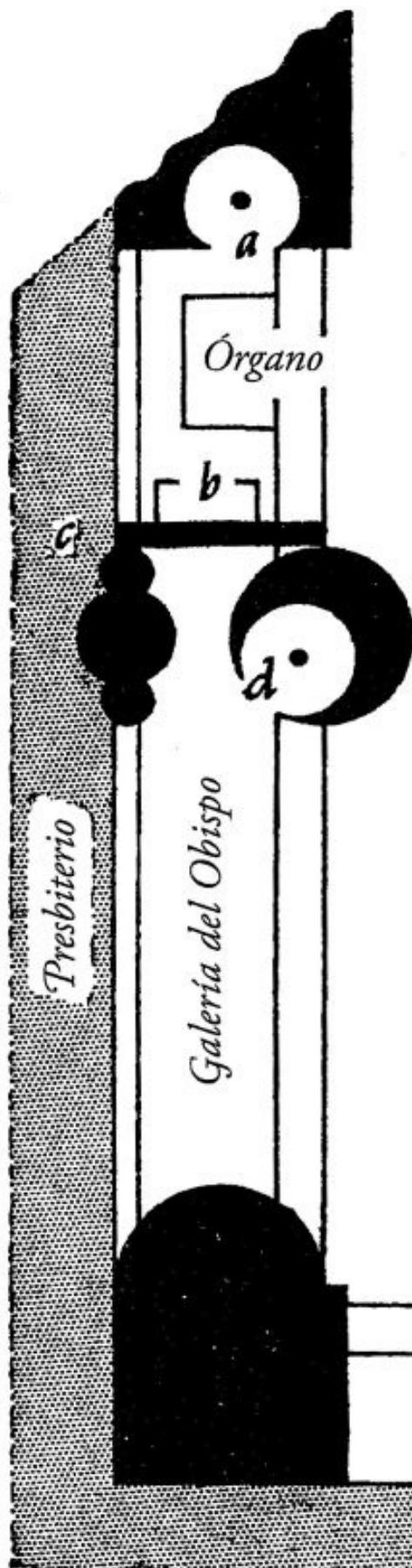
—Sigo pensando que, desde el punto de vista de la pura deducción, el asunto seguiría sin solucionarse —insistió Geoffrey.

Fen se volvió en la puerta.

—Cierto, de no ser por un detalle.

—¿Cuál?

—¿Recuerda que Spitshuker nos dijo que Butler había arrancado un trébol de cuatro hojas en la cerca que separaba el jardín de la rectoría de los terrenos de la catedral? Después de que Butler decidiera subir a la catedral, Frances, según sus propias palabras, fue directa a su habitación. Aunque hubiese estado mirando por la ventana, a aquella distancia no podría haber distinguido lo que hacía su padre. Y sabemos que Butler no solía llevar tréboles en el ojal. De modo que cuando salió a nuestro encuentro y nos dijo que su padre llevaba uno... ¡destapó todo el pastel! Si lo sabía, era porque ella había estado en allí. Y, si había estado en la catedral, tenía que haberlo visto morir...



a Escalera de caracol que lleva de la tribuna del órgano a la puerta exterior.

b Armario de música.

c Tabique que separa la tribuna del órgano de la galería del Obispo.

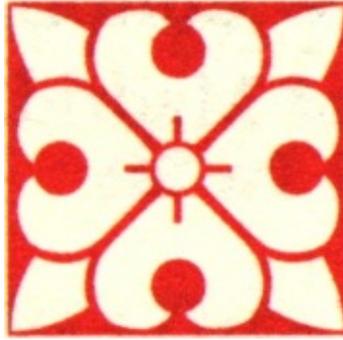
d Escalera de caracol que lleva a la tumba del obispo.

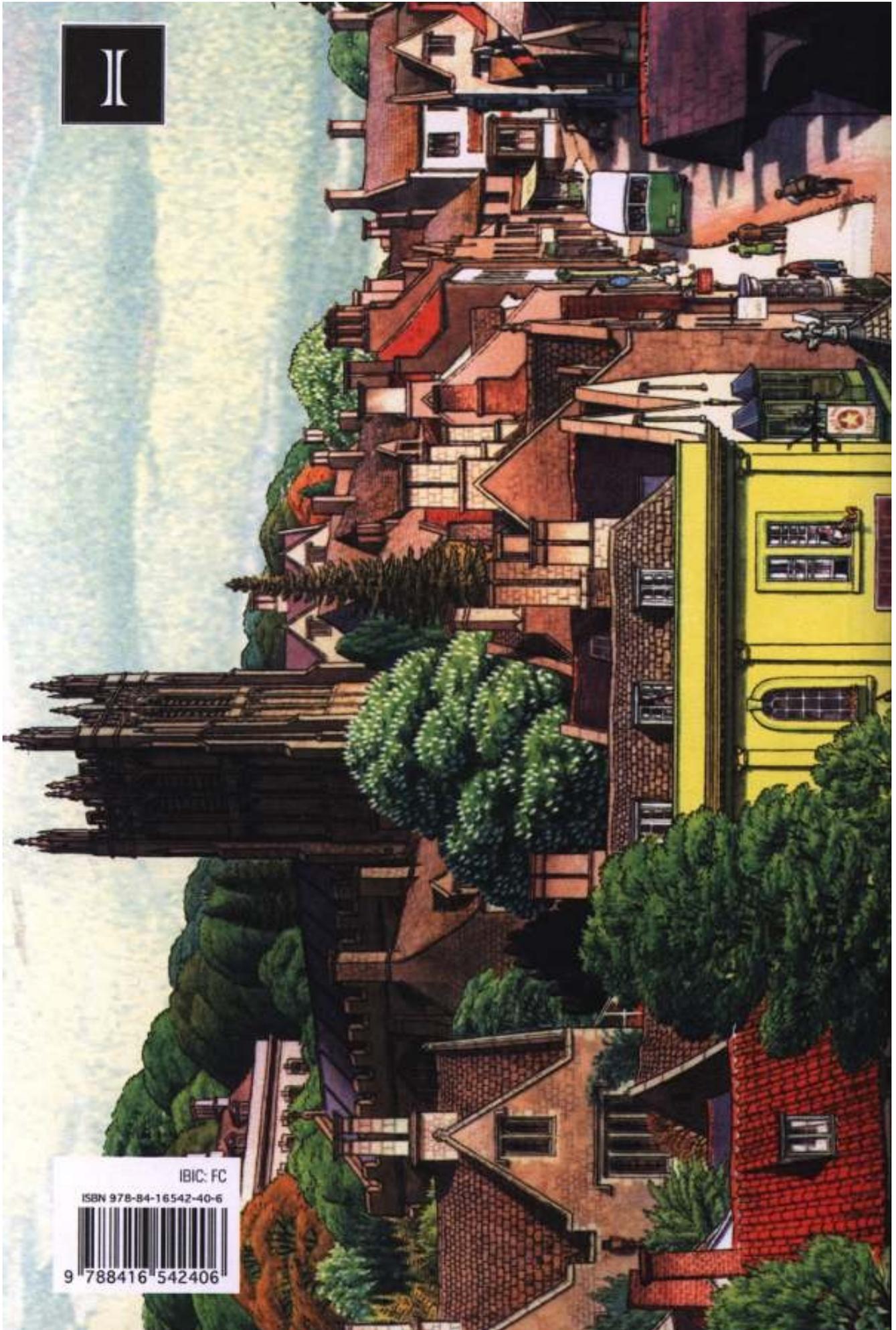
La tumba de san Ephraim está encastrada en la pared, justo debajo de la galería del Obispo.

Patio de la catedral

Transepto sur

<<





IBIC: FC
ISBN 978-84-16542-40-6
9 788416 542406



EDMUND CRISPIN (1921-1978). El verdadero nombre de Edmund Crispin era Bruce Montgomery. Nació en 1921 en Chesham Bois, Buckinghamshire y asistió al St. John's College en Oxford, donde se licenció en Lenguas Modernas y donde fue organista y maestro de coro durante dos años. Cuando se le preguntaba por sus aficiones, Crispin solía decir que lo que más le gustaba en el mundo era nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos. Por el contrario, sentía gran antipatía por los perros, las películas francesas, las películas inglesas modernas, el psicoanálisis, las novelas policíacas psicológicas y realistas, y el teatro contemporáneo. Publicó nueve novelas así como dos colecciones de cuentos, todas protagonizadas por el profesor de Oxford y detective aficionado, Gervase Fen, excéntrico docente afincado en el ficticio St. Christopher's College. Novelas que le hicieron ganarse un lugar de honor entre los más importantes autores ingleses de novela clásica de detectives. «La juguetería errante» (1946), la publicación de la saga de Gervase Fen, a la que seguirán otros títulos, como «Love Lies Bleeding», (1948), «The Case of the Gilded Fly» (1944), «Holy Disorders» (1945), «Buried for Pleasure» (1949) y «El canto del cisne», (1947). Crispin dejó de escribir novelas en la década de los cincuenta, pero continuó redactando reseñas de novelas de detectives y de ciencia ficción para el *Sunday Times*. Murió de un ataque al corazón en 1978.

OBRAS

- *Case of the Gildey Fly* (1944); «El caso de la mosca dorada».
- *Holy Disorders* (1945); «Asesinato en la catedral».
- *The Moving Toyshop* (1946); «La juguetería errante».
- *Swan Song* (1947); «El canto del cisne».
- *Love Lies Bleeding* (1948); «Trabajos de amor ensangrentados».
- *Buried for Pleasure* (1949).
- *Frequent Hearses* (1950)
- *The Long Divorce* (1952)
- *The Glimpses of the Moon* (1977).
- *Beware of the Trains* (1953) (short story collection).
- *Fen Country* (1979) (short story collection).

Notas

[1] Sir John Appleby es un detective literario creado por el escritor Michael Innes en la década de 1930. *(Todas las notas son de la traductora salvo que se indique lo contrario.)* <<

[2] Esto es escandaloso, equivale a acusarme de inventármelo. El nudo existe, por supuesto: se llama nudo de escota y se usa con frecuencia en la escalada. (*Nota del autor.*)

<<

[3] Terrorífico cuento de M. R. James sobre vampiros, un sarcófago y los tres candados que deberían mantenerlo cerrado. <<

[4] Uno de los protagonistas de *El misterio de la mosca dorada*, de Edmund Crispin (Impedimenta, 2015). <<

[5] Véanse [\[páginas 185\]](#) y [\[250\]](#). (*N. del A.*) <<

[6] Véase [\[página 130\]](#). (*N. del A.*) <<

[7] Véase [\[página 167\]](#). (*N. del A.*) <<

[8] Vana esperanza. (*N. del A*) <<